La desilusión de un sacerdote

Profesor Franz Griese ex teólogo

1. Notas bibliográficas del autor
2. Carta dirigida al Papa
3. ¿Origen divino o humano de Cristo?
4. Dios y la Biblia
5. Las diferencias entre la doctrina de Cristo y las iglesias Cristianas
6. La moral de Cristo y de la Iglesia

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS DEL AUTOR

Nacido el 26 de diciembre de 1889 en Straelen, provincia renana, Alemania, de padres sumamente cristianos, entré –niño todavía- en 1903, en el convento de los Padres del Verbo Divino en Steyl, Holanda, para hacerme misionero Después de los estudios humanísticos pasé al seminario de la misma orden en Viena, donde curse Filosofía y Teología.

Como mi materia favorita era la Lingüística, me dedique especialmente al estudio de la Biblia, para lo cual el conocimiento de una docena de idiomas me habilitaba de un modo particular.

En 1911 hice una traducción del "Cantar de los Cantares" que se atribuye a Salomón. Los versos del texto original hebreo, cuya lectura está prohibida a los judíos menores de 23 años, habían sido cambiados entre sí, para que sólo los iniciados pudieran comprender su verdadero sentido. La reconstrucción de la forma original me hizo ver que se trataba de una poesía extremadamente obscena, sin la menor relación con Dios. Naturalmente, desistí por este motivo de la traducción, pues de, publicarse, me habría costado el sacerdocio que con tanta ansia anhelaba.

Igual suerte tuve con la traducción de los 150 salmos de David. Conseguí esclarecer el verdadero sentido de muchísimos versos, que hasta hoy siguen incomprendidos, y hacer una traducción verdaderamente exacta. Pero el hecho que en los salmos, entre otras cosas, se niega en forma categórica la existencia del alma después de la muerte[1], cosa contraria al dogma católico, me hizo

---

[1] Cito los siguientes versos :

imposible la publicación, y en mi desesperación destruí el trabajo de varios años. Sólo publiqué algunos detalles inofensivos en un libro titulado “Melodías de Salmos”.

Desde entonces dejé el Viejo Testamento, dedicándome con la mayor aplicación al Nuevo Testamento, en el cual las cartas de San Pablo habían llamado mi especial atención.

La guerra mundial me llevó a tomar las armas, y sólo por temporadas que tenía libre, como simple soldado que era, podía seguir mi estudio favorito. En ocho años de trabajo se formó aquella traducción de las cartas de San Pablo, que había de ser el origen, primero de mis dudas, y después de mi convicción de los errores teológicos de la Iglesia Católica.

Al final de la guerra, en 1918, fui ordenado sacerdote, y lo era con alma y corazón. Cumpliendo a conciencia con mis deberes de cura, nunca dejé de perfeccionarme en mis estudios, pues quería saber la verdad con toda mi alma y la puse por encima de todo. Fue entonces que nacieron en mi aquellas luchas de conciencia por las diferencias entre las doctrinas teológicas y las enseñanzas de la Sagrada Escritura, luchas que difícilmente pueden describirse. Poco a poco, el estudio de la Sagrada Escritura me alejó del terreno de la teología católica, cristalizándose en mí una nueva convicción basada en la doctrina de la misma Biblia, que en aquel entonces era para mí la palabra de Dios.

En 1920 y 1921 publiqué bajo el seudónimo “Pacífico” dos escritos: “Cristianos de todas las confesiones, uníos”. En estas publicaciones aconsejé dejar de lado las diferencias dogmáticas y formar una sola Iglesia Cristiana. Estos dos escritos marcan claramente la evolución que estaba realizándose en mí.

"Pues los muertos no alaban a Jahvé, ni cuantos descienden a la tumba". (Salmo 113 según el texto hebreo, salmo 115). "Porque de los muertos, Jahvé , nadie te alaba ; y en la tumba ¿quién alabará tu nombre ?" (Salmo 6). Más claro todavía dice el predicador (Eclesiastéis) : "Pues la suerte de los hijos de los hombres y la suerte de los animales es una misma suerte : como éstos meren, así aquellos. Un mismo espíritu tienen todos; ni tiene más el hombre que la bestia, pues todo es vanidad. Todo va a un lugar ; todo está hecho de polvo y todo volverá al mismo polvo". (Pred. 3, 19).

Y en otro lugar dice : "Pues en la tumba, a donde tú vas, no hay actividad, ni reflexión, ni ciencia, ni sabiduría". (Pred. 9, 10).

Quiere decir, que al mismo Dios que inspiró el Viejo y el Nuevo Testamento, niega en el primero y afirma en el segundo la existencia del alma después de la muerte. ¡Hermosa demostración de la inspiración e infalibilidad de la Biblia !. Martín Fierro diría :¡Cómo se pisan el poncho !.

En 1922 los obispos de Alemania me confiaron un alto cargo en la América del Sur. Durante el viaje resumí mis dudas acerca de la teología católica en un manuscrito que, terminada mi misión, entregué personalmente a mi obispo, presentándole a la vez mi indeclinable alejamiento de mi cargo sacerdotal y de la Iglesia.
Esto era en abril de 1924. Desde entonces he tenido suficiente oportunidad de examinar mi paso y contemplar la cuestión religiosa desde afuera. No sólo no me he arrepentido en ningún momento de mi decisión, a pesar de sufrir miserias y penurias bastante grandes, sino que más y más en estudios posteriores, me di cuenta del inmenso engaño que bajo la máscara de la religión cristiana está haciéndose en todo el mundo.
Observo que si no hubiera sido por mis estudios particulares, jamás habría encontrado la verdad, ya que el sacerdote católico, y más aún el aspirante al sacerdocio, se le hace imposible y le esta prohibido, bajo pecado mortal, leer cualquier libro que en forma alguna ataque a la religión cristiana. Yo mismo, hasta mi alejamiento, y muchos años después todavía, jamás he leído libro alguno prohibido por la Iglesia Católica. El lector podrá darse cuenta cuan difícil es para un hombre en estas condiciones librarse de los enormes prejuicios y llegar al conocimiento de la verdad. Toda la educación, el ambiente mismo, la cotidiana práctica de ejercicios religiosos, el desconocimiento absoluto de argumentos serios en contra de la religión, todo esto contribuye a crear un espíritu que termina por creer firmemente en la religión y sus enseñanzas, por más absurdas que sean.
No será necesario agregar que desde mi alejamiento voluntario de la Iglesia Católica, estoy completamente separado de todos mis hermanos y demás parientes y amigos. Solamente una hermana, monja en un convento en la Argentina, con un inmenso cariño me ha escrito mes a mes desde hace diez años, rogándome que vuelva a tomar los hábitos. Nunca le he contestado, pues lo único que ella quiere saber, y por qué se sacrifica enteramente, es justamente aquello que jamás podré cumplir: mi retorno a los hábitos.
En cambio, tengo ahora, por la publicación de mi libro en Alemania, una gran cantidad de nuevos y sinceros amigos, como me demuestra el gran número de cartas que he recibido de todas las partes de Alemania y Austria y de todos los círculos sociales, lo que es, por cierto, un gran consuelo en las pérdidas espirituales y materiales que he soportado en todo este tiempo. Ojalá pudiera

conseguir con este libro que ningún joven, en su impericia e ilusión; se deje llevar al sacerdocio. Sería para él el error de los errores, y los padres que lean este libro, deberían procurar ilustra a sus hijos, especialmente si observan que uno de ellos –ignorando la verdad- quiere dedicarse a tan funesta tarea.
La verdad camina, y cada día más rápidamente. No pasarán muchos años sin que el mundo entero conozca la verdad sobre la religión cristiana que hoy es todavía desconocida para la gran mayoría del pueblo. El día en que esta mayoría la conozca, habrá sonado la última hora de la iglesia cristiana.

CARTA ABIERTA DIRIGIDA AL PAPA

A quien mandé, al mismo tiempo, un ejemplar de la edición alemana de mi libro, pues él mismo y su Secretariado de Estado, el Cardenal Pacelli, saben perfectamente el idioma alemán. También se ha enviado a Roma esta edición castellana.

Mendozae in Argentina, Idibus Januariis MCMXXXIII

Franciscus Griese

Pío XI. Papae

Salutem

Sanctitati Vestare, opusculum meum nuperrime editum hac via mittere mihi liceat, quod utile atque necessarium judicavi quia hoc libello causas rationesque adduxi, quae mihi, Ecclesiae Catholicae quondam sacerdoti persuaserunt, ut habitum sacerdotalem deponerem fidemque deficerem.

Ne ignoscat Sanctitas Vestra, libellum meum non solum Ecclesiae doctrinam, praesertim sacramentorum vehementissime aggredi, sed etiam ipsius Christi personam, cuius proximi adventus sui vaticionationem falsam atque fallacem arguit quin immo ad oculos demostrat.

Quapropter Sanctitas Vestra, defensor fidei per excellentiam videat, si qua refutari possint argumenta libri istius, ne quid detrimenti capiat neque fundamentum Ecclesiae neque grex fidelium.

Quae scripserim, coram quibuslibet Sanctae Sedis theologis palam defendere paratus sum, cuando ubique Sanctitas Vestra jubeat.

De hac epistola, proximae opusculi mei editioni adjuncta, aphemeridibus mundum certiorem faciam.

Vale.

Franz Griese.

Poste restante: Mendoza Argentina.

TRADUCCIÓN

Mendoza, Argentina, 15 de enero de 1933.

Franz Griese

Saluda

Al Papa Pío XI.

Séame permitido enviarle por la presente mi obra recientemente editada. Así lo he juzgado útil y necesario porque indico en este libro las causas y razones que me indujeron a mí, el anterior

sacerdote de la Iglesia Católica, a dejar los hábitos sacerdotales y renegarla fe.
No quiero que Vuestra Santidad desconozca que mi libro no solamente ataca con vehemencia la doctrina de la Iglesia, en particular los sacramentos, sino hasta a la misma persona de Jesucristo, cuyo vaticinio de su propia y próxima vuelta al mundo conceptúa de falso y falaz, demostrándolo hasta la evidencia.
Por esta razón vea Vuestra Santidad, como defensor de la fe por excelencia, si de algún modo pueden refutarse los argumentos de este libro, para que no sufra ningún perjuicio el fundamento de la Iglesia ni la grey de los fieles.
Estoy listo para defender públicamente cuanto he escrito, delante de cualquier teólogo de la Santa Sede, donde y cuando lo mande Vuestra Santidad.
Esta carta que será agregada a la próxima edición de mi libro, la comunicaré al mundo mediante la prensa.
Dios guarde a Vuestra Santidad.

Francisco Griese.

Poste restante: Mendoza, Argentina.

Está de más decir que no he recibido ninguna contestación a esta misiva, como tampoco a la edición alemana por parte de los teólogos de mi país. La razón es harto sencilla: No es posible oponer argumento alguno de valora las razones y hechos expresados en este libro, razones y hechos que destruyen de manera concluyente la doctrina de la Iglesia y por ende a la Iglesia misma.

PRIMERA PARTE
¿ORIGEN DIVINO O HUMANO DE CRISTO?
INTRODUCCIÓN

Para la Iglesia Católica la cuestión de la divinidad de Cristo es de capital importancia, ya que constituye un dogma, considerado como el fundamento de la misma.
Depende entonces la existencia de la Iglesia de este dogma; poner en claro su falsedad equivale a la propia destrucción de la Iglesia Católica.
No así la Iglesia Protestante. Para ella la divinidad de Cristo es de segunda importancia, y la gran mayoría de los teólogos protestantes, por más que le atribuyen a Cristo una misión divina, niegan rotundamente la divinidad de su persona. Con eso los

protestantes no dejan de ser –en la opinión de ellos- buenos cristianos, si no que, muy por el contrario, profesan a Cristo un profundo amor y sincera veneración.

Cuando yo dejé los hábitos –hace 10 años- creía todavía firmemente en el dogma de la divinidad de Cristo y estaba convencido que Cristo era Dios. Recién años más tarde, a raíz de un estudio detenido de la persona de Cristo, tal como se presenta en el Nuevo Testamento, me vi obligado –muy a pesar mío- a cambiar de idea.

A continuación, voy a exponer las razones que me dieron la absoluta convicción de que Cristo no era ni es Dios.

Son argumentos tan sólidos, tan claros e irrefutables, que vale la pena alterar el orden lógico y cronológico de este libro y estampar en primer término la cuestión de la divinidad de Cristo.

CAPÍTULO PRIMERO
LA DIVINIDAD DE CRISTO A LA LUZ DE LA BIBLIA

Dice el dogma de la Iglesia Católica que Cristo es la segunda persona en Dios, siendo el Padre la primera, y el Espíritu Santo la tercera.

Pero estas tres personas no forman tres dioses, sino uno solo; no habiendo entre ellas ninguna prioridad de una persona sobre la otra, existe la más perfecta igualdad entre las mismas.

Esto, que constituye el llamado misterio de la Santísima Trinidad, ha debido ser explicado en alguna forma a la mente humana, y a esta tarea se han dado los teólogos. Ellos afirman que Dios, el Padre, en un acto eterno e inmenso de su inteligencia, conoce como en un espejo a su propia persona, y esta imagen del Padre, hecha realidad, o más bien siendo suprema realidad, es el Hijo. Pero al mismo tiempo, al conocerse Padre Hijo, el uno al otro en su sublime perfección, surge n amor infinito entre ellos, y de este amor entre Padre e Hijo, una nueva realidad, el Espíritu Santo. De suerte que una sola naturaleza divina, una sola divinidad, es poseída por tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Genial concepción, compartida también por la Iglesia Ortodoxa (griega y rusa) con la sola diferencia que ésta asevera que el Espíritu Santo sale del Padre ”por” el Hijo, como una flor sale de la raíz “por” el tallo; mientras que la Iglesia Romana asegura que el Espíritu Santo sale del Padre “y” el Hijo en la manera arriba indicada.

Esta diferencia en la doctrina, aparentemente sutil y abstrusa para un profano ha sido, sin embargo, motivo de discusiones acerbas entre los más destacados y eruditos teólogos, que se prolongaron durante siglos y, extendiéndose a la grey ignara, se tradujeron en persecuciones y matanzas terribles. Para ella, inaccesible a estas complicaciones doctrinarias, la cuestión se redujo, y todavía se reduce, a saber si el signo de la cruz se hace de izquierda a derecha (del Padre “y” el Hijo) o la inversa (del Padre “por” el Hijo).

Naturalmente, pretende la Iglesia Católica que su doctrina de la Trinidad, y por consiguiente la divinidad de Cristo, está contenida en la Biblia, en particular en el Nuevo Testamento.

Como la existencia de la Trinidad en Dios depende de la divinidad de Cristo, es esta última la cuestión fundamental. Por eso vamos ahora a examinar lo que dicen los libros del Nuevo Testamento al respecto, ya que estos, según la opinión de los cristianos, están más que nadie autorizados para opinar sobre esta cuestión;

aunque tal opinión no sería la última palabra, si se demostrara por otro conducto que Cristo no era Dios.
Ahora bien, en el Nuevo Testamento se distinguen bien claramente dos diferentes grupos de manifestaciones sobre la divinidad o no divinidad de Cristo.
Al primer grupo pertenecen todas aquellas palabras que a primera vista parecen afirmar una perfecta igualdad de Cristo con Dios. El segundo grupo comprende aquellas frases que expresan claramente una subordinación de Cristo a Dios.
Del primer grupo citamos las siguientes expresiones del mismo Cristo: "Antes de que Abraham era, soy yo" (Juan 8, 58). "Ahora también tú, Padre, glorifícame con la gloria que tenía contigo antes de que el mundo era" (Juan 17, 5). Estas dos frases recalcan claramente la existencia premundial de Cristo.
Otras expresiones dan a conocer la íntima unidad de Cristo con Dios: "Yo y el Padre somos uno" (Juan 10, 30). "Todo lo que hace el Padre, hace igualmente también el Hijo". (Juan 5, 19). "Porque (Padre), todo lo que es mío, es tuyo; y lo que es tuyo, es mío". (Juan 17, 10).
No cabe la menor duda que estas palabras de Cristo, a prima facie, hacen pensar que él estaba en íntima relación con Dios, y hasta podría creerse que, como según nuestros conceptos no hay otra cosa sino Dios y criatura, Cristo según estas palabras debería ser Dios mismo. Sin embargo, veremos pronto que no es así.
Pero antes contemplemos las palabras que pertenecen al segundo grupo y en las cuales se encuentra una abierta inferioridad y subordinación de Cristo con respecto a Dios. Esta subordinación de Cristo se refiere tanto a su saber, como a su poder y a todo su ser.
Primero: inferioridad en el saber. Al hablar Cristo de la fecha exacta de su próxima vuelta al mundo dijo a los Apóstoles: "De aquel día y aquella hora no sabe nadie, ni siquiera los ángeles del Cielo, tampoco el Hijo, sino sólo el Padre". (Mat. 24, 36. Marc. 13, 32).
Segundo: inferioridad en el poder, a los hijos de Zebedeo dijo "El poder sentaros a mi derecha izquierda no es cosa mía, sino de él a quien es dado, de mi Padre". (Mat. 20, 23). En otra oportunidad dijo: "Yo no puedo hacer nada por mí mismo". (Juan 5, 30). "Descendí del Cielo, no para hacer mi propia voluntad, sino la voluntad del que me mandó". (Juan 6, 38). Y en el monte Olivo rogó a Dios: Padre, si es posible, deja pasar este cáliz; pero no se

haga mi voluntad, sino la tuya". (Mat. 26, 39). En estas palabras Cristo se califica de simple ejecutor de la voluntad divina de su Padre, con poderes estrictamente limitados.

Tercero: inferioridad de la misma persona de Cristo. A este respecto tenemos una palabra muy clara del apóstol Pablo [1] quien dice, refiriéndose al próximo fin del mundo: "Después de que todo estará sujeto (a Dios), también él mismo, el Hijo, se subordinará a aquél, quien le ha subordinado todo –para que sea sólo Dios todo-en todo"". (1. Cor. 15, 28). Quiere decir que, cuando Cristo haya sujetado todo el mundo a Dios, terminando así su tarea, entonces el mismo Cristo también entregará su propia dominación a quien se la dio, a Dios, y entonces no habrá más otra dominación sino la de Dios. Cristo ya no será más que cualquiera otra criatura subordinada.

Hay también otras palabras, en este caso del mismo Cristo, que implican una franca inferioridad de su persona con respecto a su Padre. Así cuando dice: "El Padre es más grande que yo". (Juan 14, 28). "Ascenderé a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios". (Juan 20, 17). "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?". (Mat. 27, 16). Todas estas frases nos hacen ver que Cristo reconoció a un Dios que le era superior y más grande, y del cual se sentía supeditado con toda su alma.

Ahora bien: sabemos que Dios, el Ser Supremo, es suprema perfección. Nada, absolutamente nada de imperfecto en poder, saber y ser, puede existir en él. Menos todavía hay subordinación alguna o inferioridad en Dios.

¿Cómo se explica entonces el dualismo entre aquellos dos grupos de manifestaciones que acabamos de tratar y de las cuales unas indican igualdad de Cristo con Dios y otras inferioridad?.

La teología católica, haciéndose la tarea muy sencilla, declara que Cristo tenía dos naturalezas: una divina y otra humana. De suerte que si expresó su inferioridad y subordinación a Dios, lo hizo con respecto a la naturaleza humana, y si expresaba su igualdad con Dios lo hacía refiriéndose a su naturaleza divina.

Tal explicación no deja de ser cómoda. Es como si un rey, habiendo aprendido de sastre, dijera una vez: "Yo gobierno (como rey), y otra vez "Soy gobernado" (como sastre).

---

[1] San Pablo, según sus cartas, no ha visto a Cristo, y en un principio persiguió a los cristianos, hasta que por un milagro se convirtió, siendo desde entonces el propulsor más incansable de la doctrina de Cristo.

Pero, ¿no le parece al lector que tal juego de palabras en un asunto de tan trascendental importancia es simplemente inadmisible?. Más aún, lo que Cristo dijo, lo dijo en todo momento de su persona, de su propio yo, y esta persona, este yo de Cristo, según la misma doctrina católica era divino; pues según el dogma había en Cristo una sola persona, la persona divina, y ninguna persona humana: ¿Cómo se explica entonces que a ésta, su persona divina le atribuyese inferioridad y subordinación, cuando el dogma declara que la persona de Cristo era en todo sentido igual a la del Padre?.

¿A qué sofismas, a que razonamientos rebuscados debió acudir Jesús, según esta doctrina teológica, para justificar la contradicción flagrante entre sus propias manifestaciones de divinidad e inferioridad a Dios?. ¿Cómo podían haberlo comprendido los apóstoles, a quienes no dio ninguna explicación en el sentido teológico?.

Finalmente, ¿no es un arbitrario anacronismo el atribuir a las palabras de la Sagrada Escritura conceptos filosóficos que recién varios siglos más tarde fueron desarrollados?. ¿No es un deber entender la Biblia por el significado que tenía en su tiempo?. ¿No debemos interpretar aquellos escritos con el espíritu con que fueron redactados, con la mentalidad con que habían sido pensados, con las ideas del ambiente del cual habían nacido?.

Por cierto, es ésta la única manera de llegar a la verdad de las cosas y encontrar una solución que es natural, porque es propia del texto; y es verdadera, porque resuelve todas las dificultades fácilmente y sin esfuerzo alguno.

¿Cuál será entonces la verdadera solución del aparente dualismo de aquellos dos grupos de palabras sobre la divinidad de Cristo?.

Para encontrar esta solución hay que recordar las ideas filosófico-religiosas de aquel tiempo. Según estas ideas, muy vulgarizadas también en la teología judaica, existían tres clases de seres razonables: Dios, espíritus puros y hombres. Los espíritus puros eran seres dotados de poderes divinos. Así por ejemplo, eran ellos quienes habían creado el mundo; porque Dios como ser Supremo, no podía mancharse con la creación del mundo material. Para esta tarea creó Dios a los mencionados espíritus puros.

La teología judaica, en tiempos de Cristo, se había compenetrado de estas ideas y hasta enseño que, no Dios mismo, sino los ángeles habían dado la ley a Moisés en el Monte Sinaí, una

doctrina que el mismo San Pablo reproduce en su carta a los Gálatos. (Gal. 3, 20).
Con la base de esta filosofía teológica, que tuvo un desarrollo muy grande en el Gnosticismo, tan a la moda en el mundo entero entonces, se soluciona fácilmente el dualismo entre las dos clases de expresiones sobre la divinidad de Cristo.
En efecto, si se supone que Cristo haya sido considerado como uno y el más grande de aquellos espíritus superiores, se comprende enseguida por qué por un lado se le atribuían cualidades divinas, y por el otro, una subordinación completa a Dios.
La prueba más rotunda de que hay que buscar la solución aquel antagonismo por este camino, la dan las mismas palabras de San Pablo, quien en su carta a los Efesios se refiere directamente a tales ideas, diciendo: "También recuerdo de vosotros en mis plegarias, para que el Dios de Nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé un espíritu sabio e inteligente, a fin de que lo conozcáis... mediante aquel signo de su gran poder que mostró en Cristo al resucitarlo de los muertos y al ponerlo en el Cielo a su derecha, muy por encima de los Príncipes, Poderes, Potestades y cualquier otro ser que existe no sólo en éste, sino también en el otro mundo".
(Ef. 1. 17). Se ve por estas palabras que San Pablo consideraba a Cristo como un ser que ha sido puesto por Dios, por encima de todos aquellos espíritus, de los cuales nombró nueve diferentes clases.
La misma idea expresa San Pablo en su carta a los Colosos diciendo: "Él (Cristo) es el visible lugarteniente del invisible Padre, el primogénito ante toda la creación, Pues en él fueron creadas todas las cosas visibles e invisibles en el Cielo y en la Tierra: Tronos, Dominaciones, Príncipes, Potestades –todo es creado por él y para él -. También es él anterior a todos los demás y todo tiene sólo en él su consistencia". (Col. 1, 15).
Expresa aquí San Pablo que la superioridad que, según el texto anterior, Cristo tiene sobre estos espíritus, la tenía ya antes de su existencia terrena, porque Cristo era el Primogénito o sea la primera creación del Padre y, recién entonces, por él y para él fueron creados los demás espíritus.
Era necesario inculcar a los Efesios y Colosos esa creencia en la superioridad de Cristo sobre los demás espíritus o ángeles; porque en Efeso y Colosas ciertos cristianos se dedicaban al culto de

aquellos espíritus, considerándolos iguales y tal vez superiores a Cristo. Por eso les escribió el apóstol: “Que no os arrebate nadie la palma de la victoria, quien se complace en un despreciable culto de ángeles, se jacta de visiones y, no teniendo por qué, está hinchado de vanidad, sin quedar unido con la cabeza (Cristo), por la cual todo el cuerpo, engendrado y mantenido por articulaciones y músculos, posee un crecimiento efectuado por Dios”. (Col. 2, 18).
En forma análoga, dice la carta a los Hebreos: “Mediante él (Cristo), creó (Dios) el mundo. Él es el resplandor de su gloria y la imagen de su ser, y él mantiene con su poder el Universo. Él también, después de haber consumado el sacrificio expiador para los pecados, ha tomado asiento a la derecha de la majestad divina, en la altura, y sobrepasa tanto en poder a los ángeles cuanto los supera el nombre que heredó. Porque, ¿a quién de los ángeles ha dicho Dios alguna vez: “Tú eres mi hijo, hoy te he generado?”. (Hebr. 1, 2). Estas palabras: “Tú eres mi hijo, hoy te he generado” son de los salmos (Salmo 2, 7), donde Dios las dice a David, por lo que se ve que ni el nombre “Hijo”, ni la expresión “Generar” han de ser tomadas en un sentido real, sino espiritual y figurado. Es una gran falta desconocer esta idiosincrasia de los judíos.
Según estas palabras, Cristo es la imagen del Padre como también Adán lo fue, a quien Dios creó “según su imagen y semejanza”. (Génesis 1), Además heredó el título “Hijo”, un título que David también tenía. Por cierto, posee Cristo el título “Hijo” por razones muy superiores que David; pero Cristo heredó el título, lo que quiere decir que hubo un tiempo en que no lo tenía.
Efectivamente, que hay una gran diferencia entre el título “Hijo de Dios” [1], y Dios mismo, lo confirma también Cristo en el Evangelio de San Juan, Cristo había dicho a los judíos: “Yo y el Padre somos uno. Entonces los judíos levantaron piedras para apedrearlo. Pero Jesús les previno y dijo: os he mostrado muchas obras buenas que son de mi Padre. ¿Por cual de estas obras queréis matarme?. Los judíos le contestaron: No por una obra buena queremos apedrearte, sino por la blasfemia; porque tú, aunque eres solamente un hombre, te das por Dios. Jesús les replicó: ¿No está escrito en vuestra Sagrada Escritura: He dicho: Dioses sois?. Por lo tanto si Dios ha llamado “Dioses a los que fue dirigida la palabra de Dios, y si debe cumplirse la Sagrada Escritura ¿cómo podéis

---

[1] En el lenguaje judaico se usa muy a menudo el término "Hijo" para designar alguna semejanza, así : "hijo del toro" se dice de un hombre fuerte.

decir entonces a quien el Padre consagró y mando a este mundo: tú blasfemas de Dios; porque yo dije: soy Hijo de Dios?". (Juan 10, 30).

De esta conversación se desprende lo siguiente:

Primero: Jesús niega rotundamente haber cometido una blasfemia en el sentido de los judíos. Con otras palabras: él no ha querido en ningún momento igualarse a Dios con ninguna de sus manifestaciones.

Segundo: según Jesús, la misma Sagrada Escritura da a los hombres hasta el título de dioses, sin que esto implique una divinidad verdadera en ellos.

Tercero: Jesús afirma aquí, que él se da el título de "Hijo de Dios" tan sólo por su consagración y misión divina.

Esta explicación del título "Hijo de Dios" dada por el mismo Cristo, debería echar por tierra de una vez por todas la idea de una divinidad real en Jesús.

Coincide con esta explicación lo que nos dice la historia de la Iglesia. Sabemos que en lo primeros tres siglos los escritores eclesiásticos desconocían de un modo absoluto una verdadera divinidad de Cristo. Especialmente los autores de Oriente, entre ellos el más importante, Orígenes, que era tan cristiano como sabio, niega en absoluto tal divinidad.

La divinización de Cristo empezó en Roma y así se explica que en el año 318, o sea apenas después del cierre de las catacumbas, Arrio, sacerdote de Alejandría, se opusiera enérgicamente a esa divinización, secundado no sólo por el ilustrado obispo Eusebio, sino también por la gran mayoría de obispos de su tiempo, de manera que San Jerónimo, al escribir los sucesos de aquella época, exclamó: "Et miratus est orbis, esse se arianum", lo que significa: Y el orbe terrestre se asombró, al ver que era arriano.

Empezó entonces una lucha encarnizada de Roma contra el arrianismo: tuvieron lugar persecuciones tan sangrientas, que recordaban los tiempos de Nerón, sólo que esta vez los mismos cristianos se mataban entre ellos. Concilio tras concilio fueron celebrados y la tierra resonaba de anatemas hasta que después de un siglo Roma salió victoriosa y la tierra a la fuerza "convencida" de la verdadera divinidad de Cristo.

CAPÍTULO SEGUNDO
LA DIVINIDAD DE CRISTO A LA LUZ DE SU GRAN PROFECIA

Hemos visto que es imposible interpretar las palabras de la Sagrada Escritura en el sentido de que Cristo haya sido y sea verdaderamente el mismo Dios. Muy al contrario, entendiendo las palabras de la Biblia en el sentido en que habían sido redactadas, se ve en seguida que en aquel entonces ni se pensaba todavía en una divinidad de Cristo.

Pero aunque el Nuevo Testamento hubiese aseverado que Cristo era Dios y aunque todos los cristianos lo hubiesen confesado, existe una prueba irrefutable en contra de tal divinidad; una prueba que por si sola basta para destruir definitivamente toda posibilidad de que Cristo haya sido Dios. Y esta prueba nos la ha dado el mismo Cristo por su gran profecía de su próximo retorno al mundo para el juicio final, profecía que falló del modo más absoluto.

Era esta profecía el Ceterum censeo, el alfa y omega no solamente de la prédica de Cristo, sino también de la de los apóstoles, quienes, imbuidos de esta creencia, cifraban en ella todas sus esperanzas, y llevaron al espíritu de todos los cristianos la misma ilusión que alentaba a ellos. Y si el cristianismo consiguió tantos prosélitos y se propago con tanta rapidez ha sido, en primer término, porque la anunciación de la próxima vuelta de Cristo hizo una profunda impresión, ya que todos los convertidos vivían en la firme persuasión de la inminencia del gran acontecimiento. En esta esperanza vivieron los primeros cristianos y con esta esperanza murieron.

Pero esa profecía de Cristo no solamente tiene su gran importancia, por haber sido el punto central de la doctrina y creencia cristiana, sino también, porque era y es la piedra de toque para la cuestión del origen divino o humano de la persona de Cristo y de su religión.

En efecto: si Cristo hubiese cumplido aquella profecía, el origen divino de su persona y doctrina habría sido ampliamente comprobado.

Pero nos vemos frente a un hecho que es trascendental en su significado, el hecho que Cristo no cumplió esta gran profecía de volver al mundo, mientras que sus apóstoles estaban todavía con vida. El fenómeno sobrenatural, único en la historia de la humanidad, de que un ser volviese al mundo después de muerto, este fenómeno no se ha producido y no se producirá jamás; porque una profecía que no se cumplió en el tiempo fijado por ella misma,

tal profecía ha comprobado, por sí sola, que era una profecía falsa. Y, en vez de comprobar la divinidad de Cristo y de su doctrina religiosa, resulta ser todo lo contrario: el veredicto definitivo de su autor.

No escapará al criterio del lector que es absolutamente necesario descubrir debidamente este hecho, que con singular maestría se ha ocultado hasta ahora al mundo entero y en particular al mundo cristiano.

En efecto: si los cristianos hubiesen sabido el fracaso de aquella profecía de Cristo, que con letras imborrables, está escrita casi en cada página del Nuevo Testamento; silos teólogos cristianos no hubiesen disimulado el verdadero significado de las palabras que predican aquella profecía, si hubiesen confesado la verdad íntegra –la divinidad de Cristo habría pasado hace mucho a la historia-.

Por eso mismo nos incumbe el deber de tratar esta cuestión, esta gran profecía de Cristo, con toda minuciosidad, para que de una vez por todas quede sentado que Cristo aquí erró, erró como jamás ha errado un hombre, y que, por esta misma razón, él no podía ni puede ser Dios.

Al empezar ahora nuestro estudio sobre la profecía de Cristo, dividiremos el plan en dos partes: la primera tratará de las palabras mismas de Cristo y la segunda de las de sus apóstoles.

I
LA PROFECÍA DE CRISTO SEGÚN SUS MISMAS PALABRAS

Desde el día en que Cristo inició su prédica pública, empezó también a hablar del día del Juicio Final, para sancionar así su palabra con la promesa de un premio eterno para los que la aceptaran y de un castigo, igualmente eterno, para los que la acogieran con indiferencia o incredulidad. Al principio, indeterminada y sin fijación de fecha más o menos precisa, la profecía del Juicio Final hízose cada vez más clara y definida.

He aquí la primera amenaza hecha a las ciudades de Israel, Cafarnaum y Betsaida que, a pesar de sus milagros no se habían convertido: “A Tiro y Sidón les será más soportable el día del juicio que a vosotros”. (Mat. 11, 21). Y a todos los judíos previene: “Los habitantes de Nínive saldrán de acusadores contra este pueblo porque ellos aceptaron la prédica de Jonás –y aquí hay más que Jonás”. (Mat. 12, 41). Más tarde pinta Cristo el cuadro del Juicio Final: “El Hijo del Hombre mandará a sus ángeles y éstos juntarán de su reino a todos los seductores y malhechores y los lanzarán al

fuego, donde habrá clamor y estridor de dientes". (Mat. 13, 41). Y a sus apóstoles promete: "Amén os digo, vosotros que me habéis seguido; en la resurrección, cuando el Hijo del Hombre se siente en su espléndido trono, vosotros os sentaréis en doce tronos y juzgaréis las doce tribus de Israel". (Mat. 19, 28). Culmina este cuadro en la más grandiosa y detallada profecía que Cristo hizo del Juicio Final según el evangelio de Mateo (25, 31- 46) y que todos nosotros conocemos por el insuperable cuadro de Miguel Angel en la capilla Sixtina, donde Cristo, separando los buenos de los malos, pronuncia la sentencia final.

En todas estas profecías que hemos citado hasta ahora, no hay ninguna indicación o insinuación de la fecha del Juicio Final.

En cambio veremos a continuación seis profecías del mismo Cristo, que expresan esa fecha, no con precisión numérica, señalando hasta el día del terrible acontecimiento, pero sí con una exactitud completamente determinada y al alcance del control de todo el mundo.

Pues Cristo promete en cada una de estas seis profecías que iba a volver en la generación contemporánea y cuando aún alguno de sus apóstoles estuviera con vida.

PRIMERA PROFECIA DE CRISTO

Habiendo Jesús hablado de su próxima vuelta, San Pedro le reprochó porque no quería saber de una muerte de su querido Maestro pero Jesús retó a Pedro recordándole que su muerte sería necesaria para volver en gloria: "Porque pronto volverá el Hijo del Hombre en la gloria de su Padre y entonces retribuirá a cada uno según sus actos. Amén os digo, hay algunos entre los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que no vean al Hijo del Hombre venir en la gloria de su reino". (Mat. 16, 27: Marc. 9, 1; Luc. 9, 27). ¿Acaso podía Cristo haber hablado con más claridad de la que hay en estas palabras?. ¡Estoy seguro que no!.

SEGUNDA PROFECÍA DE CRISTO

Jesús la pronunció cuando había hablado a sus apóstoles de los sufrimientos que durante la prédica del Evangelio tendrían que soportar por parte de los judíos en Palestina. Con el objeto de consolarlos, agregó que estas persecuciones felizmente no durarían mucho tiempo, porque antes de los apóstoles hubiesen terminado su misión serían sorprendidos por la llegada de Cristo al Juicio Final: "Amén, os digo, vosotros no terminaréis con (la prédica en) las ciudades de Israel, hasta que no vuelva el Hijo del Hombre". (Mat. 10, 23).

Como se ve, dirige Jesús su palabra a los mismos apóstoles, diciéndoles que ellos mismos no podrían terminar su prédica en la Palestina antes de su vuelta quiere decir, que Cristo ni piensa siquiera en sucesores de los apóstoles, o en una conversión de todo el mundo cuando apenas queda tiempo para la conversión de la Palestina.

Según esta profecía y la anterior, la vuelta de Cristo en ningún caso podría demorar más allá del primer siglo. Al contrario, como Cristo hizo estas profecías más o menos en el año treinta y tres, su vuelta al mundo debía haber tenido lugar, a más tardar, a fines del primer siglo.

TERCERA PROFECÍA DE CRISTO

Esta profecía es la más importante de todas, se destaca muy especialmente por el hecho que Cristo repite constantemente a sus apóstoles, que son ellos mismos quienes tendrán que sufrir todas las angustias que precedan su vuelta al Juicio. Además, la fecha de su regreso está aquí determinada por otro acontecimiento: la destrucción de Jerusalem, que según esta profecía deberá ocurrir poco antes de la vuelta de Cristo. Este culmina sus palabras con la solemne promesa de que no pasará la actual generación sin que no se produzca todo cuanto haya dicho.

Por la gran importancia de esta profecía, he creído necesario reproducirla íntegra, por más extensa que sea. He elegido el texto del evangelista Mateo, con el cual coinciden más o menos, los textos de Marcos y Lucas. He aquí el relato:

"Cuando Jesús abandonó el templo y se alejaba, se le acercaron sus discípulos para llamar su atención sobre el edificio del templo. Pero él les explicó: no hagáis caso de esto; amén os digo, que no quedará ninguna piedra sobre la otra.

Cuando más tarde estaba sentado en el Monte Olivo, se le aproximaron sus discípulos y le preguntaron: ¿Cuándo será todo esto y cuál es la señal de tu vuelta y del fin del mundo?.

Jesús les contestó: cuidado que nadie os engañe porque muchos van a abusar de mi dignidad y os dirán: yo soy el Cristo –y seducirán a muchos. Vosotros sentiréis de guerras y rumores de guerra. Cuidaos, sin embargo. Que no perdáis el ánimo; porque así debe venir- pero todavía no es el fin.

Pues se levantará un pueblo contra el otro y un imperio contra el otro. También habrá aquí y allá peste, hambre y temblores; pero todo esto es sólo el principio de las angustias.

Entonces os entregarán al suplicio y os matarán [1]: porque seréis odiados por todos los paganos de Palestina por mi nombre.
Muchos van a sucumbir entonces, a traicionar y odiarse los unos a los otros. También surgirán muchos profetas falsos que engañarán a muchos. Y como el ateísmo abunda, se enfría en muchos el amor. Pero quien soporte hasta el fin, será salvado.
Y este Evangelio del reino de Dios será predicado en todo el país (Palestina), para que sea confesado delante de todos los paganos y entonces vendrá el fin.
Tan pronto como vosotros veáis la "horrorosa abominación", de la cual habla el profeta Daniel [2] –el que lea esto que lo entienda bien- huyan los que de vosotros vivan en Judea a las montañas, y el que esté en la terraza no baje para sacar sus cosas de la casa, y quien esté en el campo no vuelva para sacar su vestido.
Mas ¡ay de las preñadas y de las que críen aquellos días –Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en sábado porque habrá una tribulación tan grande como no fue nunca desde el principio del mundo hasta ahora, ni será. Y si aquellos días no fueran acortados, no se salvaría nadie; mas, por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados.
Si entonces alguien os dice: he aquí está Cristo o allí, no creáis. Porque se levantarán falsos Cristos y falsos Profetas [3] y darán señales y prodigios grandes para seducir si fuera posible hasta a los escogidos. He aquí, os lo he dicho de antemano.
Así que si alguien os dice: ¡Mirad, él está en el desierto –no salgáis! ¡Mirad, él está en las cámaras –no creáis!. Porque como un relámpago (que sale en el Oriente y brilla hasta el Occidente) así será la vuelta del Hijo del Hombre; los buitres se juntan allí donde hay un cadáver. (El cadáver son los pecadores; y donde hay pecadores tendrá lugar el juicio).
Pronto después de la tribulación de aquellos días, el sol se obscurecerá, la luna no dará ya su lumbre, las estrellas caerán del

---

[1] Lucas dice con más exactitud y en conformidad con las anteriores profecías : "algunos de vosotros matarán". (Luc. 21, 16).

[2] Al referirse a la colocación de un ídolo en el templo de Jerusalem. (Dam. 11, 31), y no la destrucción de Jerusalem (Dam. 9, 27).

[3] En el año 132 después de Jesucristo, el judío Bar-Kochba se declaró Mesías, siendo reconocido por el rabino Akiba. También los judíos Theudas, Jakob y Simón, se hicieron pasar por Mesías.

Cielo [1] y las fuerzas del Cielo serán conmovidas. Y entonces aparecerá el signo del Hijo del Hombre en el Cielo y se lamentarán todas las tribus del país y verán al Hijo del Hombre venir en las nubes del Cielo con gran poder y majestad. Y él mandará a sus ángeles con fuertes voces de trompeta y juntarán sus escogidos de los cuatro vientos y desde un horizonte a otro.
De la higuera aprended esta similitud: cuando brota su rama y salen sus hojas, sabéis que el verano esta cerca. Así también vosotros, cuando veáis todo esto, sabréis que mi vuelta está cerca, a las puertas.
Amén os digo: esta generación no pasará, hasta que no acontezcan todas estas cosas. Cielo y tierra pasarán pero mis palabras no pasarán". (Mat. 24, 1 – 35; Marc. 13, 1 – 32; Luc. 21, 5 – 33).
En esta profecía podemos hacer constar tres hechos:
Primero, Cristo, contestando a la pregunta de los apóstoles sobre el fin del mundo, dice que tendrá lugar poco después de la destrucción de Jerusalem, que se produjo en el año 70, de acuerdo con una supuesta profecía de Daniel.
Segundo, Cristo dice a los apóstoles que son ellos mismos quienes tendrán que sufrir todas las angustias que precedan tanto la destrucción de Jerusalem, como el fin del mundo.
Tercero, Cristo declara finalmente, en la forma más solemne que ambos hechos acaecerán antes de desaparecer la actual generación.
Con esta última declaración, Cristo repite lo que había dicho en las primeras dos profecías, sólo que la solemnidad de su promesa esta vez es muy superior a la de los vaticinios anteriores.

CUARTA PROFECÍA DE CRISTO

Pronunció Jesús esta profecía el día de su muerte y se puede agregar que murió por ella. En efecto, ya preso, fue llevado a la presencia del Sumo Pontífice Caifás quien a raíz de esta profecía lo declaró reo de muerte. He aquí el relato bíblico:
"El Pontífice le dijo: te conjuro por el Dios viviente que nos digas si eres tú el Cristo, Hijo de Dios.

---

[1] Se ve que el autor de la profecía era de la opinión que el Sol, la Luna y las estrellas eran unos discos fijados en el Cielo, que en más o menos un cuarto de hora podían caer sobre la Tierra. ¡Pobre astronomía! .

Jesús contestó: tú lo has dicho; además os digo: dentro de poco [1] veréis al Hijo del Hombre a la derecha de Dios y venir en las nubes del Cielo".

Entonces el Pontífice rasgó sus vestidos, diciendo: Blasfemo: ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? ¡He aquí, ahora habéis oído su blasfemia! ¿Qué os parece?.

Y respondiendo ellos dijeron: "es reo de muerte". (Mat. 26, 63; Marc. 14, 62; Luc. 22, 69).

El lector habrá advertido que también en esta profecía, Cristo se dirige a su auditorio: el Pontífice y la gente que lo rodea, y les asegura solemnemente que ellos mismos lo verán dentro de poco venir en la gloria de su Padre.

QUINTA PROFECÍA DE CRISTO

Encontramos esta profecía en el evangelio de San Juan. Jesús la hizo después de su resurrección, cuando sorprendió a sus apóstoles, ocupados en la pesca en el mar de Tiberíades. Dice el texto:

"Cuando Pedro se dio vuelta y vio seguir a aquel discípulo, al cual amaba Jesús (el que también se había recostado en su pecho durante la Cena y le había dicho: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar?), entonces Pedro, viéndolo a este, dice a Jesús: "Señor ¿y éste, qué?.

- Jesús le contesta: "Si yo quisiera que él quede, hasta que yo venga, ¿qué te importa a ti?- ¡Sígueme tú!".

Salió entonces este dicho que entre los hermanos que aquel discípulo no había de morir. Mas Jesús no dijo: no morirá –sino: si yo quisiera que él quede, hasta que yo venga, ¿qué te importa a ti?". (Juan 21, 20).

También en esta profecía dice Cristo indirectamente, que él volverá estando la actual generación con vida. De lo contrario, su contestación a Pedro sería ridícula; porque Juan solamente habría podido quedarse hasta la vuelta de Cristo, si ésta hubiese tenido lugar dentro de un tiempo razonable. Los mismos discípulos entendieron de esta profecía, que la vuelta de Cristo estaba muy

---

[1] Mateo había escrito en su evangelio la palabra hebrea "mehat" que significa : dentro de poco ; y no la palabra "meatha", que significa : desde ahora –como por un error interpretó la traducción griega de este evangelio -. El mismo lector podrá juzgar, que las palabras : "desde ahora veréis al Hijo del Hombre", etc., no tienen ningún sentido, pero, si, las palabras : "dentro de poco veréis al Hijo del Hombre". Del resto, poco importa esta diferencia, porque en ningún caso la profecía tiene otro sentido del que aquí se le da.

cerca y hasta creían que Juan no moriría antes de ese acontecimiento. El apóstol corrige esta última creencia en forma condicional, no la primera, y afirma en su carta, como veremos más adelante, que Cristo pronto volverá.
Así confirma esta profecía las anteriores en todo sentido.

SEXTA PROFECÍA DE CRISTO

Esta última profecía la hizo Cristo en el momento de su ascensión al Cielo. Son las últimas palabras de él, según el evangelio de Mateo. Dice el texto:
"Yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". (Mat. 28, 20).
Cristo promete aquí a sus apóstoles que él estará con ellos, o sea que no los abandonará, ¿Hasta cuando? ¿Hasta su muerte?. No, porque antes de esta muerte se cumplirá la gran promesa, la gran profecía de Cristo; pues el volverá mientras que, por lo menos, algunos de sus apóstoles estuvieren con vida. Y por eso les promete aquí estar con ellos hasta el fin del mundo. Promete estar "con ellos". No habla de sus sucesores. En efecto. ¿Para qué? Si él volverá tan pronto, si ellos viven todavía, si no acaban de predicar el evangelio en la Palestina, si tienen que vigilar y estar alertas, porque el día menos pensado viene Cristo. como un ladrón en la noche, como un rayo del Cielo- ¿Para qué entonces sucesores de los apóstoles?. Efectivamente: ¿para qué?.
En resumen de todo esto, es posible establecer que Cristo en cada una de las seis profecías prometió, en forma inequívoca, que él volvería al Juicio Final, mientras que la entonces generación contemporánea y hasta algunos de sus discípulos estuvieran todavía con vida.
Que este era el sentido de las profecías de Cristo está ampliamente confirmado por una serie de palabras y parábolas, que son la consecuencia natural de su convicción de que próximamente volvería al mundo.
Pues si era cierto que Cristo, dentro de poco e inopinadamente (ni él mismo sabía indicar la fecha exacta), volvería al Juicio Final para llevar los buenos al Cielo y los malos al infierno, entonces era necesario que sus fieles, los cristianos, estuvieran listos para aquel día.
Y así Cristo pronunció una serie de amonestaciones y parábolas, inculcando con ellas a los suyos que vigilaran y estuvieran preparados para el día de su vuelta al mundo. Recuerdo tan sólo la parábola de las cinco vírgenes prudentes que estaban listas con

las lámparas preparadas y provistas de aceite, y las cinco fatuas que durmieron no teniendo aceite en sus lamparas. De repente viene el novio celeste y lleva a las prudentes consigo, mientras que las fatuas van en busca de aceite, perdiendo de esta manera la entrada al Cielo. Termina esta parábola con las palabras. "Velad pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir". (Mat. 25. 1 – 13). Recuerdo además la parábola del ladrón en la noche, quien viene sin avisarse, y con quien compara Cristo su llegada, concluye esta similitud con la frase: "Luego también vosotros estad listos, porque el Hijo del Hombre ha de venir a la hora que no pensáis". (Mat. 24, 44). Y la parábola del siervo que dormía, cuando su amo lo sorprendió con su llegada, imparte la moraleja: "Vendrá el Señor de aquel siervo el día que no espera, y la hora que no sabe; y lo separará, y le dará su parte con los hipócritas, donde habrá clamor y crujir de dientes". (Mat. 24, 50). También en Mateo 24, 42 dice Cristo: "Velad, pues, porque no sabéis a que hora ha de venir vuestro Señor".

Como se ve, dirige Cristo en todas estas manifestaciones su palabra directamente a sus oyentes, apercibiéndolos a fin de que estén listos y preparados para el día de su llegada. Nos preguntamos: ¿Para qué estas continuas y constantes amonestaciones para prepararse para el Juicio Final, si Cristo no hubiese tenido la firme convicción que él retornaría dentro de muy poco tiempo? ¿podía haber hablado así, sabiendo que iban a pasar miles de años antes de su vuelta?. Sólo un hombre ciego y lleno de prejuicios podría afirmar tal cosa. Quien toma y lee los textos en el sentido natural y real que tienen, llega sin ninguna duda a la absoluta seguridad de que Cristo efectivamente tenía el propósito y la convicción de volver pronto al Juicio Universal.

Finalmente deducimos igual resultado de otra clase de palabras de Cristo, las que se refieren a la predicación del evangelio.

En efecto, si Cristo iba a volver tan pronto al Juicio Final, si, según sus propias palabras, los apóstoles hasta aquel momento no podrían terminar ni siquiera la conversión de la Palestina, ¿qué objeto tenía entonces una conversión del mundo que en ningún caso hasta su vuelta podía realizarse?.

Y así vemos que Cristo considera que tanto su propia tarea, como la de los apóstoles, consiste tan sólo en convertir a los judíos y hasta prohibe a sus apóstoles predicar el evangelio a los paganos. He aquí sus palabras.

“No vayáis a los paganos, sino a las ovejas perdidas de Israel”. (Mat. 10, 5). “He sido mandado solamente a las ovejas perdidas de la casa de Israel. (Mat, 15, 24). “Vosotros seréis mis testigos en Jerusalem y en toda la Judea y Samaria y hasta los límites del país”. (Actos de los Ap. 1, 8). “Id y predicad a todas las tribus (las doce tribus de Israel) y bautizadlas en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. (Mat. 28, 19).

En consecuencia los apóstoles se limitaron a predicar tan sólo a los judíos de Palestina, salvo muy raras excepciones, como lo es la conversión del capitán pagano Cornelio (Actos 10) que, por otra parte, dio motivo a violentas recriminaciones por parte de los judíos convertidos a la fe cristiana, pues éstos consideraban a las gentes extrañas a su raza, y en especial a los romanos, como gente inferior, a los cuales calificaban de perros inmundos.

Como condición previa para admitirlos en las nuevas creencias, exigían de ellos el cumplimiento de los actos y reglas de Moisés. Sólo la autoridad de San Pablo pudo imponer –después de muchas luchas- el reconocimiento de la propagación del Evangelio entre los paganos. La resolución definitiva fue tomada recién en el concilio de los apóstoles en el año 50 (Actos 15).

Esta resolución fue facilitada por los grandes milagros que San Pablo había efectuado entre los paganos, considerándoselos como una aprobación de la obra del apóstol por parte de Dios. Sólo así se explica esta medida que contrariaba al espíritu y a la práctica de Cristo y su expreso mandato.

En efecto, si Cristo hubiese alguna vez encargado a los apóstoles predicar el Evangelio también a los paganos, esas dificultades jamás habrían surgido. Pero Cristo no encomendó tal prédica, porque estaba seguro de su próxima vuelta al mundo para el Juicio Final.

En resumen, podemos ahora constatar que Cristo, en mil diferentes oportunidades y en mil variaciones, anunció su próximo retorno al mundo, que este era el “amén” de toda su prédica, y la sanción de su Evangelio, debiendo su vuelta realizarse en vida de la generación que le era contemporánea.

Y ahora estos mismos hechos, aunque ya estén comprobados, recibirán su confirmación definitiva en los escritos de los apóstoles, los continuadores inmediatos del Mesías.

II

LA PROFECÍA DE CRISTO EN LOS ESCRITOS DE LOS APÓSTOLES

Nadie mejor que los mismos apóstoles debían conocer la doctrina de Cristo y su verdadero significado. Ellos habían seguido a Jesús desde sus primeros pasos, y de él habían recibido prácticamente su doctrina, le habían escuchado sus predicciones, y adquirido la convicción de su próximo regreso.

Imbuidos de estas ideas y francamente convencidos de ola verdad de su vaticinio, no omitieron nunca en su campaña de difusión del nuevo espíritu creado por el Maestro, la mención de su próxima vuelta, insistiendo en este hecho, y transformándolo en uno de los más sólidos pilares de la doctrina, y en uno de los alicientes e incentivos más seductores para atraer a la masa de los oyentes.

Si estos apóstoles, los discípulos más selectos, los continuadores de la cruzada elegidos por el mismo Mesías para llevar su verbo a todos los rincones de Palestina, expresan clara y precisamente en sus escritos la seguridad del regreso del Redentor, nosotros logramos presentar un nuevo argumento tan fidedigno, tan contundente, tan indestructible como el primero, del error que el transcurso del tiempo ha permitido ver que existía en ese anunció, y en esa doctrina.

Ahora bien, quien ha dejado más escritos, en los cuales, con una sinceridad, claridad e insistencia que a veces confunden, preanuncia la próxima vuelta de Cristo al mundo, es el apóstol Pablo el que por su incansable actividad ha contribuido más que nadie a la divulgación de la doctrina cristiana. Como el estudio de sus cartas me ha ocupado durante ocho años, y la versión que hice de ellas mereció señalados elogios por ser la primera y única traducción fiel [(1)], hablo aquí más que nunca con absoluto conocimiento de causa. He aquí los testimonios:

PRIMER TESTIMONIO
(Carta a los Corintios – 1. Cor. 15, 51)

"Mirad, os anuncio una profecía: no todos nosotros moriremos; pero todos seremos transformados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, en el último toque de la trompeta. Pues sonará la trompeta y entonces tanto los muertos resucitarán en incorruptibilidad, como nosotros seremos transformados, porque

---

(1) Padre A. Stonner S. J., profesor de la Universidad de Viena : las cartas de San Pablo de Griese son muy excelentes. No dejo de reconocer que es la mejor traducción de San Pablo. Por primera vez un Pablo que se comprende a la primera lectura.

es necesario que esto corruptible sea vestido de incorrupción y esto mortal de inmortalidad".
Esta palabra de San Pablo no puede ser más clara. El apóstol está absolutamente convencido que el Juicio Final lo encontrará a él y a los corintios en general, con vida todavía. Cree que al último toque se levantarán los muertos vestidos de un cuerpo incorruptible, y que él y los corintios entonces, se transformarán en un momento, cambiando su cuerpo mortal por un cuerpo inmortal.

SEGUNDO TESTIMONIO

(Carta a los Tesalónicos – 1. Tes. 4, 13)

"Sobre la suerte de los dormidos (muertos) no quisiéramos dejaros en ignorancia, hermanos, para que no os aflijáis como los demás que no tienen ninguna esperanza. Porque, como creemos que Jesús después de haber muerto resurgió, así Dios llevará a los dormidos por Jesús y con él, arriba hacia sí".
"Pues os aseguramos con una palabra del Señor, que nosotros, que estamos todavía en el mundo y quedaremos vivos hasta la vuelta del Señor, no llegaremos por eso antes que los dormidos a la meta. Porque cuando el toque de alarma retumbe y el Arcángel su voz levante, la trompeta de Dios suene, y el Señor mismo descienda del Cielo, entonces primero surgirán los muertos en Cristo;: recién después también nosotros, que quedamos en vida, seremos llevados juntos con ellos hacia el Señor".
Para comprender el motivo que determinó esas manifestaciones de San Pablo, es necesario recordar que los tesalónicos estaban inquietos por la demora de la vuelta de Cristo, tantas veces prometida, y esta inquietud creció, cuando algunos miembros de la colectividad cristiana murieron; pues se temía que ellos no podrían participar en la vuelta de Cristo. Con esta preocupación se dirigieron a San Pablo, quien entonces les escribió el párrafo citado. El efecto fue sorprendente. Los tesalónicos, seguros ahora de la inminencia de la vuelta de Cristo, hasta dejaron de trabajar (2 Tes. 3, 11), no pensando en otra cosa, sino en la llegada de Cristo. En esta seguridad fueron excitados por exaltados, que en las reuniones religiosas [1] se daban por posesos del Espíritu Santo,

---

[1] Las reuniones religiosas de los cristianos en tiempos de los apóstoles estaban bajo el signo de una exaltación general. Según la carta de San Pablo a los Corintios (1. Cor. 12 – 14), quienes tenían el poder de hacer milagros ; quienes hablaban en otros idiomas sin comprender lo que decían (1. Cor. 14, 14) ; quienes sabían explicar lo que aquellos manifestaron, etc. : en una palabra, todos los cristianos, tomaron activa parte en el

vaticinando la inminente llegada de Cristo, como si ésta fuera ya un hecho.

El apóstol, enterado de este estado anormal, se vio obligado a dirigirse nuevamente a los tesalónicos, y en un pasaje un tanto confuso de esta segunda carta, niega haber dicho que el día del Señor hubiese llegado ya, desautorizando a la vez a los exaltados. Recuerda a los tesalónicos haberles dicho, que antes de la vuelta del Señor debería aparecer el Anticristo, cuyos primeros indicios ya se notan, el que pronto vendrá seguido por Cristo, quien lo matará. En otras palabras: San Pablo no retira sus anteriores manifestaciones, sino que las suaviza para confirmarlas nuevamente. He aquí el texto:

TERCER TESTIMONIO
(SEGUNDA CARTA A LOS TESALÓNICOS – 2. TES. 2, 1)

"Os rogamos hermanos no exaltaros tan pronto por la vuelta del Señor Jesucristo y nuestra unión con él, y no dejaros confundir ni por un exaltado, ni por una supuesta palabra o una carta de nosotros, como si nosotros hubiésemos dicho: el día del Señor ya está. ¡Que nadie os engañe de ninguna manera!".

"Porque primero debe venir el apóstata, el gran malhechor, el hijo de la perdición, aquel opositor que se levanta por encima de todo lo que se llama Dios y divino, de tal suerte, que se siente en el templo de Dios (en Jerusalem), haciéndose pasar por Dios. ¿No os recordáis que os decía esto, cuando estaba todavía con vosotros?".

"Y ahora aprended también el obstáculo que recién lo deja aparecer en su tiempo. Porque aquella profecía ya se engendra. Sólo falta que aquél que retiene la iniquidad, se quite de en medio, y entonces se manifestará el inicuo a quien el Señor en su magnífica aparición matará y aniquilará con un soplo de su boca, y cuya presentación, como obra de Satán, se produce con toda clase de milagros y signos falaces, y con toda clase de seducciones en castigo de los condenados, porque han rechazado la doctrina de la verdad, por la cual debían salvarse".

CUARTO TESTIMONIO
(PRIMERA CARTA A LOS CORINTIOS – 1. COR. 7, 25)

---

desarrollo del servicio divino a excepción de las mujeres, a las cuales San Pablo prohibió terminantemente cualquier intervención en la función religiosa (1. Tim. 2, 11 ; 1. Cor. 14, 35) limitando sus deberes a ser buenas madres de familia (Tit. 2, 5 ;Efes. 5, 22).

Este testimonio tiene su origen en una pregunta que por carta hicieron los corintios al apóstol, porque también ellos creían la próxima llegada de Cristo y sabían las angustias que a este acontecimiento precedían. Seguramente conocían también la palabra de Cristo: "¡Ay de las preñadas y de las que críen en aquellos días!". (Mat. 24, 19). Por esta razón le preguntaron a San Pablo si en vista de todo esto no sería mejor que los padres de hijas núbiles impidieran que éstas se casaran ; pues en aquel tiempo decidía el padre sobre el casamiento de las hijas. San Pablo, fiel a su convicción del próximo fin del mundo contesta a la pregunta con las siguientes palabras: "Respecto a las vírgenes no he recibido ningún mandamiento por el Señor; pero puedo dar un consejo en esta causa, por cuanto el Señor me dio la gracia de ser buen consejero". "Creo, pues, que por la inminente angustia es lo mejor que ellas queden así (es decir: vírgenes), ya que para cada uno de nosotros sería lo mejor estar así". "Si ya estás ligado a una mujer, no busques la separación. En cambio si estás libre de mujer, no la busques". "Pero si a pesar de esto te casaras, no cometerás ningún pecado. Tampoco pecaría la virgen si se casa, pero sufrirá angustias terrestres, de las cuales yo os quisiera preservar". "Porque os digo, hermanos míos, que nuestro tiempo está muy escasamente medido". "Por eso también aquellos que tienen mujer, vivan así, como si no la tuvieran; y los que lloran, vivan así como los que no lloran; los que se alegran así como quienes no se alegran; los que comercian con el mundo, así como quienes no comercian con él". "Porque la gloria de este mundo pasa". A estas palabras de San Pablo agrego tan solo, que si los cristianos hubiesen seguido el consejo del apóstol, no tendría yo necesidad de escribir este libro. Los siguientes testimonios serán reproducidos sin comentario alguno, ya que no lo necesitan.

QUINTO TESTIMONIO

(1. Cor. 1, 4)

"Siempre agradezco a Dios por vosotros, debido a la gracia que Dios os ha dado en Jesucristo". "Porque en él habéis conseguido superabundancia en todo sentido: en toda clase de lenguas y de inteligencia (por lo cual la doctrina de Cristo fue confirmada entre vosotros) de suerte, que no os falta ningún don del Espíritu y sólo esperáis la aparición de Nuestro Señor Jesucristo".

SEXTO TESTIMONIO

(Carta a los Filipos – Fil. 1, 9)

"Y por eso ruego que vosotros, amados míos, aumentéis cada vez más en sabiduría y verdadera inteligencia, para distinguir lo bueno de lo malo, de suerte que estéis íntegros y sin manchas en el día de Cristo, cargados con los frutos de la justicia".

SEPTIMO TESTIMONIO

(Fil. 3, 20)

"Nuestra patria en cambio es el Cielo. De allí también esperamos nosotros al Señor Jesucristo como nuestro redentor. Él transformará nuestro cuerpo miserable para ser semejante a su cuerpo transfigurado, mediante la facultad que tiene de poder sujetar a sí todas las cosas". "Luego de esta esperanza, mis muy queridos hermanos, mi alegría y mi corona, estad firmes en el Señor".

OCTAVO TESTIMONIO

(1. Tes. 5, 23)

"Pero él mismo, el Dios de la paz, os santifique enteramente, y vuestro espíritu, alma y cuerpo, queden conservados inmaculados hasta la vuelta de Nuestro Señor Jesucristo. Él que os llamó, responde, que también lo hará".

NOVENO TETSTIMONIO

(2. Tes. 1, 6)

"Es pues, justo, que Dios [1]:

1) retribuya con angustia a vuestros opresores.

2) pero de alivió a vosotros, los oprimidos en unión con nosotros";

Ad 1) "cuando el Señor Jesús con los ángeles, como ejecutores de su poder, aparece desde el Cielo para castigar con llamas de fuego a aquellos (paganos) que no quieren saber nada de Dios, y a aquellos (judíos), que no prestan obediencia al Evangelio de Nuestro Señor Jesús. Y éstos sufrirán, como castigo, la eterna perdición, separados de la faz del Señor y de su gloria y potencia";

Ad 2) "cuando vendrá en aquel día, para ser glorificado en sus santificados y (rodeados de todos vosotros, que habéis aceptado la fe) para ser admirado".

DÉCIMO TESTIMONIO

(1. Tim. 6, 13)

"Te amonesto delante de Dios, quien llena todo con vida, y delante de Jesucristo, quien ratificó nuestra hermosa confesión con la muerte, que te conserves sin mancha y sin reproche en la doctrina, hasta la aparición de Nuestro Señor Jesucristo".

---

[1] San Pablo aplica aquí una forma literaria griega : el chiasmo.

UNDÉCIMO TESTIMONIO
(Tit. 2, 11)

"Porque la gracia de Dios evidenció su poder redentor en todos los hombres, pues nos induce a deponer la iniquidad y los deseos mundiales, a vivir sobrios, justos y piadosos en este mundo, y a esperar nuestra beata esperanza; la aparición de la majestad de Nuestro Gran Dios y Redentor Jesucristo".

DUODÉCIMO TESTIMONIO

Terminamos las citas de las cartas de San Pablo con algunas frases aparecidas en sus escritos y dichas de paso: "Esto fue escrito para prevenirnos a nosotros, sobre los que ha venido el fin de los tiempos". (1. Cor. 10, 11).

"El Señor está cerca". (Fil. 4, 5).

"Porque la salvación no está ahora más cerca que cuando hemos aceptado la fe". (Rom. 13, 11)

"Pero sepa que para estos últimos tiempos cosas terribles están por llegar". (2. Tim. 3, 11).

En lo sucesivo citaré también algunos otros apóstoles, para que el lector vea que también ellos creían en la próxima vuelta de Cristo.

DÉCIMO TERCER TESTIMONIO
(Carta de San Juan – 1. Juan 2, 18)

"Hijos, ya está la última hora, y como habéis oído que viene un Anticristo, así existen ahora muchos Anticristos. En esto se conoce la última hora".

DÉCIMO CUARTO TESTIMONIO
(Carta de San Pedro – 1. Pedro 4, 7)

"Ha llegado el fin del mundo".

Esta manifestación le salió a San Pedro –como parece- al revés de lo que había él mismo pensado. Pues la gente, cansada de oír tanto de la vuelta de Cristo y del fin del mundo, sin ver ni lo uno ni lo otro, empezó a murmurar y burlarse de la profecía.

San Pedro, quien siempre se había destacado por su temperamento bastante colérico, escribió enseguida toda una carta en la cual, con el fin de poner coto a estas opiniones irrespetuosas y subversivas, ataca a esos cristianos con un lenguaje bastante inusitado en este género de correspondencia [1].

El argumento de esta carta de San Pedro es el siguiente:

---

[1] Según la "Crítica del texto bíblico", esta segunda epístola de San Pedro ha sido confeccionada recién en 150 p.J. –Es por lo tanto una carta apócrifa, escrita con el propósito de encubrir el fracaso de la profecía de Cristo.

“Dios os ha dado las más grandes y más preciosas promesas, mediante las cuales os haréis partícipes de la naturaleza divina en el día del Juicio Final (2. Pedro 1, 4). Pero hay que cultivar las virtudes y evitar los vicios; entonces, la entrada al reino eterno os quedará abierta (2. Pedro 1, 11); “Porque no os hemos dado a conocer la poderosa vuelta de Nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas inventadas, sino por haber visto su majestad con nuestros propios ojos”. (2. Pedro 1, 16).

“Pero hay falsos profetas, aún entre vosotros (2, 1), que seducen a muchos; pero a todos ellos castigará Dios en el Día del Juicio (2, 9). Habría sido mejor para ellos no haber conocido nunca el camino de la salvación (2, 21). Escribí esta carta para que recordéis siempre la doctrina de los apóstoles”.

“Pues sabed antes de nada que en los últimos días vendrán burladores que andan tras sus propios deseos y dirán: “¿Dónde está su prometido retorno?”. (3, 2).

“Pero no olvidéis que delante del Señor un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no difiere el cumplimiento de su promesa (aunque algunos la tengan por tardanza), sino es paciente para con nosotros, porque no quiere que perezca nadie, sino que todos se dejen conmover a la penitencia”. (3, 8).

“Pero vendrá el día del Señor como un ladrón. En él, el Cielo estrellado pasará con gran estruendo y la Tierra con todo lo que está en ella será quemada”. (3, 10).

“Si por lo tanto, este Universo se disolverá, cuanto más estáis entonces obligados a una vida en santas y piadosas conversaciones - vosotros que con ansia esperáis la llegada del día de Dios...”. (3, 12).

“Por eso, amados, ya que vosotros esperáis tal cosa, procurad que seáis hallados de él sin mácula, sin reprensión y en paz”. (3, 14).

“¡Aprovechad, pues, la paciencia del Señor para vuestra salvación!”.

“Así también ha escrito nuestro querido hermano Pablo (con la sabiduría que le ha sido dada) en todas sus cartas, en las cuales habla de esto; entre lo cual hay algunas cosas difíciles de entender, y las que los indoctos e inconstantes tuercen en su perdición, como lo hacen también con otros textos de la escritura”. (3, 16).

Des esta carta del apóstol Pedro deducimos lo siguiente:

Primero: ya en tiempos de los apóstoles muchos cristianos se dieron cuenta que la vuelta de Cristo era una fábula.

Segundo: San Pedro trata de explicar la aparente demora, diciendo que se debe a la paciencia del Señor delante del cual mil años son como un día, y un día mil años, produciendo con esta comparación una confusión, pues este criterio no es del caso por cuanto Cristo no se había referido a años o días, sino sólo prometido volver en la generación contemporánea, estando los apóstoles todavía con vida. Luego no hay aquí cuestión alguna de mil años.
Tercero: San Pedro busca otra salida, diciendo que las manifestaciones de San Pablo sobre la vuelta de Cristo son en parte obscuras y difíciles para entender. Esto no es cierto, como hemos visto. Lo único que hay es que San Pedro, en el gran apuro en que le han colocado, trata de ocultar el verdadero sentido de la profecía en cuestión.
Cuarto: a pesar de todo repite el apóstol Pedro varias veces, que pronto ha de llegar el día del Señor y que todos estén listos, pues Cristo no tardará en volver.
Y con esta promesa de la vuelta de Cristo se ha ido desde los tiempos de los apóstoles de siglo en siglo.
La historia eclesiástica relata que antes del año 1,000 innumerables personas se volvieron locas o se mataron por miedo de la próxima llegada de Cristo. Ahora dicen que es el año 2,000. Cuando estaba en el primer tiempo en el convento, teníamos un padre (W. W.) quien de libros proféticos, especialmente de “mujeres santas”, sabía calcular que la abuela del Anticristo ya debía estar en el mundo, y que el fin de éste sería infaliblemente antes del año 2,000!.
No necesito repetir que no hay ya posibilidad de una vuelta de Cristo, y que el mundo después del año 2,000, seguirá existiendo como antes. Lo que hay es que los teólogos, desde los tiempos de los apóstoles, han querido dar a esta profecía de Cristo un tiempo indefinido para crear una eterna ilusión en el creyente y justificar la subsistencia de la Iglesia y la sucesión de los apóstoles.
La profecía de la vuelta de Cristo se ha convertido en la famosa espiga de trigo del carro del labriego, que éste utilizaba para hacer avanzar a su asno.
Lo que a nosotros interesa en este asunto es el hecho que Cristo ha emitido una profecía que no se ha cumplido.
Este hecho –sea cual fuere la interpretación que se le dé- nos demuestra, más que ningún otro, que Cristo no era Dios. Cualquier tentativa de salvar la divinidad de Cristo fracasa ante este hecho.

El lector, quien sin prejuicio alguno ha leído este capítulo, no puede menos que reconocer esta gran verdad.

CAPÍTULO TERCERO
LA DIVINIDAD DE CRISTO A LA LUZ DE SUS MILAGROS Y DOCTRINAS

Cada uno de los capítulos anteriores basta por sí solo para concluir en la creencia de la divinidad de Cristo. La genuina y legítima interpretación del Nuevo Testamento respecto al origen de Jesús, y más aún su fracasada profecía del Juicio Final, son argumentos irrefutables contra ese punto cardinal de su personalidad.

Al contemplar ahora los milagros y las doctrinas de Cristo, podemos formular ya de antemano el juicio de que en ningún caso ellos podrían salvar su divinidad.

Frente a todo lo que nos digan los Evangelios sobre milagros y doctrinas de Cristo, esta el hecho que su principal y fundamental profecía ha fallado. Esto lo podemos controlar, aquello no.

Y si encima de eso tomamos en cuenta lo que en la segunda parte del presente libro se dirá sobre el origen del texto bíblico, y su relato de las doctrinas y milagros de Cristo ya no quedará más nada que hable a favor de su divinidad.

Pero, aún suponiendo la verdad de la Biblia, los milagros y doctrinas de Jesús quedan paralizados frente al fracaso de aquella profecía, que era, es y será, la piedra de toque respecto al origen divino o humano de su autor.

Tomemos un ejemplo: si del Tíbet viniesen algunas personas a referirnos la existencia de un Mesías, quien después de llevar una vida llena de milagros hubiese prometido regresar del otro mundo al cabo de unos 30 años, para redimir la humanidad, ¿qué pensaríamos, si pasados unos 70 u 80 años después de su muerte, no se hubiese realizado aquella promesa?. ¿Podríamos creer que tal hombre haya sido Dios?. De ninguna manera.

Todavía podríamos admitir que aquel hombre sólo se haya equivocado, y que su error no afecta su santidad. Mas aún: no por eso negaríamos que haya hecho milagros y que su doctrina sea muy buena; pero que aquel Mesías fuese Dios, ya no sería factible por más milagros que nos relaten de él.

Este el caso que tratamos. Supongamos que no sea posible negar con pruebas fehacientes que Cristo haya realizado milagros, por difícil que resulte comprobar la veracidad y exactitud de todos los que le atribuye el Nuevo Testamento; pero ellos no alcanzan ya a

reintegrarle su aureola divina, puesto que no ha cumplido su famosa profecía y no ha vuelto a salvar a los millares de creyentes que en aquella generación, diremos apostólica, lo estaban esperando con toda su fe, derramando por él hasta su sangre. No ha llenado entonces uno de los requisitos primordiales, el único quizás, que nos podría dar la certidumbre absoluta de su condición de enviado del Señor. Ninguna explicación, ningún sutil rodeo teológico podrá controvertir esta conclusión.

Es por esta razón que he querido tratar este asunto con tanto empeño, para que cada uno de mis lectores pueda darse cuenta y formarse un criterio propio, seguro e infalible sobre la cuestión de la divinidad de Cristo.

Prescindamos ahora de cuanto hemos dicho a priori contra el valor de los milagros y de las doctrinas de Cristo y examinémoslo separadamente bajo el punto de vista de su alcance probatorio.

I
LOS MILAGROS DE CRISTO

La fuerza probatoria de los milagros de Cristo sería evidenciada si se pudiera demostrar que sólo Cristo hizo milagros y que los hizo tan sólo con la ayuda de Dios.

Pero resulta que se puede comprobar justamente lo contrario de ambas condiciones.

En efecto: el mismo Jesús confiesa: “Surgirán falsos Cristos y falsos profetas, y harán grandes signos y milagros”. (Mat. 24, 24). Lo mismo asegura San Pablo del Anticristo diciendo: “Que se presentará con toda clase de prodigios falaces y milagros”. (2. Tes. 2, 9). Y el Viejo Testamento cuenta que los prestidigitadores del Faraón convirtieron varas en serpientes. (Exod. 7, 11).

Quiere decir entonces que no solamente fuerzas divinas, sino también otras, hasta contrarias a Dios, pueden hacer milagros. Además, ¿no hay milagros en cada religión?. ¿No reclama cada una de ellas prodigios en comprobación de su verdad?. Luego, los milagros no constituyen en sí un criterio suficiente para juzgar el origen divino o humano de una persona o doctrina; pues, resultaría demasiado difícil, por no decir imposible, establecer en cada caso si han sido efectuados por Dios o por otra fuerza distinta. Doblemente resulta esto difícil con respecto a los milagros bíblicos, que hoy día nadie puede ya controlar. Ni siquiera podemos constatar si los evangelistas han podido y han querido decir la verdad al respecto.

Hemos visto por lo tanto que Cristo no es el único que pretende haber hecho milagros; ahora veremos que tampoco hizo sus milagros únicamente con la supuesta ayuda divina.
Es preciso darse cuenta que si Cristo hubiese efectuado los milagros por ser Dios, o por tener una misión divina, el solo poder sobrenatural le habría bastado para producir toda clase de milagros. Pero ¿qué es lo que vemos?.
Cristo, antes de hacer un milagro, exige siempre fe a los enfermos. Y cuando esta falta, entonces ni el mismo Cristo puede hacerlos. Así le era imposible hacer milagros en su supuesta ciudad natal Nazaret. Dice San Marcos: "Él no podía hacer allí milagros, sólo sanaba algunos enfermos poniéndoles las manos encima. Y se sorprendió por la incredulidad de ellos". (Marc. 6, 5). Mateo agrega a esto expresamente: "Por su falta de fe no hizo allí muchos milagros". (Mat. 13, 58).
Asimismo, exige Cristo fe a sus apóstoles para que ellos a su vez puedan hacer otros milagros. Cuando después de la transfiguración en el Monte Tabor sus apóstoles no podían expulsar al diablo de un muchacho, Cristo lo sanó. Le preguntaron entonces sus discípulos: "¿Por qué no podíamos expulsarlo nosotros?" Jesús les contestó: "por vuestra incredulidad. Porque os aseguro, si tuvieras una fe aunque sea sólo tan grande como un grano de mostaza, podríais decir a esta montaña: muévete de aquí hacia allá, y se movería y nada os sería imposible". (Mat. 17, 20).
Todo esto demuestra lo que el mismo Cristo nos hace ver, que su poder de efectuar milagros depende en primer término de la fe de los interesados. En términos más corrientes podríamos decir de la sugestión, de esa sugestión que tanto auxilio puede prestar a las personas, hasta a los médicos en el ejercicio de su profesión.
El poder milagroso de esta fe lo he observado en Lourdes, donde en 1911 vi algunos milagros con mis propios ojos. Tuvieron lugar en la gran plaza delante de la basílica. Cada tarde se colocaban allí varios centenares de enfermos sobre catres, puestos en forma circular, mientras que veinte, treinta y más miles de espectadores los rodeaban. Cuando llegó el Obispo con el Santísimo Sacramento –aquella hostia que según la fe católica esconde a Cristo- un cura en el medio del círculo empezó a rezar en alta voz: "Jesús, faites que je voie". –Jesús haced que yo vea- . Y todos los espectadores, con un solo grito al Cielo, repitieron "Jesús, faites que je voie". Y siguió el cura con voz fuerte: "Jesús, faites que j' entende, faites que je marche". –Haced que oiga, haced que

marche, etc. Cada vez más intenso se oyen estos rezos, mientras que el Obispo va de enfermo a enfermo tocando con la hostia sus pies. Era como en aquellos tiempos, cuando Jesús pasaba de u enfermo a otro para curarlos a todos. El entusiasmo crecía de minuto en minuto. Todo el mundo sabía que el milagro no había de faltas y estábamos sumamente ansiosos de ver uno. "Jesús fils de David, ayes pitié de moi" –exclamó el cura- . Y gritó la muchedumbre: "Jesús hijo de David, tened piedad de mí", y he aquí, que salta un enfermo de su cama, para tirarse de rodillas dando las gracias a Dios con una lluvia de lágrimas.

Me contó, que la fuerza milagrosa le había pasado como un rayo por su cuerpo. Hace 11 años había caído de un techo, y desde entonces quedó paralítico. Ahora había sanado en un momento. También vi a una chica de 13 años que en un solo momento recuperó la vista, habiendo estado ciega desde su infancia, según me dijo su madre. Me convencí que casi la única diferencia entre los milagros de Lourdes y los de Cristo es el número de enfermos curados. Según la Biblia, Jesús sanaba a todos los enfermos, mientras que el porcentaje de los enfermos curados en Lourdes es muy escaso. De 100 milagros del año anterior fueron solamente 16 aprobados por la comisión que los examinó. Lo que también llamó la atención en aquel entonces era el hecho de que la gran mayoría de los médicos (más o menos 100) que atienden allí a los enfermos permanecieron incrédulos a pesar de los milagros, a los cuales nadie mejor que ellos podían examinar. Seguramente pensaban como su compatriota Zolá, quien dijo de los milagros de Lourdes: "Les faits sont réels; mais cet homme n' etait pas Deiu". Los hechos son verdaderos; pero este hombre (Cristo) no era Dios.

En efecto: los milagros de Lourdes son el resultado de la sugestión en un ambiente bien preparado, para que se produzcan aquellos fenómenos. Y si todavía no estamos en condiciones de explicar todos los milagros, algunos al menos han sido aclarados, no hallándose en ellos nada que pueda considerarse sobrenatural. Seguramente no dista mucho el día en que la ciencia, que tantos secretos milagrosos supo explicar, quite el velo de todos ellos, dejando a la luz del día las verdaderas causas de los prodigios, y ese día habrá muerto el milagro y la fe.

Respecto de los milagros de Cristo hay, además, tres razones particulares, por las cuales no los podemos admitir como prueba fehaciente.

En primer lugar, vemos que los Evangelios de los sinópticos (de Mateo, Marcos y Lucas) cuenta de una infinidad de personas endemoniadas, lo que llama poderosamente la atención. Ya, de por si, difícilmente se admite un fenómeno que en estos tiempos modernos no se ha observado en ninguna parte, y que es tan contrario al buen sentido, que sólo se explica como imaginación de una época que vio hasta el aire lleno de espíritus, como leemos en las cartas de San Pablo (Efes. 6, 12). Según los evangelios parece que la Palestina en aquel tiempo ha estado llena de estos endemoniados, cosa completamente inaceptable [1].

---

[1] El señor José Montorzi, capitán del ejército italiano, quien ha traducido este libro a dicho idioma, me hizo saber lo siguiente : "Respecto a los poseídos, quisiera comunicarle algunos hechos que yo mismo presencié a menudo durante mis cuatro años de permanencia en el África. Todos saben que el África está poblada de muchas razas, y las características que las diferencian son marcadas. Hay, por ejemplo, los Uologalas t los Galas, que tienen todas las características del hombre primitivo : frente inclinada con ángulos muy agudos, nariz chata, boca grandísima brazos tan largos que pasan las rodillas y pies muy grandes. Su modo de andar recuerda al de los monos : movimiento ondulatorio y rodillas dobladas. Hay también razas muy inteligentes, aunque casi primitivas, como los Sómalos. Y los poseídos entre dichas razas no escasean. Lo notable es que mientras más primitivas y bárbaras son, más abundan los poseídos. Los Uologalas, los Galas y, en general, los Abisinios, creen que un enemigo después de muerto puede hacer mal a quien odió en vida. El alma, una vez libre, se instala en la panza de su enemigo y lo trastorna hasta enfermarlo de tal manera, que moriría indefectiblemente a no ser por la intervención del hechicero, el cual, con palabras mágicas y con amuletos, obliga al espíritu a salir del cuerpo del poseído.

Con un médico, amigo mío, observé a un poseído durante toda su enfermedad. El mal se presenta cada vez con un marcado enflaquecimiento del enfermo, quien lo atribuye al espíritu del enemigo. Éste estado dura varias semanas, cuando el enfermo de repente sufre convulsiones horribles que sacuden al pobre de tal manera que en circunstancias normales los efectos de los golpes, etc., serían sin duda mortales. Estos ataques se repiten durante varios días, y es entonces cuando interviene el hechicero. Se acerca al enfermo pronunciando palabras misteriosas, Entonces las convulsiones del poseído llegan a su máximo, agregándose ahora gritos guturales y salvajes del enfermo. Pero el hechicero sigue aproximándose, y una vez al lado del poseído, sube por las rodillas sobre la panza, sede de la enfermedad, rezando en alta voz y ordenando con fuertes gritos al espíritu que salga. Un último y terrible sacudimiento inmoviliza el cuerpo del endemoniado, quien de repente se ve libre y sano. Algunas veces, el hechicero debe repetir su intervención, pero casi siempre consigue su objeto a la primera vez. Es de notar que en cualquier batallón de tropas indígenas, que forma parte del ejército (italiano, inglés, etc.), hay siempre un hechicero reclutado y pagado por el Gobierno para atender casos semejantes ".

Pero, ¿qué fe podemos tener en hombres con un criterio tan desviado y estrecho que nos relatan semejantes fábulas?. ¿Acaso son fidedignos en sus demás relatos?. De ninguna manera.
En segundo lugar, relatan los evangelistas una serie de milagros que francamente son inadmisibles desde todo punto de vista. Léase, por ejemplo, el siguiente milagro que se encuentra en el Evangelio de Mateo: "Desembarcados (Jesús y sus apóstoles) en la otra rivera del lago, en el país de los gerasenos, fueron al encuentro de él (saliendo de los sepulcros en que habitaban) dos endemoniados tan furiosos, que nadie osaba transitar por aquel camino. Y luego empezaron a gritar: "¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí con el fin de atormentarnos antes de tiempo?". No lejos de allí estaba una piara de cerdos paciendo. Y los demonios le rogaban de esta manera: "Si nos hechas de aquí, envíanos a esa piara de cerdos". Y él les dijo: "Id". Y habiendo ellos salido (de los hombre) entraron en los cerdos; y he aquí que toda la piara corrió impetuosamente a desempeñar por un derrumbadero en el mar y quedaron ahogados en las aguas. Los porqueros echaron a huir y llegados a la ciudad lo contaron todo y, en particular, lo de los endemoniados. Al punto toda la ciudad salió en busca de Jesús y, al verle, le suplicaron que se retirase de su país". (Mat. 8, 28 – 34). Éste relato huelga de comentario.
En tercer lugar, es sumamente extraño que San Juan en su Evangelio cuente una serie de milagros, de los cuales los sinópticos no sabe nada. Y lo que más llama la atención, es que estos milagros son de los más grandes que Cristo ha hecho; por ejemplo, la resurrección de Lázaro, la transformación del agua en vino, la cura del ciego de nacimiento, etc.
Ahora bien no es de suponer que justamente estos milagros, que causaron emociones muy fuertes en el pueblo judío, como lo atestigua el mismo San Juan, hayan sido desconocidos por los otros tres evangelistas. Ni tampoco pueden suponerse que hayan sido callados intencionalmente, cuando justamente ellos serían la mejor prueba para la misión divina de Jesús como demuestra San Juan, quien se aprovecha ampliamente de ellos para demostrar

---

Así dice el señor Montorzi. No hay duda que todo esto tiene una semejanza asombrosa con los relatos de la Biblia sobre los endemoniados ; solo que, en vez de Cristo, obra un hechicero con más o menos igual fuerza y éxito sobre los "demonios".

ese origen divino de Cristo, como él lo entendió. Queda entonces la seria sospecha de que San Juan con este fin los haya inventado.
Finalmente, podríamos agregar que hay una serie de contradicciones lisa y llanamente comprobadas entre los diferentes evangelistas. Recuerdo tan solo la cura de dos ciegos de Jericó, según Mateo (Mat. 20, 30), en cuyo caso San Marcos dice que era solamente un ciego (Marc. 10, 46).
Tales contradicciones se encuentran en los Evangelios a docenas.
En vista de todo eso, queda como única solución que los milagros de Cristo, lejos de ser una prueba de su origen divino, son paralizados en su eficacia por la Profecía del Juicio Final; no demuestran nada, y hasta carecen de la seguridad respecto a su verdad histórica, lo que comprobará todavía más en la siguiente parte de este libro.
Y para concluir: si según la misma Biblia, los judíos, testigos oculares de los milagros de Cristo, les negaron la fe, no veo por qué nosotros les prestemos esa fe, basándonos tan sólo en unos relatos de origen completamente dudoso.

II
LA DOCTRINA DE CRISTO

Veamos ahora si la doctrina de Cristo, aunque tampoco ella pueda salvar su divinidad, tiene por lo menos un origen divino.
Para que tenga tal origen, es indispensable que ésta doctrina esté libre de errores fundamentales. Porque por más sublimes que sean las enseñanzas de una persona, no puede admitirse su origen divino si hubiere errores esenciales en ellas.
Ahora bien, ya hemos conocido un error fundamental en la doctrina de Cristo: su profecía del Juicio Final, cuyo error evidencia en forma absoluta que ella era todo, menos divina.
Lo más notable es que Cristo completó este error mediante la descripción de lo que iba a suceder una vez que él hubiese vuelto al Juicio Final, mejor dicho después de que este Juicio hubiese tenido lugar.
En efecto, como atestigua la Sagrada Escritura, empezó Cristo su vida pública diciendo: “Reformaos, pues el Reino del Cielo está cerca”. (Mat. 4, 17). Poco después enseño a sus apóstoles el Padrenuestro, en el cual rezaban: “Que venga a nosotros tu reino”. (Mat. 6, 10). Esta prédica del futuro reino se fundaba en la esperanza de todos los judíos, según la cual el Mesías tenía por principal objeto fundar un nuevo reino de Israel con una gloria y un esplendor paradisiaco., Cristo, aprovechándose de esta esperanza

de los judíos, no sólo no la destruyó sino que la alentó en cada oportunidad. Cuando la madre de Zebedeos, Santiago y Juan, le pidió: “Di que se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu mano derecha y el otro a tu izquierda, en tu reino”, Jesús le respondió: “El sentaros a mi mano derecha y a mi izquierda no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi padre”. (Mat. 20, 20). Éstas peleas de los apóstoles por los primeros asientos en el futuro Reino de Cristo eran diarias, y, hasta en la última cena, se repitió dicha escena tan desagradable. Pero con todo esto Cristo en ningún instante les quitó a sus apóstoles esta esperanza. Hasta el ladrón en la cruz sabía de este reino de Jesús: “Señor recuérdate de mi cuando vengas en tu reino”. (Luc. 23, 42). Después de la Resurrección de Cristo los apóstoles le preguntaron: Señor, ¿restablecerás ahora por fin el reino de Israel?. Y Jesús les contestó: “No es dado a vosotros saber los tiempos que el Padre ha prefijado en su potestad”. (Actos 1,7). Como se ve, Cristo no dice aquí que tal reino de Israel, esperado por ellos, sea una ilusión, sino que se limita a decirles que no se preocupen por la hora en que él realizará éste su sueño, puesto que la hora de tal realización depende del Padre.

Con esto confirma Cristo la fe de los apóstoles en el futuro reino de Israel.

Esta ilusión del gran futuro reino de Israel se refleja en todos los escritos de los apóstoles. A los corintios, que se vanagloriaban de ciertas preferencias, les escribe San Pablo: “¿Acaso ya habéis llegado al Reino?. Ojalá estuvierais en el Reino, para que nosotros también conjuntamente con vosotros pudiéramos reinar”. (1. Cor. 4, 8).

De este reino era naturalmente Jerusalem la capital, cuya descripción se encuentra en el Apocalipsis: “Y llevóme en espíritu a una montaña alta y grande, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalem que descendía del Cielo de Dios. Tenía la claridad de Dios, y su luz era semejante a una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, resplandeciente como cristal. Y tenía un muro grande y alto con 12 puertas, y en las puertas 12 ángeles y nombre escritos, que son los de las 12 tribus de los hijos de Israel: al Oriente 3 puertas, al Norte 3 puertas, al Mediodía 3 puertas y al Poniente 3 puertas. Y el muro de la ciudad tenía 12 fundamentos y en ellos los 12 nombres de los 12 apóstoles del Cordero. Y el que hablaba conmigo tenía una medida de una caña de oro para medir la ciudad y sus puertas y su muro. La ciudad está situada y puesta

en cuadro y su longitud es tanta como su anchura: y él midió la ciudad con la caña: 12,000 estadios. La longitud, la altura y la anchura de ella son iguales. Y midió su muro: 144 codos de medida de hombre o sea del ángel. Y el material de su muro era de jaspe; mas la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio. Y los fundamentos del muro de la ciudad estaban adornados de toda clase de piedras preciosas: el primer fundamento era jaspe, el segundo zafiro, el tercero calcedonia, el cuarto esmeralda, el quinto sardónica, el sexto sardio, el séptimo crisólito, el octavo berilo, el noveno topacio, el décimo crisipraso, el undécimo jacinto, el duodécimo amatista. Y las doce puertas eran doce perlas y cada puerta era una perla. Y la plaza de la ciudad era de oro puro como vidrio transparente. Y no vi en ella templo alguno; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella y el Cordero. Y la ciudad no tenía necesidad de Sol ni de Luna, para que resplandezcan en ella, porque la claridad de Dios la ilumina y el Cordero es su lumbrera. Y las naciones que hubiesen sido salvadas andarán en la luz de ella, y los reyes de la Tierra traerán su gloria y honor a ella. Y sus puertas nunca serán cerradas de día porque allí no habrá noche. Y llevarán la gloria y la honra de las naciones a ella. No entrará en ella ninguna cosa sucia o que hace abominación y mentira; sino solamente los que están escritos en el libro de la vida del Cordero". (Apoc. 21, 10).

A esta concepción, completamente fantástica y material de la capital del reino futuro, corresponde también la vida de sus habitantes. Ya una vez, cuando Pedro interpeló a Cristo diciéndole: "Mira, nosotros hemos dejado todo y te hemos seguido: ¿qué, pues, tendremos por ello?". Cristo le contestó: "Amén os digo, que vosotros, que me habéis seguido en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se siente en el trono de su gloria, vosotros también os sentaréis sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. Y cualquiera que dejare casas o hermanos o hermanas, o padre o madre, o mujer o hijos, o campos por mi nombre, recibirá entonces cien veces tanto y heredará la vida eterna (en aquel reino)". (Mat. 19, 27). Parece, sin embargo, que las descripciones más claras que Cristo dio de la vida en este futuro reino no han sido puestas en lo Evangelios. A pesar de esto nos fueron transmitidas por fuentes insospechables. Así el mártir Irineo, obispo de Lyon, muerto en 202, a quien la misma Iglesia considera como el intérprete más fiel de las creencias cristianas en tiempos de los apóstoles, dice en su tratado contra los herejes lo

siguiente: “Los presbíteros, que han todavía conocido a Juan, el apóstol del Señor, se recuerdan haber oído de él que el Señor sobre aquellos tiempos aseguraba lo siguiente: vendrían días en que crecerán vides, cada una con 10,000 sarmientos, y en cada sarmiento habrá 10,000 ramificaciones, y en cada ramificación 10,000 brotes, y en cada brote 10,000 uvas y en cada uva 10,000 granos, y en cada grano al exprimirlo habrá 25 metretes (cerca de 1,000 litros) de vino. Y si uno de los santos toma una de las uvas, la otra le dirá: yo soy mejor, tómame a mí y alaba al Señor por mí. De la misma manera, un grano de trigo producirá 10,000 espigas, y cada espiga 10,000 granos y cada grano 10 libras de harina limpia y blanca. Y correspondientemente será también la cosecha de las demás frutas, semillas y hierbas. Quien no cree esto es un infiel. Como Judas, el traidor, no lo creía, el mismo Señor lo retó y dijo: lo verán los que vendrán”. (Adversus haer. 5, 33).

Se ve de que ideas tan raras y diferentes de las nuestras estaban imbuidos los cristianos de aquellos tiempos respecto a la vida futura. No voy a recalcar aquí la mentalidad extremadamente infantil que deben haber tenido los primeros cristianos para poder ilusionar con semejantes creencias; pues, pensando tan sólo que para dar mil litros de vino que salen de cada grano, éste debería pesar 1,300 kilogramos, y como hay diez mil granos en un solo racimo de uva, éste debería pesar 13’000,000 de kilogramos, habiendo 10,000 racimos en cada ramificación; toda la locura de semejante utopía está a la vista. Pero quien no lo cree es un infiel. Lo que sin embargo más nos interesa en este momento es la mentalidad del autor de aquella fantasía. No hay por qué dudar que Cristo sea este autor. La personalidad de San Irineo es demasiado grande para dejar alguna duda al respecto. Pero en este caso nosotros –lejos de atribuir a Cristo un origen divino- podemos lisa y llanamente decir que si, hoy por hoy, viniese alguien prometiendo cosas análogas, todo el mundo lo creería afectado de locura y nadie lo tomaría en serio. Además, como esta promesa del reino futuro no se cumplió ni se cumplirá jamás, tenemos aquí un valioso factor para juzgar el valor de la doctrina de Cristo.

El segundo error fundamental de la doctrina de Cristo es su enseñanza de la providencia divina. En efecto, nadie como Jesús nos ha hablado tanto de un Padre inmensamente bueno, quien vigila sobre nosotros y hasta sabe contar nuestros cabellos, de los cuales no deja caer ninguno sin su voluntad, quien da de comer a

todos, hasta a los animales y a las plantas, cuanto más a los hombres. De suerte que nadie necesita preocuparse del día siguiente. Dios ya sabe lo que necesitamos para comer, para beber y para vestir. “No os preocupéis de vuestra vida: qué comeréis o qué beberéis; ni por vuestro cuerpo: qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?. Mirad las aves del Cielo: no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; sin embargo, las alimenta vuestro Padre Celestial. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas...Y ¿Por qué os preocupáis de vuestro vestido? ¡Contemplad a los lirios del campo: no trabajan, ni hilan; mas os digo, que ni aún Salomón, con toda su gloria. Fue vestido así como uno de ellos. Y si la yerba del campo, que hoy es, y mañana se echa al horno, Dios la viste así, cuánto más a vosotros, oh pusilánimes. No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos o qué beberemos, o con qué nos cubriremos?”. (Mat. 6, 25 – 32; Luc. 12, 22).

Esta doctrina de Cristo está en contraste muy grande con la realidad de las cosas. Toda nuestra vida nos enseña que todos tenemos que luchar , tanto el hombre creyente, como el que no cree. No hay allí diferencia alguna. Y la vida nos enseña que esa lucha por el pan de cada día, es la lucha más dura para todo el mundo. La vida nos enseña que si Cristo dice que Dios no deja caer ni un cabello de nuestra cabeza sin su voluntad, y que cada niño tiene un ángel de la guarda; entonces es inconcebible cómo en los grandes desastres que han conmovido la Tierra hayan perecido casi instantáneamente hasta cien millares de hombres y mujeres, ancianos y niños; máxime, cuando siempre, según la misma teoría, Dios mismo es la última causa de todas esas catástrofes.

En efecto ¿Dónde quedó el Padre Celestial, cuando mandó el Diluvio sobre la Tierra con el propósito de ahogar en él toda la Humanidad, cuando sacudió la tierra de Lisboa, de Messina, del Japón y de otros cien lugares? ¿Dónde quedó aquella bondadosa Providencia cuando en la China, en la India y después de la guerra en Rusia murieron millones de niños inocentes por hambre y miseria?. Que contemple el lector el cuadro de estas plagas, que oiga las voces agonizantes de las pobres criaturas, de las penas de madres desesperadas, y entonces me diga: ¿Dónde queda aquél Padre del Cielo, quien, por cierto, puede ayudar, quien, si fuera un padre, un verdadero padre, debería también ayudar, y quien sin embargo, y a pesar de todo lo que dice Cristo de él, no ayuda en

absoluto, ni mueve el dedo siquiera para aliviar, aunque sea los últimos instantes de sus hijos, cuando hasta el enemigo más feroz se convierte en un amigo ?.
Por lo tanto, con la misma razón con que Cristo nos habló de un Padre Celestial: “Quien hace salir un Sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos” (Mat. 5, 45), con la misma razón podemos afirmar: ¿Quién en el Diluvio ahogó casi toda la Humanidad, quién mandó matar por su pueblo Israel a todos sus enemigos, desde los ancianos hasta los niños; quién provocó, sin piedad ninguna, innumerables desastres: temblores, pestes, inundaciones, hambre, etc., que acabaron con millones de seres, y quién después de una vida llena de miseria, lleva a la gran mayoría de la Humanidad al infierno, para martirizarlos por la eternidad?.
Esto es por cierto algo diferente de lo que dijo Cristo: pero es la verdad, la pura verdad.
A estos errores de Jesucristo se agrega un tercero: la retribución del bien y del mal en el otro mundo.
Todos sabemos, que según la doctrina de Cristo, los buenos serán recomendados en el Cielo y los malos castigados en el infierno.
Hay unas cuantas razones muy poderosas contra ésta doctrina de Jesús.
Primero, la incalificable injusticia que existe entre el pecado y su pretendido castigo.
Para ser condenado al infierno eterno basta, según Cristo, el haber llamado “impío” a su hermano (Mat. 5, 22). Así mismo basta, el no haber hecho obras de caridad (Mat. 25, 31).
Ahora bien, si existe una justicia divina, que castiga en el otro mundo las faltas cometidas en éste, el castigo debería estar en la más exacta relación con la magnitud del pecado. De lo contrario, Dios se convertiría en un verdugo, y éste sería el caso, si por un pecado, aunque fuera grave, se impusiera un castigo eterno. La misma justicia humana sólo condena a prisión perpetua cuando se trata de un verdadero criminal, cuya libertad es un peligro para la sociedad. Cuánto más grande debería ser un crimen que merece el infierno eterno.
Segundo: las penas del infierno exceden según los teólogos, cualquier imaginación, y consisten especialmente en un fuego eterno que atormenta en forma indescriptible a los condenados, de manera que no hay comparación posible con cualquier dolor terrestre. Respecto a esta doctrina, recordamos que hoy día la Humanidad ha llegado a la convicción que los métodos de puros

vejámenes, aplicados a criminales en tiempos anteriores, deben ser abolidos. Pues no tienen sentido, máxime cuando no produce ninguna enmienda. Éste es el caso de las penas del infierno que son simplemente torturas sin que corrijan a ningún condenado. Y si la misma Humanidad considera inhumanas las crueldades, aún cometidas contra criminales, cuánto más inhumano debe considerarse un infierno eterno lleno de torturas en castigo, no digo por crímenes, sino por uno u otro de aquellos pecados graves teológicos.

En efecto ¿sería acaso digno de un Dios, llenar el infierno con innumerables millones de sus propias criaturas que allí se debaten en los dolores más horribles sin alivio alguno y sin descanso, sin esperanza alguna por toda la eternidad?.

Tercero: ¿Cómo podrá existir al lado de este cuadro de un Dios sin ninguna clase de conmiseración y compasión por aquellos seres condenados, el cuadro de aquel bondadoso Padre Celeste, quien hace salir su sol y hace llover sobre buenos y malos, y quien tanto se preocupa de todos nosotros?. Y ¿Dónde queda aquel Dios tan amante de los pecadores, y que busca de todos modos salvarlos, cuando este mismo Dios, si el pecador por una casualidad muriera, sin tener tiempo para arrepentirse, se convierte de repente en un juez severo, con un alma de verdadero verdugo? ¿Puede haber un contraste y una contradicción más grande? [1].

Cuarto: y si ahora nos recordamos que el género humano existe desde hace centenares de miles de años, mientras que la religión cristiana apenas, si, unos dos mil años y la religión judaica unos cuatro mil; si se toma demás en cuenta que hoy por hoy los cristianos nominalmente forman sólo un tercio de la Humanidad y los verdaderos cristianos “escogidos para el Cielo” constituyen a lo sumo el uno por ciento, mientras que todo el resto de la humanidad o sea el noventa y nueve por ciento pertenece a la “masa damnata”

---

[1] Que nadie crea que hablo aquí "pro domo", o que tenga miedo del infierno. Desde que me di cuenta de la verdad, he cerrado mi balance con el cielo y el infierno. Si, señores teólogos : vuestro cielo se lo regalo y vuestro infierno no me asusta, no me sentiría cómodo en el cielo. El ambiente no me gusta. Y si supiera que uno de los seres que he querido en este mundo está agonizando en los eternos suplicios del infierno, mientras que yo estoy saboreando los placeres celestes, se me acabaría el apetito. No esperen que voy a cambiar de idea en mi hora de muerte; la vi mil veces y nunca me asustó. Ya sé que citan a cada rato a un Voltaire ; pero no hay que tomar en cuenta lo que dice un hombre cuando está atacado de senilismo o cuando está agotado y agonizando, sino cuando tiene el vigor de su salud y la plenitud de sus fuerzas corporales y espirituales.

(masa condenada) al infierno, ¿no resulta entonces tal orden del mundo un verdadero manicomio? ¿Qué sentido tendría en vista de todo eso la redención de Cristo, cuando ésta apenas afecta el uno por ciento de todo el género humano?.

Quinto: finalmente si el cristiano sólo es virtuoso, para que Dios le de en premio la felicidad eterna en el Cielo, ¿Qué valor tendría tal virtud mercenaria?. Y si él con sus sacramentos, indulgencias, misas, rosarios, peregrinaciones, etc., tiene un camino bien preparado, mientras que el pobre pagano ni siquiera conoce estas cosas, y con su pecado original ya está de por sí excluido del Cielo, bastando un solo pecado grave para que Dios lo condene al infierno eterno, ¿Qué clase de virtud representa entonces esa famosa virtud cristiana, que será premiada con el Cielo? ¿Acaso creó Dios, el Ser Supremo, una clase de nobles privilegiados que ya por su solo nacer de padres cristianos están dotados de toda clase de comodidades, mientras que ese mismo Padre Celestial ha puesto a todo el resto del mundo en condiciones inferiores a la de los parias?. Es, por lo tanto, la doctrina de la retribución eterna, tal como Cristo la enseño un error muy grande y una creencia sólo apta para hombres con una estrechez e ingenuidad de espíritu, como la que tenían los entonces habitantes de la Palestina.

Pero tales doctrinas resultan ser en realidad una verdadera burla del espíritu humano, quien en el curso de los tiempos ha ido librándose de mitos y leyendas, llegando así a la madurez necesaria para formarse un criterio propio e independiente, sin prejuicios de ninguna clase.

Y por la misma razón nuestra inteligencia rechaza cualquier doctrina absurda, venga de donde venga.

Son por lo tanto las enseñanzas de Cristo, aquí tratadas, una prueba concluyente de que ellas no tienen ningún origen divino, y de que su autor no puede haber sido Dios.

CONCLUSIÓN

Hemos tratado con toda imparcialidad la cuestión de la divinidad de Cristo en esta primera parte del libro.

La misma Sagrada Escritura, bien entendida y bien interpretada, dándole a sus palabras el sentido que la mente de sus autores quería darles, hace claramente ver que ni Cristo ni sus apóstoles pretendían aquella, divinidad que hoy día la teología católica le atribuye.

El fracaso rotundo de la profecía de Cristo, respecto a su próxima vuelta al mundo, constituye otro argumento más formidable todavía

en contra de esa divinidad y hasta provoca necesariamente las dudas más severas y más serias sobre su persona.
Finalmente, hemos visto que ni los milagros ni la doctrina de Cristo pueden admitirse como una prueba a favor de su origen divino; muy por el contrario, constituyen una aseveración del origen puramente humano de su autor.
Por lo tanto, hemos establecido por todos los medios a nuestro alcance, cuanto se puede decir sobre el verdadero origen de Cristo, si era divino o humano. El resultado al cual hemos llegado, tendrá una amplia confirmación en la segunda parte de este libro.

SEGUNDA PARTE
DIOS Y LA BIBLIA

INTRODUCCIÓN

Lo que hemos visto en la primera parte de este libro ha despertado una justificada duda, no solamente respecto de la persona de Cristo, sino también respecto de la religión cristiana en general.
Por esa razón vamos ahora a examinar los mismos fundamentos de esta religión, para conocerla a fondo, y formarnos un juicio acabado sobre ella.
Sabemos que hay 245 millones de mahometanos, 470 millones de budistas, 230 millones de bramanes, 548 millones de cristianos de toda clase de confesiones, 14 millones de judíos, 73 millones de paganos, muchos millones de ateos, etc.
Todos ellos pretenden tener la religión verdadera. ¿Quién tendrá la razón?. Pero no vamos a examinar esta cuestión. A nosotros nos interesa tan sólo la religión cristiana, cuyo fundamento será el objeto de estudio en esta parte.
Ahora bien, las religiones se distinguen entre ellas, principalmente por dos elementos, que son: su Dios y sus libros sagrados que les sirven de documentación de su origen sobrenatural. En efecto, si nosotros rechazamos una religión cualquiera, es porque no creemos en el Dios de esta religión ni en los libros sagrados que ella tiene. Así por ejemplo rechazamos a la religión mahometana, porque no creemos en su dios Alá ni en el Corán.
Luego, si queremos examinar la religión cristiana para saber si es o no la religión verdadera, debemos fijarnos en aquellas dos mismas cosas, a saber: en su Dios y en sus libros sagrados, o sea la Biblia. He aquí el objeto de nuestras consideraciones.

CAPÍTULO PRIMERO

EL DIOS DEL VIEJO Y NUEVO TESTAMENTO

Prescindiendo de la religión pagana, que confunde la idea de Dios con unos ídolos falsos, todas las grandes religiones, como también los grandes filósofos, declaran que Dios es el Ser Supremo, de una perfección absoluta y eterna.

Pero dentro de este concepto general de Dios, se han formado ideas completamente diferentes sobre el Ser Supremo. He aquí las principales.

Los unos declaran que Dios es inmanente en la naturaleza. Según ellos todo el Universo, incluso el hombre, es una manifestación directa de Dios, el cual identifica su ser con el mundo.

Dos son los representantes directos de esta idea de Dios, a saber: el materialismo y el panteísmo. Aquél considera que toda la naturaleza sea materia y éste que sea espíritu.

La otra idea de Dios sostiene que el Ser Supremo no es sólo inmanente en la naturaleza, sino que esta también por encima de ella, como su absoluto dueño y creador.

Dos son aquí también los representantes principales de tal idea de Dios: el deísmo y el teísmo. Aquél asevera, que Dios creó el mundo, dándole su fin y objeto; sin que él, en el curso del tiempo, necesite influir en un modo especial (por creaciones, milagros, etc.) sobre su curso, modificándolo. El teísmo en cambio afirma que Dios constantemente vigila sobre su obra y la modifica. Muy especialmente insiste en la creación independiente del hombre y en la recompensa del bien y el castigo del mal en el otro mundo.

Hay matices dentro de estas ideas de Dios; pero en general, son éstos los conceptos más difundidos sobre el Ser Supremo.

No es aquí el lugar de discutir cuál de las cuatro diferentes ideas expuestas sea la verdadera. Tengo la convicción que al mismo Ser Supremo poco le puede interesar lo que pensamos de él, y si tenemos o no la verdadera idea del mismo. Por nuestra parte tendremos que confesar con Du Bois Reymond: “Ignoramus et ignorabimus” –no lo sabemos, ni lo sabremos- .

Pero, por más diferentes que sean las ideas de Dios, todas coinciden en un punto: en que al Ser Supremo no se le puede atribuir ninguna acción, intención o cualidad depravada o nefasta. Es justamente esta la razón, por la cual nosotros, como hombres modernos, rechazamos por ejemplo, los dioses de los griegos y romanos porque estaban envueltos en pasiones humanas. Y por la misma razón no podemos reconocer a los ídolos de los paganos.

Generalizando este concepto podemos afirmar que cualquier Dios, a quien se atribuyen acciones depravadas o pasiones humanas no es más que un ídolo. En ningún caso tal "Dios" puede identificarse con el Ser Supremo. Es un criterio completamente sano que nadie puede negar. De lo contrario podríamos venerar cualquier ídolo como Ser Supremo y todas las religiones tendrían igual valor.
Ahora bien, sabemos que el Ser Supremo de la religión cristiana es idéntico al Dios Jahvé de los judíos. Es un hecho que nadie discute; más aún es un dogma de la Iglesia Católica. Y sólo así se explica que en la Iglesia Católica los libros del Viejo Testamento tengan igual valor que los del Nuevo Testamento; porque según la doctrina teológica y el dogma cristiano, el uno y el otro están de igual modo inspirados por Dios. Hay que creer en ambos, aunque las leyes ceremoniales de Moisés hayan sido abolidas por Jesucristo.
Por lo tanto, como el Viejo Testamento ha sido inspirado por el mismo Dios que dictó el Nuevo Testamento y como este Dios es el Ser Supremo de la religión cristiana, todo cuanto se dice en ambos Testamentos de este Dios vale para el Ser Supremo de los cristianos.
Sentado esto, nos preguntamos ahora: ¿Qué nos dicen de Dios el Viejo y el Nuevo Testamento?.

I
DIOS EN EL VIEJO TESTAMENTO

El Dios de los judíos tenía y tiene un nombre: Jahvé. Al observar lo que dice la Biblia en el Viejo Testamento de este Dios Jahvé, debemos francamente confesar que es imposible reconocer en el, al Ser Supremo.
Para no fastidiar con una exposición demasiado larga, me limito a indicar sólo tres razones, que son:
Primera: la excesiva crueldad del Dios Jahvé.
Segunda: la amistad íntima de Jahvé con personas de absoluta inmoralidad y cuyos instintos perversos son fomentados por él.
Tercera: la exclusiva protección que Jahvé proporciona a su "pueblo escogido" Israel, exterminando a la vez a los demás.
Empezando por el primer punto encontramos en la Sagrada Escritura del Viejo Testamento una serie de pruebas tales, que fácilmente se demuestra que Jahvé no es más que un ídolo nacional cualquiera.
En efecto, la sola expulsión de Adán y Eva del Paraíso, condenándolos Jahvé a ellos y a toda su posterioridad, o sea, a

toda la Humanidad, a sufrimientos, enfermedades y a la muerte, sólo por haber comido ellos una manzana, es una crueldad digna de un verdugo, pero no del Ser Supremo. (Gen. 3, 1 – 24).
Otra prueba de esta crueldad es el Diluvio donde Jahvé, "arrepintiéndose de haber hecho al hombre". (Gen. 6, 6) ahogó a todos: hombres mujeres, ancianos y niños, salvándose tan sólo la familia de Noé. Quien un solo momento se haga presente el cuadro terrible que debe haber provocado este desastre, no podrá creer que el Ser Supremo haya causado deliberadamente semejante desgracia.
Pero todavía se nota más esa crueldad de Jahvé cuando leemos que él encarga a su pueblo de Israel exterminar a todos sus enemigos y sus familias.
Así leemos en el libro Deuteronomio (7, 16): "Aniquilarás a todos los pueblos que el Señor, tu Dios, te da en tu mano. No los perdonará tu ojo". Los judíos, al entrar en Palestina, cumplieron literalmente con esta mandato de Jahvé, empezando con la ciudad de Jericó: "Y ellos mataron toda la gente en la ciudad: hombres y mujeres, tiernos niños y ancianos". (Josué 6, 21). Sólo perdonaron la vida a la ramera Rahab, en cuya casa sus espías habían vivido.
Hasta se enoja Jahvé si los judíos –más compasivos que su propio Dios- alguna vez perdonaron la vida a los vencidos. He aquí lo que leemos en el libro (Números 31, 14):
Y Moisés enfureció contra los capitanes del ejército, contra los tribunos y centuriones que volvieron de la guerra; y díjoles: ¿Por qué habéis dejado vivir las mujeres?... Matad pues ahora todos los varones entre los niños y a las mujeres que hayan conocido a hombres acostándose con ellos; pero todas las niñas que no han conocido un hombre dejadlas vivir para vosotros". Huelga en comentario sobre la barbarie que en este párrafo se le atribuye al Ser Supremo.
En segundo lugar, fijamos nuestra atención en la íntima amistad de Jahvé con personas de una notoria inmoralidad.
Citamos en primer lugar al "gran" patriarca y padre de todos los judíos: Abraham. La moral de este personaje está caracterizada por la siguiente narración de la Biblia: "Cuando Abram [1] estaba para entrar en Egipto, dijo a Saraí su mujer: mira, yo sé que eres

---

[1] Más tarde cambió Jahvé el nombre de Abram en Abraham, y el de Saraí en Sara. (Gén. 17 – 5 y 15).

una mujer hermosa. Si los egipcios te ven, dirán: es su mujer y me matarán a mí, y a ti te reservarán para ellos. Diles pues, que eres mi hermana, para que yo sea bien recibido por el amor que te hacen, y salva mi vida por el respeto que te tienen. Y sucedió, que cuando Abraham entro en Egipto, los egipcios vieron que la mujer era muy hermosa. Y los cortesanos avisaron al Faraón. Así fue llevada la mujer a la corte del Faraón Y por respeto de ella trataron bien a Abram, y él adquirió ovejas, vacas, asnos y siervos, criadas, asnas y camellos. Pero Jahvé castigó al Faraón y corte con plagas muy grandes por causa de Saraí, la mujer de Abram. Entonces el Faraón hizo llamar a Abram y le dijo: ¿Qué es lo que has hecho? ¿Por qué no me declaraste que era tu mujer? ¿Por qué me dijiste: "es mi hermana" dándome así la oportunidad de dormir con ella?. Ahora, toma tu mujer y vete. Y entonces el Faraón dio orden a su gente acerca de Abram y le acompañaron a él y su mujer con todo lo que tenía". (Gén. 12, 11).

Es realmente estupendo con que frivolidad se mezcla aquí el Ser Supremo en un negocio tan sucio; pero casi más estupenda es la fe que acepta tan ciegamente un Dios tan poco divino y tan impúdico.

El buen negocio que Abram había hecho con la ayuda de Jahvé y la prostitución de su mujer, lo animó para emplear por segunda vez este "ardid". Relata la Biblia : "De allí partió Abram a la tierra del Mediodía y quedó entre gades y Shur, estableciéndose como extranjero en Gerar. Y hablando de Sara, dio a entender que era su hermana. Por eso Abimelech, rey de Gerar, hizo venir a Sara y se posesionó de ella. Pero Dios apareció de noche en el sueño de Abimelech, y le dijo : mira, morirás por haber tomado la mujer que está casada. Mas, Abimelech no había tocado todavía a Sara y contesto : ¿Cómo, Señor, tú castigas con la muerte a un ignorante, pero justo e inocente ? ¿No me dijo él mismo : es mi hermana ?. Y también ella confirmó : es mi hermano. Yo procedí con corazón sincero e intención pura. Y Dios le dijo : también yo sé que obraste con corazón sincero y por eso te he amonestado de no pecar contra mí ; y no permití que la tocases. Ahora, pues, devuelve la mujer a su marido ; porque es profeta y él rezará por ti y vivirás... Entonces Abraham rezó, y Dios sanó a Abimelech, a sus mujeres y concubinas, y ellas parieron. Pues el Señor había cerrado la vagina de todas las mujeres de la casa de Abimelech por causa de Sara, mujer de Abraham". (Gén. 20, 1 – 17).

De suerte que Jahvé, en vez de castigar al verdadero culpable, Abraham, amenaza a Abimelech con la muerte, a pesar de que el mismo Dios declara que Abimelech no tenía culpa alguna. Pero el uno se llama Abraham y el otro Abimelech. Más aún : Jahvé presenta a Abraham como su profeta y lo hace rezar a favor de Abimelech, para que él y sus mujeres sean curados de esa extraña enfermedad que Jahvé les había enviado.
¿Puede haber un antropomorfismo más infeliz del que acabamos de ver ? ¿Qué son Zeus o Jupiter comparados con este Jahvé ?. Angeles son, pobres inocentes, que si pecaban lo hacían sin malicia, pero no como Jahvé, quien presta aquí su título de Ser Supremo para justificar y santificar los bajos instintos de un verdadero perverso.
Es de observar que toda la familia de Abraham era de la misma inmoralidad. Las dos hijas de su hermano lo emborracharon a su padre para dormir con él, Su biznieto Judá durmió con su propia nuera, y la Biblia cuenta todo el comercio que se hizo entre los dos para llevar a cabo esta empresa.
En segundo lugar nombramos a Samsón. Cuenta el libro "Jueces" que Samsón había dado a sus amigos un enigma, prometiéndoles trajes si lo resolvían. Los amigos supieron la solución por intermedio de su mujer y exigieron de Samsón los trajes. Entonces, dice la Sagrada Escritura : "El espíritu de Jahvé descendió sobre él y fue a Ascalón, matando allí treinta hombres, a los cuales quitó los vestidos para dárselos a aquellos que habían resuelto su enigma". (Jueces 14, 20).
Otra vez, cuando "el Espíritu del Señor" nuevamente había descendido sobre Samsón, tomó éste las quijadas de un asno y mató con ellas a mil hombres (Jueces 15, 15).
De suerte que Jahvé se asocia con una verdadera bestia humana, ayudándole en la realización de sus instintos perversos.
El tercer favorito de Jahvé que voy a citar es el "santo" rey David, quien figura también entre los santos más grandes de la Iglesia Católica. Veamos algunas pruebas de su santidad.
Relata la Sagrada Escritura, que David adquirió la hija menor del rey Saúl por el precio de cien prepucios que había cortado a los filisteos, vencidos por él.
Hecho rey, se procuró en primer término un regio harén lleno de mujeres hermosas, probablemente para cantar con ellas de noche los salmos que durante el día había fabricado a Jahvé. En ese su

harén recibió también las visitas nocturnas y revelaciones de Jahvé.

Para tomar posesión de Betsabé, la mujer de uno de sus capitanes, hizo matar a éste por traición. Y a los hijos de Saúl, rivales indefensos y sin influencia alguna, los entrego a los Gabaonitos, la tribu más enemiga de la familia de Saúl, "a fin de que fuesen crucificados para el Señor de Gabaá". (2. Reyes 21, 6). Siendo viejo, como tenía frío de noche, hizo buscar la más linda muchacha del país, una sunamita, para que lo "caliente" con su cuerpo. Y la Sagrada Escritura cuenta que David no embarazó a la muchacha y quiere alabar al "santo" rey por esta castidad, declarando por continencia la absoluta impotencia de este viejo vividor. Lo mismo hace el gran san Agustín, quien en uno de sus sermones felicita al rey por este alto ejemplo, como se puede ver en la correspondiente Segunda Nocturna (Pras-vernalis) del breviario. Lógicamente debería San Agustín estimularnos a imitarlo ; pero parece que se olvidó de este detalle, como dice el refrán : Quod licet Jovi, non licet bovi. (Lo que hace el rey, no se permite a la grey).

Finalmente citamos a Salomón, el gran hijo de David, conocido por su sabiduría y santidad. He aquí como había aprendido del elevado ejemplo de su santo padre.

Recalca la Sagrada Escritura con verdadero orgullo, que Salomón tenía "700 mujeres que eran como reinas, y 300 concubinas". (3. Reyes 11, 3). Esto no impidió que Jahvé lo visitara de noche en su harén, y lo tratara de amigo íntimo, dándole revelaciones y realizando todos sus deseos. ¡Qué amistad entre el Ser Supremo y un rey mujeriego !. Salomón también es el autor del Cantar de los Cantares, una canción pornográfica que destila obscenidad gota a gota, y da expansión a la lujuria de su autor, y en la cual no se percibe el más leve asomo de religiosidad y elevación espiritual.

Basta y sobra. Nadie que haya leído con atención los hechos relatados sobre Abraham, Samsón, David y Salomón, podrá negar que es inadmisible que Jahvé haya sido el Ser Supremo. Sería sencillamente indigno de él y hasta un insulto, atribuir a Dios semejantes amistades. Si no fuera por la Iglesia cristiana que sigue sosteniendo la Biblia, si estos cuentos se encontrasen en otro libro, serían suficiente prueba para negarle cualquier origen divino, y nadie aceptaría un Dios tan monstruoso. Está demasiado a la vista que todo este trato de Jahvé con aquellas personas, no tenía otro objeto que el de cimentar la autoridad de ellos y vendar

los ojos a un pueblo sumamente crédulo y sin criterio alguno. Por eso incumbe a nosotros el deber de aclarar la verdad y no permitir que el nombre del Ser Supremo se revuelque en el cieno [1].
Al mismo resultado llegamos observando que Jahvé sólo brinda su protección al pueblo de Israel.
En toda la Biblia se observa que a Jahvé le interesa únicamente la suerte de los judíos ; les promete y les da la Palestina, les ordena matar a todos sus habitantes ; él elige a sus reyes ; y él vela en cada momento sobre la suerte de su escogido pueblo. Mientras que los judíos le sirven fielmente pueden contar con la protección incondicional de Jahvé, cuyo amparo pierden cuando no cumplen con él en la forma deseada, particularmente cuando se entregan a la idolatría. ¿Quién no ve en todo esto las maniobras hábiles de la poderosa casta de los sacerdotes judíos ? ¿Quién no se da cuenta que Jahvé era para Israel lo mismo que en los países limítrofes, Ra o Amón para los egipcios, Sin para los caldeos, Asur para Asiria, Marduc para Babilonia, Baal y Astarté para Fenicia?.
En efecto, quien conoce la historia de todos estos pueblos y ha leído sus libros sagrados, sabe que aquellos dioses conversaban con los reyes de sus países respectivos en igual forma como Jahvé con los reyes de Israel, haciendo también revelaciones, dando órdenes, etc. En una palabra, no hay diferencia alguna entre Jahvé y aquellos ídolos.
Quiere decir, entonces, que Jahvé era uno de ellos, el ídolo nacional de los judíos, no teniendo nada que ver con el Ser Supremo.

II
EL DIOS DEL NUEVO TESTAMENTO

Ya hemos dicho que debido a Cristo y a los apóstoles, la Iglesia Cristiana reconoció a Jahvé como Ser Supremo. En efecto, tanto Cristo como los apóstoles, invocaron para su doctrina en cada momento el Viejo Testamento y nunca negaron a Jahvé.
Sin embargo, Cristo se da por el Hijo de Dios, del mismo Dios de los judíos que hemos visto. Y a menudo reconoce expresamente la identidad de Jahvé con el Ser Supremo que él mismo predica.

---

[1] Si los teólogos cristianos alegan que aquellos pueblos y hombres tenían una cultura muy inferior a la nuestra, no descargan con ello la conducta de Jahvé, que en ningún momento podía hacer causa común con acciones inmorales y fomentar los vicios. Justamente, que Jahvé haya hecho esto, es la prueba más irrefutable de que no ha sido el Ser Supremo, sino un vulgar ídolo nacional.

Así, cuando los Saduceos le interpelaron por la resurrección que ellos negaban, Cristo les contestó : "Respecto de la resurrección, ¿no habéis leído lo que Dios mismo os dice ?. Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, pero Dios no es un Dios de los muertos, sino de los vivos" (Mat. 22, 31). Cristo, citando aquí el texto de un libro del Viejo Testamento (Exodo 3, 6) y atribuyéndolo a Dios, reconoce en Jahvé al Ser Supremo. Manifestaciones semejantes hay muchas en el Nuevo Testamento, tanto por parte de Cristo como por parte de los apóstoles.

Esta sola identidad bastaría para rechazar en definitiva la idea de Dios del Nuevo Testamento ; pero hay también otras razones.

Ya al tratar la doctrina de Cristo en la primera parte, recalqué la monstruosa crueldad que la doctrina cristiana atribuye a su dios. Hemos visto entonces que todo nuestro ser se opone a tal concepto de Dios, rechazándolo por completo.

Pero rehusamos también el otro extremo en que cayó esta misma doctrina, que caracteriza al Ser Supremo como a un bondadoso Padre Celeste que se afana en dar de comer, beber y vestir a todo el mundo y hacer bien a buenos y malos.

Todas estas humanizaciones constituyen una verdadera degeneración del concepto del Ser Supremo.

Finalmente, no podemos aceptar la idea cristiana de Dios por el misterio de la Santísima Trinidad. Ésta doctrina recién se formó en el cuarto o quinto siglo. No sólo es absolutamente ajena al Nuevo Testamento, sino también contraria a nuestra razón.

No voy a desarrollar aquí largamente la explicación teológica de este "misterio" tal sutil; basta decir que la doctrina católica de la Santísima Trinidad es el simple producto de una excesiva imaginación teológica. Pues, según esta doctrina, las tres personas : Padre, Hijo y Espíritu Santo son cada una igualmente divinas ; pero no forman tres dioses sino uno solo. Tres son uno y uno son tres. Quien lo entienda que se conforme ; pero no hay nada que obligue a un criterio sano a aceptar tales sofismas con que la teología ha cargado la simple doctrina de Cristo, pretendiendo transformarla en un sistema filosófico.

Tampoco podemos aceptar desde otro punto de vista la idea de un Dios en tres personas.

En el siguiente capítulo veremos que el origen de las leyendas expuestas en la Biblia, tanto en el Viejo como en el Nuevo Testamento, provienen de la India, la Caldea y otros países. Ahora bien :la idea de la Trinidad tiene también su origen en la India. El

indólogo, D. Barnett, en su libro "Hindu Gods and Heroes" (Dioses y héroes de la India), dice que en el transcurso del tiempo se formaron en la India tres diferentes sectas, de las cuales una veneraba a Brahma, otra a Vischnu y la tercera a Siva como Dios supremo. Para unir estas tres sectas, un Bramán propuso declarar a Brahma, el Creador, Vischnu el conservador y Siva el transformador serían tres diferentes personas, pero un solo Dios. Luego las tres sectas adoraron al mismo Dios.

Esta idea de la Trinidad en Dios existía en la India hace ya tres o cuatro mil años y pasó con todas las demás leyendas religiosas a la Biblia. Una razón más por la cual rechazamos tal idea de Dios.

Vemos entonces que el concepto que el Viejo y Nuevo Testamento tienen de Dios no satisface en ninguna manera a la idea verdadera del Ser Supremo. El Dios de la Biblia tiene cualidades y características que hasta presenta un verdadero insulto si se las aplica al Ser Altísimo.

Es un deber sagrado rechazar toda clase de antropomorfismo de este Ser Supremo, considerarlo como una ofensa máxima. Sólo así la humanidad podrá llegar a la verdadera religión que hay en el fondo de cada hombre, y que está desfigurada por imposiciones arbitrarias y doctrinas anticuadas provenientes de una época infantil y sin criterio alguno.

CAPÍTULO SEGUNDO
LA BIBLIA

Para la mayor comprensión de la Sagrada Escritura, es necesario recordar que ella consta de los libros del Viejo y Nuevo Testamento. El primero comprende el tiempo desde la creación del mundo hasta Cristo ; el segundo la vida de Cristo y los escritos de los apóstoles.

El Viejo Testamento se compone de los cinco libros de Moisés que contienen la creación del mundo, Paraíso, Diluvio, elección del pueblo judío, su estadía en Egipto y entrada en la Palestina, como también las leyes ceremoniales religiosas, morales y sociales de Moisés. Siguen otros libros históricos que relatan la conquista de la Palestina y la formación del reinado hasta los exilios de Babilonia y Asiria. La segunda parte del Viejo Testamento la forman libros poéticos y proféticos.

El Nuevo Testamento está compuesto los cuatro evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, que relatan la vida y la doctrina de Jesús. Además, contiene una veintena de cartas de los apóstoles, la historia de sus gestas, o sea los Actos y el Apocalipsis de San Juan, libro completamente fantástico sobre la iglesia en la Tierra y en el Cielo, cuyo verdadero sentido nadie ha llegado a comprender.

El conjunto del Viejo y Nuevo Testamento tiene el nombre de : "Biblia" o "Sagrada Escritura". Esta última designación la lleva, porque la Iglesia Católica dice y enseña como dogma, que la Biblia ha sido inspirada por Dios, quiere decir que los diferentes escritores que han redactado los libros de la Biblia fueron estimulados por Dios a escribir tal libro, y, mientras lo escribían, Dios les daba la idea de cada frase que tenia que escribir.

Por su parte, el escritor, a quien se llama hagiógrafo, dio sólo la forma literaria a la idea dictada por Dios ; del resto era nada más que un instrumento, siendo Dios el autor principal y verdadero de toda la Biblia. Ésta es la doctrina católica. A esta doctrina del origen divino de la Biblia, oponemos ahora el origen verdadero de la misma.

Todo cuanto hemos visto en la primera parte del presente libro, y máxime en el capítulo anterior, es una prueba rotunda de que la Biblia no tiene ningún origen divino, sino que es de origen puramente humano.

En efecto, un libro con un dios Jahvé, que es más bien un ídolo nacional ; un libro con una Trinidad mal copiada de los libros de la India ; un libro que predica a un Cristo, cuya profecía fundamental y

principal representa el fracaso más grande del mundo : un libro así jamás puede ser una manifestación del Ser Supremo a la humanidad.

A los argumentos ya citados, podríamos ahora agregar una serie de otras pruebas, de las cuales cada una evidencia el origen puramente humano de la Biblia.

Nos contentaremos aquí con un solo argumento que nos revelará la verdadera formación de la Biblia, dejando así a la luz del día su origen real.

En los últimos cincuenta años el estudio de la India, de la Caldea y de otros países con sus religiones, ha hecho revelaciones verdaderamente sensacionales.

Se vio con gran asombro que todas aquellas religiones contienen tantos elementos de la religión judaica cristiana, que ésta fácilmente puede reconstruirse con esos fragmentos.

Muy especialmente se destacan los libros sagrados de la India que contienen, hasta literalmente, las partes más importantes del Viejo Y Nuevo Testamento.

La identidad de los relatos de la Biblia y de los libros de la literatura de la India era tan grande que toda la cuestión se redujo a la siguiente pregunta: ¿Cuál de las dos partes ha copiado: la Biblia o la literatura Caldea y la India?.

Para resolver esta cuestión estudiaremos sucesivamente el orden cronológico en que se han desarrollado:

1) Las tres culturas de la India, Caldea y Palestina.
2) El origen verdadero del Viejo Testamento.
3) El origen verdadero del Nuevo Testamento.
4) Algunas pruebas de la identidad de los textos.
5) Las demás fuentes de la religión cristiana.

I

LAS TRES CULTURAS DE LA INDIA, CALDEA Y PALESTINA

La historia de la India puede dividirse en tres partes: la prehistórica hasta la aparición de Vischnu Krischna, primer salvador divino. Como fecha segura de ésta época sabemos, más o menos en 12,000 a. J., un tal Yati Richi fue nombrado Bramathma, o sea Sumo Pontífice de la India. Conocemos esta fecha porque en aquel tiempo, según las indicaciones astronómicas que la acompañan, el Sol en los equinoccios de primavera estaba en la constelación de Libra, y para llegar de allí a la constelación de Aries donde lo encontró Ptolomeo en tiempos de Cristo necesitaba 12,000 o 13,000 años.

En esta época casi prehistórica [1] existía en la India el culto de las fuerzas de la Naturaleza, muy especialmente del Sol, que se observó hasta en los tiempos de los Vedas. Se celebraba en particular el culto de Agni, hijo del Sol, cuyo nacimiento en el solsticio de invierno (21 de diciembre) era durante miles de años la festividad máxima. A este periodo pertenecen también las leyendas de la creación del mundo, de Adán y Eva, del pecado de ellos, del Diluvio, etc., aunque estas leyendas recién en la segunda época fueron escritas.

Esta segunda época de los Vedas que ocuparon el Indo, se inicia con la aparición de Krischna (Cristo) 4,000 a. J. Y dura hasta la aparición de Buda. Se destaca por el gran florecimiento literario que duró desde 2,500 a 1,200 a. J. Las obras de la época anterior, hasta entonces sólo por tradición oral conservadas, fueron reunidas y completadas, formándose así los cuatro libros de los Vedas: el Mahabharata, la poesía épico-religiosa más grande del mundo, con 2'500,000 versos; el Ramayana de 50 mil y los libros Purana (antigüedades) y Sutras (comentario histórico). La adoración de las fuerzas naturales, la inmortalidad del alma y su divinización final son enseñanzas características de estos libros. Al mismo tiempo, los brahmanes, la poderosa casta de los sacerdotes, redactaron las leyes de Manú, que contienen toda la historia de la creación del mundo y enseñan la transmigración del alma.

Los Vedas recibieron su forma definitiva más o menos en el año 1,000 a. J., lo mismo que el libro Manú; pero hay que tomar en cuenta que todos esos productos literarios existían ya muchos siglos antes de su redacción final.

En esta época se formaron también las cinco diferentes castas de la India: Brahmanes, o sea sacerdotes arios; Kschatryas o guerreros rajputanos; Vaisyas o comerciantes y terratenientes tibetanos; Sutrias, o excluidos de las castas superiores.

Según la doctrina de los Vedas, empezó también en esta época, en el año 3,102 a. J., la cuarta era del mundo, la peor de todas: Krita Yuga, o sea la edad de hierro.

Esta época de los Vedas terminó con la aparición de Buda (inspirado por Dios) en el año 550 a. J.; Buda era como Krischna, hijo de un rey de los arios, y se le consideraba como segundo

---

[1] El tiempo prehistórico es aquel en que no había escritura y que sólo se conoce por fósiles, instrumentos, construcciones, etc.

salvador divino de la India. Él no abolió las castas, sino que predicó el amor mutuo entre ellas.
Los libros principales de esta época son:
1) Leyendas de la vida de Buda en los libros Mahavagga (277 a. J.), Mahaparinibbana (4$^{to.}$ Siglo a. J.), y Lalita Vistara (en 65 a. J. Traducido al chino).
2) Proverbios en el libro Dhammapadam (330 a. J.).
3) Parábolas en el libro Saddarmapundarika.
Es de notar también que estos libros existían durante siglos en la tradición oral, antes de ser redactados definitivamente.
Finalmente, hay que tomar en cuenta que ningún otro pueblo ha sido tan inclinado a la formación de leyendas como el pueblo hindú.
También la segunda cultura, o sea la de la Caldea, alcanza una edad prehistórica. Sus anales se remontan hasta el año 2,225 a. J. En aquel tiempo era Ur la capital de Caldea y mucho antes lo había sido la ciudad Tepe Gawra, cuya edad se calcula en 5,500 años a. J. Después de Ur, eran Babilonia y Ninive las capitales.
Desde tiempos inmemoriales, Caldea era el refugio de todos los emigrados de la India, cuyos caudillos pasaron a ser reyes de Caldea. Esto quedó así hasta el año 1,000 a. J. Como en aquel tiempo en la India ya existían 70 diferentes lenguas (hoy día hay allí 222), la población de Caldea, especialmente en las grandes ciudades como Babilonia, era de una complejidad fantástica. Justamente esta circunstancia favorecía poco un desarrollo de literatura propia. Más bien, llevaron los mismos emigrantes de la India los tesoros de su literatura hacia Caldea, transformando y ajustando sus leyendas al nuevo ambiente.
Entre esta gente, en Ur, vivía también según la Biblia, Abraham, el padre de los judíos. De allí pasó a la Palestina. Una versión bien fundada hace pertenecer a Abraham o sus antepasados a la casta india de los parias, los que en la India fueron tratados peor que esclavos. Vivían de ajos y cebollas y debido a sus pésimas condiciones emigraron en masa de la India.
Pasamos ahora a tratar la tercera cultura: la de Palestina.
Supongamos por un momento que la edad que en la Biblia es atribuida a su literatura, sea la verdadera, entonces el primer escritor de la Biblia, Moisés, habría redactado sus cinco libros más o menos en 1,400 a. J., o sea al final de la época del florecimiento de la literatura en la India.

Pero veremos en seguida que dichos libros en realidad son mucho más jóvenes, pues fueron redactados a lo sumo en el quinto siglo antes de Jesucristo.

Sea como sea, la literatura de la India es, en todo caso, la más antigua y la más grande de las tres, y esta sola circunstancia debería bastar para reconocer que el original, del cual se copió, no era la Biblia, sino la literatura de la India.

II

EL ORIGEN VERDADERO DEL VIEJO TESTAMENTO

Con respecto al Viejo Testamento, se llega al mismo resultado por otro camino:

La rama de la ciencia titulada: "Crítica del texto bíblico", ha establecido que los cinco libros de Moisés no han sido escritos por este autor, como pretenden, sino mucho más tarde por otros escritores. Se descubrió que la fuente de estos libros era un texto que algunos sacerdotes judíos deben haber conocido en el exilio de Babilonia. La misma Biblia habla de tal texto misterioso (4. Reyes 22, 8) que fue encontrado por el Sumo Pontífice Hilkia, quien lo presentó al rey Josia. Éste consultó a la bruja Hulda sobre aquel libro, que era un libro de leyes. Como por el propio texto de los cinco libros de Moisés se deduce que estos recién pueden haber sido escritos en esta misma época y como, por otro lado, según el libro Nehemía (8, 9 y 10), la ley de Moisés fue leída por primera vez después del exilio de Babilonia al pueblo en el año 445, o sea un siglo después de aquel exilio (587 a. J.), se deduce que la transformación del citado libro misterioso en los cinco libros de Moisés tuvo lugar en todo aquel tiempo. De esta manera los libros de Moisés, con sus relatos sobre la creación, el Paraíso, el Diluvio, etc., resultan ser una copia transformada de textos indios que habían llegado a Babilonia.

Así se explica también la sorprendente semejanza de esos libros judíos con los textos correspondientes de la Caldea y de la India que, en todo caso, tenían una edad mucho mayor. Se explica por qué razón en la historia profana del Egipto no se encuentra ni rastro del pueblo de Israel, que, según los libros de Moisés, pretende haber estado en Egipto durante 430 años; y se explica también por qué no se sabe nada de aquellos pueblos cananeos, que, según la Biblia, habitaban la palestina, mientras que los judíos estaban en Egipto, y, finalmente, se explica que aquella famosa travesía de los judíos por el desierto, que según el texto bíblico

duró 40 años, cuando el camino desde Egipto a Palestina por este desierto es sólo cuestión de pocos días, pertenece a la leyenda.
La verdad sería entonces que un prócer judío con el supuesto nombre de Abraham llegó de la India o Babilonia a Palestina, donde quedó con toda su posteridad: los judíos, hasta el exilio de Babilonia. Allí los judíos conocieron las leyendas indias y caldeas, que fueron copiadas por ellos. Confirma entonces la crítica del texto bíblico nuestras aseveraciones.
El orden genealógico nos dice lo mismo. La historia nos enseña que Caldea era una colonia de la India, y la misma Biblia admite que Abraham, el fundador del pueblo judío, salió de Ur en Caldea para formar una colonia en Palestina. Esta sola relación basta para rechazar la posibilidad de que la India, con su superproducción de leyendas, haya copiado de una colonia, que era nieta de ella, y demasiado insignificante en comparación con su abuela.
También el orden filológico apoya nuestra tesis. Así p. Ej.: la palabra “Eva” no es de origen judío, pero sí de origen indio, donde la encontramos en el dialecto Máhárastri Pracrit, idioma hermano del sánscrito.
También la palabra “Paraíso” es de puro origen indio, significando en el sánscrito la palabra “paradescha”, lugar alto o lugar distante.
A estas pruebas podría agregarse una intrínseca de orden literario que, para un hombre de letras, tendría quizás más valor todavía que las nombradas.
Así, comparando el texto de los libros de la India con el texto de La Biblia, se ve a primera vista, como el lector podrá constatar en la cuarta parte de este capítulo, la belleza poética del primero y la vulgaridad del texto bíblico, que abunda hasta de ridiculeces y monstruosidades. Se ve en seguida que sólo un plagiador de una raza sin propia cultura y sin civilización alguna, podía adaptar el hermoso texto indio a los triviales instintos y la bajeza de sus connacionales. Desde el punto de vista de la literatura, ni se puede pensar siquiera que en estas circunstancias el texto indio sea copiado del texto bíblico, como quisieran los teólogos, sólo porque esto sería su única y última esperanza; pues el día en que el pueblo cristiano llegase a saber que su Biblia es una simple copia –mal hecha por cierto- del texto indio, ¡adiós cristianismo!.
En resumen, podemos dejar constancia de que todo el orden cronológico, genealógico, filológico y literario, confirman que el

contenido de los libros de Moisés es simplemente una copia de los libros de la India.

III
EL ORIGEN VERDADERO DEL NUEVO TESTAMENTO

Veamos ahora el Nuevo Testamento.

El solo hecho que en la India hubieron dos salvadores divinos mucho antes a Jesucristo; Krischna (Cristo) y Buda (inspirado), de los cuales el primero vivía casi 4,000 años antes de Jesucristo, y el segundo 550 años, este solo hecho hace absolutamente improbable que la vida y la doctrina de ellos hayan sido copiados de la vida y de la doctrina de Cristo, como lo quieren ciertos teólogos cristianos. Krischna y Buda eran conocidos por centenares de millones de indios que sabían punto por punto todo cuanto se refería a ellos. Además, ya siglos y hasta miles de años antes de la Biblia, estaba redactada la vida y la doctrina de los salvadores de la India. Los mismos indios se habrían negado rotundamente a aceptar una transformación de sus héroes por rasgos y leyendas completamente ajenas al espíritu de ellos.

Es entonces, de todo punto de vista, absurdo admitir que los evangelios hayan sido copiados por los indios, para adaptar la vida de Krischna y Buda según el modelo de Jesús.

En cambio era sumamente fácil crear la vida de Jesús y su doctrina mediante los libros de la India.

En Alejandría de Egipto, cerca de Palestina, estaban el museo y el templo de Serapis con más o menos 700,000 libros de todo el mundo, también de la India. Gran parte de estos últimos libros estaban traducidos al griego. Cuán fácil era formar por medio de ellos la vida y la doctrina de Jesús!. Y como en el año 70 p. J. Jerusalem fue destruida, y los judíos dispersados en todo el mundo, nadie podía ya tachar de falsa esta vida. Y así en poco tiempo se formaron centenares de vidas de Jesús. Hasta por abundancia pecaron los escritores. Desgraciadamente fue quemada aquella biblioteca por cristianos en el año 391 p. J.[(NT)]; y así el Sínodo de Hipo en 393 tenía fácil tarea, al rechazar las vidas

---

[(NT)] *NOTA DEL TRANSCRIPTOR:* Considero importante hacer referencia a lo dicho por el famoso científico, matemático y astrónomo Carl Sagan, respecto de la destrucción de la gran biblioteca de Alejandría. Sagan ratificó dicha destrucción indicando además que se han descubierto vestigios de que ya en aquel tiempo dicha biblioteca contenía los primeros libros y papiros con bosquejos de rudimentarias máquinas movidas a vapor, así como grandes obras literarias de la talla del "La Odisea", de las cuales solo se han encontrado fragmentos chamuscados de los títulos de las mismas. Puede imaginarse uno siquiera ¿Dónde estaría la humanidad si esta biblioteca no hubiese sido destruida?.

“apócrifas” de Cristo, reconociendo tan sólo los libros, contenidos en el canon romano como partes legítimas del Nuevo Testamento.
Si no hubiese sido por este incendio criminal, el origen verdadero de la vida de Cristo ya hace mucho habría sido descubierto.
La Iglesia Católica siempre empleó este método. Cuando los portugueses dominaron en la India, los jesuitas y franciscanos destruyeron todas las obras literarias puestas a su alcance, por ser paganas. En su lugar pusieron obras hechas por ellos mismos, como p. Ej.: el Ezour Vedam, escrito en Sánscrito, obra en la cual se propagaba la doctrina cristiana, exigiéndole a la vez al lector, que destruya todas las obras literarias paganas. De esta manera la iglesia trató de deshacerse del enemigo terrible que tenía en los libros de la India. Y cuando no podía conseguir su objeto, trató por todos los medios de ocultar la verdad. Y así, a pesar de ser la India un país conocido ya hace varios siglos, su literatura siguió siendo una incógnita.
Asimismo, sabemos ahora por las razones anotadas que eran los evangelios los que fueron copiados de los libros de la India y no al revés.
Investigaciones científicas han demostrado que de los 89 capítulos de los cuatro evangelios, 80 son una copia de la vida y doctrina de Krischna y de Buda. ¡Qué resultado trágico para los cristianos! ¡Qué perspectiva para la persona de Cristo! ¿No es como si empezara a hundirse el mundo cristiano?.

IV

ALGUNAS PRUEBAS DE LA IDENTIDAD DE LOS TEXTOS

Empieza ahora la cuarta parte de mi exposición, en la cual voy a proponer al lector una serie de leyendas indias, para que las compare él mismo con el texto de la Biblia.
Iniciamos la serie con la descripción de la fiesta de Navidad de Agni, “unigénito” de Sawistri (Padre Celeste), tal como desde hace 4,000 años a. J. Fue celebrada.
En la noche del 21 de diciembre, el sacerdote con los fieles va a la montaña y anuncia que ha aparecido la Estrella de Navidad, que avisa el nacimiento del Hijo de Dios. Al lado del sacerdote está el carpintero (Twasti), quien prepara la cruz svástica, símbolo del Sol y de la verdad. En la cavidad central de la cruz, que representa la matriz de la madre Maya, se produce una llama y el sacerdote anuncia el nacimiento del “tierno divino niño, salvador de todo el mundo”. Todos los fieles cantan jubilosamente, mientras que el sacerdote pone al niño divino en la cuna, haciéndole viento con un

abanico “El Espíritu Santo”. A la izquierda del sacerdote está una vaca, con cuya manteca sagrada el sacerdote unta al niño, y a su derecha está el burro que lleva la bebida “soma”, para el Hijo de Dios. El sacerdote la echa sobre la llama, y ésta se levanta al Cielo al extinguirse. Entonces los fieles toman la última cena de Agni: pan y vino como cuerpo y sangre del Hijo de Dios. La celebración de esta Navidad no puede ser más semejante a la de los cristianos, quienes la copiaron íntegra.
A esta misma época pertenece también la leyenda de la creación del mundo. Para que el lector vea la semejanza de ambos textos (indio y bíblico)reproducimos el uno al lado del otro, extractándolos. El texto indio es del primer capítulo del Manú.

CREACIÓN DEL MUNDO

Texto de Manú I. 5
Todo este mundo estaba en otros tiempos disuelto en la no-existencia en obscuridad.
Pero cuando llegó la hora de despertar, apareció Él... Él estaba en luz envuelto y disipó la oscuridad... Decidió crear todas las criaturas y puso en las aguas el germen de toda la vida. Al agua le llamó Nara, y al espíritu creador Narayana (el que se mueve sobre las aguas).
Texto de la Biblia (Gén. I, 1)
Al comienzo creo los Dioses [1], el Cielo y la Tierra. La Tierra estaba desierta y vacía; la obscuridad cubrió el abismo, y el espíritu de los Dioses se movía sobre las aguas. Y los Dioses dijo: sea la luz: y la luz se hizo.

ADÁN Y EVA

Prasada (Libro de los libros)

Según la leyenda de este libro indio. Dios creó a Adima (el primer hombre) y Heva (deseo ardiente) en la isla de Ceilán, y les prohibió abandonarla. Después del primer encuentro de Adima y Heva, que se desarrolla en forma sumamente poética, sigue la primera noche coronando su felicidad y sigue un tiempo de constante alegría.
Pero el príncipe Rackeha, espíritu del mal, induce a Adima a abandonar la isla para entrar en un país sumamente hermoso que les muestra. Heva no quiere por temor a Dios. Pero Adima la convence de que le acompañe a ver, aunque sea por un solo

---

[1] El texto hebreo dice Elohim, que significa: Dioses, y nó Dios. Sin embargo el verbo está en el singular. Sin duda se trata aquí de una reminiscencia de la Trinidad de la India

momento, aquella región. Llegan al final de la isla y Adima pone a Heva sobre sus hombros para llevarla sobre aquellas rocas, que hoy todavía llevan el nombre de "Puente de Adima", al país deseado; pero no bien pisan la tierra firme, cuando se oye un trueno horroroso, y desaparece toda la bella visión como Fata Morgana que era. Heva dice a Adima que pida perdón a Dios; y éste les aparece y les perdona por la conducta de Heva; solo que no pueden volver al Paraíso y deben trabajar. "Vuestros hijos, dice Dios, me olvidarán, pero enviaré a Vischnu, quien, nacido de una virgen, dará a todos la esperanza de una vida eterna.

Génesis (2, 7 y 3)

La leyenda bíblica cuenta que Jahvé crea a Adán de barro soplándole en su nariz el espíritu de la vida; y a Eva la crea de una costilla de Adán, lo que representa una verdadera degeneración de la leyenda india. El paraíso era un pequeño jardín, en cuyo centro, al igual como en la leyenda de los indios, estaba el árbol de la vida, del saber y de la inmortalidad, que, según el texto indio, era uno solo, y no estaba dividido en dos como cuenta la Biblia. En vez del espíritu del mal viene una serpiente y seduce a Eva y ésta a Adán. Cuando han comido, ven que están desnudos, sin que haya relación alguna entre esta desnudez y la manzana. Y cuando Dios los cita, Adán con poca caballerosidad hecha la culpa a Eva: "la mujer que me diste de compañera me dio del árbol y yo comí", Eva, por su parte, echa la culpa a la serpiente. Dios condena a ambos, a toda su posteridad y a la misma Tierra por el pecado "horroroso" que han cometido. No les da esperanza ninguna y sólo les hace una túnica de pieles, echándolos del Paraíso y poniendo querubines con espadas delante del portón del jardín. Sólo faltaría saber si era un portón de madera o de hierro y un muro de ladrillos o de cemento armado que rodeaba el Paraíso. ¡Sancta Simplicitas!.

EL DILUVIO

Para comprender bien la leyenda de la India es necesario saber que los hindúes dividen el tiempo en edades, cada una de las cuales dura 12,000 años divinos, cada año divino consta de 360 años terrestres. Al final de cada edad, que se divide en cuatro Yugas o épocas, se produce una limpieza general de la Tierra para librarla del mal originado en el transcurso de la edad. Así la última edad termino con el Diluvio. Se ve con que cuidado se prepara la parte legendaria de los cuentos de la India. La Biblia, en cambio, indica como razón del Diluvio, que Dios se había arrepentido de

haber creado al hombre porque éste llevaba una vida pecaminosa. Fuera de esta diferencia hay otras en ambas leyendas. Según la forma india existían desde la creación del mundo hasta el Diluvio 10 dinastías, cada una de ellas con miles de años de existencia, como es natural. Según la leyenda bíblica, había solamente 10 generaciones, o sea, 10 personas sucesivas. El hagiógrafo, dándose cuenta que el intervalo entre la creación del mundo y el Diluvio de esta manera resultaba demasiado corto, alarga la edad de sus héroes hasta tener todos novecientos y más años; pero como por el otro lado la Biblia cuenta que cada hijo nació, siendo el padre relativamente joven todavía, su propósito se malogra, dejando en evidencia el defecto que se pretendía encubrir. Adán conoció de esta manera a sus descendientes hasta la octava generación y falto poco para que él mismo fuera ahogado en el Diluvio. He aquí los dos cuentos de los cuales el texto indio se encuentra en el Mahabharata, tercer libro: Vana-Parva, capítulo 187, y en el libro Hary Purana. Damos a continuación esta última versión empezando con las palabras de Brahma a Vischnu:

HARY PURANA

Nadie puede alterar mi indeclinable voluntad: los hombres serán extinguidos. Pero por amor a ti, seré bueno con la Tierra que los lleva. Si se encuentra un solo grupo de hombres que merece crecer para formar un pueblo, este grupo y la Tierra serán salvados de la destrucción. Vete, pues, porque pronto desencadenaré todas las aguas sobre la Tierra. Vischnu, la segunda persona en Dios, bajó entonces a la Tierra y al país Cayaconbdya; allí dijo al santo Vaivasvata: levántate, toma tu hacha y sígueme con tus hijos hasta el próximo bosque. Busca los árboles más fuertes, córtalos, y construye de ellos un barco para tu gente y para ti. Debe también haber lugar en él para una pareja de toda clase de animales y semillas de todas las plantas... Apenas había Vaivasvata cerrado el arca, cuando empezó la lluvia sin interrupción; los mares salieron de sus bordes, toda la Tierra desapareció bajo las aguas. Esto duró días, meses y hasta años. Por fin terminó el agua...

GENESIS 6, 6

Y arrepintióse Jahvé de haber hecho los hombres en la Tierra, y pesóle en su corazón. Y dijo Jahvé: destruiré los hombres que he creado sobre la faz de la Tierra, desde el hombre hasta la bestia y hasta el reptil y las aves del Cielo, porque me arrepiento de haberlas hecho. Empero, Noé halló gracias a los ojos de Jahvé. Y dijo Dios a Noé: el fin de toda carne ha venido, porque la Tierra

está llena de violencia y, mira, yo les destruiré con la Tierra. Hazte un arca de madera de Gófer; harás aposentos en el arca y la embetunarás con brea por dentro y por fuera. Y de esta manera la harás: de 300 codos de longitud del arca, de cincuenta codos su altura... Estableceré mi pacto contigo y entrarás en el arca tú y tus hijos y tu mujer y las mujeres de tus hijos contigo. Y de todo lo que vive, de toda carne, dos de cada especie pondrás en el arca (en el cap. 7, 2 Jahvé manda poner 7 parejas de cada animal en el arca; ¿cómo será si ni la misma Biblia se dio cuenta de esta contradicción?.
El arca se detuvo en el Monte Hijmavat (Himalaya)...Entonces Vaivasvata abrió su mano y dejó volar una paloma la que con pies húmedos volvió a la tarde. Entonces dejó volar a un Rajjuvalaka; también él volvió con las alas mojadas. Entonces dejó volar dos grullas; volvieron a la tarde volando alrededor de la nave, pero no entraron... De nuevo dejo volar una paloma; a la tarde volvió, volando con un canto alegre alrededor de la nave y se dirigió al este; en su pico llevaba el tallo de la santa hoja de Cusa... Vaivasvata hizo un sacrificio de gracia a los dioses y un sacrificio de bebida para las almas de los muertos, a los que la ira divina había alcanzado. Después tomó un chivo de lana roja que había nacido en el arca y lo mató sobre el altar, y dijo: esta sangre sea el testimonio de la alianza eterna entre el Cielo y la Tierra.
Sin duda existían dos diferentes fuentes, que él o los agiógrafos utilizaron)... En el año 600 de la vida de Noé, en el mes segundo, día 17 (¿Calendario gregoriano?) fueron rotas todas las fuentes del gran abismo, y las cataratas de los Cielos fueron abiertas y hubo una lluvia sobre la tierra durante 40 días y 40 noches. Las aguas llegaron hasta 15 codos sobre los picos más altos (¿?). Y quedaron las aguas 150 días. Y Dios hizo pasar un viento sobre la Tierra y disminuyeron las aguas... Y reposó el arca en el mes séptimo a 17 días del mes sobre los montes de Armenia... Y al cabo de cuarenta días abrió Noé la ventana del arca que había hecho y dejó volar al cuervo, el cual salió yendo y tornando hasta que las aguas se secaron sobre la Tierra. Envió también una paloma... Y no halló la paloma donde sentar su pie y volvióse al arca... Y espero otros 7 días, y volvió a enviar una paloma fuera del arca. Y la paloma volvió a él a la hora de la tarde y, he aquí, trajo una hoja de oliva en su pico... Y esperó otros 7 días y envió una paloma, la cual no volvió más a él... Entonces salió Noé... Y edificó Noé un altar a Jahvé y tomó de todo animal limpio, y de

toda ave limpia y ofreció un holocausto en el altar y husmeó Jahvé el olor suave (del sacrificio), y dijo Jahvé en su corazón, no volveré a maldecir la Tierra por causa del hombre; porque el corazón del hombre es malo desde su juventud. – (Gén. 8, 22).

LA LEYENDA DE JOSÉ

Esta historia con las aventuras que, según la Biblia tuvo José, hijo de Jacob y biznieto de Abraham, en Egipto, tanto con la mujer de Putifar, como en la corte del Faraón, su conducta para con sus hermanos, etc., es una copia íntegra de los libros de la India, como lo ha demostrado ampliamente el sabio Bloomfiel en su obra: "The life and Stories of the Jaina Savior Parvcanatha".

En igual forma podría demostrarse la identidad de otras leyendas del libro de Moisés con las leyendas de la India. Hasta la misma historia de Moisés, a quien la madre puso en un canasto entregándolo a las aguas del Nilo, donde fue recogido por la hija del Faraón, se encuentra rasgo por rasgo en la literatura hindú.

Para mayor brevedad, pasamos ahora al Nuevo Testamento y sus fuentes indias. Seguiremos el orden cronológico de la vida de Cristo, comprándola con lo que nos dicen los textos hindúes sobre Krischna y Buda.

NACIMIENTO DE KRISCHNA POR LA VIRGEN DEVANAKI Y DE CRISTO POR MARÍA

Una tarde cuando la virgen rezó sonó música celeste, la cárcel se iluminó y Vischnu (segunda persona de la trinidad) apareció en el esplendor de su majestad divina. Devanaki cayó en éxtasis y después de haber recibido del Espíritu Santo, concibió.

Tradiciones Brahmanas.

Y respondiendo el ángel dijo: el Espíritu Santo vendrá sobre ti y la potestad del Altísimo engendrará en ti por lo cual también lo Santo que nacerá, será llamado hijo de Dios.

(Luc. 1, 35).

SALUDO A DEVANAKI POR UN EREMITA Y A MARÍA POR ELIZABET

"Bendita tú Devanaki entre todas las mujeres, seas entre los santos Richis. Eres elegida para la obra de la redención; en tu seno el rayo del resplandor divino será hombre, y la vida se burlará de la muerte... Virgen y madre te saludamos. Tú eres la madre de todos nosotros; porque de ti nacerá aquél que nos redimirá".

Atharva Veda.

“Bendita tú eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde me viene esto a mí, que la madre de mi Señor venga a mí?... y bien aventurada eres, la que creyó, porque se cumplirán las cosas, que te fueron dichas por parte del Señor”.

(Luc. 1, 42).

EL NOMBRE DE KRISCHNA Y DE JESÚS

“Lo nombrarás Krischna”

Atharva Veda.

“Y le darás en nombre de Jesús”

(Luc. 1, 31).

BUDA Y CRISTO SON SALUDADOS POR DOS VENERABLES ANCIANOS

Avisado del nacimiento de Buda, un viejo decrépito Brahmán, de nombre Asita desciende del Himalaya y profetiza: “Vuestro hijo ha nacido para la salvación de todo lo que vive. Será un salvador del mundo.

Había un hombre en Jerusalén, llamado Simeón... Y vino por el Espíritu Santo al templo, cuando los padres llevaron allí al niño Jesús... Entonces lo tomó en sus brazos y bendijo a Dios, diciendo:

Encenderá una luz duradera para todos los seres... Las puertas pesadas del infierno las hará volar y traerá emancipación.

Sutta Nipata

"Ahora despides, Señor, a tu siervo, conforme a tus palabras, en paz; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado delante de todos los pueblos. Luz para todas las gentes, y gloria de tu pueblo Israel".

(Luc. 2, 25)

EL TIO DE KRISCHNA, EL REY DE BUDA Y EL REY HERODES MATAN A LOS NIÑOS

"Mandó matar en sus estados a todos los niños varones que habían nacido en la misma noche que Krischna".

Tradiciones Brahmanas

"Herodes entonces... mandó matar a todos los niños en Bethlehem y todos sus alrededores, desde 2 años abajo, conforme al tiempo que había entendido de los magos".

(Mat. 2, 16).

A LOS DOCE AÑOS TANTO BUDA COMO CRISTO SON BUSCADOS POR LOS PADRES

Después de tres días de buscarlo, encuentran a Cristo en el templo "en medio de los doctores, escuchándoles y preguntándoles". (Luc. 2, 46), y a Buda quien estaba, "entre los sabios y conocedores de las Sagradas Escrituras, absorto en profunda meditación". (Abbisinichkramana Sutra)

ANTES DE INICIAR SU VIDA PÚBLICA, TANTO BUDA COMO CRISTO VAN AL DESIERTO; SE CASTIGAN CON AYUNOS, Y DESPUÉS SON TENTADOS POR EL DIABLO

El seductor dijo a Buda: ""Soy el señor del placer; Dioses, animales, hombres, me están sujetos. Así como ellos, ven también tú en mi reino..." Buda contesta: ""Aunque seas el señor del placer; pero no eres el Señor de la Luz. Mírame a mí: soy el Señor de la ley..." Como todas estas tentativas fracasan, el seductor desiste de su plan y vuelve al infierno con las palabras: "Mi poder se acabó..." pero Buda queda sentado quieto y pacíficamente . La aurora se enciende, las estrellas palidecen, de lo alto caen flores celestes...

Lalita Vistara y Abbinischkaramana Sutra.

Y el diablo lo llevó a un alto monte y le mostró en un momento de tiempo todos los reinos de la Tierra. Y le dijo el diablo: "A ti te daré toda ella, porque a mí es entregada, y a quien quiero, la doy. Pues si tú me adoraras, a mis pies, serán todos tuyos"; y respondiendo

Jesús le dijo: “Vete de mí, Satanás, porque está escrito: a tu Señor Dios adorarás y a él sólo servirás...”.
Y termina toda tentación, el diablo se alejó de él por un tiempo.

(Luc. 4, 5).

EL APÓSTOL FAVORITO DE BUDA, Y CRISTO SENTADO AL LADO DE UN POZO SON INTERPELADOS POR UNA MUJER DE OTRA CASTA

Ananda pide a una muchacha que viene en busca de agua, que le dé un sorbo. Entonces contesta la joven: ¿Cómo puedes pedirme un sorbo de agua?. Soy de la casta de los parias, por lo tanto no puedo acercarme a un Santo. Contéstale Ananda: No te pregunto por la casta ni por la familia; sino por un sorbo de agua. En este momento se acerca Buda, y dándole agua divina a beber, convierte a la joven a su doctrina de la salvación.

Divya-Avadana.

Vino una mujer de Samaría a sacar agua y Jesús le dice: dame de beber... Y la mujer samaritana le contesta: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana?. Pues los judíos no se tratan con los samaritanos... Respondió Jesús diciéndole: Si conocieses el don de Dios, y quién es él que te dice: dame de beber; tú pedirías de él, y él te daría agua divina... La mujer le dice: dame de esta agua.

(Juan 4, 7).

BUDA Y CRISTO ENVÍAN A SUS APÓSTOLES A PREDICAR SUS DOCTRINAS

“Id, discípulos, y caminad en salvación de mucha gente... Id de dos en dos por el mismo camino; predicad discípulos, la doctrina... No pidáis nada por ello... Hostilidades y persecuciones amenazan a los adictos y los predicadores de la ley. Si alguien de ellos es atacado a pedradas con bastones, lanzas, insultos y amenazas, que lo soporte todo pacientemente, recordándose de mí... Yo dispersaré a los asaltantes milagrosamente, y ayudaré a la prédica, consiguiéndolo de manera maravillosa”.

Mahavagga.

“Id y predicad diciendo: el reino del Cielo se ha acercado. (Mat. 10, 7), y los mandó de dos en dos. (Marc. 6, 7). Gratis habéis recibido, gratis dad. (Mat. 10, 8). Os van a entregar a los juzgados

y en sus sinagogas os flagelarán. (Mat. 10, 17). Seréis odiados de todos por mi nombre. (Mat. 10, 22). Yo os aconsejo: no resistáis al malo; sino que si alguien te ha pegado en tu mejilla derecha, ofrécele también la otra. (Mat. 5, 38).
Si alguien no os recibiera, ni oyera vuestras palabras, salid de esa casa o ciudad... Amén os digo, que el castigo será más tolerable a los de Sodoma y Gomorra en el día del Juicio, que a aquella ciudad. (Mat.10, 14). Y estas señales seguirán a los que crean: en mi nombre echarán fuera a los demonios, hablarán nuevas lenguas, levantarán serpientes, y si bebieran algo mortífero, no les dañará. (Marc. 16, 17).

BUDA Y CRISTO PREDICEN SU MUERTE, SIENDO POR ESTO AMONESTADOS POR SUS APÓTOLES

Cuando Buda anuncia su muerte Ananda le ruega evitar esta desgracia y quede con ellos. Por primera vez el bondadoso Buda increpa a Ananda y le dice: “Tuya es la culpa, oh Ananda, de ti viene el escándalo”. (Mahaparinibbana-Sutra). Y a Pedro responde Cristo por igual causa: “Quítate de en medio, Satanás, me eres un escándalo”. (Mat. 16, 21).

KRISCHNA Y CRISTO DEJAR VER A SUS DISCÍPULOS FAVORITOS SU PERSONA TRANSFIGURADA

Krischna dice a Ardjuna: “Pero no estás en condiciones, de verme con estos tus ojos. Por eso te doy un ojo divino. Ve ahora mi potestad divina”. Y Ardjuna, al mirarlo en su majestad divina, exclama: “Si del Cielo saliese a la vez mil soles, sería este semejante al esplendor del Poderoso”.

Bhagavad Gita 11.

“Y después de seis días toma Jesús a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, se transfiguró delante de ellos, su rostro resplandeció como un sol, y sus vestidos eran blancos como la luz.
.....Y he aquí una voz de la nube que dijo: este es mi hijo amado, en quien tengo todas mis complacencias. A él debéis de escuchar”.

(Mat. 17, 1).

KRISCHNA, BUDA Y CRISTO SON SEGUIDOS POR MUCHA GENTE DEBIDO A LOS MILAGROS

"Y mucha gente le seguía – y exclamaron y le gritaron: ayúdanos, Señor. Y de todos lados le dijeron: Éste es quien nos librará. Éste es quien resucita a los muertos, sana a los sordos, ciegos, paralíticos y cojos. Krischna resucita los muertos, sana leprosos, hace que los ciegos vean, los sordos oigan. Él apoya a los débiles contra los fuertes, los oprimidos contra los opresores. Y el pueblo dice: éste es verdaderamente el Salvador, que fue prometido a nuestros padres".

Mahabharata.

" Y le siguieron muchas gentes. (Mat. 19, 2). Mas ellos clamaban más, diciendo: Señor, hijo de David, ten misericordia de nosotros. (Mat. 20, 31). Y las gentes decían: Éste es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea. (Mat. 21, 11). Id y anunciad a Juan lo que oís y veis: ciegos ven, paralíticos andan, leprosos son curados, sordos oyen, muertos resucitan, y a los pobres es predicado el Evangelio de la Salvación. (Mat. 11, 3). Dios el Señor me eligió, me mandó a predicar la salvación a los pobres, sanar corazones destrozados, anunciar la libertad de los presos. (Luc. 4, 18). Sabemos, que Éste es verdaderamente el Salvador del mundo, el Cristo. (Juan 4,42).

BUDA Y CRISTO SATISFACEN A 5,000 HOMBRES CON UN POCO DE PAN

Relata el libro Jataka que Buda con un solo pan dio de comer a 5,000 hombre que le seguían, quedando más migas que el pan repartido. Cristo alimenta hasta dos veces más de 5,000 y 4,000 hombres respectivamente con cinco panes en el primer caso y siete en el segundo, recogiendo los apóstoles una docena de canastos llenos de migas. (Mat. 14, 16 – 15, 34 – 34 – 16, 9; Marc. 6, 37; 8, 1 – Luc. 9, 10; Juan 6, 1).

KRISCHNA, BUDA Y CRISTO EMPLEAN EN SU DOCTRINA LAS MISMAS PALABRAS Y LAS MISMAS PARÁBOLAS

"Son guías de ciegos; pero si un ciego guía al otro; van a caer ambos en el pozo".

Upanischad (Buda).

"Son guías de ciegos; pero si un ciego guía al otro; van a caer ambos en el pozo".

(Mat. 15, 14).

“Había un hombre rico en el país Mithila, que había contratado muchos obreros, para hacer la cosecha en sus campos... Después de haber trabajado todo el día, como mejor podían, cada uno en el lugar que le había sido indicado, se reunieron para recibir su salario. El capataz había dado a cada uno su parte, según su trabajo; y todos lo encontraron justo, y habían recibido lo que les correspondía sin quejarse. Pero cuando el Señor vio esto, díjole al administrador: ¿Por qué hay trabajadores que han recibido menos que otros? ¿Han ido más tarde al campo¿ ¿O han descansado más?. El capataz le contestó: todos los trabajadores han ido juntos al campo, y han trabajado el mismo tiempo y con el mismo celo; solamente que los débiles no han cosechado tanto como los fuertes. Entonces dijo el Señor: debéis dar igual sueldo a todos; pues no sería justo, hacer una diferencia entre ellos, cuando todos han trabajado juntos en el campo y eran activos con el mismo celo”.

Krischnasya ukti vidsanevane.

“Porque el reino del Cielo es semejante a un padre de familia, que salió por la mañana, a buscar obreros para su viña. Y habiendo tratado con los obreros en un denario por día, los envió a su viña. Y saliendo cerca de las tres, vio a otros, que estaban en la plaza ociosos; y les dijo: id también vosotros a mi viña, y os daré lo que fuere justo – y ellos fueron. Salió otra vez cerca de las seis y de las nueve e hizo lo mismo. Y saliendo cerca de las once, halló otros que estaban ociosos y les dijo: ¿Por qué estáis aquí todo el día ociosos?. Le dijeron: porque nadie nos ha contratado. Les dijo: Id también vosotros a la viña y recibiréis lo que fuere justo. Y cuando fue la tarde del día, el Señor de la viña dijo a su mayordomo: llame a los obreros y págueles el jornal, comenzado desde los últimos a los primeros. Y viniendo los que habían ido cerca de las once recibieron cada uno un denario. Y viniendo también los primeros, pensaron que habrían de recibir más; pero también ellos recibieron cada uno un denario. Y tomándolo murmuraron contra el padre de familia diciendo: los últimos han trabajado solamente un hora y los ha hecho iguales a nosotros, que hemos llevado la carga y el calor todo el día. Y él respondiendo dijo a uno de ellos: amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No trataste conmigo por un denario?. Toma lo que es tuyo y vete; mas quiero dar a este último igual que a ti....

¿No me es lícito, hacer lo que quiero con lo mío? ¿O es malo tu ojo porque yo soy bueno?. Así los primeros serán los últimos; y los últimos los primeros, porque muchos son llamados pero pocos de los escogidos (judíos). (Mat. 20, 1)
Mientras que la parábola de Krischna es natural y humana, demostrando compasión hacia los más débiles, la transformación de Cristo está llena de absurdos. Pues nadie daría igual jornal a trabajadores que hubiesen empezado a trabajar a tan distintas horas del día como aquí en la parábola. Con justa razón murmuran aquellos que han trabajado todo el día, siendo sin embargo equiparados a aquellos que sólo trabajaron durante una hora.
Sin embargo, tiene la parábola de Cristo una explicación satisfactoria desde otro punto de vista, que está expresada en la última frase de la parábola como moraleja. Pues, suponiendo que los primeros trabajadores eran los judíos, los cuales efectivamente fueron los primeros en ser llamados al reino de Dios, y que los últimos trabajadores significan a los paganos por ser llamados al reino de Dios en último lugar; y tomando en cuenta que en los tiempos de los apóstoles los judíos que se habían convertido al cristianismo no querían reconocer la igualdad (el denario) de los paganos convertidos a la religión cristiana, y que esta rivalidad terminó con el retiro de los judíos y la entrada de los paganos al reino de Dios, tal como San Pablo lo explica detalladamente en su carta a los romanos, diciendo que los judíos a raíz de esta conducta recién entrarán en la Iglesia cuando hayan entrado todos los paganos (Rom. 11, 25), se comprende la moraleja: que los primeros (judíos) pasarán a ser últimos, y los últimos (paganos) pasarán a ser primeros,, porque muchos hombres son llamados a la Iglesia de Cristo pero pocos escogidos (miembros del escogido pueblo de Israel).
Pero aceptando esta explicación, la única que resuelve todas las dificultades de esta parábola, vemos en seguida que no ha podido ser inventada por Cristo, porque en tiempos de Cristo no existía todavía aquella rivalidad entre judíos y paganos – máxime que Cristo sólo predicó y mandó a predicar a los judíos con exclusión de los paganos. Debe haber sido agregada por el evangelista, quien transformó el original hindú, adaptándolo al estado actual de las cosas entre judíos y paganos. La misma interpretación debe darse a la parábola del banquete (Mat. 22, 1), donde los primeros invitados, los judíos, no quieren venir y entrar a la sala, la Iglesia de Cristo, mientras que los últimos invitados, los paganos, entran en

masa. (Los versículos 11, 12 y 13 no pertenecían a esta parábola). Termina también esta similitud con las palabras: muchos son llamados, pero pocos de los "escogidos". Por cierto hubo, según la Biblia, cierto rechazo de los judíos por parte de Cristo, a raíz de su incredulidad. Pero no es de suponer que el mismo Cristo haya pensado jamás en una entrada de los paganos a su reino, en vista de la terminante manera con que él encarga a sus apóstoles la conversión de los judíos únicamente, y en vista de su convicción de que él volverá al Juicio Final antes de haberse terminado la conversión de la Palestina por parte de los apóstoles. Todas las palabras que expresan una opinión contraria y admiten la entrada de los paganos al reino de Dios, como por ejemplo las dos parábolas citadas, son una prueba más de que los evangelios no son la expresión fiel y exclusiva de Cristo, sino una composición de ideas y diferentes autores. A esta clase de palabras pertenecen también las siguientes, que coinciden con las anteriores: "Os declaro que muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y estarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los Cielos; mientras que los hijos del reino (los judíos) serán echados fuera a las tinieblas: allí será el llanto y el crujir de dientes". (Mat. 8, 11).

Hemos visto entonces una gran cantidad de textos semejantes de la Biblia y de los libros de la India. No interesa aquí tanto la igualdad o semejanza del texto, sino que se reproducen en ambos libros los mismos hechos, que naturalmente fueron contados con diferentes palabras para que la copia no esté a la vista de todo el mundo.

En igual forma podría demostrarse que también el resto de los evangelios es casi íntegramente una simple copia de los libros sagrados hindúes: y donde estos fallan son reemplazados por los libros de Caldea, de Persia, etc.

La verdad de lo que he expuesto ha sido reconocida hasta por los mismos teólogos cristianos.

El profesor Rodolfo Seydel, teólogo protestante y profesor de la Universidad de Leipzig, uno de los más destacados orientalistas en su tiempo, dice en su libro "Die Buda-Legende" (La leyenda de Buda) que de los 28 capítulos del Evangelio de Mateo sólo dos (22 y 24) están libres de textos hindúes; del Evangelio de Marcos con sus 16 capítulos también sólo dos (7 y 12) no son copiados. En el Evangelio de Lucas, según el mismo teólogo, sólo los capítulos 16, 17 y 20, entre un total de 24, no son plagiados. El Evangelio de San Juan tiene de 21 capítulos, solamente el décimo y el décimo séptimo libres de copia.

El teólogo protestante Happel, historiador de religiones, confirma las aserciones de Seydel y nombra como copias principales 36 textos de la Biblia, a saber: La encarnación de Jesús, con todas las circunstancias que la acompañan. – El niño Jesús en el templo, su aumento en sabiduría. – El año 12 de Jesús. – Su verdadero pueblo natal. – La tentación del diablo. – La higuera y los dos apóstoles. – Las ocho beatitudes. – La historia de la pecadora Magdalena. – La prédica a un rico (Nicodemo) que visita a Jesús de noche. – La muchacha del pozo. – El ciego de nacimiento. – Marta y María. – El número de los apóstoles y su envió a la prédica. – El milagro de la marcha sobre las aguas. – La entrada jubilosa en Jerusalem. – El joven rico. – La transfiguración, etc., etc.

Happel termina diciendo: “Este número podría fácilmente aumentarse”.

El profesor Dr. Bernhard Spiess, gran conocedor del sánscrito y de la escritura cuneiforme, afirma que casi todas las parábolas del Nuevo Testamento son copias de parábolas de los hindúes, sumeros, persas y sirios, y en particular la serie de parábolas que siguen en el capítulo 13 del Evangelio de Mateo.

El jesuita Bertrand en su obra “Nara ou L’espirit de Dieu” dice con respecto a la historia de la creación del mundo: “Si se comparan estas palabras (Manú 1, 5 atc.) con el primer capítulo del Génesis, uno se sorprende de la semejanza que se encuentra en la manera cómo cuentan nuestros libros sagrados y los libros religiosas de la India la creación del mundo”.

El indólogo Garbe, teólogo protestante dice: “Como el cristianismo se formó en dependencia del judaísmo contiene él muchas doctrinas y creencias que aquél había recibido de otras religiones. Pero también sin mediación del judaísmo han influenciado otras ideas sobre la forma original del Cristianismo. La fijación de esto elementos es el objeto que la investigación religiosa histórica ha tomado con mucho celo. Sólo existen diferencias serias sobre el número de los elementos extraños. Nuestros más grandes teólogos, hombres como Harnack y Gunkel, nombran al cristiano lisa y llanamente como una religión sincretística”. Este mismo sabio asegura que, por lo menos cuatro textos del Nuevo Testamento, son copia del budismo, sin hablar de las copias de otras religiones, a saber: Simeón en el templo, la tentación del Salvador por el diablo, el milagro del aumento del pan y la marcha de Pedro sobre el mar. (Indien und Cristentum – La India y el Cristianismo, Editorial J. V. B. Mohr, Túbingen).

Los teólogos católicos están naturalmente obligados a negar a priori que haya copia alguna en la Biblia de los libros de la India y quieren demostrar, contra viento y marea, que los textos hindúes son más bien una copia de la Sagrada Escritura. Su argumentación tiene tanto menos valor, por cuanto no es el resultado de un estudio imparcial, sino que es dictado por prejuicios e ideas preconcebidas con el fin de salvar una cosa perdida.

V
LAS DEMAS FUENTES DE LA RELIGIÓN CRISTIANA

Iniciando ahora el estudio de las demás fuentes del Nuevo Testamento, debemos citar en primer lugar el culto a Mithra en Persia, el de Attis en los montes Frigios del Asia Menor y el de Osiris, hijo de Rá, en Egipto.

La Bibliothéque Racionale (París, 41 Rue de Vaugirard, VI) ha publicado varios libros al respecto que son instructivos.

En uno de ellos: "Le probleme de Jésus et les Origenes du Christianisme" por P. Alfaric, Paul Louis Counchoud y Albert Bayet, exponen que los fieles de aquellos cultos conocían la vida de estos "Salvadores", Mithra, Attis y Osiris, su vida, pasión y muerte, con igual lujo de detalles como nosotros pretendemos conocer la vida de Cristo. Recalcan además las grandes semejanzas entre todos estos salvadores.

Así Mithra, igualmente "logos" o sea "emanado de Dios", como Cristo, estaba encargado de luchar contra Ahriman, el dios del mal. – Nace milagrosamente y los pastores vienen a adorar al niño. Mithra es el puerto y el ancla de la salvación, y terminada su misión terrestre vuelve al Cielo, quedando también allí el Protector Soberano. Hay que servirle con absoluta pureza, recibiendo siete sacramentos entre los cuales figura el Bautizo, la Confirmación y la Comunión: pan y vino, consagrados por fórmulas rituales. Después de la muerte los fieles deben aparecer delante de Mithra y si han sido buenos van a la eterna beatitud; si fueron malos, al infierno eterno. Al fin del mundo vendrá Mithra para el Juicio Final.

Rasgo por rasgo encontramos aquí la doctrina cristiana; lo que faltaba a los libros de la India, aquí lo tenemos.

Agregando el contenido de los otros dos cultos, el cuadro está completo.

Hay mucha verdad en la observación de Renán de que el culto de Mithra llegó en Roma a un desarrollo tal en los primeros tres siglos después de Jesucristo que si no hubiera sido por la victoria del

Emperador Constantino, hijo de la santa Elena, el mundo se habría vuelto mithriano en vez de cristiano.

El libro citado, demostrando la prioridad cronológica del culto de Mithra con respecto al de Cristo, da una amplia explicación sobre el origen de cada uno de los cuatro evangelios, los que según las investigaciones modernas no han sido redactados antes del año 145 después de Jesucristo.

El conocido profesor Hiescher de Cottbus, Alemania, teólogo protestante, publicó recientemente una obra en cinco tomos, titulada: “Investigaciones respecto a la historia del apóstol Pablo”, con los resultados de sus estudios de veinte años sobre dicho apóstol. Sus conclusiones principales y definitivas son las siguientes:

Los “Actos”, que contienen la historia de los apóstoles, son una falsificación hecha por la Iglesia Romana después del año 145 p. J. Con el objeto de demostrar la primacía de la Iglesia Romana a raíz de un pretendido concilio de los apóstoles celebrado, según los Actos, en Jerusalem en el año 50, y en el cual San Pedro dirigió la sesión. Dicho concilio nunca tuvo lugar. Víctor I, obispo de Roma desde 185 a 197 p. J., reclamó el primado a raíz de ese concilio en los Actos, y no debido a que San Pedro haya sido obispo de Roma, leyenda que recién más tarde se formó. En realidad ni San Pedro ni San Pablo han estado jamás en Roma y menos todavía se encuentra su tumba allá. San Pablo fue detenido en Efeso y allí ejecutado, después de una prisión bastante prolongada, en el año 45 o 46 p.J. Hoy todavía se muestra en Efeso la torre de Lisímaco en el cerro Astíagas, donde San Pablo pasó los últimos días de su vida. A San Pablo se le consideraba hereje en la iglesia primitiva cristiana. Un San Esteban a quien describen los Actos, dándole mucha importancia, no ha existido.

Para la falsificación de los Actos se eligió un libro apócrifo de los primeros tiempos, con hechos en gran parte verídicos, modificándolo y agregándole lo conveniente. La parte de los Actos que se llama “Nosotros”, porque se relata en nombre de varios, tiene por autor a un griego pagano, quien viajaba de Puteoli a Filipi y de Filipi a Puteoli. Los viajes terrestres de esta parte son agregados por un autor anónimo.

Respecto de las cartas de San Pablo, el profesor Hielscher demuestra que son casi todas alteradas, cambiadas de títulos, en partes apócrifas, etc.

En resumen, los Actos y las cartas de San Pablo representan una falsificación de primera clase.

El profesor G. Witzke, de la misma localidad, Cottbus, quien me puso en contacto con el profesor Hielscher, me escribe que él, como historiador, está completamente convencido de la exactitud de los resultados del profesor Hielscher.

A nosotros ya no nos pueden asombrar tales resultados de la ciencia, ya que la Biblia, despojada del carácter divino que se le atribuía, y llena de relatos falsos, ha perdido su valor.

Ha llegado la hora de que la humanidad se de cuenta de la farsa que partes interesadas están representando, al invocar "libros sagrados" que llevan la marca de su origen verdadero en la frente.

El profesor judío Delitsch, uno de los más destacados conocedores de las ciencias orientales, fundador del panbabilonismo, dice sobre el Viejo Testamento:

"Tengo que resumir la verdad asegurando que el Viejo Testamento está lleno de engaños de toda clase: es un verdadero colector de números erróneos, no creíbles; no fidedignos tampoco con respecto a la cronología bíblica; es un verdadero laberinto de falsas descripciones, de cambios, transformaciones y modificaciones falaces, también de anacronismos; es una continua mezcla de indicaciones contradictorias y de relatos enteramente falsos, de invenciones libres, no históricas; de fábulas y leyendas. En una palabra, es un libro lleno de engaños intencionales y no intencionales; en parte de autosugestiones; un libro muy peligroso, para cuyo uso se precisa del mayor cuidado". (Die grosse Tauschung. El gran desengaño, segunda parte, página 52).

Estas mismas palabras, con las modificaciones necesarias del caso, pueden aplicarse también al Nuevo Testamento.

Podría ahora preguntar alguien: ¿Qué es lo que queda de la persona de Cristo en vista de todo esto?.

Emilio Bossi, en su obra: "Jesucristo nunca ha existido" (F. Granada y Cia., editores. Barcelona), haciendo un prolijo examen del origen, o sea de las fuentes del texto evangélico en la Historia, Biblia, Mitología, etc., llega, a raíz de su abundante material, a la conclusión indicada por el título de su libro, o sea que Cristo nunca ha existido. Coincide con esto con la obra francesa ya citada, y cuyos autores declaran que Cristo no creó el cristianismo sino que el cristianismo creó a Cristo.

A un resultado muy diferente llega el Dr. Binet Sanglé; profesor de la Escuela de Psicología de París. Este hombre de ciencia, conocidísimo por la gran cantidad de sus obras, especialmente filosóficas, psicológicas, patológicas, higiénicas y terapéuticas, en su libro: "La Folie de Jesús" (La Locura de Jesús, ediciones

Estrella, Santiago de Chile), afirma la existencia de Cristo negando tan sólo los caracteres sobrenaturales. Haciendo un examen médico verdaderamente científico e interesante de la persona de Cristo, tal como se presenta en los evangelios, demuestra punto por punto que se trata aquí de un caso de teomegalomanía histeróide, basándose a la vez en un centenar de casos análogos, entre los cuales el de Guillermo Jesús Monod es el más completo por su semejanza con Jesucristo.

A nosotros poco nos puede interesar saber si Cristo ha existido o no, [1]si estaba o no afectado de locura. Desde el momento que la misma Biblia lo ha desvestido de su carácter divino, haciéndolo pronunciar una profecía que no se cumplió, siendo ella de capital importancia para la prueba de su carácter divino, y desde que los demás caracteres sobrenaturales de Cristo resultan ser simplemente copias de otras religiones, en que la misma autenticidad y veracidad de la Biblia se ha visto sucumbir, la persona de Cristo, y todo cuanto los evangelios relatan de ella, ha perdido todo interés.

Lo único que interesa, y que es verdaderamente de lamentar, es el hecho que durante dos mil años el mundo pudo ser engañado tan funestamente, y sigue siéndolo por aquellos para quienes "La fábula de Cristo produce tanto, que sería necio advertir el engaño a los ignorantes". (Palabras atribuidas al Papa León X).

---

[1] En un estudio muy interesante se niega en el citado libro francés de Alfario la autenticidad de cuantas citas existen en libros profanos más o menos contemporáneos de Cristo, sobre la persona del Redentor. Por otra parte, las investigaciones del historiador Prof. Eisler de la Universidad de Viena (antes de Cambridge, Oxford, Edimburgo, París), dieron por resultado que el verdadero e histórico Jesús de Nazaret era un caudillo y, según el genuino Flavio Josefo, "de pequeña, jorobada y fea estatura". Sus adeptos eran los Sikarios. Ya durante el gobierno de Pilatos habían intentado apoderarse de Jerusalén, y en esta oportunidad el jefe fue ejecutado por "revolucionario y ladrón", conjuntamente con dos ladrones.

En el año 66 se renovó la revolución, esta vez provocada por los campesinos judaicos, esclavizados, de origen amorítico y hethítico, que vivían en Galilea. El movimiento, como consta en un manuscrito encontrado en 1893; se dirigía especialmente contra el capitalismo bancario de los sacerdotes (Fariseos y Saduceos). Los revolucionarios se apoderaron de los depósitos bancarios del Templo subterráneo; pero los emigrantes judaicos consiguieron que Roma mandara a Tito con un ejército contra los rebeldes, con el especial encargo de salvar el Templo. De ahí el largo sitio de Jerusalén. El conocido historiador Mommsen (Tomo 5) confirma el carácter violento de esta última revolución que terminó con la destrucción completa de Jerusalén y su Templo.

CONCLUSIÓN

Cristo, Dios, Biblia - ¿Acaso se han hundido estos conceptos delante de nuestros ojos? ¿Ha llegado el crepúsculo de los Dioses? ¿Sonó la trompeta del último juicio, del Juicio Final de un mundo perdido?.

Efectivamente, la religión cristiana es un error, un error como cualquiera otra religión, ni más ni menos. La Humanidad hace mucho que no ve más su ideal en la religión cristiana, máxime en la forma como se la presenta. Ella busca otra religión, busca la religión verdadera, que no es el privilegio de algunos, sino común a todos los hombres. Esta religión es la veneración del Ser Supremo, sin dogmas y sin sacerdotes, cuya veneración se cumple con el respeto de las leyes de la Naturaleza y particularmente con el respeto de nuestros semejantes.

Para ello no necesitamos ni iglesia, ni sacerdotes, ni amuletos, ni ademanes estériles. La verdadera religión es cosa interior, y como íntima sólo se manifiesta por sus efectos: el respeto y la bondad.

Pero todavía hay que aclarar una interrogante que nos ha quedado y que el mismo lector reiteradas veces habrá sentido durante la lectura del último capítulo. Esta interrogante es: Si el padre principal del cristianismo no ha sido Cristo ¿quiénes entonces eran sus verdaderos autores y cuales fueron sus móviles?.

A esta pregunta puede contestarse: que eran los mismos judíos, quienes –en provecho de sus connacionales- inventaron el cristianismo para los demás pueblos.

En efecto, cuando en el año 70 p. J. Los judíos fueron expulsados de la Palestina y dispersados en el mundo entero, la conservación de su raza estaba en gran peligro, puesto que el lema imperante era: “Ojo por ojo diente por diente”, máxima peligrosísima para un pueblo con las aspiraciones y modalidades de los hebreos. Pero por el cristianismo, que ellos hicieron surgir, aquella doctrina pagana fue convertida en su contrario, y poco a poco el mundo cristianizado aprendió el “Amad a vuestros enemigos”. De esta manera los judíos, destinados a vivir en el extranjero, encontraron allí su mejor protección, donde sin el cristianismo habrían desaparecido.

Más aún: el sueño predilecto de los judíos era el del Imperio Mesiaco, cuya realización constituía desde tiempos inmemorables todo su afán y deseo. En la creencia de ser el “Electo pueblo de Dios” hasta se daban por dotados con privilegios sobre cualquier otro pueblo o raza. Tenían y tienen todavía una moral aparte para con los “Gojim”, como ellos llaman a la totalidad de los que no son

judíos, Ya Moisés les había dicho: “No tomarás de tu hermano usura ni de dinero ni de comida ni de cosa alguna de que se suele tomar: mas del extraño tomarás usura”. (5. Mois. 23, 19 y 20). Y en otro lugar: “Consumirás a todos los pueblos que te da Jahvé, tu Dios”. (5. Mois. 7, 16). En igual forma se expresa el Talmud, la ley suprema del judío moderno (léase; Dibre David Par 37; Baba Kamma 113b; Samhedrin 57ª; baba mezia 111b y 70b, etc.).

Ahora bien: para facilitar al pueblo judío la tan deseada dominación del mundo (y el mundo se gobierna por dinero), los autores de la doctrina cristiana le hicieron repudiar el Mamon y toda clase de riquezas como un obstáculo para entrar al reino de Dios. Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que un rico entre al Cielo. (Luc. 18, 25).

De esta manera la doctrina cristiana no sólo aseguró al judío la conservación de su raza, sino que le facilitó también el camino hacia la dominación del mundo, que para él significa la realización del Imperio Mesiaco.

En efecto: basados en los principios del cristianismo y en su legalizada y absoluta falta de escrúpulos, los judíos han sabido apoderarse de casi la totalidad de las riquezas del mundo cristiano. Ellos son los banqueros y los magnates de la industria y del comercio; reúnen el 70% de todos los valores activos en sus manos y el resto está bajo su control.

Quiere decir entonces que los judíos, engañando al mundo con un Mesías ficticio, han realizado su propio reino Mesiaco, habiéndose convertido en los dueños indiscutidos del mundo cristiano.

Los propios cristianos conscientes o inconscientemente, sienten por momentos esta dominación de un puñado de extraños; se revelan y se levantan contra esta esclavitud para cometer progroms, pero pronto vuelven a caer en las garras del enemigo omnipotente. Es que el cristianismo tiene narcotizados a sus adeptos y en vano suenan las “voces del desierto” como la del magnate Henry Ford en su magnífico libro “El Judío Internacional”, pues la dominación de los judíos recién acabará cuando haya acabado el cristianismo.

TERCERA PARTE
LAS DIFERENCIAS ENTRE LA DOCTRINA DE CRISTO Y LA DE LAS IGLESIAS CRISTIANAS

INTRODUCCIÓN

En esta tercera parte de mi libro voy a exponer aquellas doctrinas teológicas que, después de detenidos y prolongados estudios, hallé

en manifiesta contradicción con la religión de Cristo, tal como se presenta en la Biblia, y las conclusiones que causaron mi alejamiento de la Iglesia Católica.

Me he empeñado mucho para llevar al entendimiento de mis lectores las graves aberraciones teológicas que en el curso de los dos mil años se han producido. Tuve que poner sobre tablas estos tópicos para que todo el mundo se dé cuenta de cómo, poco a poco, la religión de Cristo fue transformada en un sistema teológico – filosófico, con el cual aquella ya no tiene nada que ver.

A pesar de lo que hemos visto en el capítulo anterior, respecto del origen y de la autenticidad de la Biblia, suponemos en esta tercera parte –hipotéticamente- su verdad, tal como la predican los teólogos, pues los capítulos que siguen han sido redactados con este espíritu hace más de diez años. Tal como están escritos a continuación, así los entregue personalmente a mi obispo, cuando en abril de 1,924 lo visité para anunciarle mi separación de la Iglesia. El obispo, quien me recibió con toda deferencia, después de haber leído mi manuscrito, me dijo que él no estaba en condiciones de refutar mis argumentos, porque para eso se precisaban estudios especiales, que su cargo no le permitía hacer.

A título de ser completo agrego aquí la carta que acompañaba el manuscrito y que reza así:

A S. Ilma.
El Señor C. Klein,
Obispo de Paderborn.

Ilmo. Señor:

Lo que hoy he de participarle a S. Ilma. Me causa el más profundo dolor.

Desde hace cuatro años el estudio de la Sagrada Escritura me ha convencido de que la teología católica en muchas y muy importantes doctrinas se ha equivocado. Por eso he resuelto retirarme de mi cargo de cura. El manuscrito adjunto, que próximamente será publicado, le dará a conocer a S. Ilma. Mis razones para dar este paso.

Yo mismo, durante mucho tiempo, he luchado de todas las maneras posibles contra los resultados de mis estudios; he pedido la ayuda y el consejo de mis cofrades y de personas competentes, pero inútilmente. En enero del año pasado (1,923) mandé este manuscrito al Rev. Padre Fonk, de la compañía de Jesús, Director del Instituto Bíblico Papal en Roma, pidiéndole que soluciones los problemas en cuestión, pero no tuve contestación. Así, sin prejuicio de ninguna clase, he examinado los resultados de mis

investigaciones durante años enteros, hasta que ya no podía resistir más a la clara doctrina de la Sagrada Escritura, confirmando, además, la Tradición Apostólica mi nueva convicción.
No hay necesidad de asegurar a Su Ilma. Que yo no tenía el propósito de provocar un conflicto con la teología católica. Su Ilma. Sabe mejor que nadie que me había consagrado al servicio de Dios y de la Iglesia Católica por puro amor y entusiasmo. Jamás había pensado que un día tendría que retirarme de mi cargo. Me he cuidado muchísimo durante mis estudios para no equivocarme, sabiendo que si mi opinión un día llegase a comprobarse errónea, yo mismo sería el perjudicado, Cuando las dudas empezaron a consolidarse hice una selección de los puntos principales en los cuales los teólogos católicos, según mi opinión, se habían equivocado. En estudio detenido evidenció los errores de la teología a las claras: son los mismos errores que mi manuscrito critica a los teólogos.
No es de esperar que la teología católica confiese sus errores ni que permita que yo mantenga mi convicción siguiendo en mi cargo de cura. Me excluiría de la Iglesia, sin oír o examinar mis objeciones. En realidad, según la teología católica ya desde hace años estoy fuera de la Iglesia. Únicamente la circunstancia de no haber cometido ninguna falta hizo retardar mi separación.
Ahora ya no me es posible esperar más, y aseguro a Su Ilma., que doy este paso con mi conciencia tranquila, lo que es mi mayor consuelo. Mas, me pesa en este momento la separación de mi cargo antes tan caro y santo para mí, la separación de todos los que hasta ahora eran mis amigos y que me abandonarán en adelante para siempre, y finalmente, el desencanto amargo que le hago a Su Ilma., a su Eminencia el Cardenal Carlos José Schulte de Colonia, y a mis feligreses anteriores. Es el producto de hondas meditaciones y de una convicción sincera.
Pero el desencanto mío no es menor. Si yo hubiera sabido hace años lo que sé ahora; si mi educación en el colegio y la enseñanza que me han dado no me hubiesen ocultado la verdad, llenándome con mil prejuicios; si la teología católica con sus maneras de enseñar y sus amenazas del infierno no me hubiera abrumado de tantas y tan pesadas cadenas, jamás me habría dedicado a este cargo. Habría buscado mi felicidad en otra parte. Por cierto que no es agradable, una vez cura, verse obligado a retirarse de tal cargo; condenado además por millares de personas y condenado por la Iglesia, a la cual he servido sacrificando mi juventud

inútilmente, y condenado por todos mis parientes, quienes en adelante me esquivarán, como si hubiese cometido un crimen.
Me encuentro pues en la calle, y tengo que buscar nuevamente mi porvenir a los 34 años, bajo condiciones que hacen la muerte preferible a la vida.
Sin embargo, Su Ilma., misma deberá confesar que yo no hice más que cumplir con mi deber al retirarme de mi cargo, después de una investigación tan larga y detenida, para no ser obligado a predicar cosas contrarias a mi convicción. Que tal acto sea pagado de esta manera, naturalmente no es agradable, sino sumamente penoso.
Tengo la esperanza que mi sacrificio será un día el paso que sirva de unión a todos los cristianos, por cuya realización trabajaré en adelante [1].
Agradeciéndole todas las atenciones que Su Ilma., personalmente ha tenido conmigo hasta ahora, prometiéndole un recuerdo agradecido tanto a Su Ilma., como a todos los que estaban cerca de mí.
Saludo a Su Ilma., muy respetuoso

S.S.S.
Franz Griese

CAPÍTULO PRIMERO
EL PECADO ORIGINAL Y EL BAUTISMO DE LOS NIÑOS

La doctrina del pecado original es uno de los fundamentos principales de la doctrina teológica cristiana.
Es la base de la doctrina de la redención y particularmente del bautizo de los niños.
Esta singular importancia del pecado original nos obliga a formarnos un criterio exacto sobre él, por cuya razón vamos a considerar sucesivamente en estos puntos:
1). La naturaleza del pecado original, su adquisición, efectos y extinción.
2). La Biblia sobre el bautismo.
3). La introducción de la doctrina del pecado original en la religión de Cristo.
4). El verdadero sentido de la carta de San Pablo sobre el pecado original.
5). Consideraciones finales.

---

[1] Naturalmente pienso hoy con respecto a esto de una manera muy diferente. He progresado más en mis estudios, los que terminaron con el rechazo absoluto del cristianismo tal como hoy existe.

I
LA NATURALEZA DEL PECADO ORIGINAL, SU ADQUISICIÓN, EFECTOS Y EXTINCIÓN

En este pecado tan raro hay que distinguir el de Adán y Eva, y el de sus descendientes, o sea el pecado original propiamente dicho.
El delito de los primeros padres consiste en haber comido del árbol prohibido que estaba en el centro del Paraíso y que era el árbol del conocimiento, del bien y del mal. La Iglesia Católica no admite aquí ninguna explicación simbólica o figurada. Asevera que se trataba de un verdadero árbol y una verdadera manzana. Sólo se discute entre los teólogos lo que habría pasado si Eva sola hubiese comido aquella dichosa fruta y no Adán (sic).
Ahora bien, según el dogma católico pasó este pecado de los primeros hombres por herencia a toda la Humanidad porque todos los hombres del mundo, según la doctrina teológica, descienden de Adán y Eva [(1)].
Los únicos que estaban exentos de esta herencia era José y María. Todos los demás hombres la reciben en el momento mismo de su concepción, viniendo con ellos al mundo. Y a este pecado, heredado, que sin embrago es un verdadero pecado, aunque no sea personal, se le llama pecado original.
Las consecuencias de la falta de Adán y Eva eran y son desastrosas para toda la Humanidad: la expulsión del Paraíso, la maldición de la Tierra, todos los sufrimiento y enfermedades, la misma muerte; en una palabra, cuanto hay de malo en este mundo, se debe a aquel pecado monstruoso. Lo peor es que él hasta a cerrado la entrada al Cielo a toda la Humanidad, de tal manera que nadie habría podido llegar a él si no hubiese venido Cristo, quien por su muerte abrió las puertas cerradas de la eterna felicidad.

[(1)] Esta unidad del género humano es muy problemática desde que la ciencia se inclina a favor de la pluralidad del origen de la Humanidad, que probablemente tuvo su desarrollo en cuatro diferentes formas y lugares. Hasta la misma Biblia insinúa tal pluralidad. Pues Caín, hijo de Adán y Eva, después de haber asesinado a su hermano Abel, exclama: "Cualquiera que me vea, me matará", lo que supone que ya existían otras personas no descendientes de Adán y Eva. Lo mismo se supone cuando al final de esta leyenda, la Biblia relata que Caín fue a otro país. Finalmente ¿con quién iba a casarse Caín, único hijo de Adán y Eva en aquel entonces, a no ser con una mujer de otro origen, ya que ni siquiera tenía hermanas?. Sólo suponiendo el carácter legendario del Génesis, puede sostenerse la unidad del género humano.

Pues bien, el único medio para participar en la redención de Cristo y librarse del pecado original [2] es el bautismo.
De ahí se comprende no sólo la primordial importancia del bautismo en general, sino también su alto significado para los niños.
En efecto, suponiendo que el pecado original exista, deberíamos a los niños, más que a nadie, procurarles el bautismo, tanto por la gran mortalidad infantil como por el escaso porcentaje de los privilegiados que tienen la suerte de poder librarse de ese pecado [3]. Hasta se justificaría el encargo que da la Iglesia Católica a las parteras, de bautizar en caso de peligro también el feto en el seno materno, encargo que en los países del norte de Europa se cumple.
Se ve, por lo tanto, que el bautismo de los niños y el pecado original están en íntima relación. Comprobar éste sería comprobar aquél. Por otro lado, si se llegara a la conclusión de que el pecado original no existe, el bautismo de los niños estaría de mas.

II
LA BIBLIA SOBRE EL BAUTISMO

Averigüemos antes de nada lo que dice la Sagrada Escritura sobre el bautismo.
Las primeras palabras de Jesús, al empezar su enseñanza pública, fueron: “Reformaos, porque el reino del Cielo está cerca”. (Mat. 4, 17). Y todos los que aceptaron la doctrina de Jesús debían reformar sus costumbres y adherirse a Cristo. Como sello de esta conversión recibieron el bautismo “in remisionem pecatorum” para el perdón de sus pecados. Luego, el bautismo de Jesús tenía un triple objeto para el que lo recibió: 1) abandonar la vida pecaminosa, 2) adherirse solamente a Cristo y su doctrina, 3) recibir el perdón de los pecados personales.
De este triple objeto del bautismo, instituido por Cristo y aplicado por los apóstoles, no ha quedado nada en el bautismo de los bebés, pues éstos no pueden ni abandonar una vida pecaminosa, ni manifestar si quieren adherirse o no a Cristo y su doctrina, ni, finalmente, se les pueden ser perdonados pecados personales, porque no cometieron todavía pecados.

---

[2] Una liberación completa no tiene lugar, pues las consecuencias del pecado original; sufrimiento, muerte, etc., quedan aunque aquél sea perdonado.
[3] Así se explica que un San Francisco Javier, bautizó en la India en un solo mes, más de 10,000 niños paganos.

El lector se habrá dado cuenta del cambio fundamental que aquí se ha producido con una institución tan importante como es el bautismo. Las razones para este cambio deberían ser igualmente importantes, si es que se puede alterar esta institución de Cristo.

III
LA INTRODUCCIÓN DEL PECADO ORIGINAL EN LA RELIGIÓN DE CRISTO

Para justificar el bautismo de los niños, tan contrario a todo lo que dice la Sagrada Escritura al respecto, aseguran los teólogos que los niños tienen el pecado original y que por eso hay que bautizarlos.

Debemos por lo tanto examinar si el pecado original existe o no. Para eso es necesario saber en qué forma se ha introducido en la religión cristiana.

Por lo pronto podemos dejar constancia que todo el Viejo Testamento no contiene alusión alguna a este pecado, que según los teólogos es tan importante. Más aún, entre las muchas abluciones que practicaban los judíos para obtener el perdón de los pecados, ninguna se encuentra que haya sido destinada para quitar esa culpa de Adán, aunque en primer término debería haberse quitado este pecado, si es que existiera:.

Lo que más llama la atención es que tampoco el Nuevo Testamento dice algo acerca del pecado original, y que ni Cristo ni los apóstoles practicaban el bautizo de los niños, En efecto, no hay ningún hecho en toda la Biblia que justifique este bautizo de los niños.

Los teólogos, para justificarlo, invocan un solo texto que se encuentra en las cartas de San Pablo, y que según ellos sería la prueba de la existencia del pecado original.

Pero resulta que la interpretación que los teólogos dieron a este texto de San Pablo se fundó en una equivocada traducción del texto original y cuando se descubrió ese error ya era tarde, porque la doctrina del pecado original, basada en aquel error, ya había sido declarada dogma de la Iglesia Católica. Y ésta ya no podía revocarla ni volver sobre sus pasos, pues un dogma es una verdad religiosa que ha sido declarada solemnemente por el Papa como parte integrante de la fe. Y como el Papa es infalible, no puede revocar ningún dogma. Sería esto un verdadero suicidio.

Ahora bien, el protagonista del dogma del pecado original era San Agustín, uno de los filósofos más grandes del cristianismo. Fue obispo del Hippo, en África, y murió en 430 después de nuestra

era. Este santo, al interpretar la carta de San Pablo a los romanos, usaba un texto latino que era una pésima traducción del original griego. En este texto está la siguiente frase: “Por un hombre (Adán) ha venido el pecado al mundo, y por el pecado la muerte; y así la muerte pasó a todos los hombres, porque todos en él (Adán) pecaron”. (Rom. 5, 12). Dedujo de esta frase San Agustín, aparentemente con justa razón, que si todos los hombres han pecado en Adán ¿qué más prueba se precisa para demostrar el pecado original?.

Sin embrago, ya en aquel entonces Pelagio, un monje de gran erudición y muy virtuoso, consejero del Papa Zósimo, se opuso terminantemente a la doctrina de San Agustín. Empezó entonces una gran lucha entre las dos partes, la que más tarde habría de durar más de un siglo entre romanos y pelagianos y semipelagianos, costando muchas vidas, y más odios entre los cristianos. El Papa Zósimo dirigió una carta a San Agustín, para que desistiera de sus ataques contra Pelagio, pero el santo reunió en 418 a sus 220 obispos sufraganos de África y en este sínodo africano se redactó aquel famoso documento, en que, como lo prueba el canon 2, Agustín basándose en el citado texto mal traducido de la carta de San Pablo, define la doctrina del pecado original, pidiendo a la vez al Papa la condenación de Pelagio. Y para darle a su carta más realce la hizo firmar también por el emperador Honorio, quien al mismo tiempo dispuso la expulsión de Pelagio y de su amigo Celsio de Roma. Pelagio, ya se había establecido en Jerusalem; sin embargo cedió a la presión de San Agustín, quien a pesar de eso, sospechando que Pelagio no había obrado con sinceridad, siguió persiguiéndolo. Celsio desapareció para siempre. Y así, bajo la presión de la gran autoridad de San Agustín, y de la mayor autoridad del emperador, se formó el nuevo dogma del pecado original.

IV
EL VERDADERO SENTIDO DEL TEXTO DE LA CARTA DE SAN PABLO

Lo que ni Agustín, ni Pelagio, ni Zósimo, ni Celsio habían advertido, era que en aquella frase básica, “Por un hombre ha venido el pecado original al mundo, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, porque todos en él pecaron”, las palabras “en él” no se encuentran en el texto original. Equivocadamente en el texto latino se habían traducido las palabras griegas “ef ho” por “en él”, mientras que significaban:

“porque”. Luego, la verdadera traducción del original es la siguiente: “Por un hombre llegó el pecado original al mundo, por el pecado la muerte, y la muerte pasó por eso a todos los hombres, porque todos pecaron”.

El lector ve de inmediato que en esta forma la frase ya no contiene nada de que todos los hombres hayan pecado “en Adán”, sino que dice solamente que todos los hombres pecaron. Cómo pecaron, es otra cuestión, aunque cuando no se dice nada al respecto, se supone que pecaron cada uno personalmente y no por herencia. Que este en realidad es el único verdadero sentido de la frase aludida, veremos enseguida.

A pesar de haberse descubierto el error de aquella traducción, figura hasta hoy todavía la versión de San Agustín en todos los catecismos, “prueba” del pecado original. Y sólo en algunos libros teológicos se cita el texto verdadero.

Como no obstante haber descubierto el error, unos cuantos teólogos católicos, para salvar el dogma, tratan de demostrar que por lo menos el texto de la carta de San Pablo contiene la doctrina del pecado original, será necesario dar una amplia explicación de todo aquel texto cuestionado, para que al lector no le quede la menor duda sobre su verdadero sentido, y para que vea con que superficialidad los teólogos lo han interpretado, debido a la absoluta falta de preparación científica en su propia profesión, la que quedará en evidencia.

San Pablo en toda la primera parte de su carta a los romanos, desde el capítulo primero hasta el octavo, trata de demostrar que todos los hombres han pecado personalmente, y por lo tanto todos deberían ser redimidos por Cristo, significando esta redención la emancipación del pecado y la participación en la eterna felicidad.

Para comprobar que toda la humanidad ha pecado personalmente, la divide en tres clases:

La primera la forman los paganos, que evidencian por su propia vida pecaminosa que son pecadores. (Rom. 1, 18).

La segunda clase la forman los judíos, de los cuales declara la misma Sagrada Escritura que son pecadores. (Rom. 3, 10).

A la tercera clase pertenecen los descendientes de Adán hasta Moisés, y que no eran ni paganos ni judíos propiamente dichos, si se considera a la legislación de Moisés como punto definitivo de la formación del pueblo judío.

Estos últimos descendientes de Adán no han podido cometer ninguna transgresión de la ley divina como Adán la cometió, porque en aquel tiempo no existía tal ley; tampoco han podido

pecar como los judíos, contra la ley de Moisés; porque ésta vino más tarde, y un pecado no puede imputarse cuando la ley todavía no existe. Sin embargo deduce San Pablo que estos hombres, entre Adán y Moisés, han cometido pecados (contra la ley natural), por el solo hecho de su muerte, pues en la opinión de los judíos, la muerte era el castigo propio para el pecado, de tal manera que un hombre que no pecara en su vida, no moriría, como se ve en Enoch, quien por no haber cometido pecados fue llevado por Dios sin ver la muerte.

Tomando en consideración esta explicación previa, al leer el texto de San Pablo que daremos a continuación, podrá el lector fácilmente constatar dos importantes verdades:

1) Que San Pablo en dicho texto no se cansa de afirmar que hay una perfecta igualdad en la transferencia del pecado de Adán y del perdón de Cristo, de lo cual deducimos, como el perdón de Cristo no es transferido por herencia, tampoco lo es el pecado de Adán. Ya con este solo argumento queda definitivamente destruido el pecado original.

2) Que siempre según el mismo texto, el perdón y la gracia de Cristo es mucho más grande y eficaz que el pecado de Adán. De esto deducimos, que si el pecado de Adán hubiera pasado por la sola herencia a todos los hombres, como lo aseguran los teólogos, mientras que el perdón y la gracia de Cristo pasan solamente a unos pocos hombres, y no por herencia, sino por el propio esfuerzo del hombre, el pecado original sería inmensamente más eficaz que el perdón de Cristo, máxime tomando en cuenta que los efectos del pecado original, sufrimientos, muerte, etc., ni por el mismo perdón de Cristo son anulados. Y así San Pablo sería completamente desautorizado por los mismos teólogos, en cuyo caso también la Sagrada Escritura se habría equivocado. Como esto desde todo punto de vista es inaceptable, la deducción de San Agustín y su doctrina teológica debe ser errónea , y tenían razón los adversarios del santo al oponerse a su doctrina del pecado original.

Per hay algo más. Ya puse de relieve que es indispensable interpretar los textos según la mentalidad con que fueron escritos, atribuyéndoles el sentido que sus autores querían darles, lo que solamente es posible, conociendo a fondo el espíritu de sus autores y tomando en cuenta su manera de pensar y expresarse.

Ahora bien: los judíos estaban en la creencia de que los pecados de los padres serían castigados en los hijos y en los descendientes hasta la cuarta generación. Por esta razón el primer hijo de David con Betsabé debió morir por el adulterio del padre. Cuando los

apóstoles vieron al ciego de nacimiento, preguntaron a Jesús; “Maestro, ¿quién ha pecado, éste o sus padres, pues ha nacido ciego?”. En una palabra los judíos confundían el “post hoc” con el “propter hoc”, o sea el orden cronológico con el orden causativo. Y así, siendo Adán el primero en pecar era él para los judíos la causa de todos los pecados de los demás hombres. De esta idiosincrasia arranca San Pablo, aprovechándose de las antítesis entre Adán y Cristo, para decir a los romanos que, como Adán por su ejemplo indujo a los demás hombres a pecar, causando así la condenación de todos los hombres; de igual modo Cristo por su redención causó la justificación de todos los demás hombres, pero el uno y el otro sin intervención alguna de herencia, siendo además la eficacia de la justificación de Cristo muy superior a aquella del pecado de Adán.

He aquí el texto por el cual el mismo lector podrá juzgar si esta interpretación es o no el sentido de las palabras de San Pablo. Lo reproduzco al igual que lo había traducido del original en mi versión de las cartas de San Pablo que fue aprobada por el Cardenal de Colonia. La mayor parte del texto es una anotación que a su vez contiene otra nota. El lector se dará cuenta de las notas por estar éstas entre paréntesis y en diferentes letras.

“NOS VANAGLORIAMOS EN DIOS TAMBIÉN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO. PUES MEDIANTE EL HEMOS RECIBIDO AHORA LA RECONCILIACIÓN, Y ESTO DE LA MISMA MANERA COMO ANTERIORMENTE POR UN HOMBRE LLEGÓ EL PECADO AL MUNDO Y POR EL PECADO LA MUERTE. Y LA MUERTE PASÓ POR ESO A TODOS, PORQUE TODOS PECARON. PUES EL PECADO YA EXISTÍA ANTES DE LA LEY”.

(“En el mundo, por cierto, no se imputa ninguna transgresión si la ley todavía no existe. En cambio, reinó desde Adán hasta Moisés la muerte también sobre aquellos que habían pecado – pero no por una transgresión como Adán. Este era el modelo del Adán futuro (Cristo). Pero su caída no tenía tanto efecto como el perdón. Porque si por la caída en el pecado del uno, todos estaban destinados a la muerte, la gracia de Dios y el regalo, que por la bondad del uno: el hombre Jesucristo, nos fue participado, se mostraron mucho más ricos para todos.

(Y no era, como si hubiera sido perdonado un solo pecado. En la condenación, por cierto, vino la reprobación ya de un solo pecado; en la absolución, en cambio, vino la justificación de muchos pecados).

Porque, si por la caída en el pecado, del uno, la muerte llegó a la dominación y esto por el uno, aquellos que han recibido el superabundante don de la justificación, llegan a una dominación muy superior, por el uno: Jesucristo. Luego como por el pecado del uno llegó para todos los hombre la condenación, así por la justicia del uno llegó para todos los hombres la justificación para la vida eterna. Pues, como por la desobediencia del uno todos fueron reputados pecadores, así por la obediencia del uno todos son reputados justos").

PERO LA LEY SOBREVINO, PARA QUE EL PECADO SEA COMPLETO (ROM. 5, 11 – 20).

Tal es el texto. Las frases recalcadas en el paréntesis acentúan claramente la igualdad en la transferencia del pecado de Adán y del perdón de Cristo a todos los hombres; asimismo la gran superioridad de los efectos de la justificación que trajo Cristo sobre la condenación que trajo Adán. Como no hay herencia en la justificación, tampoco la habrá en la condenación.

Basta y sobra. Los teólogos han procedido con una ligereza sumamente superficial. De un error en la traducción del texto original formaron una nueva doctrina, sin tener el valor de rectificarse cuando el error se descubrió; sin entender a fondo el texto; sin saber interpretarlo por el sentido en que había sido escrito; sin tomar en cuenta que en toda la Sagrada Escritura se desconoce tal pecado original; sin considerar, que tanto Cristo como sus apóstoles, hablan exclusivamente del perdón de los pecados personales (Rom. 3, 25; 5, 8;Gal. 1, 4; Efes. 1, 7; 1. Pedro 3, 18; 2. Pedro 1, 9; 1. Juan 2, 2; 3, 5; Actos 2, 38; Apoc. 1, 5; Mat. 26, 28; etcétera), nunca de "un" pecado original; sin respetar que toda la primera parte de la carta de San Pablo en que se encuentra el texto citado, habla tan sólo de los pecados personales, por cuya razón no se podía dar a un par de palabras un sentido completamente ajeno a todo el texto. Finalmente, sin observar que ni los judíos, ni Cristo, o los apóstoles, conocen un remedio contra el supuesto pecado original, bautizándose en todo el tiempo apostólico tan sólo a los adultos, después de haber recibido la enseñanza necesaria en la religión de Cristo. Pues, así el mismo Jesús había encargado a los apóstoles diciendo: "Id por todo el país, enseñad a todas las tribus y (recién entonces) bautizadlas". (Mat. 28, 19).

V
CONSIDERACIONES FINALES

Y ahora compárese la conducta de los teólogos con la de Cristo, quien reunió alrededor suyo a los niños judíos no bautizados y acariciándolos dijo a los apóstoles: “Dejad venir a los niños a mí y no los estorbéis, porque para los que son como ellos, es el reino de los Cielos” (Mat. 19, 14). Y en otra oportunidad dijo a los apóstoles: “Si no os volvéis como estos niños, no podréis entrar en el reino del Cielo” (Mat. 18, 3). Cuán distante es esta opinión de Cristo de la de los teólogos, quienes declaran a todos los niños no bautizados pecadores, incapaces de entrar al Cielo.

Los apóstoles y los primeros cristianos tenían la misma opinión que Cristo. En su carta a los corintios, San Pablo, para inducir a los cristianos casados con paganas a que no se divorcien (excepto el caso que la parte pagana se divorcie por sí sola) argumenta así: “El hombre no creyente es sagrado por su mujer (creyente) y la mujer no creyente por el hombre (creyente). De lo contrario tampoco vuestros hijos serían sagrados, sin embargo lo son” (1. Cor. 7, 14). De suerte que el apóstol llama santos y sagrados a los niños no bautizados todavía. Pues si hubiesen sido bautizados ya, la argumentación de San Pablo no tendría valor alguno: “Nuestros hijos son sagrados porque son bautizados; pero nuestros esposos (hombre o mujer) no”, habríanle contestado al apóstol los cristianos aludidos.

Quiere decir entonces que todo, sencillamente todo está en contra de los teólogos y su famoso pecado original. No hay nada, absolutamente nada, ni en la Sagrada Escritura, ni en la tradición apostólica que insinúe o hable a favor de un pecado original. Hasta se conocen padre y madre y fecha de nacimiento de este pecado misterioso. Un error de traducción era el padrino.

Pero todo esto no impide a los teólogos seguir con la doctrina del pecado original, únicamente porque de él depende la existencia de toda la teología católica y de la misma Iglesia Católica. “To be or not to be, that is the question”.

CAPÍTULO SEGUNDO
LA CONFESIÓN Y EL PECADO MORTAL[1]

En este capítulo dirigimos nuestra atención a una institución de la Iglesia Católica, que como ninguna otra ha sido el objetivo preferido de cuantos han escrito contra la Iglesia.

---

[1] En este capítulo he utilizado las investigaciones de los doctores Herzog y Wieland ex sacerdotes católicos.

Es curioso ver que todo el mundo se da perfectamente cuenta de que la confesión, tal como hoy se ejerce en la Iglesia, estaba completamente desconocida en tiempos de los apóstoles. Y sin embrago parece que faltan los argumentos para que se sepa de una vez cómo se ha hecho esta transformación, y por qué razón la confesión de hoy es una institución absolutamente contraria a la doctrina de Cristo y contraria a la tradición apostólica.

Con el objeto de poner los argumentos a la vista de todo el mundo, trataremos a continuación los siguientes tópicos:

1). El perdón de los pecados según Cristo.

2). El perdón de los pecados según los teólogos y en la Iglesia de hoy.

3). Lo que alegan los teólogos para justificar la confesión de hoy.

4). El error de esta interpretación.

5). Cómo y cuándo se hizo en realidad la transformación paulatina.

6). Los grandes inconvenientes y la incompatibilidad de la doctrina teológica con la doctrina de Cristo respecto de la confesión.

I

EL PERDÓN DE LOS PECADOS SEGÚN CRISTO

No hay cosa más clara en los evangelios que la doctrina de Jesús sobre el perdón de los pecados. Era su tema favorito y su argumento preferido; a cada paso trataba de demostrar a su auditorio cómo se consigue de Dios el perdón de los pecados. En la parábola del aduanero en el templo vemos que este pecador recibió el perdón por haber dicho las sencillas palabras: “Dios mío, ten misericordia de mí, que soy un pobre pecador” (Luc. 18, 13). La mujer pública, que se hecho a los pies de Cristo, recibió el perdón sin profesar ni una sola palabra: “Tus pecados te son perdonados” (Luc. 7, 48). El hijo prodigo dijo tan solo: “Padre, he pecado contra el Cielo y contra ti; ya no soy digno, de ser llamado hijo tuyo” (Luc. 15, 21). Y estas palabras eran suficientes para cancelarle una multitud de pecados. El ladrón en la cruz recibió el perdón de los pecados de toda su vida por la plegaria: “Señor acuérdate de mí cuando llegues a tu reino”. Contestóle Cristo: “Hoy ya estarás conmigo en el Paraíso” (Luc. 23, 42). Finalmente, recuerdo el Padrenuestro, donde Cristo nos enseña a rezar: “Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mat. 6, 12). No es de suponer que Cristo haya querido enseñar aquí una plegaria estéril, sino eficaz; por eso agregó expresamente, después de haber enseñado el Padrenuestro: “Porque si vosotros perdonáis a los hombres sus

faltas, el Padre vuestro os perdonará vuestros pecados" (Mat. 6, 14).

Todo esto demuestra a la evidencia que para conseguir el perdón de los pecados basta la simple y sincera confesión de la propia pecaminosidad delante de Dios. Este modo de obtener el perdón, lo predica Jesús en sus parábolas que relata a sus auditores, para que sepan como se consigue la anulación de las faltas. Y este perdón lo imparte él mismo, cuando se presenta la oportunidad, en igual forma como lo enseñó. En ningún momento Cristo exigió otra cosa que un sencillo arrepentimiento.

El mismo espíritu de Cristo se encuentra en los tiempos de los apóstoles. En sus cartas, no hay ninguna alusión a una confesión de los pecados al sacerdote. Se sabe que los primeros cristianos "confesaban" sus pecados, y los apóstoles los estimulaban a eso (Jac. 5, 16); pero este "confesar" era al igual como lo hizo el aduanero en el templo, el hijo prodigo delante de su padre, y el ladrón en la cruz delante de Jesús, ni más ni menos. Una enumeración de los pecados, hasta con las circunstancias que los acompañan, no se conocía y mucho menos se practicaba en tiempos de Cristo y de los apóstoles.

II

EL PERDÓN DE LOS PECADOS SEGÚN LOS TEOLÓGOS Y EN LA IGLESIA DE HOY

Veamos ahora lo que han hecho los teólogos de ese sencillo perdón de los pecados enseñado por Jesús. En una palabra, lo han liquidado y anulado por completo.

En efecto, los teólogos declaran todas aquellas oraciones o confesiones, enseñadas por Jesús para obtener el perdón, ineficaces y sin valor alguno; a no ser que el hombre a la vez haga uso del sacramento de la penitencia, instituido por los teólogos y en el cual obligan a los fieles a confesar todos los pecados graves, para poder conseguir su perdón. Aseguran los teólogos que fuera de este sacramento de la penitencia no se consigue el perdón de ningún pecado grave; y quien silencia un solo pecado grave, o una circunstancia agravante, no solamente no consigue ningún perdón sino que convierte el sacramento en un sacrilegio. Mas todavía, los teólogos prescriben y los curas enseñan a los fieles en largas prédicas y en meses de instrucción religiosa, una interminable serie de condiciones: de cómo debe ser el examen de conciencia, el arrepentimiento, el propósito de enmendarse, la misma confesión y la satisfacción, condiciones con las cuales hay que cumplir minuciosamente y que, por las dificultades que ofrecen, casi

siempre dejan la duda en el alma sobre si la confesión era válida o no. ¡Cuántas veces se han causado estas condiciones, no solamente un martirio indescriptible en almas escrupulosas, sino la locura religiosa que devoró millares de vidas en cada generación!.

III
LO QUE ALEGAN LOS TEOLOGOS PARA JUSTIFICAR LA CONFESIÓN DE HOY

Para justificar su conducta invocan los teólogos las palabras de Cristo: "Aquellos, a quienes perdonaréis los pecados, les serán perdonados; y aquellos a quienes los retuvierais, les serán retenidos" (Juan 20, 23).

De estas palabras de Cristo deducen los teólogos:

1). Que ellos, y solamente ellos, pueden y deben perdonar o retener todos los pecados graves.

2). Que para saber si deben perdonar o retener los pecados, es necesario conocerlos.

3). Que para conocer los pecados, es necesario que el pecador los confiese.

4). Que para confesar bien los pecados es necesario que el pecador examine su conciencia en forma debida, que se arrepienta de los pecados, que haga un propósito sincero de enmendarse, y que cumpla con todas las condiciones que los teólogos han impuesto para que la confesión sea válida.

Admirable lógica que sólo falla en el primer punto, del cual dependen todos los demás [1].

IV
EL ERROR DE ESTA LÓGICA

Salta a la vista que las citadas palabras de Cristo no pueden significar que en lo sucesivo todos los pecados graves sólo se perdonarán por los apóstoles y sus sucesores. Esto sería borrar con el codo lo que se ha escrito con la mano, y revocar todo cuento Cristo había enseñado en sus parábolas, sus demás enseñanzas y su propio ejemplo. Ni los mismos apóstoles interpretaron así estas palabras de Cristo, cuyo verdadero sentido lo encontramos en el Evangelio de Mateo (Mat. 18, 15), donde Cristo dice lo siguiente:

---

[1] La inconsistencia de esta deducción lógica está a la vista, pues el sacerdote para juzgar el verdadero estado del pecador debería ser Dios, ya que nadie ni nada puede darle la seguridad de si el pecador es verdaderamente digno de la absolución o no. Además, si es digno, Dios le perdona y basta; y si no lo es, ni la misma absolución del sacerdote le servirá de algo. Quiere decir que ambos casos la absolución sacerdotal está de más.

“Si tu hermano pecara contra ti, vete y corrígelo estando a solas con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no hiciere caso de ti, válete todavía de dos o tres personas, a fin de que todo sea confirmado con la autoridad de dos o tres testigos. Y si no los escuchara, díselo a la Iglesia (comunidad cristiana); pero si ni a la Iglesia oyera, tenlo como por pagano y publicano. Os aseguro que todo lo que atareis sobre la Tierra será atado en el Cielo; y todo lo que desatareis en la Tierra será desatado en el Cielo”.

En estas palabras Cristo, después de haber explicado lo que hay que hacer con un hombre que haya faltado contra su hermano, y que rehusa la corrección por parte de la comunidad cristiana, dice que tal hombre no merece ser cristiano, y hasta debe ser considerado como un pagano y pecador público, agregando, que en tal caso, si este hombre fuera excluido por la comunidad, tal exclusión tendría también valor en el Cielo; lo mismo, si alguien fuera recibido por esta comunidad, sería también recibido en el Cielo.

Generalizando el sentido de las palabras de Cristo se ve que ellas se refieren a la exclusión o recepción de una persona de la comunidad cristiana, en cualquier forma que sea. Tal caso podía producirse en muchas oportunidades, como veremos enseguida.

La primera oportunidad de recibir o expulsar personas, o lo que era lo mismo de perdonar pecados o retenerlos, se produjo cada vez con el bautizo de los primeros cristianos. En los meses y años de preparación para el bautismo, los aspirantes (catecúmenos) fueron examinados constantemente respecto de su conducta. Unos fueron admitidos al bautismo y con ello a la comunidad cristiana, otros no lo fueron y hasta se les expulsó. A los primeros, los pecados les fueron remitidos por el bautismo, a los últimos no.

La segunda oportunidad se produjo con cristianos que habían cometido faltas gravísimas. Un caso clásico conocemos de la misma Biblia: es el caso del corintio incestuoso, que había tenido y siguió teniendo unión carnal con una de las esposas de su padre. San Pablo lo excluyó por esta razón de la comunidad cristiana por carta (1. Cor. 5, 5), o sea le retuvo el pecado; pero cuando el hombre se arrepintió, lo recibió nuevamente, también por escrito (2. Cor. 2, 10) o sea le perdonó el pecado. Pero este “retener” y “perdonar” el pecado se realizó, como se ve, con relación a la comunidad cristiana, y fue decretado hasta a distancia. Cuando el apóstol fue enterado del arrepentimiento del corintio y pudo suponer el perdón de Dios, lo recibió nuevamente en la comunidad. Tenemos entonces aquí un caso verdaderamente clásico de la

interpretación que los apóstoles daban a aquellas palabras de Cristo. Ellos no alteraron en lo más mínimo la doctrina de Cristo sobre el perdón de los pecados, sino se limitaron a intervenir en los casos de admisión y no admisión, de la expulsión y de la reconciliación de personas con respecto a la comunidad cristiana. Está entonces la conducta de los apóstoles en perfecta armonía con la doctrina de Cristo.

V
CÓMO Y CÚANDO SE EFECTUO LA TRANSFORMACIÓN DE LA CONFESIÓN APOSTÓLICA EN LA DE HOY

Resta saber cuándo y en qué forma se ha transformado la tradición apostólica respecto de la confesión. Aunque esta transformación se produjo lentamente en el curso de los primeros 1,200 años podemos indicar, con bastante exactitud, las diferentes etapas por las cuales la confesión pasó, hasta tener la forma que hoy tiene.

Como ya se dijo, siguió la Iglesia de los primeros tres siglos la práctica de los apóstoles, limitando el uso de aquellas palabras de Cristo a la admisión y expulsión de las personas a la comunidad cristiana. La excomunión fue aplicada, por regla general, por cuatro delitos: asesinato, renegación de la fe, adulterio y lujuria. En tales casos si el pecador quería ser nuevamente recibido, debía hacer penitencia durante varios años. Lo más notable es que sólo una vez se perdonaron estos pecados, como atestiguan los siguientes testimonios de los más prominentes y más reconocidos teólogos de la antigua Iglesia. Así escribe Orígenes (murió en 254): “Sólo una vez hay lugar a la penitencia por pecados graves” (Homilia 15 en Levit.). San Ambrosio, obispo de Milán (murió en 397) escribe: “Con razón se reprocha a los que opinan que habría de conceder penitencia más de una vez... Como hay un solo bautizo, hay también una sola penitencia” (De Penit. II C. 10); San Agustín, obispo de Hippo (murió en 430) dice: “La pecaminosidad de los hombres llega hasta cometer cosas más graves todavía, después de haber hecho la penitencia y recibido la reconciliación. A tal hombre no se le dé más lugar a la humilde penitencia en la Iglesia. Pero, ¿quién de nosotros sería tan insensato de decir a semejante individuo: ya no te sirve más nada?. Luego aunque exista la prudente y saludable disposición, que en la Iglesia sólo una vez se de lugar a aquella humilde penitencia, para que el remedio no sea demasiado ordinario e ineficaz para los enfermos, nadie se atreve a decir a Dios: ¿para qué tienes paciencia todavía con este hombre?. La paciencia de Dios lleva al hombre a la penitencia y puede preservarlo de la eterna condenación, aún sin la

reconciliación eclesiástica" (Epist. 153 ad Macedon.). Las últimas palabras de San Agustín demuestran a las claras que al lado de esta penitencia pública no existía ninguna confesión secreta, como aseguran algunos teólogos.

Esta reconciliación pública se hizo además siempre por intermedio de toda la comunidad cristiana, sin que hubiere mediado aquí un perdón de los pecados como hoy se ejerce exclusivamente por obispos y sacerdotes. Esto lo confirman los siguientes testimonios:

El obispo Firmiliano de Cesárea (murió en 269) escribe: "Nosotros, los presbíteros y obispos nos reunimos cada año una vez... para preparar a los hermanos caídos un remedio, mediante la penitencia, no como si por medio de nosotros pudiesen conseguir el perdón de sus pecados; sino para que sean llevados al reconocimiento de sus delitos, y luego obligados a dar satisfacción al Señor de un modo más completo". El obispo Cipriano de Cartago (murió en 258) dice sobre la reconciliación: "Este asunto hay que examinarlo con la cooperación de la comunidad" (Epíst. 11, ev. Caillau). Y en su Epístola 17 escribe sobre el mismo tema: Este es un asunto que cae bajo nuestra consideración y decisión común. Por eso no me atrevo a prejuzgar y reclamar como cosa exclusivamente mía, lo que es de toda la comunidad".

Que fuera de esta penitencia pública no existía ninguna penitencia privada respecto de los demás pecados, lo atestiguan los siguientes testimonios:

San Crisóstomo, obispo de Constantinopla (murió en 407), el Demóstenes cristiano en la oración sagrada, en su carta homilía (pieza oratoria sagrada sobre un tópico de la Sagrada Escritura) sobre Lázaro, hace hablar a Dios: "Yo no te llevo a un escenario; no llamo a testigos a mí solo di tus pecados, para que yo cure tus heridas". Y en la homilía quinta dice el mismo santo: "os amonesto, ruego y conjuro, de confesar continuamente los pecados a dios; pues no te llevo a un escenario delante de cofrades, ni te obligo de manifestar tus pecados a hombre; abre tu conciencia a Dios y muéstrale las heridas, pidiendo de él los remedios; porque aunque callares, él lo sabe todo asimismo". El mismo santo dice en otro lugar (II Homilía sobre la penitencia): "Si has pecado, vete a la reunión religiosa y di a Dios: he pecado. Otra cosa no exijo de ti, sino sólo esto". Finalmente, explicando en su homilía sobre la primera carta de San Pablo a los corintios manifiesta lo siguiente: "Cada uno examine así mismo, y entonces coma de este pan y beba de este vino" (1. Cor. 11, 28); el apóstol no manda que el uno examine al otro, sino que cada uno examine

a sí mismo, y haga un juicio que no sea público, y dicte una sentencia sin testigos.

Estas manifestaciones son de una claridad tan grande, que hoy me doy perfectamente cuenta porque razón se nos ha ocultado estos textos durante los años de nuestros estudios teológicos. Por cierto existen de esta primera época del cristianismo algunos textos en que se les aconseja a los fieles manifestar sus pecados a los sacerdotes. Pero todos estos textos se refieren a los casos en que un cristiano no sabía o dudaba de si él se había hecho acreedor de la penitencia pública. La negación de la fe en los tiempos de las persecuciones podía tener mil variantes y eran entonces los presbíteros y obispos, quienes decidían si alguien había caído en una falta o no. Pero en ningún caso se refiere tal texto a una confesión secreta, como hoy se usa.

Un cambio fundamental en la práctica de la Iglesia respecto de la confesión, lo introdujo el Papa León I (murió en 461) que en primer lugar, abolió la confesión, penitencia y reconciliación pública de los sacerdotes, ordenando que ellos se confesasen secretamente. Para los laicos sólo abolió la confesión pública, no así la penitencia ni la reconciliación pública. En segundo lugar, permitió la repetición de estos tres actos religiosos, lo que antes no era posible. Con este cambio fue introducida la confesión secreta en forma definitiva siguiendo después de algunos siglos también la penitencia y la reconciliación secretas, formando estas tres finalmente una sola unidad: la confesión secreta.

Esta confesión secreta era al comienzo solamente obligatoria para los cuatro pecados capitales, cuyo número poco a poco fue aumentándose. Pero ni siquiera ahora existía obligación alguna de confesar los demás pecados. Todavía en el sínodo de Chalons en 813, declaran los obispos reunidos allí: “Unos dicen que hay que confesar los pecados sólo a Dios; otros opinan que hay que confesarlos a los sacerdotes. Ambas cosas se aplican en la Iglesia no sin gran utilidad. La confesión delante de Dios limpia de pecados; aquella delante del sacerdote enseña cómo uno se libra de los pecados” (Canon 33).

Quien coronó esta transformación y dio a la confesión su forma y práctica definitiva, Fue el Papa Inocencio III. Él introdujo en el Sínodo IV del Laterano en el año 1,215 la obligación de que todo el mundo cristiano debía confesarse a un sacerdote autorizado, por lo menos una vez por año y que el sacerdote en vez de rezar sobre el pecador, para que Dios le perdone, como se había hecho hasta

entonces, lo absolviera de sus pecados por su propia autoridad en nombre de Dios.

La razón por la cual el Papa introdujo la obligación de la confesión anual era la siguiente: en aquel tiempo la secta de los albigenses había adquirido una difusión realmente alarmante en Europa. El Papa Inocencio III, conocido por su carácter dictatorial, declaró la cruzada contra dicha secta a fuego y espada. Y el Concilio Laterano decretó en el capítulo tercero:

"El condenado de herético por las autoridades eclesiásticas debe ser ejecutado por las autoridades seculares (laicas); su fortuna ha de ser confiscada. Los sospechosos serán excomulgados. Los gobernantes del país que no exterminen a los heréticos deben ser excomulgados; si alguien de ellos queda un año en la excomunión, el Papa desliga a sus súbditos del juramento de fidelidad y deja su tierra a la conquista de los buenos católicos. Todos los partidarios y amigos de los heréticos son excomulgados y han perdido sus honores y derechos de ciudadanos. El obispo debe cada año visitar a las parroquias en las cuales sospecha la existencia de heréticos y tiene que obligar a la gente a denunciarlos, bajo juramento; quien deniega tal denuncia, será tratado de herético".

Para establecer mejor si en un lugar cualquiera hayan heréticos o no, el decreto 21 del mismo concilio prescribe:

"Cada creyente del uno u otro sexo, que ha alcanzado la edad de distinción (entre el bien y el mal) debe por lo menos una vez por año confesar sus pecados fielmente a un sacerdote autorizado... De lo contrario deberá ser impedido durante toda su vida de pisar la Iglesia, y en caso de muerte carecerá del entierro cristiano. Esta saludable disposición debe ser publicada a menudo, en la Iglesias, para que nadie se disculpe con ignorancia".

Hemos entonces seguido punto por punto las etapas en que se ha desarrollado la confesión desde la forma que Cristo le dio hasta la que hoy día tiene. Podía haber escrito mucho más todavía, pero creo que el lector tendrá un cuadro perfecto de este desarrollo con lo que aquí he expuesto. Debe anotarse que San Agustín se indigna con los Mariqueos, porque éstos usaban en la reconciliación las altivas palabras: "Yo te absuelvo de tus pecados". Hoy, por orden del concilio de Trento, forman justamente estas mismas palabras la parte esencial del Sacramento.

Lo más estupendo es que hoy todavía se muestra en las catacumbas de Roma el "confesionario de San Pedro". Después de todo lo que hemos visto, sólo puede indignar la manera como

las autoridades religiosas se aprovechan de la ingenuidad de los peregrinos.

VI
LOS GRANDES INCONVENIENTES Y LA INCOMPATIBILIDAD DE LA DOCTRINA TEOLÓGICA CON LA DOCTRINA DE CRISTO RESPECTO DE LA CONFESIÓN

El cambio que acabamos de describir no puede admitirse de ninguna manera y por muchas razones:

Primero: porque representa prácticamente la abolición del perdón de los pecados predicado por Cristo. La Iglesia Católica ha cometido aquí la falta más grande que podía haber hecho: alterar la doctrina de Cristo, poner en lugar de su norma, que para ella debía ser divina, una norma enteramente humana. Seguramente se olvidó de la palabra de Cristo dirigida a los fariseos: "De esta manera cambiasteis el mandato de Dios por vuestras tradiciones, hipócritas" (Mat. 15, 6). El perdón de los pecados en general debería adquirirse de la misma manera que Cristo enseñó: por una sencilla y sincera confesión delante de Dios, sin intromisión alguna de los que se creen representantes de Cristo. En cambio vemos hoy que la totalidad de los pecados está bajo la jurisdicción de ellos, y sólo por ellos se consigue su perdón. Tal estado de cosas está en oposición directa y manifiesta con la doctrina de Cristo, es antiapostólica y anticristiana. Justamente la Iglesia Romana que tanto se vanagloria de ser apostólica, debería ser la primera en observar estrictamente el orden apostólico, tanto en la doctrina como en la práctica; pero es justamente ella más que ninguna otra iglesia la que ha abandonado ese orden apostólico. Y por eso los protestantes, que con buen sentido han abolido la confesión católica, son mucho más cristianos que sus hermanos católicos que tanto los desprecian.

Segundo: el cargo que la Iglesia Católica impuso con la confesión a sus fieles es sencillamente insoportable. Recuerdo aquí las horribles torturas que he visto sufrir a muchísimas almas por la creencia o la duda de no haber cumplido con todas las condiciones para que la confesión sea válida. Recuerdo el sinnúmero de confesiones generales que hicieron, repitiendo las confesiones anteriores para tranquilizar la conciencia. Recuerdo el verdadero martirio que sufrieron para recordar bien todos los "pecados" y todos sus detalles para no olvidar nada en la confesión. Recuerdo que almas religiosas pasaron años y años en la más terrible incertidumbre de si estaban o no en la gracia de Dios. ¿Acaso ha

querido Cristo que el perdón de los pecados sea convertido en un horroroso suplicio?.

Tercero: hay todavía otra razón muy poderosa que hace irreconciliable la confesión de hoy con la de Cristo. Durante los estudios ,teológicos, se trata años enteros de la cuestión de la confesión, y se explica al candidato largamente los 10 mandamientos de Dios y los 5 mandamientos de la Iglesia, debiendo él aprender bien el sinnúmero de pecados contra cada uno de esos mandamientos. Muy especialmente se tratan el sexto y noveno mandamiento que versan sobre la lujuria, el adulterio y los demás pecados contra la castidad. Recuerdo de mis estudios que este asunto fue tratado durante todo un año con un lujo de detalles, que el vividor más feroz se habría divertido grandemente, si hubiera podido presenciar las clases. Naturalmente todo el mundo puso la cara seria pero... En el último año, antes del sacerdocio, nos fue nuevamente repetido este capítulo sabroso; y recuerdo, como si fuera ayer, que el profesor nos dijo que por cierto sería necesario tratar todas estas cosas detalladamente, pero que delante de los fieles sería menester fingir una absoluta ignorancia para no mancillar los elevados sentimientos que el vulgo, en su propia candidez, atribuye al cura.

En 1,919 nos fue entregada una circular, escrita en latín, con el especial encargo de no dejarla caer en manos laicas. Dicho documento inculcaba nuevamente la obligación de hacer las preguntas necesarias en las confesiones, muy especialmente sobre la vida matrimonial, los casos y modos para impedir la reproducción, etc. Por más que la circular haya sido dictada con buena intención, una intromisión de esta clase y en esta forma, no es solamente en absoluto irreconciliable con las ideas de Cristo, sino que debe considerarse y calificarse de inmoral. ¿Cómo podría creer alguien que Cristo habría aprobado semejante degeneración de su doctrina?.

Cuarto: considero, además, la confesión de hoy, contraria a la confesión apostólica por los muchos abusos que se hacen de ella. Los teólogos están empeñados en demostrar que son pocos los abusos ocurridos directa o indirectamente por medio del confesionario. He sido cura y sé que el número es bastante elevado. La ocasión es demasiado grande, tanto para el cura "soltero" como para el sexo "débil"[1].

---

[1] El padre Chiniqui dice en su libro: "El sacerdote, la mujer y la confesión" que de 200 curas católicos, 179 le confesaron que habían cometido delitos con mujeres que les

Quinto: ¿Y la utilidad de la confesión de hoy? ¿Acaso son los católicos mejores que los demás? ¿Acaso se encuentra un arrepentimiento verdadero, una ruptura verdadera con la vida pecaminosa pasada, y una enmienda verdadera en aquellas confesiones mensuales, semanales o diarias, en las cuales siempre se oyen las mismas faltas, los mismos pecados?. A mí, que he sido sacerdote, y he oído millares de confesiones, no me va a quitar nadie la íntima convicción de que la confesión, tal cual hoy se ejerce en la Iglesia Católica, no tiene ningún valor verdadero; al contrario, el confesionario se ha convertido en una verdadera máquina de absoluciones infructuosas, con confesiones mensuales semanales y hasta diarias sin conversión real, permitiendo así una vida consuetudinaria de pecados a la gran masa de fieles y causando escrúpulos terribles a quien quiere tomar la confesión en serio.

Ahora una palabra más sobre los "pecados graves". También aquí puede verse cuán diferente es la doctrina teológica de hoy a la doctrina apostólica.

San Pablo, en su carta a los gálatos (Gal. 5, 19), para hacer ver la diferencia entre una vida cristiana que conduce al Cielo, y una vida no cristiana que conduce al infierno, determina con toda exactitud lo que él considera pecado grave. Dice allí: "Obras de carne son las siguientes: adulterio, lujuria, concupiscencia, idolatría, magia, enemistades, riñas, celos, ira, discordias, cismas, instigaciones, envidia, asesinatos, embriaguez, orgías y cosas semejantes. Como os he dicho antes, repito ahora: los que se entreguen a tales cosas, no van a heredar el reino de Dios". En su carta a los corintios dice el mismo apóstol: "No os equivoquéis: ni lujuriosos, ni adúlteros, afeminados, sodomitas, hurtadores, usureros, borrachos, blasfemos o ladrones no van a tener parte en el reino de Dios". (1. Cor. 6, 3).

Como se ve, habla el apóstol aquí de pecados notorios y consuetudinarios que se han entregado al vicio y también de los que faltan continuamente contra el precepto más grande de Cristo: el amor al prójimo. Desde el punto de vista del apóstol, se comprende que él considera a tales pecados como pecados

---

confesaban.

No creo que este número sea exagerado, mas bien estoy convencido que es la pura verdad. El lector podrá así apreciar el verdadero valor de la confesión.

graves. En cambio los teólogos han establecido que hoy es pecado grave, si alguien come carne el viernes (bastan 4 gramos según los libros teológicos), a pesar de que Cristo dijo: “No lo que entra por la boca hace inmundo al hombre” (Mat. 15, 11). Hoy es también pecado grave faltar a la misa del domingo. Es pecado grave tomar una gota de agua en la mañana antes de comulgarse; es pecado grave dudar de algún dogma, etc... etc. Y si alguien leyera los libros teológicos de la moral dogmática, exégesis, liturgia, etc., encontraría en cada uno de ellos una verdadera retahíla de “pecados graves”. ¿No dijo el Señor: “Guay de vosotros, teólogos, que imponéis a los hombres cargas que no pueden soportar?” (Luc. 11, 46). Efectivamente han convertido la religión de Cristo y su anuncio jubiloso en un verdadero infierno.

CAPÍTULO TERCERO
MATRIMONIO Y EXTREMAUNCIÓN

El insigne teólogo protestante Adolfo Harnak, conocido mundialmente por su gran obra “Esencia del cristianismo”, compara en ella a los sacramentos de la Iglesia Católica con frascos de medicina. Nunca se ha caracterizado mejor a los siete sacramentos. En efecto: el sacerdote toma un frasco con agua bendita y al niño le saca el tan famoso pecado original, convirtiendo al “niño del diablo” en un “niño de Dios” (bautismo). El sacerdote derrama otro frasquito lleno de aceite, y al enfermo se le quitan todos los pecados (extremaunción). El obispo toma un tercer frasco con otra clase de aceite y con él hace bajar a Dios y al Espíritu Santo al corazón del creyente (confirmación). Si toma un cuarto frasco con una nueva clase de aceite, se hacen sacerdotes (ordenación). Finalmente, se toma un frasquito con aceite más fino todavía y se hace obispos (consagración). ¿Puede acaso alguien creer que los apóstoles hayan procedido en igual forma?.

Ya nos hemos ocupado de dos sacramentos: el bautismo de los niños y la confesión. En el presente capítulo nos ocuparemos de otros dos. Son estos los sacramentos del matrimonio y de la extremaunción.

Antes de nada hay que saber lo que es un sacramento. El catecismo romano dice al respecto: Sacramento es un signo externo, instituido por Jesucristo y por el cual se nos da una gracia interior. Luego se precisan tres requisitos para un sacramento: 1) Un signo externo; 2) Una gracia interior impartida por el signo externo; 3)La institución de ambos por Jesucristo. Es de notar que la gracia interior consiste en el perdón de todos los pecados graves

(gratia santificans) y una gracia especial, conforme a la naturaleza y objeto de cada sacramento. Así por ejemplo el sacramento del matrimonio, daría la gracia a la nueva pareja de ser felices y poder cumplir con sus deberes matrimoniales.

I
EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

Al tratar ahora en primer lugar del sacramento del matrimonio, debemos exigir de los teólogos que ellos nos demuestren que aquellos tres requisitos se reúnen aquí para formar un sacramento. Invocan para ello los teólogos un texto de San Pablo que se encuentra en su carta a los efesios. Pero resulta que también aquí la versión latina, o sea la vulgata, estaba y está todavía absolutamente mal traducida del original, pues refiriéndose a un texto del Viejo Testamento sobre el matrimonio de Adán y Eva, agrega el apóstol, o más bien la versión latina, las palabras: Hoc sacramentum magnum est, dicoautem in Christo et in ecclesia" – lo que significa: Este es un sacramento; mas lo digo en Cristo y en la Iglesia. Luego, decían los teólogos, dice San Pablo aquí claramente, que el matrimonio es un sacramento, y hasta lo declara en nombre de Cristo y de la Iglesia.

Vamos a ver ahora, lo que dice en realidad el texto original griego. El mismo lector sabrá entonces ponderar con qué facilidad se ha inventado aquí un sacramento, únicamente porque los teólogos no se tomaron la molestia de estudiar bien el texto original de la Sagrada Escritura.

Pero antes de dar la verdadera traducción del texto griego tengo que observar que la palabra: "sacramento", en griego: "mysterion", en el curso del tiempo tenía varios significados. Así por ejemplo, en el Nuevo Testamento, especialmente en las cartas de San Pablo, esta palabra tiene cuatro veces el sentido de "profecía" (Rom. 11, 25; 1. Cor. 15, 51; 2. Tes. 2, 7; Efe. 5, 31). En los primeros tiempos del cristianismo se designaba con esta palabra cualquier doctrina sagrada o cosa misteriosa. Al comienzo de la Edad Media se daba el nombre de sacramento, con preferencia, al bautismo y la eucaristía. Recién desde el siglo XII se aplicó este nombre a los siete sacramentos de hoy.

Ahora bien, San Pablo en el texto aludido, hablando del mucho amor con que deben tratarse los esposos, les da el ejemplo de Cristo, quien como dice el apóstol, ama a su Iglesia como si fuera su esposa, una comparación que le es muy común; (2. Cor. 11, 2). Para corroborar esta comparación, cita el apóstol en una nota un texto del Vejo Testamento (Gén. 2, 24) que se refiere al matrimonio

en general, pero cuyo texto el apóstol entiende aquí en un sentido profético, de Cristo y su Iglesia.
Puesta esta aclaración, el texto reza exactamente así:
"Los hombres deben amar a sus mujeres al igual como a su propio cuerpo. Quien ama a su mujer, ama a sí mismo, ya que nunca nadie ha odiado a su propio cuerpo: más bien uno lo cuida y lo trata bien".
(Así también Cristo cuida a nosotros: su Iglesia; porque somos miembros de su cuerpo: "Por eso el hombre abandonará padre y madre, y se adherirá a su mujer, y los dos serán un solo cuerpo" (Gén. 2, 24) – esta es una gran profecía; mas yo la refiero a Cristo y a la Iglesia).
"ojalá amara también cada uno de vosotros a su mujer, así como al propio cuerpo" (Efes. 5, 28).
He traducido el texto, indicando claramente la parte que debe considerarse como una anotación, pues interrumpe el texto principal. Y ahora pregunto a mis lectores: ¿Dónde dice San Pablo aquí, en nombre de Cristo y de la Iglesia, que el matrimonio es un sacramento?. La versión latina en vez de traducir: esta es una gran profecía, mas yo la refiero a Cristo y la Iglesia, traduce: este es un gran sacramento, mas yo digo en Cristo y en la Iglesia: ¿No es vergonzoso que los teólogos se hayan basado en una versión tan mal hecha para construir con ella todo un nuevo sacramento, del cual ni Cristo ni los apóstoles han sabido jamás?. Lo que dice San Pablo aquí es sencillamente esto: que aquel texto del Génesis sobre el matrimonio es, en su opinión, una palabra profética que hay que referir a Cristo y su Iglesia. Porque como el hombre abandona a sus padres, para adherirse a su mujer, así Cristo abandonó a su padre Celeste y al mismo Cielo (padre y madre) para adherirse a su Iglesia, a la cual consideraba, como su esposa. Por lo tanto no hay nada, absolutamente nada, de que el apóstol o Cristo o la Iglesia hayan declarado al matrimonio sacramento.
Y ahora el colmo de la ridiculez: los teólogos, después de haber declarado el matrimonio sacramento, tuvieron que admitir forzosamente que en este "sacramento" no solamente se encuentra el requisito más importante, o sea institución por Cristo (que acabamos de destruir), sino también los otros dos requisitos, o sean: el signo externo y la gracia interior, producida por el signo externo, la que, como ya hemos visto, consiste en el perdón de todos los pecados, más la gracia especial, correspondiente a la gracia del sacramento.

Veamos ahora cómo los teólogos arreglan el asunto. Según ellos, el signo externo del sacramento del matrimonio es la "traditio corporum" o sea el acto, o si se quiere, las palabras, con que los novios declaran que se toman por esposos. Por consiguiente –y siempre según la misma teología católica- por el "Si" de los novios les son perdonados todos los pecados y reciben además aquella gracia especial para su vida conyugal.

Es esto realmente el non plus ultra de una aberración teológica. En efecto, mientras esos teólogos liquidan y anulan el perdón de los pecados predicado por Cristo, crean un nuevo y original perdón, tan ridículo, que dudo pueda ser el producto de una sana inteligencia.

El dogma dice expresamente: Sacramentum omnibus, non ponentibus obicem confert gratiam" que traducido es: cada sacramento da la gracia (o sea el perdón de todos los pecados graves) a todos los que no le oponen una dificultad, como ser: la falta de fe. Por lo tanto el matrimonio, por ser un sacramento, perdona los pecados. No obstante esto, los sacerdotes aconsejan a los novicios confesarse antes del casamiento, lo cual no puede ser un deber y constituye, si, una redundancia; lamentable exceso puesto que ya el sacramento matrimonial los lava de todos los pecados.

Parece que los teólogos dudasen de la eficacia del nuevo medio de perdón creado por ellos mismos.

¿Acaso no tenían razón los protestantes al declarar que el matrimonio no era un sacramento?. Creo haber demostrado con amplitud, que efectivamente no se le puede considerar al matrimonio como una institución de Cristo para el perdón de los pecados.

Como anexo quiero ahora llamar la atención especial de mis lectores sobre la doctrina de los teólogos católicos respecto del divorcio, para demostrar, cómo han puesto sus propias opiniones por encima de las leyes de Dios.

Según la ley natural y la ley de Moisés: "el que viola a una virgen es su marido". Esta ley tan fundamental para la humanidad es, sin duda, una máxima que de ninguna manera debería alterarse, sino tan sólo sancionarse por as leyes humanas.

No piensa así la teología católica. Según ella un matrimonio es inválido si, por ejemplo, fue celebrado ante un cura no autorizado, o si faltaba un testigo, como en el caso de Napoleón (¡!), o si un

católico se casa con una protestante ante un cura protestante [1] y no católico, o si un católico se casa con una protestante y descubre posteriormente que su esposa protestante le impide el amplio ejercicio de sus prácticas religiosas, como en el caso de Marconi [2], etc., etc. De suerte que, a pesar de ser el matrimonio válido por ley natural y divina, y a pesar de haberse formado una numerosa familia, la Iglesia Católica misma se encarga de declarar tal matrimonio inválido y da al hombre el derecho de abandonar a su familia.

¿No diría Cristo a estos teólogos, como dijo a los fariseos: "De tal manera aniquilasteis el mandato de Dios por vuestras tradiciones, hipócritas?" (Mat. 15, 6).

¿Podría creer alguien que los teólogos, quienes con tanta liberalidad y sin escrúpulo alguno permiten el divorcio en los casos citados, lo concederían por lo menos también en aquellos casos, en que Cristo y los apóstoles lo conceden?. Pues, como resulta del Evangelio de Mateo (Mat. 5,32 y 19, 9), Cristo permitió el divorcio al hombre en caso de adulterio por parte de la mujer. Pero los teólogos, otra vez engañados por la mala traducción de la Vulgata, permiten en tal caso solamente la separación de los esposos, no el divorcio, castigando así no a la mujer pecaminosa, que ya sabrá procurarse su compensación, sino al hombre, quien – tal vez sin culpa en este asunto – no puede casarse más por la Iglesia, colocándolo así en los conflictos más graves de su conciencia.

Cuán diferente ha sido la conducta de los apóstoles en este asunto. San Pablo, quien por cierto era muy cristiano, aunque no quería que en caso de un matrimonio entre paganos y cristianos, la parte cristiana se separe por su propia voluntad, le concedió, sin embargo, el divorcio y con él la facultad de casarse nuevamente, si fuera abandonada por el pagano. El apóstol da la razón para ello: "Porque a una vida de paz nos ha llamado Dios" (1. Cor. 7, 15). De esta manera, la parte perjudicada no tenía que sufrir las consecuencias de la arbitrariedad de la otra parte.

Como los teólogos desconocen hasta la fecha la verdadera causa de este modo de proceder de San Pablo – razón por la cual lo

---

[1] Antes de 1,918 tal matrimonio era válido en la Iglesia Católica, desde entonces es un concubinato; de suerte que Dios si juzga a un individuo

[2] Dicen las malas lenguas que Marconi por eso le obsequió al Papa la famosa estación de radio del Vaticano (¡!). Pero entonces el teléfono de oro, y el automóvil preciosísimo que el Papa tiene, ¿de dónde los tendrá?.

llaman Privilegium Paulinum – me permito explicarla, pues lo que Cristo y los apóstoles condenaron era solamente la parte que disolvió el matrimonio: "Quien despacha a su mujer comete adulterio" (Mat. 5, 32; 19, 9; Marc. 10, 11; Luc.16, 18). Y San Pablo dice en el mismo sentido: "La mujer no debe separarse del hombre – pero si se ha separado debe quedar soltera o reconciliarse con su marido – ni el hombre debe despachar a su mujer" (1. Cor 7, 10). Luego, Cristo y los apóstoles, condenaron y castigaron a la parte culpable solamente, y es por esta razón que San Pablo permite un nuevo casamiento en caso de que la parte cristiana haya sido la abandonada por la parte pagana. Todo se juzgaba por principios generales y básicos.

Muy diferente, en comparación con el hombre, era la posición de una mujer adúltera. Debido a la poligamia, que en aquellos tiempos estaba en uso todavía, los derechos de la mujer de por sí eran muy reducidos. Mientras que una mujer casada que pecaba, cometía siempre un adulterio, el hombre sólo lo cometía en el caso que tenía unión carnal con una mujer casada. Por eso dice el noveno mandamiento: "No desearás la mujer de tu prójimo", y Cristo declaró: "quien mira a una mujer (casada) para desearla, ha cometido adulterio con ella, en su corazón" (Mat. 5, 28). A mujeres no casadas podía el hombre – casado o no – contemplar y desear a cuantas de ellas quisiera. Esto no era pecado, sino que estaba permitido por la ley divina y humana, como lo vemos por ejemplo en Abraham, Jacob, David, Salomón, etcétera. También entre los primeros cristianos la poligamia estaba permitida, de lo contrario ningún hombre polígamo de buena fe, habría podido convertirse a la doctrina de Cristo. Sólo de los obispos exigía San Pablo que no tuvieran más de una sola mujer (1. Tim. 3, 2; Tit. 1, 6).

II
EL SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCIÓN

También este sacramento debe su existencia a un error en la traducción de la Biblia, y más todavía a la mala interpretación de la misma.

Como puede leerse en el Evangelio de San Marcos (Marc. 6, 13), mandó Cristo, ya durante su vida pública, a sus apóstoles para que predicasen el Evangelio en los pueblos, encargándoles a la vez que sanen a los enfermos, aplicando aceite al igual como lo hizo el samaritano misericordioso con el judío que había caído en manos de asaltantes.

A este encargo se refiere el apóstol Jacobo en su carta (Jac. 5, 13), diciendo:
“Si a alguien de vosotros le va mal, que rece. Si le va bien, que cante. Si alguien se enferma, que llame a los presbíteros de la comunidad. Estos, después de haberlo untado de aceite, recen sobre él, y su plegaria creyente ayudará al enfermo y el Señor lo reanimará.
Y si hubiera cometido pecados, le deberán ser perdonados (antes). Por lo tanto debéis los unos a los otros confesar vuestros pecados y debéis los unos por los otros rezar, para que sanéis. Porque mucho puede la plegaria intensa de un hombre justo”.
Como se ve, consta el texto arriba citado de dos partes.
En la primera dice el apóstol lo que debe hacer un cristiano en las diferentes situaciones de la vida: en alegría, en pena y en enfermedad. Para este último caso recomienda el apóstol que se haga venir a los dirigentes de la comunidad, como Cristo lo había ordenado, para que le den una aplicación con aceite que, consagrada por rezos, le serviría al enfermo para restablecer su salud.
En la segunda parte, pone el apóstol el caso de que la enfermedad fuera causada por pecados que el enfermo hubiera cometido, pues en la opinión general de los judíos eran justamente los pecados los que causaban las enfermedades, y en especial una muerte intempestiva (Juan 9, 2; 1. Cor. 11, 30). Para recuperar en tal caso la salud era necesario que, antes de nada, se le quitaran al enfermo los pecados, el gran obstáculo de la curación, lo que se hacía mediante aquella confesión general que en los tiempos de los apóstoles se practicaba. Y entonces recién los presbíteros rezaban a Dios para que restableciera la salud del enfermo.
Luego vemos aquí dos cosas completamente diferentes y separadas: 1) la aplicación de aceite, unida a la plegaria para el restablecimiento de la salud corporal del enfermo, y 2) la confesión de los pecados en su caso para obtener el perdón de los mismos.
Sin embargo, los teólogos, otra vez engañados por la muy defectuosa traducción del texto latino por un lado, y su afán de inventar sacramentos por el otro, encontraron en dicho texto que la sola aplicación con aceite perdonaba los pecados, tal como se enseña en la doctrina y el dogma de la extremaunción.
¡Perdonar pecados mediante aceite!. Ni los chino han dejado degenerar su religión en la forma que lo han hecho los teólogos cristianos.

CAPÍTULO CUARTO
LA MISA Y LA COMUNIÓN

La función principal del culto católico es la misa y desde hace unos treinta años, también la comunión. Los protestantes no reconocen la misa y celebran tan sólo la comunión.

Interesa por lo tanto saber la verdad sobre la misa y la comunión comparando la práctica y doctrinas de hoy con las de los tiempos apostólicos.

A continuación consideraremos:

1) El carácter religioso de la misa y de la comunión.

2) La celebración exterior de ambas en los tiempos de los apóstoles y hoy día.

3) Las palabras de la transubstanciación, o sea de la transformación del pan y vino en el cuerpo y la sangre de Cristo.

I
EL CARÁTER RELIGIOSO DE LA MISA Y DE LA COMUNIÓN

Como todo el mundo sabe, celebró Cristo en la noche que precedió a su muerte una cena, la última, con sus apóstoles. Y relatan los evangelistas que en esta oportunidad él tomó el pan de la mesa, pronunció una plegaria y lo distribuyó a los apóstoles diciéndoles: "Tomad y comed, éste es mi cuerpo". Después tomó el cáliz con el vino y habiendo pronunciado la plegaria lo dio a sus apóstoles, diciéndoles: "Tomad y bebed, ésta es mi sangre".

Esta escena ha provocado la mar de interpretaciones.. Los católicos afirman que Cristo con estas palabras transformó pan y vino en su verdadero cuerpo y sangre, de tal manera que después de la consagración, cada molécula de lo que fue pan se transformó en el Cristo íntegro, lo mismo que cada molécula de lo que fue vino. De pan y vino han quedado por lo tanto solamente la figura exterior. Dicen además los teólogos que este milagro se renueva en todas las misas y que además en todas las hostias y cálices del mundo está un solo Cristo con todo su cuerpo y su alma, tal cual actualmente existe en el Cielo. Finalmente, aseguran los teólogos que en aquella última cena, como en cada misa, se celebra la verdadera muerte de Cristo en la cruz. Siendo el sacrificio de Cristo en cada misa hasta numéricamente idéntico con la muerte de Cristo en la cruz. Todo esto es dogma de la Iglesia Católica.

Los protestantes niegan todo eso y dicen sólo que Cristo está realmente presente, su cuerpo bajo la figura del pan y su sangre bajo la figura del vino; pero creen que pan y vino, a pesar de la transformación quedan lo que son: pan y vino. Los calvinistas, en cambio, dicen que pan y vino, consagrados por la palabra de Cristo

sólo significan el cuerpo y la sangre de Jesús , sin que tuviera lugar transformación alguna.
¿Cuál es la verdad de todo esto?. No hay duda que las palabras de Cristo, tal como se presentan en el texto del evangelio, son algo difíciles para entenderlas. Creo, además, que los cristianos en vez de discutir su alcance, habrían hecho mucho mejor en imitar el ejemplo de los apóstoles en aquella cena quienes, callados y sin discutir, comieron el pan y bebieron el vino, tomando ambas cosas por cuerpo y sangre de su Maestro. Así se habrían evitado todas esas luchas sangrientas que se han producido alrededor de esta cena, que debería haber sido un vínculo de amor, pero fue transformando en un verdadero foco de discordias.
Pero ya que se ha movido esta cuestión, y está todavía discutiéndose, trataremos de dilucidarla.
Para eso consultaremos otra vez a San Pablo, quien sin duda sabe mejor que nadie, cuál ha sido el verdadero significado de las palabras de Cristo, y para comprender bien la interpretación que el apóstol da ea esas palabras, recuerdo al lector que en aquel tiempo paganos y judíos solían sacrificar animales a sus respectivos dioses. La carne de estos animales sacrificados era vendida en los mercados públicos en calidad de carne de Júpiter, carne de Minerva, etc., según los dioses a quienes habían sido sacrificados los animales. Los compradores elegían la carne que más les convenía, creyendo que comiendo esta carne recibían una bendición especial del dios respectivo y hasta creían entrar en cierta unión con ese dios mediante aquella carne. Es de mayor importancia tener presente esas creencias de la antigüedad para comprender el sentido de las palabras en los escritos de los que vivían en aquella época y estaban imbuidos en estas ideas.
Ahora bien: San Pablo, para inducir a los cristianos a que no participen en los sacrificios paganos y no coman la carne de animales sacrificados en honor de ídolos, funda su prohibición en la siguiente forma:
“Voy a hablar a vosotros como a gente razonable: el cáliz de la bendición que nosotros tomamos: ¿No es acaso la participación en la sangre de Cristo?... Mirad el antiguo Israel. ¿No están aquellos que comen del sacrificio, unidos con el altar? ¿Quiero yo decir con eso que también la carne de los ídolos sea algo. No, sino tan sólo que aquello que ellos sacrifican, justamente lo ofrecen a los dioses y no a Dios. Pero yo quisiera que no tuvierais ninguna comunicación con los demonios.

Vosotros no podéis beber el cáliz del Señor y también el cáliz de los demonios. No podéis tomar parte en la mesa del Señor y también en la mesa de los demonios .
¿O queréis despertar el celo del Señor?" (1. Cor. 10,14). Esta exposición del apóstol lo aclara todo. Él compara aquí la participación en la mesa del Señor con la participación en la mesa de los sacrificios paganos, diciendo que, como por la carne de los ídolos el hombre participa en los demonios, así por el consumo del pan y del vino el cristiano participa en Cristo. No hay la menor duda que San Pablo no ha creído en una participación de la propia persona de los demonios mediante la carne de los ídolos, y por lo tanto tampoco en una verdadera participación de la verdadera persona de Cristo mediante el pan y el vino.
Y en efecto, el mismo Cristo habla sólo de su carne, que da con el pan, y sólo de su sangre, que da con el vino. Quiere decir entonces que Cristo, aprovechando las ideas de aquel tiempo, dio a sus apóstoles en vez de los sacrificios judaicos y paganos de animales, algo semejante, pero algo más fino, más sublime. Él no hace matar animales sino que toman pan y vino y haciendo con estos alimentos celebrar una cena y encargando a los apóstoles de bendecir en esta cena pan y vino y tomar ambas cosas en su memoria, les asegura que bajo estas formas de pan y vino van a tomar parte de su cuerpo y sangre, al igual como en aquel tiempo en los sacrificios paganos la gente creía tomar parte de los dioses.
Pan queda por lo tanto pan, pero es para los apóstoles el cuerpo de Cristo; y vino queda vino, pero es para ellos la sangre de Cristo. Jesús mismo, después de haber dado el vino dijo a sus apóstoles: "Os digo, que de ahora en adelante no beberé más de este producto de la vid, hasta que no lo tome con vosotros en el reino de mi padre" (Mat. 26, 29). Quiere decir que también para Cristo, pan y vino, aún después de la consagración, quedaron pan y vino. Y en el mismo sentido dice San Pablo en el texto ya citado: "El pan que dividimos ¿no es él la participación del cuerpo de Cristo?" significando a la vez que el pan es solamente una participación del cuerpo de Cristo, no el mismo cuerpo de Cristo. La segunda y tercera partes de este capítulo confirman ampliamente lo dicho.
De todo esto deducimos, que la teología católica está bastante mal orientada al poner en las sencillas palabras de Cristo sus propias ideas profundamente filosóficas, y que son el producto de un desarrollo de muchos siglos.

II

LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA EN LOS TIEMPOS DE LOS APÓSTOLES Y HOY

En los primeros tiempos de los cristianos, la eucaristía fue celebrada exactamente según el modelo de la última cena de Cristo. Todavía el apologista y mártir San Justino (murió en 166)relata en su libro: "De conventu eucharístico", que durante la celebración de la eucaristía todos, el obispo y los fieles, estaban sentados en una misma mesa. El diácono llevó el pan y el vino a la mesa y entonces el obispo dijo una oración que según Justino había sido formulada por el mismo Cristo. Esta oración fue pronunciada sobre el pan y el vino, que después se distribuía entre los presentes y hasta se llevaba a los ausentes.

Quiere decir que los primeros cristianos consideraban a la eucaristía como una verdadera cena y la Didaché, el más antiguo documento del cristianismo, y que según los mismos teólogos ha sido redactada en tiempo de los apóstoles y por ellos, dice al final de su descripción de la celebración de la eucaristía: "después de que os habéis satisfecho", indicando así el carácter de una verdadera cena que tenía la eucaristía en aquel tiempo. Pero el mejor testimonio de que la eucaristía fue celebrada como una cena, lo encontramos en las cartas de San Pablo. Para comprender bien el texto del apóstol hay que tomar en cuenta lo siguiente: en la joven Iglesia se presentó muy pronto una dificultad bastante grande para la celebración de la eucaristía, pues cuando aumentó el número de los devotos, la Iglesia, pobre como era, no estaba en condiciones de proveer suficiente pan y vino para el consumo de los fieles. Fue entonces cuando los ricos se hicieron cargo de ello. Pero en Corinto se produjo a raíz de esto un desarreglo en la comunidad cristiana. Los ricos, sea por cierto desprecio que tenían de los pobres, sea por estar cansados de procurar tanto pan y vino, sea por ambas causas, se reunieron antes de que vinieran los pobres y celebraron la eucaristía sin ellos; de manera que cuando llegaron los pobres ya no había nada.

Esto era, como dice San Pablo, en primer término, una gran falta de consideración con los pobres y, en segundo lugar, una irreverencia contra la eucaristía que debía celebrarse en memoria del Señor, como Cristo expresamente había encargado, pero no como una simple comida cualquiera. El hombre, antes de participar en la eucaristía, debe darse cuenta de ello y no frecuentarla como si fuera una comida ordinaria.

A base de estas consideraciones sería fácil para el lector comprender ahora las palabras de San Pablo, quien al saber esos desórdenes en Corinto, les escribió:

"Cuando tenéis vuestras reuniones, esto ya no se llama celebrar la cena del Señor. Porque cada uno consume su parte ya antes, y así el uno sale hambriento y el otro se embriaga. ¿No tenéis vuestras casas para comer y beber? ¿O es la comuna de Dios para vosotros tan poca cosa que llenáis de vergüenza a los que no tienen nada? ¿Qué os diré¿ ¿Os alabaré?. En esto no os alabo. Porque yo he sabido por el Señor –lo que también os he comunicado- que el Señor Jesucristo, en la noche en que fue traicionado, tomó el pan y, después de haber dicho sobre él la oración de gracias, dijo de él: "Este es mi cuerpo que será entregado para vosotros: haced esto en mi memoria". Y que de igual modo, después de haber comido, ofreció el cáliz y dijo de él: "Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre: Cuantas veces vosotros lo bebáis, hacedlo en mi memoria".

"Cada vez pues, que vosotros toméis de aquel pan, y bebáis de aquel cáliz, debéis celebrar la (memoria de la) muerte del Señor, hasta que vuelva".

"Luego quien de una manera indigna coma aquel pan y beba aquel cáliz del Señor, peca contar el cuerpo y la sangre del Señor. Por eso se examine cada uno (si tiene la verdadera intención de celebrar la eucaristía en memoria del Señor y no como una comida ordinaria) y así coma de este pan y beba de este cáliz. Pues cualquiera que come y bebe, en su propia condenación, si no distingue el cuerpo del Señor (de la comida común).

"Por eso hay tanto débiles y enfermos entre vosotros y mueren tantos. Si nosotros mismos nos hubiésemos juzgado, no seríamos juzgados (por Dios). Pero juzgados por el Señor, debemos corregirnos, para que no seamos condenados con el mundo".

"Pro lo tanto, si vosotros, hermanos míos, os juntáis para la cena, esperad los unos a los otros. Pero el hambre hay que saciarlo en casa, para que no os juntéis (tomando la eucaristía como una comida común) en vuestra condenación" (1. Cor. 11, 20 – 34).

En toda esta exposición el apóstol se empeña en hacerles comprender a los corintios, que esa cena, llamada eucaristía, no es una cena cualquiera, sino que ha sido instituida para celebrar la memoria de Cristo, especialmente de su muerte. Luego, tomarla por una comida ordinaria, es falta de respeto a la eucaristía y por lo mismo es falta de respeto al cuerpo y a la sangre de Cristo. Y como los corintios han cometido tal falta, el Señor los ha castigado

con enfermedad y muerte. Y para que no conviertan otra vez la eucaristía en un banquete les recomienda, finalmente el apóstol, que satisfagan su apetito en sus casas para que se den cuenta que yendo a la eucaristía no van a una comida común.

De todo esto el lector deduce fácilmente:

1) Que los corintios han sido unos santos bastante raros.

2) Que la celebración de la eucaristía no solamente se realizó en forma de una cena sencilla, sino también de una manera muy rudimentaria y hasta rústica si cabe ese término.

3) Que los corintios, a pesar de la instrucción directamente apostólica, han tenido un concepto muy sencillo de la eucaristía, y por cierto no tenían la convicción de que el pan que tomaban era el verdadero cuerpo y el vino la verdadera sangre de Cristo. Se ve que ellos apenas si creían en una participación del cuerpo y sangre de Cristo, al igual como los paganos se figuraban una participación de los dioses comiendo la carne de los animales sacrificados en honor de sus ídolos.

4) Que el apóstol aquí, como siempre, designa el pan consagrado: pan; y el vino consagrado; vino, nos demuestra que no creía en una transformación verdadera del pan y del vino en el cuerpo y en la sangre de Cristo, sino que quería enseñar a los corintios que esta cena debería ser celebrada en la memoria de Cristo.

Y ahora compare el lector esta celebración de la eucaristía en tiempo de los apóstoles con la celebración de la misma, tal como hoy la tenemos.

La mesa común de antes está dividida en dos partes: el altar y el cura, y la baranda para los fieles. El cura en el altar celebra la "cena del Señor" en la mayoría de los casos solo. Y esa "cena" se ha convertido en un sacrificio: el sacrificio de la misma. A veces –especialmente cuando el gobierno paga 5,000 pesos o algo más- hay tres, cinco, siete y más curas en el altar que se presentan allí en una pompa regia, con vestidos de seda y oro, rodeados de acólitos, turíferos y otros monaguillos y hacen un sinnúmero de movimientos hacia delante y hacia tras, yendo hacia arriba y hacia abajo; se inclinan, se arrodillan, se dan vuelta, se inciensan los unos a los otros, como si fueran dioses; cantan, rezan, se persignan, y todo va con una exactitud que recuerda el sincronismo y la armonía de una escena coreográfica, gobernada por un consumado director. Y mientras que esta escena, la muerte del Señor, acompañada de órganos, trompetas y violines, ahora se celebra como una misa cantada, se convierte en seguida en una misa blanca, o de casamiento, o un réquiem, en cada caso con

mayor o menor solemnidad, según el bolsillo del creyente que la paga.
¡Qué manera de celebrar la "cena del Señor", o como los teólogos quieren: la "muerte de Cristo"! ¡Qué manera de conservar la tradición apostólica! ¡Qué manera de convertir en un negocio, la cena del Señor y la muerte de Cristo!.

III
LAS PALABRAS DE LA TRANSUBSTANCIACIÓN, O SEA DE LA TRANSFORMACIÓN DEL PAN Y VINO EN EL CUERPO Y LA SANGRE DEL SEÑOR

La Iglesia Católica enseña que pan y vino son transformados en cuerpo y sangre de Cristo por las palabras que el Señor pronunció en la última cena, diciendo: "Este es mi cuerpo. Esta es mi sangre". Los griegos, en cambio, aseguran que la transformación es efectuada por una oración que se llama epiclesis, y que es una invocación del Espíritu Santo sobre pan y vino.
Voy a demostrar ahora que tanto la una como la otra opinión quedan muy lejos de la verdad.
La solución de la cuestión promovida nos la proporciona la palabra "eucaristía" que ya existía y era usual en los tiempos de los apóstoles como nombre más común de la cena del Señor. Esta palabra significa: acción de gracias.
Nos preguntamos: ¿Por qué razón se llamaba eucaristía a la cena del Señor ya en los tiempos de los apóstoles?. No cabe la menor duda que en esta cena del Señor la "acción de gracias" debía ocupar un lugar prominente y tal vez el lugar principal.
En efecto, ya en el texto recién antes citado de San Pablo, en oposición a todas las traducciones erróneas hasta hoy difundidas, escribí la versión exacta, precisa y que reza:
"Que el Señor Jesucristo en la noche en que fue traicionado tomó el pan y, después de haber pronunciado sobre él la acción de gracias, [1] dijo: "Este es mi cuerpo, que será entregado para vosotros".
Hablaba entonces el apóstol aquí de una "acción de gracias" que Cristo pronunció sobre el pan y vino antes de darlos como su

---

[1] Los teólogos, engañados otra vez por la pésima traducción latina de la Biblia que ellos tienen en la Vulgata (una traducción que por dogma ha sido declarada: inspirada), no se dieron cuenta ni del sentido antepretérito que tiene el aoristo del participio griego, ni del hecho que la palabra griega "eucharistein" se refiere a la acción de gracias, que los judíos pronunciaban antes de comer.

cuerpo y sangre a los apóstoles. La misma acción de gracias la nombran también los primeros tres evangelistas en sus respectivos evangelios, empleando la misma fórmula: “Después de haber pronunciado sobre él la acción de gracias”.
Y ahora nos recordamos que los judíos pronunciaron sobre el pan y vino una acción de gracias antes de tomarlos, cuya acción hoy todavía existe entre ellos, y es idéntica con la que usaban en tiempos de Cristo.
Pero lo más importante es que esta acción de gracias pronunciada por Cristo en la última cena, se ha encontrado y está en la misma Didaché que ya he citado, y tiene su origen en los tiempos de los apóstoles. Leemos allí al final del capítulo octavo:
“En la celebración de la eucaristía debéis pronunciar la siguiente acción de gracias: Primero sobre el cáliz: “Le agradecemos, oh nuestro Padre, por la santa vid de tu siervo David. Esta santa vid la has dado a nosotros por tu siervo Jesús. A ti sea la gloria eterna”.
Pero sobre el pan: “Le agradecemos, oh nuestro Padre, por la vida y la inteligencia que has dado a nosotros mediante tu siervo Jesús. A ti sea el honor eterno. Como este pan estaba diseminado en las montañas y después reunido, se hizo uno, así también tu iglesia sea reunida desde los límites del país a tu reino. Porque tuyo es por Jesucristo el honor y el poder eterno”.
“Nadie coma ni beba de vuestra eucaristía, a no ser que sea bautizado en nombre del Señor; pues de ella dijo el Señor: no entreguéis lo santo a los perros.
Pero después que os habéis saciado, etc.”.
Que tenemos aquí la buscada “acción de gracias” salta a la vista, y está ampliamente confirmado por el apologista y mártir Justino, muerto en 166 p. J., quien en su obra: “De conventu eucharístico” dice:
”Este alimento se llama entre nosotros eucaristía... porque no como pan común y bebida común tomamos esto; sino al igual como Jesucristo, nuestro salvador, hecho carne por la palabra de dios, recibió carne y sangre para nuestra salvación, así somos instruidos, que también el alimento, sobre el cual se pronuncia una acción de gracias que viene de él y por el cual se alimenta nuestra carne y nuestra sangre, a consecuencia de la transformación es carne y sangre de aquel Jesús que se hizo carne”.
“Porque los apóstoles en sus relatos memorables que tienen su origen en ellos, y que se llaman evangelios, han comunicado que les ha sido mandado a hacerse así: “Que Jesús haya tomado el

pan y después de haber pronunciado la acción de gracias haya dicho: “Esto (es decir: la acción de gracias) haced en memoria: este es mi cuerpo”. Y después de haber tomado el cáliz y pronunciado la acción de gracias haya dicho: “Esta es mi sangre” y se les haya comunicado”.

En otro lugar dice el mismo mártir: “Después que los presbíteros han pronunciado la acción de gracias, y todo el pueblo a unido su voz con ellos, los llamados diáconos dan a cada uno de los presentes algo del pan y vino agradecidos, y llevan también a los ausentes de él”.

Quiere decir que la transformación de pan y vino en cuerpo y sangre de Cristo se hizo mediante la acción de gracias, tanto en la última cena como en los primeros tiempos del cristianismo.

Objetaría alguien que en aquella acción de gracias no se encuentra ninguna palabra de transformación real de pan y vino en cuerpo y sangre de Cristo. Contesto que esto es justamente la mejor prueba de que ni Cristo ni los apóstoles habían pensado jamás en una transformación real, sino sólo espiritual. Pan y vino fueron consagrados por aquella acción de gracias, y entonces significaban cuerpo y sangre de Cristo para los fieles. Pero pan quedó pan, y vino quedó vino; sólo recibían un significado religioso para los cristianos.

Vemos entonces, que toda esa terrible y sangrienta lucha entre los griegos y romanos estaba de más. Ninguna de las partes tenía razón.

****

Finalmente, quiero llamar la atención del lector sobre tres muestras muy significativas sobre la “habilidad” teológica en la interpretación de la Biblia:

Primero: Como hemos visto, recomendó San Pablo a los cristianos que examinen si van con la debida intención a tomar parte de la eucaristía, para que no la tomen como una comida cualquiera, sino por lo que era para ellos: cuerpo y sangre de Cristo. Los teólogos en cambio, sospechando en aquel examen, un examen de la conciencia lo interpretaron como una orden del apóstol de confesarse antes de recibir la comunión; y así exigen ahora de todos los fieles que han cometido un “pecado grave”, que antes de comulgarse vayan a confesarse. Lo más raro es que, siendo la eucaristía un sacramento que por lo tanto perdona por sí solo los pecados, el creyente no necesitaría confesarse antes, ya que la misma eucaristía le perdonaría sus faltas. Que esta obligación de

confesarse no existía antes, nos lo demuestran las siguientes palabras de San Agustín.
"Y así, queridísimos, cada uno de vosotros examine su conciencia. Y si observa que fue herido por algún delito (crimene); se empeñe en limpiar su conciencia por oraciones, ayunas y limosnas; y entonces se atreva a tomar la eucaristía" (Sermo 252 de Tempore).
Estas palabras son un verdadero golpe de muerte contra la obligación de confesarse antes de la comunión.
Segundo: Los cristianos en los primeros tiempos, celebrando la eucaristía en forma de una cena, tomaron tanto el pan como el vino; cumpliendo así la palabra de Cristo: "Si vosotros no coméis mi carne, y no bebéis mi sangre, no tendréis la vida en vosotros" (Juan 6, 53). Hoy es un pecado grave, y ningún católico" fuera del sacerdote, puede "comer el cuerpo de Cristo" y "beber su sangre".
Sólo se les permite comer el cuerpo del Señor. Por lo tanto, si los católicos cumplen con las palabras de Cristo son condenados por los teólogos; si siguen a los teólogos, serán condenados por Cristo. Pero como los teólogos valen más que Cristo, los católicos prefieren ser condenados por el Señor.
Tercero: San Pablo encarga a los corintios que antes de participar en la celebración de la eucaristía, satisfagan su apetito en casa. Hoy también esto es un pecado grave. ¡Qué admirable tradición apostólica!.
Todo esto lleva al ánimo la convicción íntima de que los teólogos han cumplido en la interpretación de la Escritura Sagrada referente a la Eucaristía y en la conservación de las costumbres e instituciones apostólicas una actuación tan desastrosa como lamentable. Las innovaciones se han multiplicado junto con los errores para borrar, en la ceremonia eucarística de hoy, todo rastro de lo que fue en los tiempos de los apóstoles. La pompa, la bambolla teatral que hoy la exorna y adultera, atrae y deslumbra como inocentes insectos nocturnos a los feligreses; pero, sobre todo, sirve para henchir las talegas insaciables de la Iglesia.

CAPÍTULO QUINTO
LA INFALIBILIDAD DEL PAPA

El lector sabrá que el dogma de la infalibilidad fue proclamado solemnemente en la Iglesia de San Pablo en Roma, en el año 1,870. Significa este dogma que el Papa sólo, y los obispos unidos con él, son infalibles, si en cuestiones de la fe o de la moral declaran que una doctrina debe ser creída por toda la Iglesia. Generalmente se llama a tal doctrina, dogma. Según este mismo dogma de la infalibilidad es, naturalmente, Cristo infalible, y además lo son cada uno de los apóstoles por sí solos. Lo que llama más la atención es la circunstancia de que este dogma de la infalibilidad del Papa, según la Iglesia, ha sido enseñado por el mismo Cristo a los apóstoles, pues las revelaciones de Dios terminaron con Cristo y los apóstoles. De manera que desde entonces no puede haber ninguna nueva doctrina que no sea enseñada por Cristo o sus apóstoles.

Esta es la teoría. ¿Y la práctica?. Después de todo lo que hemos visto, ¿no es como para sentir una honda indignación que justamente aquella Iglesia, que ha acumulado más errores que ninguna otra; aquella Iglesia que más que ninguna se ha separado de la verdadera tradición apostólica; aquella Iglesia que como ninguna otra ha enseñado y enseña todavía errores en vez de verdades, se atribuya la infalibilidad?.

Sería demasiado honor, demostrar todavía mediante la Biblia, que tal dogma es una deducción completamente equivocada. Hasta es ingenua, doblemente ingenua, si se piensa en los errores que cometió la Iglesia a pesar de su pretendida infalibilidad; triplemente ingenua, si se recuerda que Cristo quería volver al Juicio Final en el primer siglo, y pensó tan poco en sucesores de sus apóstoles, como en el dogma de la infalibilidad de 1,870.

¡Infalibilidad! ¿Acaso el mismo Cristo era infalible, al prometer su fracasada próxima vuelta al mundo?.

¡Infalibilidad! ¿Acaso los apóstoles eran infalibles al predicar a cristianos, judíos y paganos el inminente regreso de Cristo?.

¡Infalibilidad! ¿No significa esta palabra el máximo de arrogancia que jamás se ha visto y oído en este mundo?.

¡Infalibilidad! ¿No es tal pretensión la ofensa más grande a todas las demás Iglesias cristianas, que tal vez son mucho más apostólicas en su doctrina y práctica, que la tan apostólica Iglesia Romana?.

¡Infalibilidad! ¡Oh, ironía del destino, que justamente esa Iglesia que se atribuyó tal carácter ha errado más que ninguna otra?.

¡Infalibilidad! ¿Acaso cree la Iglesia Católica que con esta palabra vanidosa escapará al Juicio Final de toda la humanidad?.
¡Infalibilidad! Sólo la verdad es infalible, e infalible también la victoria final de la verdad, y esta victoria será la muerte de la religión cristiana, y la muerte de todas las creencias, porque es la victoria del saber.

CONCLUSIÓN

Ya en 1,922, o sea dos años antes de mi ruptura con la Iglesia, había mandado mi manuscrito, que contenía los capítulos anteriores, a un amigo mío, un sacerdote muy ilustrado, para que lo publicara. Este, aconsejando una reforma de la obra, me escribió en su carta del 20 de febrero de 1,923:
Querido Franz:
...Ahora a tu carta y manuscrito.
Anticipo este juicio fatalmente seguro. Pronto, después de la aparición de este escrito en la forma que está; no sólo te exigirán que te retractes, sino que serás segurísimamente suspendido; y yo te pregunto como amigo tuyo, quien gustosamente, si fuera necesario, se dejaría matar por ti: ¿Estás listo, mas bien para ir al agua que no a Canoa – no ahora, sino más tarde?.
Anticipo además que yo, en mi alma y en mi espíritu, estoy completamente convencido de tus opiniones, de suerte que en horas tranquilas me vienen los conflictos más tristes.
También es verdad que una pequeña parte del clero, pero el de mayor volumen, piensa exactamente así, pero no tiene el valor de manifestar su opinión, por miedo de perder el pan y el honor.
Es verdad que el 99 por ciento de los teólogos, después de haber terminado los estudios teológicos, no se preocupa más de estos problemas en absoluto y para los exámenes vuelve a estudiar apuntes anticuados. En la teología se reduce al catecismo popular.
Es verdad que solamente se han tocado los problemas superficiales de la teología, pero las equivocaciones son legiones tan pronto se llega a los problemas más profundos.
Estoy listo, querido amigo, gustosamente listo para hacer la reforma del libro, pero figúrate qué bien, qué estimulante, qué formidable sería este tanque contra la “teología sacrata”, si nosotros dos juntáramos toda nuestra tranquila, bien pensada, bien afilada dicción y la hiciéramos pública, como estoy anhelando...”.
Hasta aquí la carta, cuyo original obra en mi poder. Cuando en 1,924 al separarme de la Iglesia, solicité de aquel sacerdote, que se uniera conmigo, me contestó que no; porque, como dijo, los

hábitos sacerdotales son un atractivo demasiado grande para las mujeres. Aseguro, bajo mi palabra de honor, que estas fueron textualmente sus palabras. Y aquel sacerdote, conocidísimo como orador sagrado, sigue hoy todavía siendo cura, sin creer en lo más mínimo lo que predica en el púlpito. ¡Qué milagro es éste que todo el mundo dice: "Cosí fanno tutti".

CUARTA PARTE
LA MORAL DE CRISTO Y DE LA IGLESIA

INTRODUCCIÓN

"Cuidaos de los profetas falsos, quienes vienen a vosotros en piel de ovejas, pero adentro son lobos hambrientos" (Mat. 7, 15).

Esta cuarta parte de mi libro pondrá de relieve la inmensa diferencia que existe entre la moral de Cristo y de su Iglesia. La redacté casi toda después de mi separación.

Por mi parte, habría preferido no escribir nada sobre este tema, porque mi propósito era hacer una exposición enteramente científica. Mas como la religión de Cristo es esencialmente moral, moral religiosa, el cuadro que he pintado no estaría completo si pasara por alto la comparación de la moral de Cristo con la moral de la que pretende ser su Iglesia.

Es por eso que me veo obligado a tratar esta cuestión y lo haré con la misma imparcialidad como hasta ahora. Más aún, supondré también en esta parte hipotéticamente la verdad de la Biblia.

CAPÍTULO PRIMERO
LA FALTA DE CARIDAD EN LA IGLESIA

"Si os mordéis y coméis y coméis los unos a los otros, cuidad de no aniquilaros" (Gal. 5, 15).

No cabe la menor duda que el fundamento de la religión de Cristo es la caridad. No solamente porque el Señor mismo dio el ejemplo más grande de caridad que el mundo ha visto, sino que él enseño también estas virtud como fundamento de su religión: "En esto conocerá el mundo que sois mis discípulos, que os améis los unos a los otros, como yo os he amado" (Juan 13, 35). "Un nuevo mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros" (Juan 13, 34; 15, 12).

Cristo no dudó en igualar este mandamiento al precepto del amor de Dios: "Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu sentimiento y con todas tus fuerzas. Este es el primero y más sublime precepto, pero el otro es igual a este: Amarás a tu prójimo como a tí mismo". (Luc. 10, 27; Mat. 22, 37).

Los apóstoles habían entendido a su Maestro. Hay que leer por ejemplo las epístolas de San Pablo, quien pone la caridad hasta por encima de la fe, diciendo: "Por ahora nos quedan las tres siguientes virtudes: la fe, la esperanza y la caridad, pero la mayor de éstas es la caridad, apropiaos de la caridad")1. Cor. 13, 13).

LA enseñanza apostólica de la caridad produjo verdaderos milagros. Relata la historia de los apóstoles, que los cristianos era "un solo corazón y una sola alma". (Actos de los Ap. 4, 32). Hasta los bienes vendieron, poniendo la ganancia a los pies de los apóstoles para distribuirla entre los pobres; y en Jerusalem, todo cuanto poseían los cristianos era común. Todavía Tertulián relata en el tercer siglo que los paganos muchas veces, asombrados por la caridad de los cristianos, exclamaron: "Mirad como se aman los unos a los otros". No cabe, pues, la menor duda que los cristianos de los primeros siglos pusieron en práctica la religión de Cristo, cuyas bases era el amor de Dios y el amor al prójimo.

Ahora bien, ¿Quién destruyó esta caridad, esta base de la religión de Cristo?. Fueron los teólogos, cuando al comienzo del siglo cuarto, en el año 312, la iglesia si apenas había conseguido la libertad, estalló una lucha encarnizada, primero entre los teólogos y después entre todos los cristianos. Arrio, un teólogo, defendió la tesis (en 318) que Cristo no era hijo natural sino hijo adoptivo de Dios. Más de la mitad de los obispos se pusieron al lado de Arrio, (como testimonia San Jerónimo) mientras que los teólogos romanos se opusieron a esta doctrina. Más de un siglo duró la

lucha que costó mucha sangre y provocó un odio indescriptible entre los cristianos, olvidando ellos por completo la gran ley de la caridad. Apenas sacados del barbarismo pagano volvieron a ser lo que habían sido, indulgentes peleadores, bárbaros bautizados. Los teólogos, quienes por su misión eran destinados a calmar los ánimos, no dudaron en ningún instante de aprovecharse de la pasión humana de los pueblos recién convertidos y sacrificar la ley de la caridad para satisfacer sus deseos ambiciosos, tan contrarios a la doctrina de Cristo. Perduraba todavía la exaltación de los ánimos que había causado esta lucha, cuando los sacerdotes se encargaron de suscitar un nuevo motivo de desorden en la familia cristiana. A fines del mismo siglo cuarto, se promovió la cuestión de la divinidad del Espíritu Santo, Roma luchó contra Macedonia, quien negó esa divinidad. Nuevos odios, nuevas persecuciones. La enemistad entre Roma y el Oriente con la cede central en Constantinopla se aumentó de siglo en siglo. Y mientras aquí se preparó la separación definitiva, los teólogos, en otras partes de la Iglesia, provocaron otras luchas tan encarnizadas y tan largas que la historia de la Iglesia en aquel tiempo parece ser tan sólo una historia de luchas teológicas que, por desgracia, sólo sirvieron para despojar a sus autores de todo prestigio y el poder que conquistaron. En lugar de la caridad no se vio más que una contienda bárbara entre las distintas Iglesias cristianas, condenándose mutuamente los jefes de las mismas. Pronto se produjo el primer efecto de todo esto. Mahoma, en el siglo octavo, inventó una nueva religión que parecía a muchos hombres muy superior a aquellas confesiones cristianas que se tragaban a sí mismas, y así para Mahoma fue cosa fácil apoderarse de todo el sur del mundo conocido y separar el África y la Arabia de la cristianidad. Hasta los mismos lugares Santos cayeron en su poder. Mahoma fue un verdadero flagelo de Dios para toda la cristianidad, la cual tuvo que derramar mucha sangre en Palestina, Italia y hasta en Austria – Hungría y esto durante más o menos mil años. Además la propagación de la religión cristiana en África se terminó por completo.

Pero los teólogos no aprendieron nada de aquella enseñanza. Siguieron peleándose con el mismo furor de antes, hasta que en el siglo décimo, a la primera separación siguió la segunda, alejando el Occidente del Oriente. Bajo el régimen del Obispo de Constantinopla se separaron los Balcanes y toda Rusia, trayendo consigo esta separación increíbles persecuciones sangrientas entre los mismos cristianos: las víctimas de los teólogos. Bastaba

en aquellos tiempos persignarse con la cruz de izquierda a derecha, en lugar de derecha a izquierda o viceversa para ser condenado a muerte.

Mientras así seguía la lucha contra los mahometanos por una parte y con los orientales por otra, se preparó la tercera y más importante separación: la de todo el norte de Europa. Los teólogos romanos de los siglos XI a XIII desarrollaron la doctrina teológica de tal manera, que ya no había caso para ninguna opinión libre dentro de la Iglesia. Y como ellos identificaron las doctrinas teológicas con las de la religión, obligaron a todos los cristianos a acatarlas, declarando herético c cada uno de los que se atrevieran a tener otra opinión en un asunto religioso. Hasta mataron a sus adversarios, como lo hicieron con Giordano Bruno, Huss y las innumerables víctimas de la Inquisición. (No hay duda que la Iglesia Romana hoy haría lo mismo con todos sus enemigos, si eso le fuese posible).

La chispa que descargó este aire tan pesado fue Lutero, quien reclamando la libertad de conciencia fundó el protestantismo al comienzo del siglo XVI. Esta tercera separación había de ser la más sensible para la Iglesia Católica. Se separaron: Alemania, Inglaterra, Suiza, Dinamarca, Noruega, Suecia, y gran parte de Holanda y Polonia. Además la mayor parte de Norteamérica se adhirió y está adherida al protestantismo. La Iglesia Católica se quedó tan solo con el centro del mundo conocido, separada y aislada por todas partes. Su único desarrollo lo tuvo en América del Sur, donde los predicadores de la Cruz impusieron a los indios la religión Apostólica Romana con la espada en la mano.

Fuera de esto ¡cuán triste, cuán horrible es la historia de todas aquellas luchas y cismas con sus desastrosas consecuencias! ¡Qué vergüenza que la historia de la religión de Cristo, la religión de la caridad, por culpa de los teólogos haya tenido y tenga más contiendas sangrientas que cualquier estado mundial!. Y ¡Qué vergüenza para los predicadores de la religión de la caridad, pelearse durante todos los siglos, condenándose al infierno los unos a los otros , sacrificando tantas víctimas inocentes, dando así a todo el mundo, en lugar del ejemplo de la caridad, una muestra verdaderamente vergonzosa de odio y brutalidad y tener ellos mismos y ellos solos la imperdonable culpa de haber destruido la caridad enseñada por Cristo como fundamento de la religión!.

Si los teólogos se hubieran contentado con enseñar únicamente la doctrina de Cristo el crucificado, como lo hizo San Pablo (i. Cor. 2, 2) y no hubieran atribuido al Maestro sus opiniones personales,

que no tienen nada que ver con las enseñanzas de su religión, si hubiesen restringido la lucha teológica entre ellos mismo, pero también así, nunca olvidando el gran mandamiento de la caridad, Cristo habría conquistado a todo el mundo.

Pero ha sucedido todo lo contrario: los pueblos cristianos que debían ser los portadores del amor de Dios y dar a todo el mundo el ejemplo de la caridad cristiana, parecían desde un principio tener más odio que los mismos paganos. O si no ¿Qué significan todas aquellas persecuciones y todas aquellas guerras de la época cristiana entre pueblos cristianos? ¿No demuestra a las claras la falta de amor y de caridad?. Y todo eso no porque los predicadores del evangelio no habían entendido la ley fundamental de la religión Cristiana, sino porque no predicaban esta ley con la rigurosidad inquebrantable que se exigía. Y así fue posible que la caridad desapareciera en los pueblos cristianos y la historia de ellos fuera una historia de guerras, como si no hubieran sido cristianos.

Pero esta falta de amor, este odio, se mostró también en el seno de cada uno de los pueblos cristianos. ¿Quién en primer lugar tenía la obligación de calmar las diferencias entre las distintas clases, hablando claro: entre la gente rica y los pobres, sino la Iglesia, sino los predicadores, y los teólogos? ¿Cómo cumplieron con este deber? ¿No es una vergüenza ver que en toda la historia los obispos y los papas, siendo ellos mismos inmensamente ricos se pusieran al lado de los ricos y de los príncipes en contra del pueblo, fomentando así la lucha social que caracteriza la historia de cada pueblo, que ha producido tantas revoluciones sangrientas, y que hoy todavía constituye el problema más serio del mundo?. Habría sido facilísimo, resolver este problema en base a la ley cristiana. Pero los representantes de Cristo se fijaban en sus propios intereses que estaban tan relacionados con los ricos y los grandes, y así no encontraban el coraje de decir la verdad y de exigir el estricto cumplimiento de la ley de la caridad.

Hasta qué punto llegó la corrupción religiosa a raíz de la falta de esa virtud cristiana entre los pueblos cristianos, se ha visto en la guerra mundial. Es seguro que si los teólogos hubiesen llenado los ánimos y las almas de los cristianos con caridad en vez del odio que sembraron, la guerra habría sido imposible. Jamás los cristianos se habrían matado durante cuatro años, no digo a millares, sino a millones, para satisfacer el deseo de algunas pocas bestias humanas, si la caridad de la Religión de Cristo hubiese estado radicada en los corazones como debiera ser. Pero no es

eso solamente lo que quiero poner de relieve en este momento, sino que la conducta de los teólogos durante la guerra mundial ha sido el colmo de todo lo que se ha visto en la historia de la Iglesia. En lugar de condenar este derramamiento increíble de sangre y hacer lo posible para terminar una barbaridad semejante, estos representantes de la religión de la caridad tomaron la más viva parte en el asesinato común. Consagraron las armas, que son símbolos de barbarie. Hasta en las mismas iglesias estimularon los ánimos de los fieles a la guerra. [1] Festejaron las victorias, que eran a la vez las desgracias de tantas y tantas madres de familia. Los cardenales fueron a los frentes para animar a los soldados a seguir matando a sus hermanos; y los obispos de los distintos países publicaron epístolas de las cuales habrían de avergonzarse. Y fueron ellos, los ministros de Dios, los que realizaron el llamado de los negros y los indios al campo de batalla para enseñarles a matar a sus hermanos de raza blanca, tal vez para mostrarles la gran caridad que reina entre los cristianos. Eran los obispos católicos, los que propusieron y llevaron a la práctica esta idea diabólica. Y así fueron traídos centenares de millares de negros e indios –paganos y cristianos- de las misiones de la Iglesia a la guerra europea. A su vuelta habrán hablado a sus compatriotas sobre la "gran confraternidad cristiana" de la cual habían sido testigos oculares.

Efectivamente, es un hecho inaudito que la gran mayoría de los representantes de la religión de Cristo tomó extraordinario interés por la guerra y no supo ni imposibilitar ni terminar esta vergüenza de la humanidad sino fomentarla. Se han mostrado, pues, los teólogos de hoy dignos de sus padres (Mat. 23, 31 y ya no cabe duda que si la religión de Cristo ha muerto, los mismos teólogos la

---

[1] En la Iglesia de los primeros cristianos, el servicio militar estaba prohibido. Tertulián escribe en el tercer siglo que: "El Señor, al armar a Pedro, ha desarmado a todos los soldados" (Inst. 6, 20). La tradición apostólica, uno de los documentos más antiguos del cristianismo, prohibe a los cristianos dejarse contratar de soldados y prescribe que los que sean destinados al servicio militar, deben abstenerse de matar bajo pena de excomunión. La misma Iglesia declaró santo y mártir al conscripto Maximiliano, quien delante del Precónsul Dionisio declaró: "Yo no puedo prestar servicio, porque no puedo hacer mal", y prefirió la muerte antes de matar.

Esto cambia tan pronto que la Iglesia se había aliado al emperador Constantino. Pues el Concilio de Arles (en 314) definió: "Respecto a los que tiran sus armas... ha sido decidido: que serán excluidos de la comunión".

han asesinado, “los representantes de Cristo y los sucesores de los apóstoles”.

He dejado aparte muchas cosas que serían una prueba más de mis inculpaciones en contra de los teólogos. Me limito a agregar algo que estimo de suficiente importancia, y que en los días de mi sacerdocio siempre me impresionaba muchísimo. Es la falta de caridad entre los mismos curas, especialmente entre los monjes y más todavía entre las monjas. En cuanto a los primeros puedo decir que mi educación en varios colegios me ha dado oportunidad para conocer a fondo la vida que llevan, y puedo asegurar que la nota sobresaliente en la vida de los monjes es la falta de caridad. Intrigas y enemistades por todos lados, hasta en las cosas más insignificantes de la vida, y en las más importantes para la religión.

Y esto se llama ser monje, un padre, un servidor de Dios, un representante de Cristo. Es cierto que la vida común trae muchos peligros en este sentido. Pero ¿Por qué entonces una vida común, si esta vida destruye la caridad?. Y ¿Por qué poner en lugar de la caridad el celibato como la cosa más importante e inventar “tradiciones” para destruir los mandamientos de Dios? (Mat. 15, 6). Y que los rencores no son ajenos al “alto” clero, se ha comprobado en diversas oportunidades también en la Argentina, si mal no recuerdo.

Mucho peor todavía está el asunto de la caridad en los conventos de las monjas. Gracias a Dios que nunca he aconsejado a ninguna mujer que se haga monja, a pesar de que muchas pidieron mi consejo. La falta completa de caridad en esos infiernos de odios y picardías, no me animó. Tengo cartas que son una prueba viva de mis manifestaciones. Me limito a transcribir aquí las palabras de una joven hermana de Buenos aires, que me dirigió pocos días antes de su muerte su confesión: “Padre, me dijo, yo soy de una familia verdaderamente piadosa. En casa todos éramos un solo corazón y una sola alma. Entré en el convento para servir enteramente a Dios. Pero si hubiese sabido cuanto odio y cuanta maldad hay en un convento, se lo juro, Padre, delante de Dios, quien pronto me llamará: ¡jamás habría entrado en uno de ellos!”.

Relato estas palabras de la hermana, porque son efectivamente un cuadro fiel de lo que he observado en casi todos los conventos de monjas que he conocido.

Estoy convencido que gran parte de mis lectores pueden completar mi exposición y comprobarla a la vez con un sinnúmero de testimonios.

El resumen de este capítulo es bastante triste, triste en primer término para los teólogos. Efectivamente ¿Puede haber mayor acusación que la de haber destruido la ley fundamental de la religión de Cristo que ellos mismos pretendían representar? ¿No han destruido así la misma religión de Cristo que es la caridad, de tal manera que ya no existe en el mundo cristiano?. Pues estos "representantes de Cristo" no han hecho nada más durante casi dos mil años que robar al mundo la religión de Cristo, en vez de propagarla. Han desacreditado la religión por su conducta tan anticristiana, y una vez destruida la base de la religión de Cristo, ésta perdió todo su valor y la degeneración entró por todos lados, como veremos en el capítulo siguiente.

Pero mucho más triste todavía es el resumen de este capítulo para la religión cristiana. Como ya he dicho: la base y misma la naturaleza de la religión de Cristo es la ley de la caridad. Esta ley no se ha cumplido. Los pueblos cristianos en su totalidad carecen del sello de la caridad. La historia lo comprueba en cada una de sus páginas. Las luchas religiosas, la guerra entre los pueblos cristianos, y las luchas sociales, no dejan ya ligar a ninguna duda: La religión de Cristo ha fracasado. Y lo repito: por culpa de los teólogos. ¿Qué tiene de particular, pues, si la religión de Cristo ha perdido hoy día todo interés? ¿Es de extrañar que la gran mayoría de los pueblos cristianos, dándose cuenta de este fracaso, no solamente sean indiferentes sino que estén descontentos y busquen otra solución a la crisis moral? ¿Y los pueblos paganos?. Reproduzco tan sólo las palabras de Rabindranath Tagore, que publicó el 27 de diciembre de 1,925, en "La Nación" (Buenos Aires), parte de cuyo texto reza así:

"Por una ironía del destino, los que se llaman a sí mismos discípulos de Cristo han sido los que más han pecado, creando divisiones de raza y levantando entre unos pueblos y otros murallas de exclusión y vanidad. Han cultivado deliberadamente el espíritu de desdén y de odio en presencia de todos aquellos a quienes consideran diferentes. En verdad han hecho uso de la misma religión del amor, con toda su grandeza, para abandonarse en los excesos de su orgullo sectario que les cierra la vía del amor hacia los que tienen religión distinta de la suya".

"No hay castigo suficientemente severo para los que insultan a sabiendas su propio ideal. Si nunca hubiesen tenido un ideal ni hubiesen vivido según sus postulados, habría sido menos repugnante adoptar una norma inferior de vida en busca de su propio engrandecimiento. Pero reconocer la verdad y traicionarla

es el pecado más abominable que podamos imaginar. Una traición como ésta no tiene excusa. Por su causa nos parece como si el mundo cristiano viviese bajo la amenaza de una calamidad que puede ser el principio de su destrucción, a causa del enorme peso de la falsedad y de traición a la verdad que ha estado cargando con orgullo y como en son de desafío. Ha aceptado la ley de la materia para obtener el dominio por medio de la fuerza, pero rechaza la responsabilidad del espíritu para lograr la perfección de la vida".

CAPÍTULO SEGUNDO
LA TRANSFORMACIÓN DE LA RELIGIÓN EN SIMBOLISMO

"Yo no os conozco". (Mat. 7, 23).

No cabe la menor duda de que el Señor era un enemigo declarado de toda forma de simbolismo en la religión. Una de las razones principales de su enemistad con los Fariseos, Saduceos y Legisperitos, era el simbolismo en que estos teólogos habían transformado la religión del Viejo Testamento.

Efectivamente, los teólogos judíos habían inventado un sinnúmero de símbolos y ejercicios de piedad, de oraciones, lavados, vigilias, ayunos y otras tradiciones sumamente ridículas, haciendo creer a los fieles que en el cumplimiento de estos preceptos está la salvación y la justificación delante de Dios. Hasta permitían violar los mismos mandamientos del Señor para poder cumplir con los preceptos humanos. Así, por ejemplo, podía un hijo quitar a sus padres el sustento, si lo entregaba al templo (Marc. 7, 9; Mat. 15, 5).

Cuántas veces rechazó y reprochó Cristo este simbolismo diciendo que ni los lavados ni las oraciones y ayunos públicos justificaban al hombre. Ni él mismo observó aquellas "tradiciones" (Luc. 11, 37; 6, 8; 13, 14 y 14, 5), ni dejó observarlas por los apóstoles (Mat. 15, 2). En varias oportunidades aseguró que la violación de las tradiciones, digamos lo referente al ayuno, no sería pecado (Mat. 15, 12 – 17) y muchísimas veces condenó a los Fariseos, Saduceos y Legisperitos, porque con aquellas tradiciones habían degenerado la religión, imponiendo por una parte una carga insoportable a los fieles (Mat. 23, 4), y por otra haciendo buscar la salvación en el cumplimiento de estas tradiciones, en lugar de cumplir con los mandamientos de Dios.(Mat. 15, 5; 23, 1 – 36; Luc. 11, 38). Y el efecto de aquella transformación de la religión lo formuló Jesús en su juicio sobre la religiosidad de aquel tiempo, tan lleno de teólogos y prácticas piadosas, aplicando las pocas pero

muy exactas palabras del profeta Isaías: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está muy lejos de mí”. (Mat. 15, 8). Cristo rechazó, pues, aquella religiosidad de tradiciones, porque era superficial y pesada a la vez. Por eso las anuló todas, imponiendo en su doctrina, como acabamos de ver en el capítulo anterior, tan sólo el mandamiento de amor a Dios y al prójimo: “Haciendo esto serás salvado”. (Luc. 10, 28). ¡Cuán sencillísima es esta religión!. Con razón dijo Jesús: “Venid a mí todos cuantos estéis cargados y agobiados (por las tradiciones) y os aliviaré. Imponeos mi yugo y haceos mis alumnos, porque yo soy un maestro suave y humilde de corazón, y encontraréis tranquilidad para vuestras almas, porque mi yugo es dulce y mi carga suave” (Mat. 11, 30). Se ve, pues, que el Señor quiso una religión y una religiosidad verdadera e interna que no tenía nada que ver con aquella infinidad de símbolos y ejercicios religiosos, los que por un lado representan una carga insoportable, y por otro, según el juicio del mismo señor, no tiene ningún valor para la salvación, más bien son un peligro muy grande, porque destruyen la religiosidad interna, haciéndola externa.

Y ahora ¿Qué han hecho los teólogos?. Por falta de concepto de la religión de Cristo, y a pesar de todo lo que dice la Sagrada Escritura , hicieron revivir aquellas tradiciones. Claro es que no son exactamente las mismas tradiciones judaicas; son más finas, bautizadas para llamarlas así, pero también mucho más peligrosas y condenables.

En primer término inventaron una infinidad de tradiciones en todas las secciones de la teología: en la Moral, en la Dogmática, en la Liturgia, en la Exégesis. En la Moral crearon innumerables obligaciones que no se encuentran de ninguna manera en los preceptos de Dios, pero si pertenecen a los rechazados por Cristo. En la Dogmática establecieron una verdadera retahila de “verdades teológicas”, “verdades católicas”, “verdades teológicamente ciertas”, etc., etc., que representan un insulto a la sencilla religión de Cristo, y, sin embargo, hay que creerlas sin ninguna excepción. En la Liturgia crearon una inmejorable copia de todos aquellos lavados, símbolos y preceptos ridículos que el Señor tantas veces reprochó. Y en la Exégesis llegaron hasta explicar cada frase de la Biblia de siete distintas maneras, como lo hizo el famoso Santo Tomás de Aquino. Los peor es que los teólogos del Nuevo Testamento obligaron a los fieles a observar las nuevas “tradiciones” estrictamente y en la mayoría de los casos bajo pecado mortal, de manera que crearon varias decenas de millares

(no exagero de ninguna manera) de pecados mortales, de los cuales, según los teólogos, cada uno basta para condenar al hombre que lo cometa al infierno. Y esto no es una broma, sino que los teólogos lo predican en cada púlpito y amenazan a todos los fieles con el infierno eterno a quien una sola vez viole aquellas tradiciones. Y como el infierno, según los mismos teólogos, es lo más terrible que hay, los fieles, que toman la cosa en serio –y de éstos hay todavía muchos millones- se consumen en evitar aquellos "pecados mortales". Lo sé por las confesiones que aquel esfuerzo para evitar los "pecados graves", por una parte, y la imposibilidad de evitarlos por otra, es la causa de los más terribles sufrimientos de almas santas conscientes y que la religión, para innumerables fieles, ya no es un yugo suave, un anuncio jubiloso, sino una carga insoportable, un verdadero infierno, y esto durante toda la vida. Luego esas confesiones generales, esos martirios indescriptibles para acordarse de todos los "pecados mortales", estas dudas sobre li la confesión era exacta, si había que confesar también esto y aquello, si el confesor había entendido bien lo que uno fue a decir. Yo conozco varias personas que se han vuelto locas a causa de estas dudas insoportables. Muchos se confesaron todos los días, otros hicieron casi todas las semanas una confesión general, repitiendo cada vez todos los pecados de varios años o de toda la vida., Y no se crea que se trata acá de excepciones. Quien, como yo, ha tenido la oportunidad de oír confesiones en las distintas partes del mundo, sabe mejor que nadie que se trata de una verdadera enfermedad de la mayoría de los fieles conscientes, que tienen de por sí la mejor voluntad, pero que se mortifican por aquellas doctrinas teológicas.

Y mientras tanto los teólogos, en lugar de aliviar a lo pobre su "felicidad" de pertenecer a la "Iglesia verdadera", la agravan todavía más con su doctrina sobre el destino eterno de los hombres. Sería largo explicar la horrenda teoría "científica" de los teólogos, según la cual Dios prevé y determina el destino de cada hombre, el cual es inalterable, haga el hombre lo que quiera; o explicar la teoría diabólica de la gracia suficiente. El producto de tal doctrina lo tenemos en los sermones de los curas y especialmente, de los misioneros sobre la escasez del número de los escogidos al Cielo. Mientras que San Pablo no se cansa de asegurar que todos los cristianos son escogidos y naturalmente destinados al Cielo (1. Tes. 3, 13; 4, 15; 2. Tes. 1, 7; Col. 1, 4; Cor. 1, 2 – 8; Rom. 8, 17 – 18), exceptuando tan sólo los criminales de profesión y los que no cumplen con la ley de la caridad, los

teólogos no se cansan de asustar a los fieles, asegurando todo lo contrario: que la salvación es una cosa sumamente difícil, que se precisa un dote especial de Dios, el gran don de la perseverancia, para no ser condenado, que uno nunca tiene seguridad de si se salvará o no, que con toda seguridad la gran mayoría de cristianos perderán la eterna beatitud (Massillon). ¿Puede haber una doctrina más anticristiana?. Y así los teólogos ponen al revés toda la enseñanza bíblica y apostólica. Pero no solamente esto, sino que ponen en ridículo toda la obra de redención de Cristo, que con tal doctrina pierde totalmente su valor y eficacia y por otra parte desanima los ánimos de los fieles.

¡Y por fin aquellas maldiciones contra los pecadores, pronunciadas tan repetidas veces y en todas las formas desde los púlpitos de las iglesias!. Cuán distinta era la conducta del Señor, quien no solamente inventó sus mejores y más conmovedoras parábolas a favor de los pecadores, sino que se dedicó enteramente a su búsqueda, conversando y comiendo con ellos y prometiendo a pecadores y a mujeres de la vida, la entrada al reino del Cielo antes que a los fariseos (Mat. 21, 31). Efectivamente, sacando el resumen de todo esto, los teólogos no tienen nada de común ni con la conducta, ni con la doctrina del Señor, a quien pretenden representar, porque han convertido el yugo suave del Señor en una carga insoportable. Su “anuncio jubiloso” es un anuncio lleno de horrores, y la religión de Cristo, el “Reino del Cielo”, es un verdadero infierno, tal como lo presentan.

Hasta ahora quise demostrar que los teólogos, por sus “tradiciones”, han puesto una carga tremenda en el alma de los fieles, con obligaciones injustificadas y complicaciones repugnantes; ahora voy a comprobar cómo los mismos teólogos, inventando sus propias tradiciones, destruyeron los medios de salvación dados por Cristo, poniendo en su lugar un sinnúmero de medios enteramente ineficaces. También aquí se manifestaron dignos hijos de sus padres, el Viejo Testamento. Empecemos por la destrucción de los medios de salvación de Cristo. Tenemos aquí en primer término el bautismo. El bautismo original significaba la conversión entera del judío o pagano a Dios y la expresión de su voluntad de agregarse a la religión de Cristo. Por eso el bautismo fue dispensado tan sólo a hombres adultos y después de una larga preparación y enseñanza en la doctrina cristiana. Y este acto tan altamente impresionante, los teólogos lo convirtieron en un simbolismo extremadamente insignificante, inventando el bautismo de bebés que se realiza sin perdón de pecados, sin conversión a

Dios, sin declaración solemne de agregarse a la Iglesia. –Otro ejemplo es la confesión. Cuando en los tiempos de los apóstoles un cristiano había cometido un crimen muy grande como aquel corintio incestuoso (1. Cor. 5, 1 —11), entonces era separado de la participación al culto divino y recién cuando había manifestado su arrepentimiento, le era perdonado el pecado (2. Cor. 2, 10). Era, pues, un acto sumamente solemne y se trataba de una conversión verdadera. Los teólogos, en cambio, tratando a los fieles como pecadores públicos y criminales, e inventando la locura de la confesión mensual, semanal y hasta diaria, convirtieron esa confesión en una verdadera máquina de absoluciones, con el efecto de que en la confesión de hoy ya no hay ni conversión, ni corrección, y en la mayoría de los casos ni siquiera un verdadero arrepentimiento, o a lo sumo un arrepentimiento artificial. –Pasemos a la Cena del Señor, que él ha instituido para dar a los fieles su cuerpo y sangre. Hoy tenemos en lugar de aquella Cena, la misa. No hay duda que los teólogos dan mucha importancia a la mis y decir que la cultivan tanto, porque la misa significa, además de la representación de la cena del Señor, el ingreso económico principal de los curas, es verdad y a la vez mentira. Que la misa es el recurso esencial de ellos, es verdad; pero también es la representación de la Cena del Señor, es mentira. En el capítulo sobre la misa he demostrado la entera descomposición de la Cena del Señor en el sacrificio de la misa, y que ésta es sólo un simbolismo, cuyo valor religioso es nulo.

Cuantas veces he oído decir que la misa, especialmente la misa solemne, es un verdadero teatro con todos los requisitos de la escena y que los frailes parecen ser unos bailarines religiosos porque han aprendido durante mucho tiempo y por muchos ejercicios antes de la ordenación, cada movimiento de la mano, de la cabeza, de los pies y de todo el cuerpo, exactamente como lo aprenden los bailarines. Y así es todo el culto de la Iglesia Romana, que ha adoptado todas las reglas teatrales, hasta las de vestirse de Obispo en todas las “funciones de gala” con la mayor solemnidad y delante de todo el pueblo con sus trajes de personajes de escena.

Pero los teólogos no se contentaron con hacer ineficaces y ridículos los más sagrados medios de salvación del Señor, sino que inventaron, correspondiendo a la multitud de los “pecados mortales”, un sinnúmero de remedios para nuestra salvación tan ridículos, que tengo vergüenza de ocuparme mayormente de ellos. Basta recordar el solo nombre de aquellos ejercicios “religiosos”,

como ser Indulgencias, Cofradías, Escapularios, Novenas, etc., etc. Y además, tendría que decir algo sobre el inmenso tráfico hecho con las reliquias y su compra y venta. Tendría que ilustrar aquellas "piadosas" procesiones a los santuarios y los ingresos de éstos; tendría que agregar algo sobre el espléndido negocio que se hace en el mundo entero con objetos religiosos y, en especial manera, cómo los conventos saben explotar así la credulidad de los fieles.

Toso esto sería una inmensa prueba de la superficialidad religiosa de la Iglesia Romana, sería una sola acusación contra la degeneración de la religión de Cristo. Causada sistemáticamente por los teólogos. Si el pueblo cristiano se diese cuenta del engaño religioso que están haciendo los teólogos desde hace siglos, abusando de la ingenuidad de los fieles y aprovechando la inclinación de la humanidad hacia la fe cristiana, el día del Juicio Final habría llegado para aquellos falsificadores de la religión de Cristo. Pero es muy difícil hacer comprender a la gente que en realidad se trata ni más ni menos que de un engaño religioso; que hay que sacudir el yugo de los teólogos, y que ha llegado el tiempo de despertar de la ignorancia y terminar con este estado de cosas.

Sacando el resumen de este capítulo, ¿Qué engaño más grande puede haber que el que acabamos de describir? ¿Qué pena puede ser suficiente para castigar la adulteración y degeneración de la religión de Cristo? ¿No será sobre los teólogos que caerán las palabras de Cristo?: "Muchos me dirán en aquel día del Juicio Final: ¡Señor, Señor!. ¿No hemos expulsado a los demonios en tu nombre y efectuado muchos milagros?. Y entonces les contestaré: yo no os conozco". (Mat. 7, 22).

CAPÍTULO TERCERO
LA AVARICIA DE LA IGLESIA

"Les prohibió llevar algo consigo, ni una bolsa ni pan, ni dinero en el cinturón. Sandalias podían llevar, pero no tener dos sacos". (Marc. 6, 7).

La vida del Señor ha sido un ejemplo de la mayor pobreza intencionada. Según la Sagrada Escritura había venido del Cielo, estando en su poder elegir las circunstancias del ambiente que había de rodearle. Pero no ha nacido en una casa riquísima, y no de padres de fortuna, sino que nación en circunstancias que nadie podrá envidiarle. Y así, pobre como era, transcurrió su vida sin fortuna alguna. La oferta del diablo, que quiso entregarle todas las riquezas del mundo, fue por él rechazada (Luc. 4, 7). Hubiese sido facilísimo para él conseguir todo cuanto hubiese querido en virtud de su gran poder y de los milagros que efectuó, pero no quiso hacerlo. Todo lo contrario, vivió sin saber dónde poner su cabeza: "Los zorros tienen sus cuevas y los pájaros sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde poner su cabeza". (Luc. 9, 58). Durante todo el tiempo de su enseñanza pública vivió de limosnas, sin aceptar ninguna clase de regalos de valor, ni a favor propio, ni a favor de su religión.

La misma pobreza exigió de sus apóstoles. Su palabra: "No podéis servir a Dios y al Mammón" (dinero, Mat. 6, 24), era dirigida en primer término a ellos. Cuando mandó a sus apóstoles por primera vez a predicar solos el Evangelio en los pueblos que iva a visitar, les dijo: "No llevéis ni oro, ni plata, ni metal alguno en vuestros cinturones, tampoco una maleta, ni dos trajes ni cestos, ni calzado, ni bastón. Cuando os quedéis en una casa, comed y bebed lo que os den, porque el obrero merece su sueldo. Curad a los enfermos, despertad a los muertos, sanad a los leprosos y expulsad a los demonios. Gratis habéis recibido tal poder, gratis ejercitadlo" (Mat. 10, 7; Luc. 10, 7).

La misma pobreza se encuentra en la Iglesia apostólica, como lo atestigua, por ejemplo el apóstol San Pablo (1. Cor. 9, 6; Phil. 4, 10). Los apóstoles vivieron de la limosna de los fieles, pero cuidándose de recibir más de lo que necesitaban para su vida diaria. San Pablo en varias oportunidades se jacta de no haber recibido ningún dinero, ganándose él mismo la vida con el trabajo de sus manos. "Día y noche nosotros (Pablo, Silvano y Timoteo) hemos trabajado, para no dar molestia a ninguno de vosotros". (1. Tes. 2, 9). "Cuando yo estaba con vosotros y sufrí carencia, no he molestado a nadie. Me he cuidado de molestar a vosotros". (2.

Cor. 11, 9). “Unicamente cuando predico gratis el evangelio tengo derecho a mérito”. (1. Cor. 9, 17). Bajo ningún concepto los apóstoles reunieron plata o tesoros, porque el Señor con la mayor claridad lo había prohibido: “No amontonéis tesoro en este mundo, donde la polilla y la herrumbre los destruyen y donde los ladrones pueden robarlo. Amontonad más bien tesoros en el Cielo donde ni la polilla ni la herrumbre los destruyen, ni los ladrones los roban”. (Mat. 6, 19).

Ahora bien, los representantes de Cristo y los sucesores de los apóstoles que debieron seguir la vida de aquellos y dar al mundo entero el mismo ejemplo de pobreza y de todos los sufrimientos que la acompañan, parecen tener una idea muy distinta sobre este asunto. También ellos pretenden ser pobres, pero esta falsedad es tanto más reprochable; cuanto más quieren esconder su riqueza y cuanto más está demostrada la doble contabilidad que ejercen estos “pobres”. Pues ¿Cuál es la verdad de las cosas?. Nadie puede negar que la Iglesia Romana ha reunido tantos tesoros como ninguna otra institución religiosa o profana del mundo. Ten sólo las riquezas del Vaticano, sus alhajas, su oro, plata y objetos de valor bastarían para cubrir todas las deudas de la guerra mundial, con lo que demuestran a las claras un espíritu absolutamente contrario a los mandamientos del Señor y de los apóstoles. ¿Dónde está, pues, aquel famoso desprecio del mundo, del que tanto desprecio hacen?. Palabras para enceguecer a los fieles. Hay que leer la historia para darse cuenta de cuantas riquezas se han tragado estos representantes de Cristo y sucesores de los apóstoles. Hay que ver el lujo en que viven todavía: los trajes preciosos de los obispos y del Papa, las entradas inauditas y bien aseguradas de cada uno de ellos, los coches, automóviles, los latifundios, los depósitos en los bancos, las acciones y hasta las viñas y las minas de carbón que tienen. ¿No es eso un verdadero insulto a la pobreza del Señor y a los apóstoles? ¿Y los monjes y las monjas, , que se han obligado por un voto especial a la pobreza?. Hágase mostrar las listas de donaciones “piadosas” de terrenos, casas, viñas, etc., que poseen, y se verá que son unos verdaderos coleccionistas, especialmente de aquellos tesoros que el Señor ha prohibido a los suyos. Si se duda, bastaría recurrir a los Reverendos Padres Jesuitas, o Dominicos, o Franciscanos, ofreciéndoles la pequeña suma de diez millones (o bien puede ser algo más) de pesos oro, por no haber que hacer con ella. Se verá entonces como estos hijos de la santa pobreza “rechazan” tal regalito. Y todos estos padres se han

obligado delante de Dios y con la mayor solemnidad posible a la pobreza eterna. Opino que un pobre sin sufrir la pobreza, es un farsante: pero lo es doblemente cuando todos los días come bien, viste bien, duerme bien, no sintiendo nunca las crisis, pase más en automóvil que en tranvía y encima de todo ha hecho el voto de pobreza. Cuán ridículo es obligarse a ello, asegurándose antes de nada, una buena existencia e ignorar lo que significa la lucha diaria para ganarse el sustento. Es cierto que los monjes nunca se preguntan: "Qué comeremos y qué beberemos y con qué nos vestiremos mañana". (Mat. 6, 31); pero es debido a que ellos ya tienen todo para mañana y hasta para toda la vida y no porque no lo tengan. Se ve, pues, con qué malicia saben cumplir el mandato del Señor. Todo es la misma farsa, la misma apariencia que hemos notado ya en el capítulo anterior.

Dicen los monjes y curas que sus tesoros se emplean "únicamente" para la Iglesia y en honor de Dios. Esto no es cierto por varias razones. Primero, esto de "únicamente" es una falsedad. Toda la historia universal, desde hace quince siglos hasta hoy, comprueba a las claras el lujo personal de los Papas y de los obispos. En efecto, la vida de aquellos señores ha sido siempre y es todavía una vida regia, que no conoce la miseria. Segundo, no hay que negar que una parte de las riquezas de la Iglesia se emplean a favor de la misma, pero no como agregan los curas: en honor de Dios. Cristo ha rechazado para sí como para los apóstoles y su Iglesia toda clase de riquezas. La conducta de los Papas, obispos, monjes y curas está por lo tanto en abierta contradicción con la voluntad del Señor. Si ellos quieren convertir al mundo, que no lo traten de hacer con oro y plata, porque el mundo no se convierte así. Háganlo de la misma manera que lo hizo el Señor y sus apóstoles, llevando la misma vida y pasando por la misma pobreza que ellos, pero no acumulando tesoros hasta hundirse en brillantes y vestirse a cada rato y para cada oficio divino en oro, plata y vestidos preciosísimos. Hagan los curas y monjes lo que hizo un San Francisco de Asís, a quien alaban tanto, y verán que hasta la fecha no han sido ni representantes de Cristo ni sucesores de apóstoles. ¿No es vergonzoso ver en qué forma los curas se acercan a damas piadosas, especialmente viudas, para estimularlas a que hagan un legado para la Iglesia o que le regalen sus bienes?. Como dijo el Señor: "¡Guay de vosotros los legisperitos y fariseos, hipócritas!. Os tragáis las casas de las viudas por decir oraciones largas. Por eso también tendréis un juicio muy severo". (Mat. 23, 14).

Efectivamente, la resolución del Señor de obligar a sus apóstoles y a la Iglesia a una pobreza verdadera estaba bien pensada. Se fundaba, en primer lugar, en que él conocía los peligros gravísimos de la riqueza, que siempre trae consigo una infinidad de abusos, los cuales de por sí conducen a la degeneración de la religión. Uno de estos peligros es la vida cómoda de los representantes de Cristo, que es un escándalo increíble. Otro peligro es la explotación de la gente sin juicio, que he insinuado solamente. El tercer peligro es el negocio mundial que se ha hecho con la religión de Cristo. No me refiero aquí a los grandes abusos que se cometieron con las indulgencias, con la venta de reliquias, objetos religiosos, con el óbolo de San Pedro, etc. No hay necesidad de correr tan lejos. Vallase a la próxima Iglesia y hágase mostrar el arancel que hay en todas las sacristías y se tendrá la ilustración perfecta de la palabra de Cristo: "gratis recibisteis, gratis dad". Este arancel le dirá con toda exactitud, cuánto el señor cura cobra por cualquier función religiosa, y le dirá además, que si alguien es un pobre diablo y no puede pagar, entonces no podrá exigir una misa solemne con unas cuantas velas, con estos y aquellos adornos, con tres y más curas en el altar y con orquesta, etc. Le dirá este arancel que una misa a las diez de la mañana cuesta mucho más que una celebración a las siete. Además le dirá el arancel que toda función religiosa, por insignificante que sea, se vende por dinero en fiel cumplimiento de las palabras de Cristo: Gratis recibisteis, gratis dad. Pero lo que el arancel no le dirá y que únicamente sabe el señor cura, es lo que sólo indica un arancel, por ejemplo cuánto pagan las damas más distinguidas en los ocho días del patrocinio de la Iglesia, cuando se hacen madrinas de las misas solemnes, teniendo por eso el "alto honor" de sentarse durante aquellas misas en una silla especial del coro. El nombre de cada madrina se puede leer en el tablero delante de la Iglesia.

Y ahora dígase, ¿No es todo eso un evangelio de los ricos en lugar del de los pobres? ¿No ha dicho el Señor; "Dios me mandó a predicar a los pobres?" (Luc. 4, 18). ¿No tienen vergüenza los curas y monjas de seguir esta explotación religiosa?.

Otro ejemplo de semejante especulación representa la estafa piadosa del año santo. Sin duda, el año santo de 1,933 o de 1,925 no es más santo que cualquier otro año. Antes se celebraba el año santo en Roma sólo al comienzo de cada nuevo siglo, pero los Papas, luego de haber experimentado que esta celebración representaba un negocio enorme y que, por otra parte, los siglos eran demasiado largos, resolvieron proclamar la celebración cada

cincuenta años y más tarde cada 25 años; invitando a toda la cristianidad a ir a Roma para ganarse algunas indulgencias. Claro está que a Roma va casi únicamente gente rica, gente que, impresionada por el aspecto del representante de Cristo y del inmenso espectáculo que se le ofrece con el sinnúmero de cardenales, obispos, curas, envueltos todos en seda, oro y plata, celebrando las fiestas religiosas, fácilmente abre no sólo los corazones, sino también sus bolsillos, tan cerrados en otros momentos. Además, cada peregrinación se esfuerza en llevar un regalo regio, como corresponde al representante de Cristo. Así, por ejemplo, el día 8 de noviembre de 1,925 publicaron los diarios que un obispo español, que acompañaba a sus fieles a Roma, entregó al Papa un sobre con 150 billetes de mil libras esterlinas cada uno. Un yanqui regaló al Papa la pequeñez de 15 millones de dólares para que no muriera de hambre. ¡Buen provecho!. Yo quisiera saber el balance del Vaticano al fin del año "santo". Y esto se llama imitar y representar la pobreza de Cristo.

Tal vez me dirá alguien que gran parte de dinero se emplea en la beneficencia. Ya lo sé; los diarios lo publican comunicándolo a todo el mundo, pues los Fariseos anunciaron sus obras de beneficencia por intermedio de trompetas que les precedían. Así el Santo Padre alarma al mundo entero por intermedio de la prensa, cumpliendo las palabras de Cristo: "Si haces el bien, tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha". (Mat. 6, 3). Sin embargo, puede ser que estas obras "Buenas", las cuales ya han perdido su valor delante de Dios (Mat. 6, 1), produzcan una buena impresión en las almas piadosas, pero diez veces mayor sería el escándalo que se produciría si se publicasen todas las entradas, no sólo del Vaticano en el año santo, sino de todas las iglesias y conventos católicos, y si el mundo llegara a saber el verdadero monto de la riqueza de la Iglesia Católica.

Y ahora dígase si esta acumulación de riquezas se haya conforme con los preceptos de Cristo. ¿No daría el Santo Padre una prueba verdadera de su representación de Cristo si renunciase a todo el lujo de que está rodeado, y a todo el aparato tan superfluo de tantos estadistas, cardenales, obispos, secretarios, sirvientes, guardias y otros hambrientos, volviendo con todos sus clérigos a la sencillez apostólica, no recolectando ni brillantes, ni oro, ni plata, y empezando de nuevo allí donde terminaron Cristo y sus apóstoles: predicando pobres, a los pobres del evangelio?.

Si en cambio el mismo Santo Padre y sus obispos siguen acumulando tesoros, ¿quién entonces cumplirá con la voluntad de Cristo?.

Una última observación al respecto: ¿no saben los curas por qué la clase obrera es tan enemiga de la Iglesia?. Es porque ve las riquezas de esta Iglesia y el lujo en que vive el alto clero. Es porque se da cuenta que tal Iglesia no sirve para ellos. Es porque ve que esta Iglesia es más bien una Iglesia de los ricos. Es porque reflexiona que una Iglesia que se ha vinculado tanto con la gente rica, no puede defender los intereses de los pobres; defenderá más bien los intereses de los pudientes en contra de los suyos. Si la Iglesia quiere probar lo contrario, “que venda todo lo que tiene y lo dé a los pobres” (Luc. 18, 22), y éstos volverán a tener fe otra vez, de lo contrario, no.

CAPÍTULO CUARTO
LA SOBERBIA FARISAICA EN LA IGLESIA

En este capítulo, el lector verá otra fase del abandono de los principios de Cristo por parte de los teólogos.

Quienquiera que haya leído la Sagrada Escritura del Nuevo Testamento, por más que tenga ideas contrarias a las de Cristo, se admira de su extrema sencillez. A pesar de su dignidad y de sus poderes extraordinarios, no se hizo celebrar como el Mesías prometido, no buscaba el favor de la muchedumbre y ni siquiera permitía difundir el conocimiento de los milagros que efectuó (Mat. 9, 30; 12, 16).

Tampoco se hizo rodear de guardias de honor y de secretarios, etc., y no eligió sus apóstoles entre la gente de bien, sino entre gente sencillísima, casi sin ninguna clase de educación. Tenía un verdadero afán por todo lo que era humilde; conversó preferentemente con gente que era despreciada por todo el mundo: "los pecadores de pública notoriedad" (Mat. 9, 10): y aunque tan santo se mostró un verdadero protector de mujeres perdidas (Luc. 7, 36 – 50). Se humilló hasta lavar los pies de los apóstoles, servicio que en aquel tiempo prestaban tan sólo los esclavos (Juan 13, 5). Para un cristiano no se encuentra en la historia del mundo un personaje más grande y a la vez más humilde que Cristo. Empezó en un establo y terminó en la cruz.

Pero la misma humildad y sencillez la exigió de sus apóstoles. La cosa no era tal fácil. A cada rato se peleaban sobre quien de ellos sería el primero en el reino que, según la opinión de ellos, Cristo iba a fundar. Y cada vez que ello sucedía, el Señor les contestaba: "Aquel de vosotros que quiera ser el más grande, debe ser el más humilde; y quien quiera ser el primero, debe ser el servidor de todos". (Mat. 20, 27; Luc. 22, 25). Una vez tomó a un niño y poniéndolo en medio de los apóstoles, les dijo: "Si no llegaréis a ser como este niño, no podréis entrar en el reino de los Cielos". (Mat. 18, 2). Y no les prometió a sus apóstoles una vida cómoda, sino persecuciones y sufrimientos y hasta la muerte por él: "Antes de nada os perseguirán a vosotros. A algunos de vosotros matarán y de todos seréis aborrecidos". (Luc. 21, 12 – 17; Mat. 24, 9; Juan 16, 2). "Pues el alumno no es mayor que el maestro". (Mat. 10, 24). Delante de todo el pueblo, dijo a sus apóstoles: cuidaos de la conducta de los Fariseos, quienes quieren lucir trajes preciosos, ser saludados en las plazas públicas, ocupar los primeros asientos en los templos y en los banquetes". (Luc. 20, 46). "Con preferencia se dejan llamar: ¡Maestro, Maestro!. Pero

vosotros no os dejéis llamar maestro, porque uno solo es vuestro maestro y vosotros todos sois iguales. Tampoco llaméis a nadie: ¡Padre! Porque uno solo es vuestro Padre, el que está en el Cielo". (Mat. 23, 7). "Si habéis hecho todo lo que debíais hacer, decid: somos siervos inútiles". (Luc. 17, 10).

Conforme a las palabras de Cristo, la vida de los apóstoles fue realmente una verdadera cadena de sufrimientos. Hay que leer en las cartas de San Pablo las inmensas penas y contrariedades que sufrieron tanto él como los demás apóstoles: "A cada momento nos mostramos verdaderos servidores de Dios, por toda clase de sufrimientos, de tristezas, por necesidades, por carencias, al sufrir suplicios y encarcelaciones, al soportar agitaciones y penas, al padecer hambres y vigilias". (2. Cor. 6, 4). Y este mismo apóstol no se cansa en asegurar: que él es el más indigno de los apóstoles (1. Cor. 15, 8 – 9; 1. Tim. 1, 13). No quiere que los corintios le den la preferencia a él, a Apolonio u otro apóstol, sino que del único de quien se jacten, sea Cristo: "¿Qué es Apolonio y qué es Pablo?. Tan sólo servidores son, para traeros a la fe". (1. Cor. 3, 5). "Yo planté y Apolonio regó; pero Dios dio el crecimiento. Pues ni quien planta ni quien riega significan algo, sino Dios que da el crecimiento". (1. Cor. 3, 7). "No predicamos a nosotros, sino a Jesucristo como al Señor". (2. Cor 4, 5).

A este concepto que tenían los apóstoles de sí mismos, corresponde su íntima relación con los cristianos. No se apartaron de ellos, no se segregaron en conventos y palacios, guardados por centinelas, sino que vivieron realmente con ellos, compartiendo los sufrimientos y necesidades de la vida, y tal vez soportando mucho más incomodidades y persecuciones, para dar a todos el ejemplo de una vida abnegada en Cristo. Este era su afán y su único orgullo.

Y ahora, compárese con esta vida de Cristo y de sus apóstoles, la vida de los representantes de Cristo y sucesores de los apóstoles. ¿No es como la vida de aquel rico en la Biblia y del pobre Lázaro? ¿Qué saben los Papas de las necesidades de la vida?. Hay que ver las comidas abundantes y el vino bueno que consumen todos los días. Hay que ver los palacios en que viven y la rica instalación que tienen. Hay que ver los tronos que se hacen construir hasta en las iglesias y toda la pompa en que se envuelven. Hay que ver cómo se dejan besar las manos y aun los pies y llevarse la cola de diez metros de su traje oficial. Hay que ver todo el ceremonial bizantino con que se rodean estos señores dentro y fuera de la iglesia. ¿Coincide todo esto acaso con la conducta y las

intenciones de Cristo y de sus apóstoles? ¿No es esto exactamente la repetición de lo que hicieron los Fariseos, y una repetición de mucho mayor tamaño?. Ni un príncipe, ni los mismos reyes y emperadores se hacen rendir tantos honores como los representantes de Cristo y sucesores de los apóstoles desde quince siglos a esta parte.

Se comprende todo esto. Es muy humano; pero no digan esto señores que son los representantes de Cristo; la sucesión de los apóstoles no se prueba con el título o por intermedio de genealogías (1. Tim. 1, 4), diciendo como los judíos dijeron: "Nosotros tenemos a Abraham como padre", sino que se prueba por la vida y por el espíritu. Si ni siquiera Cristo y los apóstoles dejaron honrarse, cuanto menos deberían hacerlo sus representantes y sucesores. Si aquellos rechazaron los homenajes, cuanto más deberían rechazarlo éstos.

Pero el fondo, la raíz de este mal se encuentra en el cambio completo que se ha producido respecto a la idea y al oficio del clero. Ni Cristo ni los apóstoles jamás han pensado formar un sacerdocio. Esto no es difícil de comprobar. Cristo eligió a sus apóstoles con el propósito de que ellos predicasen el Evangelio, y nada más. Esta intención la expresa muchísimas veces (Mat. 28, 19; Marc. 16, 15) y se encuentra en numerosísimas palabras de la Sagrada Escritura. Los mismos apóstoles n tienen otra idea de su cargo sino la de predicar el Evangelio. San Pablo ni siquiera se ocupa del bautismo: "Cristo no me mandó a bautizar, sino a predicar". (1. Cor. 1, 17). En su carta a los hebreos, él comprueba largamente que el único sacerdote es Cristo, y el único sacrificio es el de Cristo, quien se sacrificó en la cruz; y dice que otro ya no existe (Hebr. 10, 26; 9, 26). "Nuestro sacrificio se parece a aquél que los judíos tenían, y en el cual no podían comer lo sacrificado (sacrificio de alabanza)... Por intermedio de éste ofrezcamos a Dios una ofrenda, es decir, la grata alabanza de su nombre por nuestros labios" (Hebr. 13, 10 – 15). Luego el único sacrificio que, según San Pablo, los cristianos pueden ofrecer, es alabar a Dios.

De los demás apóstoles tampoco se sabe otra cosa sino que predicaban el Evangelio. Ni siquiera querían ocuparse de la distribución diaria del pan a los pobres, para no perder tiempo de predicar el Evangelio; por eso nombraron diáconos para el desempeño de aquella buena obra (Actos 6, 2). Es cierto que los apóstoles celebraban también la Cena del Señor. Pero esta tenía la forma de una verdadera cena. No había ningún altar y ninguna separación entre los apóstoles que la celebraban y los fieles. Más

bien todos estaban sentados en la misma mesa, celebrando la cena solamente en homenaje a la muerte de Cristo. Todo esto no tenía ningún carácter de sacrificio.

Además ninguna clase de sacerdote había en tiempos de los apóstoles. Ninguna vez se emplea la palabra sacerdote en las Sagradas Escrituras del Nuevo Testamento.

Tan sólo dicen una vez, que muchos sacerdotes judíos se convirtieron a la religión de Cristo (Actos 6, 7). Tampoco los apóstoles nombraron sacerdotes para sucederlos, sino tan sólo obispos, presbíteros y diáconos. La palabra obispo significa jefe; y la palabra presbítero, anciano; porque el consejo de los presbíteros estaba formado por los más dignos y más ancianos de la parroquia. La función del obispo era, en primer término, predicar el Evangelio y dar buen ejemplo a todos. Así lo dice San Pablo y no habla de ninguna función sacerdotal.

También el servicio religioso se desarrollaba en una forma muy diferente, pues todos los cristianos tomaban parte activa en ella. Unos hacían milagros, otros revelaban los pensamientos de los presentes (adivinos); otros podían explicar de una manera maravillosa la Sagrada Escritura (profetas); otros enseñaban con gran éxito la doctrina de Cristo (evangelistas); otros sabían hablar en idiomas extranjeros, y otros podían interpretar lo que decían ellos (1. Cor. 12, 4 – 24; 14, 3 – 24; Efes. 4, 11; Rom. 12, 6). Todos los cristianos tenían el derecho de predicar a su manera en las funciones religiosas, que solamente eran presididas por el obispo para conservar el buen orden (1. Cor. 14, 26). Por eso San Pedro dice a los cristianos en su primera carta: “Sois un sacerdocio regio, una gente santificada” (1. Pedro 2, 9).

¡Cuán distinto es estos hoy en día!. El clérigo ya no es, en primer término, predicador, sino sacerdote, documentando así a las claras el cambio completo que se ha producido. La función religiosa más importante ya no es la predicación del Evangelio, sino el sacrificio de la misa, que ni siquiera por su nombre era conocida en los tiempos de los apóstoles. ¡Cuán importante es este sacrificio de la misa!. Uno solo vale más que todo el mundo, porque es numéricamente el mismo sacrificio que Cristo ofreció en la cruz. El único que puede ofrecerlo es el señor cura. Ni un rey, ni los mismos ángeles, ni la madre de Dios, tiene tanto poder como el señor cura. ¡Ah, este mundo perverso no sabe lo que puede un cura!.

Estas son en realidad, y sin ninguna exageración, las ideas con que los libros de devoción, en toda forma y con mil variaciones,

alimentan y fomentan día por día la vanidad religiosa del sacerdote. Y muchos curas, que no saben hacer más que decir misas e interesarse por su cotización (durante la desvalorización de la moneda había en Europa un tráfico enorme con las misas de los países cuya moneda era más favorablemente cotizada), se creen verdaderos héroes por sólo decir misa.

Tal vez el lector comprende ahora porque los curas se hacen honrar tanto. Este honor no es personal, como dicen, sino que el pueblo católico lo rinde al inefable, al sublime cargo del sacerdocio. ¡Cómo se engañan estos pobres a ellos mismos!. Por un lado rechazan el honor y por el otro se hacen honrar hasta quemar incienso a ellos mismos en la iglesia, delante de todo el pueblo!.

¿Qué diría el Señor, qué dirían los apóstoles, al ver a estos dioses en sus tronos, echándose incienso a ellos mismos? ¿Qué dirían al ver este cambio completo en la idea y en el oficio de un predicador del Evangelio, cuya mayoría apenas, si, sabe predicar? ¿Qué dirían al ver a todos aquellos que, bajo el pretexto de ser representantes de Cristo y sucesores de los apóstoles, se hacen construir palacios regios y pasan la gran vida haciéndose honrar más que los mismos reyes y príncipes? ¿Qué diría el Señor?. Tan sólo tres palabritas, que están escritas en Mateo 7, 23: “¡No os conozco!”.

La vanidad religiosa de los clérigos representa una verdadera locura, y como la locura no conoce límites, la vanidad de los teólogos tampoco la conoce. Han llegado hasta adjudicarse el monopolio de la entrada al Cielo y hasta declararse, solemnemente, infalibles. Nadie puede llegar al Cielo, sino por intermedio de la Iglesia Católica; esta es la primera ley de la locura teológica, y la segunda ley es: tanto el Papa, como los obispos unidos con él, son infalibles en todo asunto religioso.

Estas dos leyes, aunque no estén ni en la Sagrada Escritura ni en la tradición apostólica, son mucho más importantes que la misma ley de la caridad, que la Escritura predica en cada página, y la que insultan, porque esas dos leyes son el mayor desafío para las demás confesiones cristianas. Para ellas ya no queda más nada.

De ahí se desprende el inmenso desprecio con que el clero católico trata a las demás confesiones, y en especial a sus predicadores. En el año santo 1,925, los jefes de las confesiones protestantes pidieron al Papa que, a favor de los intereses comunes de toda la cristiandad, enviase un representante a la conferencia internacional cristiana, próxima a celebrarse. Hasta hicieron una visita personal al Papa, quien les recibió con mucha cortesía, pero les hizo

contestar que lamentaba mucho no poder complacer sus deseos. He aquí la razón: ¿Cómo puede un Papa, el representante de Cristo, presenciar una reunión de heréticos?. ¡Sapienti sat!.
No es de esperar que hombres obsesionados de su importancia religiosa reconozcan su error y sanen de una enfermedad tan larga y tan grave. ¡Que se queden, pues, como son: los Fariseos, Saduceos y Legisperitos del Nuevo Testamento.

CAPÍTULO QUINTO
EL AFAN DE LA IGLESIA PARA EL PODER MUNDIAL

Como la vida del Señor, en ejemplos y palabras es un menosprecio de la riqueza y de la gloria mundial, así también es una renegación de cualquier poder mundial.
Ya he dicho en que forma la Sagrada Escritura pone de relieve su extrema humillación al nacer en un establo, de padres tan pobres; y la manera terminante con que rechazó el mando de todos los imperios del mundo que le ofreció el diablo (Mat. 4, 8), ya no permite dudar que de ningún modo quiso la intervención de los poderes mundiales para la propagación de su religión.
Según lo que refiere la Sagrada Escritura sobre la persona de Jesús, habría sido facilísimo para él, valerse de cualquier poder mundial, y hasta de los mismos ángeles, para obligar al mundo entero a creer en él. “¿No te parece que si pidiera a mi Padre no me mandaría más de doce legiones de ángeles?”. (Mat. 26, 53).
En efecto, los mismos teólogos deben confesar que el Señor rechazó por completo hasta las relaciones amistosas con los poderes mundiales y sus representantes. Al rey Herodes lo llamó “zorro” y le hizo avisar que se quedaría en el territorio de él tanto como le diese la gana (Luc. 13, 31). Llevado por sus enemigos ante Pilatos, no hizo nada para salvar su vida, y cuando Pilatos le mandó a Herodes y éste le recibió con toda su corte, Jesús no efectuó ningún milagro, como lo había esperado el rey; ni siquiera contestó a las muchas preguntas de este inmoral (Luc. 23, 8).
Los apóstoles, a pesar de tener los mismos poderes que el Señor (Mar. 16, 17), siguieron sin embargo la conducta de Jesús, y no predicaron el Evangelio en las cortes, sino que lo anunciaron a los pobres y humildes, porque, como dice San Pablo: “Dios rechazó la sabiduría y potencia humana eligiendo lo que es débil y tonto delante del mundo” (1. Cor. 1, 27; 3, 19). En efecto, el rechazo de los poderes humanos por parte del Señor y de los apóstoles, encierra una profunda razón, cuya verdad se ha probado en toda la historia de la Iglesia, pues la unión de la Iglesia con el poder o con

los gobernantes, contra la voluntad de Cristo, ha sido otro desastre para la religión de Jesús y otro factor para la degeneración que estamos describiendo. Los epígonos de Cristo y de los apóstoles no llegaban a comprender los grandes peligros de la vinculación de la Iglesia con los gobernantes; más bien tenían tal vinculación por una ventaja, confundiendo los intereses personales con los de la religión.

En efecto, una sencilla consideración demuestra a las claras que cualquier vinculación de la Iglesia con un gobierno incluye infinitamente más peligros que ventajas para la religión. Por lo pronto se sabe que la vida en las cortes, especialmente en los siglos pasados, era casi siempre cualquier otra cosa, menos religiosa. ¿No debería en casos semejantes la Iglesia observar la conducta de San Juan Bautista, quien reprochó duramente al rey Herodes por su vida inmoral?. Pero ¿Cómo puede la Iglesia hacer lo mismo en casos análogos si está vinculada y ligada por la amistad? ¿Va a arriesgar su amistad?. La historia lo niega con muy escasas excepciones. Hace pocos años el Papa nombró a un hombre, cuya moralidad y cuya fe, según los teólogos eran todo, menos cristianas, para desempeñar una solemne función religiosa en presencia de unos seis obispos y de una inmensa muchedumbre, titulándole por escrito, públicamente leído: “Querido hijo”. Aquel hombre, según el concepto teológico, un pecador de pública notoriedad, era presidente de una república. Esto lo explica todo. En cambio cuando un padre de numerosa familia no sabe acatar las exigencias de su confesor, los frailes le prohiben los sacramentos y hasta lo echan fuera de la Iglesia. ¿Qué diría tal padre al darse cuenta de semejante parcialidad? ¿No maldecirá con razón aquella Iglesia? Además, la influencia grande de los gobernantes puede resultar sumamente perniciosa, cuando gobiernos menos religiosos quieren gobernar de la misma manera en la Iglesia, como gobiernos religiosos nombrando e invistiendo obispos y hasta Papas. Este capítulo es sin duda uno de los más tristes en la historia de la Iglesia (salvo las luchas teológicas); y los perjuicios que se han producido de esta manera son tan innumerables y grandes, que todos los favores de gobiernos buenos, representan una verdadera nada en comparación con aquellos perjuicios. Mes es imposible dibujar en pocas líneas el cuadro tristísimo de aquella infinidad de “obispos” cuya vida particular es un insulto a la religión. En la Edad Media casi todos los obispos eran hijos de príncipes, muy aficionados a la caza y a la guerra, y sabían magistralmente reunir varios obispados en sus

manos para aumentar sus bienes y rentas. En muchas cortes los obispos fueron nombrados por las damas, y lo que la religión puede esperar de semejante nombramiento, ya se supone. La lucha para la ocupación del trono Papal no era menor. Había hasta tres Papas al mismo tiempo. Durante siglos los Médici, poderosa familia italiana, se apoderaron del derecho de ocupar el trono Papal. En otros tiempos los emperadores de Alemania y otros príncipes nombraron a los Papas. De esta manera fue nombrado un "Papa" de trece años. ¡Qué milagro el de la vida de la gran mayoría de los obispos y Papas de todos aquellos tiempos! ¡Era de por sí un escándalo público y un verdadero desastre para la religión!. La historia demuestra con testimonios irrefutables, cómo los intereses de la Iglesia y de la religión fueron en aquel entonces vendidos en concordatos y por derechos usuales. ¡No es de asombrar que como protesta en contra de aquel derrumbe de la religión surgiera el protestantismo, separando más de la mitad de todos los fieles de la Iglesia, y dividiendo toda la cristiandad en partidos que se combatían hasta masacrarse!.

El más curioso producto de aquel afán al poder es sin duda "el Estado de la Iglesia". ¡El Papa rey mundial!. Qué contraste con las palabras de Cristo: "Mi reino no es de este mundo" (Juan 18, 36). Durante más de 15 siglos los Papas tenían un verdadero Estado con su diplomacia, con sus impuestos y leyes; declararon la guerra hasta participar ellos mismos en las batallas, como lo hizo un Julio II, hasta derramar sangre, para salvar el Estado de la Iglesia contra Garibaldi. Y no se crea que la corte de los Papas representaba una corte sin lujo; los Papas no solamente supieron llevar el título de reyes, sino que también "se portaron" como tales. Lo que la historia imparcial nos relata sobre la conducta de estos "reyes", difícilmente se encontrará en la historia de alguna corte. No tengo necesidad de describir aquí la perversidad de un Alejandro VI, o describir la vida lujosísima de los Papas de la casa Médici o de otros Papas, especialmente en los tiempos del Renacimiento, para que mis lectores se den cuenta de los excesos y de la vida espléndida de estos representantes de Cristo. Estoy seguro que hoy todavía, si Cristo visitara el Vaticano, haría lo mismo que hizo con los vendedores en el templo (Luc. 19, 45). Lo más curioso es, por una parte, cómo los Papas podían y pueden combinar semejante vida con las intensiones, las palabras y el ejemplo de Cristo, y, por otra parte, cómo el mundo entero hasta hoy día presencia con los ojos vendados y sin protestar el inmenso teatro que los Papas saben representar con una maestría infalible.

Todavía los Papas siguen siendo reyes y no quieren renunciar por nada a su soberanía. ¡Cuán enojados se habían puesto por la pérdida del Estado de la Iglesia!. Cuando ya no podían defender dicho Estado con cañones, lanzaron sus anatemas contra Garibaldi y todos sus guerreros, inclusive a la familia real. Además, los Papas en señal de protesta se encerraron en el Vaticano, anatematizando a cada católico que aprobara la obra de Garibaldi, condenándolo al infierno, echándolo fuera de la Iglesia. La familia real de Italia también estaba anatematizada; pero como no se trataba de unos pobres diablos se le concedió un cura permanente para decirle la misa y proporcionarle todo cuanto necesitaba para su vida religiosa. ¡Qué "imparcialidad"!.

Mussolini los conocía bien. Con dos mil millones de liras calmó todo el enojo del Papa, quien de repente se dio cuenta que la obra de Garibaldi no era tan mala como parecía, y hasta la consintió y la selló. Todo por dos mil millones de liras.

Y ahora el Papa se contenta con su soberanía aparente, y su diplomacia aparente, y su ejército aparente, y su corte aparente, porque ya está acostumbrado a funciones teatrales. Tanto más está actualmente empeñado en tener buenas relaciones con todos los Estados del mundo, que si puede procura tener representantes o nuncios de la Santa Sede en todos los países, para aumentar la gloria de la Iglesia y satisfacer su vanidad y afán de poder.

El otro inconveniente que resulta de la relación estrecha de la Iglesia con el gobierno de un país, proviene de los cambios políticos. La tendencia republicana en países monárquicos y las tendencias monárquicas en países republicanos, como también el cambio de los partidos políticos en el gobierno de un país republicano, no admiten esta estrecha vinculación de la Iglesia que siempre está del lado del gobierno actual del país provocando así el descontento de los partidos opositores que aspiran al gobierno. Y no es muy difícil ver, como por ejemplo sucedió en Alemania, donde, poco tiempo antes de la caída del emperador, los obispos le expresaron la incondicional adhesión de ellos y de todos los católicos, pero después de la revolución han sido ellos mismos los que en primer término defendieron la nueva forma republicana. Como se ve, saben estar siempre del lado que más calienta el Sol.

Cuántas veces se oye en círculos de obreros los más graves cargos contra la Iglesia por su abierta relación con los supuestos enemigos de los obreros, cuando justamente esta misma Iglesia debería defender en primer término los intereses de la clase obrera. ¿Por qué provocar situaciones que hacen tanto perjuicio a

la religión?. La independencia y la imparcialidad son indispensables para una Iglesia que quiera brindar una religión para todos. Pero en la Iglesia Católica no hay ni imparcialidad, ni independencia, pues la degeneración religiosa, desde hace siglos, la relacionó con los reyes, emperadores y potentados, cuya sombra le ha gustado tanto por la utilidad que la misma le ha brindado siempre.

Y ahora el lector tome nota de todo cuanto se ha dicho sobre la vida lujosa de los representantes de Cristo y sucesores de los apóstoles, sobre sus vinculaciones con los que están en el poder, y todas las consecuencias tan tristes para la religión de Cristo que han emanado de esa conducta, y entonces me diga si estos hombres son los verdaderos preconizadores de la religión de Cristo. Lo peor es que el Vaticano hoy todavía sigue defendiendo aquellos principios, sosteniendo su manera de representar la religión de Cristo por una conducta y doctrinas que son diametralmente opuestas a las enseñanzas de la Sagrada Escritura.

Mientras esto no desaparezca, y hasta que no haya un cambio completo en todas las cosas que hemos reprochado, será imposible reconocer la representación de Cristo y la sucesión de los apóstoles, al Papa y sus obispos.

CAPÍTULO SEXTO
LA EDUCACIÓN DEL CLERO PARA EL CELIBATO

La elección de los apóstoles por el Señor fue, sin duda, un acto de la mayor importancia. Los apóstoles debían ser el fundamento de la Iglesia que Cristo iba a formar; eran los futuros jefes de todos los fieles; ellos debían llevar y difundir la religión de Cristo por todo el mundo. Tenían que ser, pues, hombres de mucha confianza y de ciertas cualidades. Sin embargo, el Señor no eligió a hombres bien preparados por largos estudios, sino a unos pobres pescadores que no tenían ni educación, ni erudición, sino tan sólo buena voluntad. Y con estos hombres tan sencillos el Señor hizo verdaderos milagros, de manera que hoy el mundo cristiano siente por lo menos un gran respeto por el Señor y sus apóstoles; y varios centenares de millones de hombres están empeñados en verificar las doctrinas de ellos en la vida práctica.

Los apóstoles, al elegir a sus sucesores, siguieron la manera del Señor, escogiéndoles tan sólo entre hombres de vida práctica y de probada conducta. Por eso en los tiempos de los apóstoles fueron elegidos como obispos de cada parroquia hombres casados, que

habían probado su dignidad con el ejemplo de su vida. Eran sencillamente jefes de la colectividad cristiana, que tenían en primer término que explicar la Sagrada Escritura y dirigir el desarrollo de las funciones religiosas de los cristianos. Pero lo principal en ellos era el buen ejemplo que debían dar. Por eso escribe San Pablo a Timoteo: "Por cierto, si alguien quiere ser obispo, desea un alto cargo. Por eso un obispo debe ser irreprochable, casado con una sola mujer, debe ser sobrio, prudente, hospitalario y preparado. No sea bebedor o pendenciero, sino que se conforme sin disputas. Tampoco sea avaro. Además debe ser buen jefe de su casa, educando a sus hijos en la humildad y en la honestidad, porque quien no sabe dirigir su casa ¿cómo sabrá dirigir la comuna de Dios?" (Tim. 3, 2; Tit. 1, 7). ¡Qué principios más sanos y razonables!. San Pablo no dice nada de educación en colegios, de estudios en las universidades, aunque él mismo era bastante erudito. No exige el celibato, más bien quiere que el obispo sea casado. Y no habla del sacerdocio u obispado como de una gran ministerio, o de un sublime Sacramento; no conoce poderes divinos que posea el obispo; para él, todo el oficio del obispo consiste antes que nada en dar buen ejemplo, y cualquier persona que cumpla con este deber puede ser obispo.

Pero si el lector se permitiera decir: restablezcamos esta costumbre de los apóstoles y elijamos hombres casados para obispos, que se distingan por su buen ejemplo de padres de familia y de vida cristiana; y si dijera: renovemos, pues, el orden apostólico y dejemos de lado a los sacerdotes y nombremos tan sólo obispos, presbíteros y diáconos con la misma norma con que los apóstoles los nombraron; entonces ya se vería como la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana condenaría estas ideas por ser sumamente diabólicas, y el lector debería dar gracias al Cielo por no haber nacido en la Edad Media, porque lo condenarían sin duda a ser quemado vivo por herético. ¡Recuérdese a Huss y a sus compañeros!.

Realmente han cambiado muchísimo las cosas, y el cristianismo de los apóstoles ya no basta para nuestros tiempos, y menos todavía la preparación que ellos exigían para ser obispos, porque éstos llevan hoy día una cola de color escarlata de varios metros de largo que sin duda faltaba a los obispos nombrados por los apóstoles, y tampoco se les daba incienso, y no tenían tronos en la Iglesia. Estaban todavía muy atrasados en comparación con los ilustrísimos señores obispos de hoy. Sin embargo, hay que creer

que los reverendísimos señores obispos de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana son mucho más apostólicos, que, por ejemplo, los obispos, presbíteros y diáconos protestantes, que son nombrados exactamente así como en los tiempos de los apóstoles, y que tampoco llevan cola y no se hacen quemar incienso, etc. ¡Que Dios ayude mi incredulidad!.

Pero, hablando en serio, ¡cuán distinto es lo que vemos hoy respecto a este asunto! Ya no se nombran los más dignos de la parroquia para ser obispos y presbíteros, sino que a los teólogos les pareció mejor abandonar el sistema de los apóstoles y crear una clase especial de hombres con el derecho exclusivo al sacerdocio. Por eso separan a los candidatos, si es posible, desde la primera juventud, del mundo "perverso", educándolos en conventos los destinan al celibato, y después de una educación sumamente unilateral, imponen a estas plantas de invernáculo para que dirijan las parroquias de las iglesias.

Para poner más de relieve la condenabilidad de esos principios de educación, considere el lector lo siguiente: es claro que ningún niño de doce o trece años puede saber si él tiene o no la "vocación" al sacerdocio, y menos todavía al celibato. El afán de un joven entusiasmado no basta por sí solo. Ahora bien, lisonjeados de tener un día un hijo cura, los padres lo mandan a un colegio, donde pronto se le pone un vestido de cura. Todos los días se les habla del gran don de la "vocación" al sacerdocio y del peligro de perderlo: "Dios os ha elegido, no entre millares sino entre millares de millones"; esto es lo que el cura les repite hasta que los jóvenes mismos lo creen. Con cierto menosprecio se mira a los que abandonan el colegio; porque han "perdido" el gran don de la vocación, seguramente por su propia culpa. En el colegio donde yo fui educado, todos tuvimos que prometer cada año, solemnemente y por escrito, que nos dedicaríamos al sacerdocio, y esto desde los trece años.

Naturalmente, que los jóvenes que además viven en extrema dependencia, por no decir esclavitud, bajo el reglamento del colegio y el mando de sus superiores, difícilmente consiguen la libertad necesaria para retirarse a tiempo. No quieren aparecer "indignos" de la vocación ni menospreciados por los profesores y condiscípulos. Además se lo impide el gran desencanto de los padres, que entonces se ven defraudados en su mayor esperanza de la vida: tener un hijo sacerdote. En muchísimos casos retiene también al joven la imposibilidad de seguir otros estudios, sea que los padres enojados les niegan los recursos, sea porque el estudio

de los colegios religiosos, especialmente en Europa, es muy diferente al de los colegios nacionales, y entonces el abandono del colegio religioso significaría para el alumno lo mismo que echarse a la calle. Así, por mi propia experiencia, (habían más o menos 500 alumnos en el colegio donde yo estuve), puedo afirmar que esta última razón, para muchos de mis compañeros, era un gran obstáculo para dedicarse a otra profesión, pues no estaban preparados para ello, y no sabían afrontar la lucha por la vida.

Por fin, hay que tener en cuenta que la grandeza majestuosa de la Iglesia Católica hace una impresión muy grande sobre la juventud llena de idealismo, y que el sacerdocio es el sueño más soberbio de un joven educado en un ambiente enteramente católico. Por eso el candidato al sacerdocio no se da cuenta de la importancia de su resolución, y no puede hacerlo, porque toda la educación se lo impide. Y cuando a un candidato le vienen dudas respecto a su vocación, si es un joven bueno, talentoso, tal vez la esperanza de sus profesores, entonces los superiores hacen lo imposible para que no abandone el colegio, hablándole de tentaciones del diablo que pronto pasarán, etc.

Y ahora la parte más importante de esta educación: la falta completa de conocimiento de la vida laica, por un lado y la imposibilidad de conseguir la verdad científica y religiosa por otro lado. Respecto a esto último, los candidatos al sacerdocio no solamente reciben una enseñanza exclusivamente católica, sino que se les prohibe, bajo pecado mortal, leer cualquier libro en contra de la teología católica. Además, cada duda voluntaria, según la doctrina teológica, es un pecado grave que obliga a confesarse el mismo día, ya que el día siguiente todos comulgan. ¿Cómo, pues, puede un joven consciente y serio menospreciar estas barreras sagradas, y a pesar de tantos obstáculos, formarse un juicio objetivo, por no decir encontrar la verdad?. Al contrario, como todas las dudas son únicamente “tentaciones del diablo”, quien quiere robar el gran don de la vocación, el candidato, en vez de informarse por un estudio detenido, “despeja” las dudas por intermedio de oraciones, ayunos y mortificaciones, “venciendo” de esta manera al diablo, y “convenciéndose” de la verdad exclusiva de la teología católica.

El otro momento es más triste todavía: la falta completa de experiencia en la vida laica. Por lo pronto, es sabido que al alumno le pintan el mundo como el centro de toda clase de perversidades. Este es casi el único conocimiento que los candidatos reciben del mundo. “Y es tan difícil de salvarse, viviendo en el mundo, que

sólo por esta razón hay que dar gracias de rodillas a Dios, que ha separado al candidato de aquel mundo perverso. Las cuatro paredes del convento o del colegio son como los muros del paraíso. ¡Qué desgracia, si un aspirante debe abandonar aquel paraíso!". Y para evitarlo, el candidato rechaza todas las tentaciones y se cuida mucho, especialmente de las mujeres, a las cuales se les pinta como una verdadera invención del diablo para seducir a los hombres. Lo mejor es no mirar a mujer alguna, como lo hizo, por ejemplo, el ideal de los candidatos al sacerdocio: San Luis Gonzaga. Éste, ni siquiera miró a su propia madre, y, habiendo estado tres años en la corte de España, no conocía la cara de la reina. ¡Pobres jóvenes, cuyos ideales son tan desviados!. [1]

En general, los candidatos al sacerdocio toman las cosas muy en serio, particularmente en la mayoría de los países europeos, perdiendo de esta manera el equilibrio espiritual necesario, y el sano juicio, y dedicándose a un idealismo que no tiene nada que

---

[1] Compárense los siguientes tres puntos de vista sobre la mujer: Tácito, el famoso escritor romano, dijo hace 2,000 años de los antiguos germanos paganos: "Los germanos creen que en las mujeres hay algo santo" y alaba el gran respeto que les tenían.

El Breviario Romano que rezan los curas católicos, todos los días recalca como una gran virtud que San Luis de Gonzaga para impedir tentaciones contra la pureza "evitó cuidadosamente mirar a su propia madre". ¡Qué degeneración!.

San Anselmo obispo, de Canterbury dijo respecto a la mujer: "La mujer es un dulce mal. Anda como una levadura diabólica para corromper al hombre. No existe nada más perjudicial que la mujer. El diablo no echa a perder más hombres por ninguna cosa sino por la mujer. De mil maneras nos ataca la mujer; corromper a muchos le es una gran ganancia. La mujer enciende todos los fuegos de la pasión. Si pudieran mirar en su alma, verías cuanta inmundicia está cubierta por su piel blanca... Oh pastores retened lejos estas lobas de vuestros rebaños. La mujer es la muerte del alma".

¡Y pensar que son justamente las mujeres las que forman la vanguardia de esta religión que tanto las desprecia!. Tal vez se dejan engañar por el hecho de que la Iglesia Católica ha declarado "santas" a muchas mujeres. Pero hay que tomar en cuenta que la mujer sólo empieza a cobrar interés para la Iglesia, o cuando sea una viuda con mucho dinero y viste santos, o cuando, histerizada por el fanatismo religioso, lleve una vida enteramente anormal. Naturalmente, hago aquí caso omiso del interés personal que puede existir entre un cura y una joven. Del resto se enseña, muy especialmente a los aspirantes al sacerdocio, el desprecio de la mujer en toda forma.

ver con la vida dura y la realidad amarga de este mundo. Claro está que un joven, educado años y años en tal ambiente, y según aquellas doctrinas, finalmente se decide al sacerdocio: el gran sueño de su vida y el premio de todos sus esfuerzos, la recompensa de todas las tentaciones y demás sufrimientos. Con una fuerza mágica se le atrae tanto más, cuanto más se acerca el día de su consagración, el que está rodeado por un inmenso júbilo tanto del sacerdote como de sus padres, hermanos y amigos. Y todo esto no le hace tomar en cuenta ni el juego que está haciendo con toda su vida, ni la decisión terminante que toma en estos momentos, dedicándose al celibato perpetuo en circunstancias que son bien calculadas y representan una maldad verdaderamente diabólica.

Efectivamente, el celibato es la característica sobresaliente del sacerdocio católico, y la educación del candidato para él, constituye el gran problema en la preparación del clero, como constituye también el gran pecado de esa misma educación, por varias razones.

La primera es porque esta educación quita al candidato por completo el conocimiento del factor más importante de la vida de cada individuo: el amor. Más aún, esta educación hace al candidato decidirse al celibato bajo la influencia de doctrinas que deben considerarse perversas por el desprecio con que se le habla siempre de la mujer, del amor y del matrimonio. Y lo que es más grave todavía, se obliga al estudiante al celibato en una edad en que todavía no puede saber si él podrá soportar este cargo durante toda la vida, o si le pasará un día lo que pasó y pasa a tantos y tantos sacerdotes, en una u otra forma. Entonces caen en la pérdida de su reputación y de su posición social, tal vez por una hora feliz y desgraciada a la vez, tal vez por una inteligencia que les ha llegado tarde; pero siempre, porque una educación de principios absolutamente condenables, les ha preparado tal destino.

Y todavía tal cura, desgraciado, a quien la Iglesia, tan poco parecida al Señor echa fuera y a quien tanto los fieles como los cofrades persiguen con su desprecio, es mucho mejor que centenares de ellos que aparentemente conservan el celibato, mientras que en su interior están llenos de infinidad de deseos perversos y de verdadera corrupción, pero que ponen la cara de santos y llegan a ser hasta obispos y papas. He oído vuestras

confesiones y sé de qué están llenos vuestros corazones. Ninguno de vosotros tiene derecho a levantar la mano y tirar con piedras [1].
Creo que ya he demostrado bastante que la educación del clero es una obra realmente condenable y perversa a la vez. Sería muy necesario que el mundo civilizado entero se ocupe del asunto y suprima una institución que, de por sí, contradice a los más sagrados principios de la educación, y ocasiona tantas desgracias. No exagero de ninguna manera. Al contrario, lo se por experiencia. Y si me fuera posible lanzaría un grito que se oyera de uno a otro ámbito del mundo, un grito dirigido a los padres que tienen un hijo en un seminario para hacerlo cura: ¡Sacad a vuestro hijo de las garras de esa educación desgraciada, antes de que sea tarde!. Es vuestro más sagrado deber, el más indispensable y el más urgente de todos.
Y ahora quisiera dirigirme a los mismos teólogos. ¿No saben los teólogos que la gran mayoría de la gente se da perfecta cuenta de la educación anormal que reciben los aspirantes al sacerdocio, y que por esta razón se le considera al sacerdote como a un hombre que ha perdido por lo menos en algo el sano criterio? ¿No saben los teólogos que toda la gente, hasta los mismos católicos, conocen unas cuantas cosas respecto al celibato, que con razón han conducido a la convicción general de que el celibato no se observa, provocando así un menosprecio no abierto, sino silencioso, pero bastante fuerte? ¿Y no saben los teólogos que tanto la educación del clero en general, como la educación al celibato en especial, están en absoluta contradicción con las leyes de Dios y la tradición apostólica, y que por eso el celibato no tiene ningún valor religioso delante de Dios; que muy al contrario, el

---

[1] De los sacerdotes cuya vida íntima he conocido, un cuarenta por ciento eran onanistas (nombre que los teólogos por una mala interpretación de la Sagrada Escritura, atribuyeron al vicio de la masturbación), un treinta por ciento tenían constantes relaciones ilícitas con mujeres, y un veinte por ciento se entregaba a ambos vicios. Del restante diez por ciento, los unos conservaban a duras penas la castidad, consumiéndose en luchas terribles (como un San Alfonso de Liguori quien, octogenario, padecía de las más intensas tentaciones sexuales); los otros, sea por su natural frialdad, o por su edad avanzada, carecían de tales tentaciones, luciendo así una virtud sin méritos.

Fuera de todo esto hay cosas mucho peores todavía, que suceden constantemente, pero que la todopoderosa Iglesia Católica sabe ocultar a la publicidad. Sólo cuando un sacerdote se vuelve apóstata, la Iglesia procura desacreditarlo, atribuyendo su "caída" a sus vicios. Pero en tal caso la Iglesia acúsase en realidad a sí misma, no sólo porque tal sacerdote es el producto de su educación religiosa y célibe, sino porque la mayoría de sus ex – cofrades no son nada mejor.

desprecio con que todo el mundo, salvo algunas mujercitas histerizadas, les condena está bien merecido?.

Esta última pregunta, y la gran importancia que los teólogos atribuyen al celibato, me da la oportunidad de considerar el celibato desde el punto de vista de la Sagrada Escritura que, según los mismos curas, representa también sobre el asunto en cuestión la verdadera expresión de la idea de la voluntad de Dios.

Desde un principio, puede decirse que la Biblia no dice ninguna palabra en contra del matrimonio. Sería burlarse de la misma obra de Dios. Pues matrimonio no es una cosa que humilla al hombre, como hacen creer los curas, porque lo tenemos en la vida común de los animales. Beber y comer es también cosa común en los animales, y dicen que hay muchos curas que no desprecian de ninguna manera una comida bien preparada o una bebida, aunque sea por desgracia alcohólica. Además, no hay ninguna relación especial entre la pureza y el celibato. Una mujer casada y un hombre casado pueden tener la misma pureza que el célibe más perfecto. El matrimonio no es sino el cumplimiento fiel del desarrollo natural de los sexos y, por lo tanto, designar a los miembros respectivos “partes inhonestas”, como los llaman los curas, es un absurdo.

Examinando ahora la Sagrada Escritura del Viejo Testamento, podemos aseverar que éste considera al celibato como una verdadera desgracia. Cuando Jefte, uno de los jueces de Israel había ganado una batalla, hizo el voto de que, para agradecer a Dios, sacrificaría lo primero que le saliera al encuentro al ir a su casa. Desgraciadamente, lo fue su hija, y el padre decidió sacrificarla por la espada. La hija, al saberlo, lloraba con amargo dolor, pero no porque debía morir, sino porque debía fallecer siendo todavía virgen, sin haber tenido la dicha de ser madre y de dejar hijos, el único anhelo de la mujer bíblica. Había una ley en Israel, que en el caso que un hombre muriese, antes de tener hijos, el hermano del finado, casado o no, debía casarse con la viuda (matrimonio del Levitario), para que el muerto no quedase sin hijos. Cuántas veces asegura el Viejo Testamento que la mayor felicidad del hombre es una numerosa familia y en efecto, el orgullo de los judíos era tener hijos y ver hijos y nietos, y demás descendientes hasta la cuarta generación. Para los reyes, estos favoritos de Dios, la Sagrada Escritura establece una moral especial con el principio fundamental de que cuanto más mujeres tanto mejor. Ya hemos tratado este asunto ampliamente y hemos visto que la Sagrada

Escritura del Viejo Testamento favorecía hasta la poligamia, considerándose tanto el celibato como la esterilidad una desgracia. Respecto al Nuevo Testamento, los teólogos quieren presentar como prueba a favor del celibato el nacimiento de Jesús de una virgen, pero se equivocan como de costumbre. Según las mismas palabras del ángel Gabriel, el nacimiento de Jesús de la virgen tenía tan sólo por objeto mostrar al mundo que Jesús no era hijo de un hombre, sino hijo de Dios. "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Todopoderoso obrará en ti. Por eso el niño santo que de ti nacerá, con razón será llamado "Hijo de Dios" (Luc. 1, 35). Por lo tanto, la virginidad de María en el parto de Jesús no contiene ninguna recomendación del celibato. Pero los teólogos señalan ahora el celibato del Señor como una prueba en su favor. Sin embargo, no constituye este celibato ninguna prueba. La opinión de Cristo al respecto se encuentra en Mateo (19, 11). Allí dice: "Hay hombres que para la propagación del reino del Cielo se hacen ellos mismos eunucos. Quien se anima a hacerlo, hágalo". Estas palabras expresan que para un hombre que se ocupa en predicar el Evangelio, viajando toda su vida, sería mejor no tener familia, y por eso Jesús les aconseja –pero con toda reserva- hacerse eunucos, lo que ni siquiera quiere decir: vivir sin mujer, sino castrarse para no tener familia. Ahora bien, todos los apóstoles, menos San Juan y San Pablo, fueron acompañados en sus viajes apostólicos por mujeres cristianas, como lo atestigua el mismo San Pablo (1. Cor. 9, 5). No se sabe si ellos se hicieron eunucos; pero por lo menos esto de hacerse eunucos no fue estimado como una cosa prohibida, sino que era costumbre (Actos 8, 27). Los teólogos de hoy dicen que castrarse es un pecado mortal, exceptuando sólo de este pecado mortal a los eunucos que necesita el Vaticano para formar el coro de San Pedro. Son unos santos muy raros estos teólogos [1].

---

[1] La doble moral del Vaticano se ha documentado recientemente por un artículo del Osservatore Romano, órgano del Papa, en el cual se condenó duramente la ley de esterilización de criminales en Alemania, calificándola de abominable barbarie. De suerte que esterilizar niños inocentes para que canten al Papa en el coro del Vaticano, como se ha hecho durante varios siglos hasta nuestros tiempos, no es inmoral; pero sí esterilizar a los criminales para que no transmitan sus cualidades perversas a la posteridad. Si fuera por mí, debería extenderse la Ley de esterilización a la totalidad del clero católico para que sean eunucos de verdad y para poner fin a las mil y una conjeturas que el pueblo se hace respecto al celibato del clero católico (vox pópuli, vox Dei).

Hay otra palabra que Jesús dirigió a sus apóstoles. Cuando San Pedro le dijo: “Mira, nosotros hemos abandonado todo y te hemos seguido”, Jesús les contestó: “Os aseguro que nadie abandona su casa, o hermanos o hermanas y padre o madre o mujer o hijos o su propiedad, por mí y el Evangelio, sin que ya en este mundo lo reciba de vuelta todo cien veces: casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y propiedades, a pesar de las persecuciones y la vida eterna en el otro mundo”. (Marc. 10, 29). ¿Siquiera es este el celibato de que los teólogos hablan? ¿Por qué no dicen claramente que el celibato aquí mencionado era a lo sumo un sacrificio pasajero que los apóstoles se impusieron tan sólo por algún tiempo, y también que después de la muerte de Jesús ellos se retiraron a sus casas y sus mujeres a Galilea, como consta por los mismos Evangelios; y, finalmente, que en sus viajes apostólicos llevaron siempre una mujer cristiana consigo?.

De los apóstoles tan sólo San Pablo se ha manifestado sobre el celibato. Ya hemos visto que él aconsejo a los padres de no casar a sus hijas; pero sólo en vista de las angustias que debían preceder la próxima vuelta de Cristo. A las viudas aconsejó primero San Pablo dedicarse al Señor y no casarse otra vez (1. Cor. 7, 40); pero habiéndose convencido que las viudas de entonces, eran alegres, tan alegres como las de hoy día, el apóstol retiró más tarde su consejo, obligándolas a casarse nuevamente (1. Tim. 5, 14). Se ve que el gran apóstol tenía, por lo menos, el coraje de confesar y corregir su falta. Finalmente, asegura San Pablo varias veces que la única razón por la cual él no se casa, es el deseo de dedicarse enteramente a la predicación del Evangelio, y reconoce que no todos pueden ser así como él (1. Cor. 7, 7). En realidad, se comprende el celibato del gran apóstol con su vida tan intranquila y llena de toda clase de sinsabores, contrariedades y persecuciones. A su lado ninguna mujer habría encontrado la felicidad y el matrimonio habría sido una desgracia para ambos. ¿Siquiera los sacerdotes de hoy también rehusan el casamiento a causa de su enorme trabajo en la propaganda del Evangelio?. Si trabajaran tanto el mundo no podría estar convencido de lo contrario, sino que hace ya siglos se habría convertido. Por otro lado, ordena San Pablo a los obispos que se casen para que sean un modelo como padres de familia, y que su buena conducta sea la mejor prueba de aptitud al obispado. ¿Cómo coincide todo esto con las doctrinas y la actitud de los teólogos de hoy? ¿No se ha producido aquí también un cambio enorme en las ideas sobre este asunto; un cambio no en pro sino en contra de la moralidad

cristiana? ¿No sería tiempo de volver a la verdadera tradición apostólica?. Si los sacerdotes cumpliesen por lo menos con la palabra del gran apóstol: “Es mejor casarse que estar ardiente de deseos (1. Cor. 7, 9), en menos de un año el celibato sería una leyenda.

El último refugio de los apóstoles para la defensa del celibato se encuentra en el Apocalipsis 14, 3. Dice allí San Juan que 144,000 siguen el cordero, cantando un himno que nadie puede cantar: “Son los que no se han manchado con mujeres, porque son vírgenes”. Los teólogos no sabiendo que estos 144,000 son los 12,000 judíos de cada una de las doce tribus de Israel, nombrados ya en el capítulo 7, 4 del Apocalipsis; además, no observando que la expresión “no mancharse con mujeres” en el lenguaje de aquel tiempo, significaba no haber cometido adulterio con una mujer casada, no sabiendo finalmente que la expresión “ser virgen” en el Viejo y Nuevo Testamento (Efes. 5, 27) no significa otra cosa, sino haberse preservado de cualquier crimen, especialmente de idolatría, asesinato, robo, hurto, etc., tomaban aquellas palabras del Apocalipsis por el texto clásico de los célibes, y predican todavía que dicho triunfo será el triunfo final de su vida de solteros. ¡Pobres de ellos que van a perder este triunfo, pues no tiene nada que ver con el celibato!. Lo más ridículo, es, que citan dicho texto también para las monjas, cuando la Biblia habla solamente de hombres.

Hemos visto entonces que ni la Sagrada Escritura, ni la tradición apostólica quieren saber nada de tal celibato, producto de una aberración tan triste y a la vez tan inmoral, que habría que derogarla por la Ley a la mayor brevedad posible. Una institución tan desviada, como es la vida célibe, nunca debería cultivarse en masa como lo hace la Iglesia Católica, que además fomenta tan estado de manera realmente abominable, buscando víctimas entre la tierna juventud, llenándolo con ideas e ideales fantásticos, que terminan muchísimas veces en un desenlace trágico.

Sacando el resumen de estas consideraciones, nadie puede negar que el celibato, en la forma como lo presenta la Iglesia Católica, es una institución sumamente despreciable y condenable en todo sentido, porque constituye un verdadero insulto a los principios de la educación, de la libertad individual y de la misma religión y es contrario a las leyes fundamentales de la naturaleza.

CONCLUSIÓN

Estamos al fin de una verdadera tragedia, la tragedia más grande del mundo. Digamos francamente: estamos en el ocaso del cristianismo.
Todo cuanto nos ha traído: Dios, Biblia, Cristo, Iglesia, ha recibido un golpe mortal, al cual, a lo largo, no van a resistir.
Posiblemente, algún lector me dirá que no hay que olvidar que el cristianismo ha traído grandes beneficios a la humanidad por su cultura y civilización.
He aquí uno de los errores más grandes, y desgraciadamente, más divulgados.
El mejor ejemplo de esta "cultura"; que la Iglesia ha producido, es la misma Italia.
En efecto, ¿Cuál ha sido la verdadera causa de la caída del imperio romano, ese imperio que supo vencer a todos sus enemigos sin excepción alguna?. Fue el cristianismo. Pues, desde el primer siglo, el cristianismo empezó a minar a Roma con una doctrina que era completamente contraria a ese espíritu, por el cual había sido fundada y con el que se había hecho grande.
Ya en el siglo tercero, Tertuliano, uno de los más prominentes escritores cristianos, exclama lleno de satisfacción: "Hemos minado vuestra capital y vuestros campos, llenamos vuestras casas, palacios y estancias".
En Roma ya no había más esos hombres fuertes de tiempos pasados; en cambio, estaba llena de cristianos, que pusieron su religión muy por encima de la patria, y cuyo espíritu era la antítesis del espíritu romano. La unidad del imperio estaba rota.
Llegó lo infalible: triunfó el cristianismo y con él el Papa, a cuyo lado el emperador ya no era más que una sombra. Lo sintió el emperador Teodosio, y en 395 dividió el imperio romano en dos partes: el Oriente con la capital Constantinopla, y el Occidente con la capital Milán, y más tarde Rávena, pues en Roma reinó el Papa.
Desde entonces pasó la corte imperial verdadera a Constantinopla. Roma estaba abandonada y sola, y cayó sin resistencia alguna en manos de los pueblos bárbaros que varias veces saquearon la ciudad. Lo único que el Papa León I podía oponer a los invasores era una humilde plegaria. ¡Qué cambio!. Roma, la poderosa Roma, de rodillas ante un enemigo, por culpa del cristianismo.
Esto era el siglo V. Y ahora dígame el lector. ¿Qué es lo que han hecho los Papas con su religión cristiana desde el siglo V hasta el siglo XV para la cultura y civilización de Italia? ¿Dónde está aquella famosa cultura? ¿Acaso han hecho desaparecer en todo este tiempo de mil años, aunque sea tan sólo el analfabetismo? ¿Acaso

han organizado Italia y creado algo parecido a las grandes culturas de la China, India, Egipto, Grecia, Roma?.
Por cierto, han construido iglesias, han obligado a la gente a ir a misa, a rezar y persignarse; han cubierto el país con un sinnúmero de conventos, en los cuales, durante siglos no se hizo más que discutir hasta sobre los asientos y la graduación de los santos del Cielo. Y no han olvidado de buscar dotes, legados, herencias, oro, plata, diamantes, y toda clase de tesoros con que se llenaron hasta ahogarse en ellos; muy especialmente los coleccionó al por mayor el Vaticano para aumentar el brillo de su corte papal y el esplendor de los centenares de obispos, arzobispos y cardenales que llenaban el país.
Pero, ¿Acaso es este el progreso del cual hablan? ¿No quedó mientras tanto el pueblo en la ignorancia y en la miseria? ¿No enseño la iglesia, al mismo tiempo que acumulaba tesoros, a la gente a poner todas sus esperanzas en el Cielo, y despreciar las riquezas de este mundo, a pasarse los días con misas, rezos, rosarios, indulgencias, cofradías, procesiones, etc., y no procedió a colgar a los heréticos?.
En efecto, durante mil años quedó Italia pobre, sin cultura y civilización alguna digna de ser nombrada.
En el siglo XV surgieron el Humanismo y el Renacimiento, pero no debido a la Iglesia, sino al contrario: El impulso salió de las culturas griega y romana, donde los grandes genios de esta época buscaban sus ideales. Es cierto que aplicaron su arte también a las ideas cristianas, pero el carácter de todo este gran movimiento es esencialmente pagano, por no decir anticristiano; y sólo era posible en Italia, porque los Papas de aquel tiempo eran todo, menos cristianos.
Pasó esta gran época, y pronto volvió al estado letárgico en que había permanecido tanto tiempo, por otros cuatro siglos, gasta que Garibaldi –por cierto no llevado por motivos muy católicos- quitó Roma y el estado de la Iglesia al Papa. Lo que Garibaldi y la casa real de Saboya encontraron de cultura y civilización en Italia era muy poco.
Quiere decir entonces que, en casi dos mil años, la religión cristiana no ha hecho nada por el progreso de Italia, pero se encargó de perseguir a hombres de ciencia y de progreso, como lo hizo con Galileo, al cual encerró durante más de 10 años, imposibilitándoles la prosecución de sus trabajos científicos, condenando sus teorías, que habían de evolucionar la ciencia, y obligándolo a revocarlas él mismo.

¿Y los demás países? ¿Acaso produjo la Iglesia una cultura notable en España?. Eran los moros los que convirtieron a este país en un jardín, cultivando a la vez allí toda clase de ciencias y artes y creando una civilización verdadera. Pero los cristianos, al expulsar a los moros, transformaron este jardín en un desierto, que quedó así hasta estos últimos tiempos. Y no voy a decir aquí nada ni de la tan famosa Inquisición, ni de la más famosa "Conversión" de la América Central y del Sur, donde en nombre de la religión cristiana, grandes pueblos con espléndidas culturas, fueron sencillamente aniquilados, procediendo los cristianos con más barbarie que los mismos judíos en la Palestina al conquistarla.

Alemania no tuvo mejor suerte. Apenas habían los emperadores levantado este país, cuando vino la Reforma, que no sólo causó terribles y sangrientas luchas, sino que provocó la guerra de los 30 años, una de las más desastrosas, que dejó Alemania en la última miseria. Todo en nombre de la religión cristiana. Pero lo que era peor, el pueblo alemán, debido al cisma en la religión cristiana, quedó desde entonces dividido en dos bandos: protestantes y católicos que hasta hoy día se odian, con un odio ya hereditario e indeleble, en nombre de la religión cristiana, ¿Acaso ha sido ésta la cultura y civilización cristiana, de la cual con tantas ganas hablan los teólogos?.

¿Y Rusia? ¿No fue este país "cristianizado" un paraíso de analfabetos hasta en los último tiempos?.

Pero, ¿para qué nombrar uno por uno los diferentes países? ¡Que nombren los teólogos el país donde la religión cristiana haya producido una cultura de alguna importancia; donde la Iglesia haya hecho algo a favor del progreso; donde el 99 por ciento de su "trabajo" no es para ella misma, y sólo para ella!.

Si la Iglesia por lo menos hubiese cumplido con el precepto fundamental de Cristo, y hubiese enseñado a los pueblos cristianos a quererse los unos a los otros, y practicar antes que nada el gran mandamiento del amor al prójimo; si hubiese creado aquella fraternidad cristiana que se predica en cada página del Nuevo Testamento; pero no, al contrario, la historia de los pueblos cristianos, y, más todavía, la historia de la misma Iglesia, es tan sangrienta, y tal vez más, que la de un pueblo pagano cualquiera del mundo antiguo.

Más aún: si la Iglesia por lo menos hubiese predicado la verdad; pero no hizo otra cosa fuera de predicar una religión que no era la verdadera. Falsificó y degeneró esta religión, convirtiéndola sólo

en un inmenso negocio, en provecho propio, y en perjuicio de los pueblos, a cuyas costas vivía y sigue viviendo hasta hoy día.
Deduzco de todo esto que la iglesia cristiana, y en particular la Iglesia Romana, es la enemiga más grande del progreso, de la cultura, de la civilización, y con esto de la Humanidad.
¡Que no se engañe nadie!. Todo cuanto hace la Iglesia, aparentemente a favor de la cultura, es finalmente sólo con el objeto de beneficiarse a sí misma.
Si hoy, en todos los países, la Iglesia trata de apoderarse de la enseñanza de la juventud, es sólo para evitar que la enseñanza laica le quite esa juventud; es sólo para llenar los corazones jóvenes y sensibles con sus ideas religiosas, y así quedando en contacto con los futuros hombres, aprovecharlos para sus fines.
Si hoy la Iglesia –muy a pesar de ella- cultiva las ciencias, es para desviar el sendero de las investigaciones modernas, especialmente en aquellas cuestiones que afectan a la doctrina cristiana.(NT)
Si, además, la Iglesia busca siempre el contacto con el "gran mundo", y con los gobernantes, tiranos o no, es sólo para crear nuevas esferas de influencia, directa o indirectamente.
Si, finalmente, la Iglesia en los últimos años activa tanto en todos los países en contra de organizaciones laicas y centros de acción, es sólo porque ve las "ovejas" írsele del redil; es sólo para tener elementos fanáticos, que ciegamente sigan sus órdenes.
Pero no crea nadie que a la Iglesia le importa lo más mínimo el verdadero progreso y la cultura del país. A ella le interesa una cosa, que es ella misma. Asegurarse, acomodarse, beneficiarse, aprovecharse, esto es todo lo que quiere, y nada más.

(NT) *NOTA DEL TRANSCRIPTOR* Cuando en una conferencia transmitida por *Discovery Channel* científicos de la NASA presentaron fotografías de gusanos fosilizados en un meteoro proveniente de Marte, inmediatamente en la conferencia de carácter científico se empezó a discutir cuestiones religiosas de si convendría o no, por unas "extrañas formas" (que según algunos "científicos" católicos sólo eran casualidades, coincidencias en la forma) cuestionar y echar por tierra aquellas creencias del origen divino del hombre, etc. Además en dicha presentación se mostraron fotografías de pirámides y un rostro gigante mitad humanoide, mitad felino en Marte, en este caso a pesar de reconocer que no podían ser resultado de proceso geológico alguno no se dijo más al respecto.

Hay que señalar también que muchos descubrimientos verdaderamente revolucionarios son totalmente desacreditados, satanizados, ridiculizados y finalmente truncados y cancelados por los "comités de ética" integrados principalmente por acaudalados inversionistas, que curiosamente auspician multimillonarias investigaciones, para una vez que estas avancen en algún terreno que haga peligrar las creencias católicas, las censuren y quiten todo apoyo económico quedando por lo tanto en simples teorías. Sino ahí está el caso de un cirujano que realizó investigaciones en simios logrando separar la cabeza de un ejemplar del resto del cuerpo y mantener vivo al animal con las uniones necesarias, un verdadero prodigio; al cual dichos comités de "ética" satanizaron y ridiculizaron apodándolo el doctor Frankenstein.

Si en los últimos tiempos la cultura y la civilización de los pueblos modernos ha progresado tanto, se debe esto únicamente al espíritu moderno y liberal que despertó en el siglo pasado y que abrió por fin los ojos de la Humanidad. [1]

¡Que nadie me interprete mal!. No niego que grandes hombres hayan sido buenos cristianos y hasta clérigos; lo que niego es tan sólo que la iglesia cristiana, como tal, haya sido un factor a favor del progreso de la humanidad. Al contrario, la Iglesia misma ha demostrado más que suficientemente, que es una enemiga, y quizás la más grande, de tal progreso, como acabamos de ver.

Si es así, ¿Qué perdemos entonces con ella? ¿Acaso no es su pérdida una verdadera ganancia? ¿Acaso no nos libra esta pérdida de un mal que, desgraciadamente, dos mil años aqueja a la Humanidad, engañándola, saqueándola y llevándola a la ignorancia y a la miseria?.

¡Ojalá se abran los ojos de los pueblos cristianos para que conozcan al enemigo de su progreso, y entonces pronto la iglesia cristiana habrá pasado a la historia!.

FIN

He de concluir mi obra. En la primera parte vimos que Cristo no era ni es Dios. En la segunda parte se ha demostrado que el Dios del Viejo y Nuevo Testamento, lejos de ser el Ser Supremo, no es más que un ídolo nacional judaico, y que la Biblia carece de toda autenticidad y veracidad, siendo en gran parte una simple copia de "Libros Sagrados" de otros pueblos. En la tercera parte se expuso la transformación de la religión cristiana en un sistema teológico completamente ajeno a la doctrina de Cristo. Finalmente, en la cuarta parte, se puso de relieve la inmensa diferencia entre la conducta de Cristo y de los apóstoles por un lado, y la práctica de sus representantes y sucesores por el otro.

He aquí un cristianismo sin Cristo, sin Dios, sin libros sagrados, sin representación doctrinal, y sin representantes legítimos. Esto es: un cristianismo no sólo decapitado, sino científicamente descuartizado.

---

[1] El lector habrá observado que los curas casi nunca hacen obras verdaderas de caridad, o sea obras que exijan contribuciones en dinero. Todas sus obras de "caridad" están bien rentadas, y donde falta la renta o hay que contribuir, encargan ellos a otras personas. En todo caso, las pocas obras de caridad verdadera efectuadas por curas no están en ninguna relación con las entradas que tienen.

Creo haber tratado cada uno de aquellos tópicos con criterio sereno y sin dejarme arrastrar por la pasión.
Creo, además, que mis razones desde todo punto de vista, son convincentes para quien sabe juzgar sin prejuicio alguno.
Creo, finalmente, haber cumplido con un deber ineludible al haber escrito este libro, para que el mundo entero se dé cuenta de cómo se le oculta la verdad religiosa y cuál es esta verdad.
No es posible que los pueblos hoy cristianos sigan viviendo de ilusiones religiosas y de leyendas anticuadas, cuya falsedad está tan a la vista. No es posible que ellos sigan sacrificando las vidas de jóvenes entusiastas e inexpertos a un terrible engaño y entreguen su dinero y sus bienes a una iglesia que devoraría a todo el mundo si le fuera posible.
Es por lo tanto una verdadera obligación sagrada para cuantos conocen la verdad, difundirla todo cuanto sea posible. Siendo el culto de la verdad la mejor religión, será su propagación un verdadero acto religioso. Y la Humanidad que tanto ha sufrido por persecuciones religiosas, recién podrá llegar a la verdadera fraternidad cuando estén abolidos todos los ídolos, y cuando no se conozca más que un solo Ser Supremo y una sola familia humana.

****

Y ahora, mis queridos ex – cofrades, toca a vosotros o seguir con la farsa o adherirse a la verdad.
Es, naturalmente, más cómodo quedarse con la farsa y desoír la voz de la verdad. Así no sufriréis la pérdida del bienestar en que os encontráis, ni tendréis necesidad de buscar otra clase de ocupación, para empezar una nueva vida, como tuve que hacerlo yo. Seguiréis siendo curas, pero sabedlo bien: contra vuestra conciencia y perpetuando un engaño, por cuya razón, tarde o temprano, seréis el desprecio de cuantos conocen la verdad de las cosas y la falsedad de vuestra pretendida religión.
En cambio, qué ejemplo daríais al mundo entero si, convencidos del engaño que se ha hecho con la religión, y del cual sois víctimas al igual que yo, tuvierais el coraje, no sólo de acatar la verdad, sino de convertiros en sus más ardientes defensores. Cada uno de vosotros que lo hiciera, hallaría –no os quepa la menor duda- el aplauso del mundo íntegro, por tal acto verdaderamente heroico. Y lo que más vale; tendríais la conciencia tranquila por haber cumplido con vuestro más grande deber: el de seguir y de predicar la verdad. Como hasta ahora habéis sido ciegos y guías de ciegos,

así, en lo sucesivo, seáis sus guías hacia la verdad, y la verdad os librará (Juan 8, 32).

FIN DE
“LA DESILUSIÓN DE UN SACERDOTE